



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
POSGRADO EN ANTROPOLOGÍA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

EXAMINANDO LA NACIÓN
DESCRIPCIONES CIENTÍFICAS DEL TERRITORIO Y LAS POBLACIONES
COLOMBIANAS EN EL SIGLO XIX

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTOR EN ANTROPOLOGIA

PRESENTA:
SANTIAGO GALVIS VILLAMIZAR

TUTOR

DR. RAFAEL PÉREZ-TAYLOR
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS

COMITÉ TUTOR

DRA. CLAUDIA AGOSTONI U.
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

DR. CARLOS LÓPEZ BELTRÁN
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

MÉXICO, D. F. FEBRERO DE 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE GENERAL

1. Introducción	13
Sobre las fuentes	22
PRIMERA PARTE	
LA CONFECCIÓN DE LA MIRADA CIENTÍFICA	29
2. La mirada científica: una forma novedosa de ordenar las cosas	31
3. Observaciones <i>in situ</i> : América Latina en el horizonte de la mirada científica	42
SEGUNDA PARTE	
CIENCIA Y NACIÓN EN COLOMBIA, 1810 ~ 1910	61
4. La mirada científica y el contexto colombiano	63
5. Dimensionando una “nación joven”: las correrías de científicos solitarios, 1810 ~ 1850	68
6. Nuevos espacios para la descripción: comisiones, comercio y profesionalización, 1850 ~ 1880	82
7. Institucionalización: la descripción como herramienta de gobierno, 1880 ~ 1910	104
TERCERA PARTE	
DESCRIPCIONES CIENTÍFICAS DE LOS TERRITORIOS Y LAS POBLACIONES: LA CONFECCIÓN DE UN “ESPACIO NACIONAL”	125
8. El espacio nacional	127

9. Espacios civilizados	132
El territorio civilizado: climas saludables y topografías domesticadas	133
El perfil del ciudadano virtuoso: cuerpos y mentes saludables	141
10. Espacios incultos	150
Los desiertos de la nación: espacios difusos, sin ley y sin tiempo	152
El perfil del salvaje: seres paganos, independientes y dóciles	161
11. Espacios en tensión	169
Geografías fronterizas: territorios entre la civilización y la barbarie	170
Examinando al pueblo: “gentes” débiles, infelices y perezosas	180
12. Consideraciones finales	193
13. Bibliografía	197

ABREVIATURAS

AGN: Archivo General de la Nación (Bogotá)

AI: Anales de Ingeniería

BMC: Boletín de Medicina del Cauca

BSGC: Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia

RM: Revista Médica

RMB: Revista Médica de Bogotá

SNRG: Semanario del Nuevo Reyno de Granada



AGRADECIMIENTOS

El presente trabajo es resultado de una serie de inquietudes y reflexiones que he retomado, desde distintos ángulos, en los últimos años de mi estancia en México como estudiante de posgrado. En ese proceso son muchas las personas que con sus comentarios y apreciaciones han contribuido a formular preguntas fundamentales, ampliando enormemente los alcances que inicialmente planteé para este estudio.

En primer lugar debo agradecer a Rafael Pérez-Taylor, quien sin dudarlo accedió a dirigir este proyecto aún cuando ya se encontraba en curso; en particular quiero resaltar su invitación a participar en el *Seminario de complejidad humana* que dirige en el Instituto de Investigaciones Antropológicas, al interior del cual se generaron sugerentes discusiones sobre identidad, naturaleza, cultura y modernidad. En segundo lugar agradezco a Claudia Agostoni, cuyo entusiasmo por la historia de la medicina y sus múltiples ramificaciones contagió muchas de mis reflexiones diletantes; a ella quiero reconocerle su disposición y paciencia a la hora de escuchar y leer mis argumentos, así como su esfuerzo por imprimirle un poco de orden a un trabajo que en ocasiones abusó de la dispersión excesiva. En tercer lugar quiero agradecer a Carlos López Beltrán, su gentileza y su conocimiento de las polémicas en historia de la ciencia conformaron una fórmula virtuosa que cualquier alumno no puede más que apreciar; a él debo, entre muchas cosas, mi acercamiento a un grupo de estudiantes e investigadores extremadamente rigurosos y diligentes, así como un recorrido fascinante por una de las múltiples bibliotecas que esconde la ciudad de Berlín.

También quiero aprovechar este espacio para destacar la enorme colaboración de Eduardo Restrepo y Axel Ramírez. Eduardo mostró siempre un entusiasmo poco común por este proyecto y Axel nunca dudó en invitarme a su oficina para indagar por sus avances. A ambos quiero agradecer su disposición para leer y comentar el trabajo, además de su soltura para platicar sobre temas que no siempre se atenían a las convenciones académicas tradicionales. Igualmente quiero dar las gracias a Diana Obregón, a Laura Cházaro, a Olga Restrepo y a Mónica García; en su momento cada una de ellas no hizo sino

ponerme en apuros con comentarios certeros y bien estructurados, algo que me ayudó enormemente a reflexionar sobre muchos de los planteamientos aquí vertidos. A Diana en particular quiero agradecerle su enorme amabilidad, así como el tiempo que dedicó a revisar y comentar versiones parciales del trabajo.

El personal de la biblioteca de la Academia Nacional de Medicina en Bogotá resultó muy diligente para facilitarme las copias de la *Revista Médica*, a ellos mis reconocimientos sinceros. Así mismo, agradezco a quienes me colaboraron en la Biblioteca Luis Ángel Arango, en el Archivo General de la Nación, en la Sociedad Colombiana de Ingenieros y en los sótanos de la biblioteca de la Universidad Nacional sede Bogotá. Agradezco a Herley Aguirre por sugerirme la revisión de antiguas tesis de medicina, y por mostrarme las riquezas que esconden estos viejos y mohosos volúmenes.

Tengo una gratitud enorme con el Posgrado en Antropología, y en particular, con la Universidad Nacional Autónoma de México. Allí encontré un espacio más que privilegiado para desarrollar la presente investigación y pude acceder a esa formidable red de personas e instituciones que la hicieron viable. Agradezco a quienes me acogieron durante la estancia que realicé en Berlín, en especial a Alejandro Moreno y a los miembros del Colegio Internacional de Graduados de la Universidad Libre. Desde luego, la articulación de toda esta estructura fue posible gracias a la beca que me otorgó el CONACYT; sin ese soporte económico este estudio no habría superado la confabulación.

Por último, tengo que agradecer a mi familia, cuya guía, afecto y apoyo incondicional me han permitido superar muchas de las dificultades habituales; solo ellos pueden dimensionar el cariño que les tengo.

Gracias a Francly Moreno, compañera paciente y excepcional, por contagiarme con su entusiasmo y alegría.

1. INTRODUCCIÓN

Aquel que eche un vistazo a la edición de abril de 1906 de los *Anales de Ingeniería*, la revista que fundaron los ingenieros colombianos a finales del siglo XIX para ventilar sus inquietudes más frecuentes, encontrará que entre trabajos sobre ferrocarriles, abreviaturas del sistema métrico y datos relativos a la higiene se encuentra una serie de cartas breves que aparecieron bajo el título “Correspondencia”. Para entonces ésta se había constituido en una sección habitual de la revista, que registraba el intercambio epistolar entre profesionales de la ingeniería, dirigentes locales y uno que otro corresponsal extranjero.

Una de las cartas que se publicó en ese número de los *Anales* la escribió don Fortunato Pereira Gamba, un reconocido ingeniero y profesor bogotano quien acababa de dejar su ciudad natal para radicarse en Pasto. El gobierno del general Rafael Reyes había abierto una Facultad de Matemáticas e Ingeniería en esa población fronteriza, eligiendo a Pereira Gamba para que asumiera como nuevo rector del instituto. La carta, dirigida al también ingeniero Enrique Morales, relataba pormenores del viaje desde Bogotá, y en particular, del trayecto entre las ciudades de Popayán y Pasto. Este último tramo, correspondiente en su mayoría al valle del río Patía, era tristemente célebre por “el terror de su insalubre clima y por la mortalidad que hay de pasajeros en tan funesto camino”¹. El objetivo de la misiva era determinar la exactitud de dichos rumores, ante lo cual Pereira Gamba expuso una relación de detalles relativos a la altitud, la topografía y la geología de esa región del suroeste colombiano.

Lo que se perfilaba como un mensaje frío lleno de guarismos y datos técnicos, sin embargo, se convirtió de repente en un entretenido relato corográfico. Apelando a frases concisas su autor se encargó de recrear aquel paisaje medroso de clima inmanejable, revelando ante el lector un mundo de características ambientales, matices raciales e indicios culturales diversos. Quizás el repaso de unas pocas líneas de Pereira Gamba nos permita asomarnos a ese mundo inquietante, así sea momentáneamente:

¹ Fortunato Pereira, “Correspondencia”, *AI*, vol XIII, núm. 158, abril de 1906, pp. 163-167.

En el centro del valle existe la población de Patía (kraal de negros) en donde dicen no se respira sino malaria y miasmas mortíferos. [...] La Unión, primera población importante del Departamento de Nariño, es una localidad bien próspera y en vía de progreso; la industria de sombreros ha tomado mucho incremento, y como la gente es tan laboriosa, están en camino de llegar á ser algo bien importante [...] La ciudad [de Pasto] es grande, bien trazada, ampliamente provista de aguas y de un clima agradable, bastante parecido al de Bogotá. Las construcciones son muy defectuosas, tanto que el arte de construir está por crearse en esta localidad. Los habitantes, en cuanto he tenido ocasión de observarlos, son extremadamente laboriosos, sobrios –no he visto todavía un ebrio en el tiempo que hace estoy aquí– muy cultos y serios².

Aunque breve, la descripción de Pereira Gamba ilustra algunos fenómenos interesantes. Por un lado, presenta el tenor de los esfuerzos científicos enfocados en caracterizar las poblaciones, el territorio y la naturaleza colombianas; y por el otro, revela las imágenes que mediaban la interpretación que el observador hacía de su objeto de estudio. No olvidemos que la configuración de cuadros tenebrosos, como el que se aprecia en el pueblecito de Patía, se sustentó en la circulación de metáforas que advertían la prevalencia de una atmósfera maligna, circunstancia que le permitía a Pereira Gamba emplear nociones previas sobre las características de una población racializada y de su territorio. Así, este ingeniero colombiano no parecía tener ningún reparo en emplear la figura del *kraal*: un espacio asociado al salvajismo, a la desnudez y a la miseria que apareció con cierta regularidad en las crónicas de los viajeros europeos que visitaron el sur de África a finales del siglo XVIII³. En el mismo sentido, su descripción del Patía apelaba a las imágenes popularizadas por la geografía médica colombiana, que en la década de 1890 catalogó esa región como una zona de malarías endémicas, fiebres continuas y padecimientos cotidianos⁴.

Por su parte, la Unión y Pasto se asomaban como territorios industriosos, prósperos y cultos; el primero impregnado del espíritu del trabajo que generaban

² *Ibid.*, pp.165–166.

³ Véase, por ejemplo, la descripción que hizo John Barrow en el marco de sus viajes al interior de Sudáfrica. John Barrow, *An account of travels into the interior of Southern Africa, in the years 1797–1798*, New York, G. F. Hopkins, 1802, pp. 260–280.

⁴ A. Garcés, “Fiebres del Patía”, *RM*, serie XIV, núm. 156, diciembre de 1890, pp. 285–297, núm. 157, enero de 1891, pp. 342–344; *RMB*, serie XV, núm. 160–161, mayo de 1891, pp. 469–472.

los boyantes talleres de fibras y sombreros de *jipijapa*; y el segundo, habitado por seres temperantes y educados que convivían en una ciudad bendecida por comportamientos refinados y cultos. A diferencia del Patía, en este lado de la contradicción la gente no aparecía definida por categorías raciales, siendo descrita, más bien, desde criterios económicos y morales que los hacían dignos representantes de aquello denominado civilización. Sin embargo, y a pesar de las distinciones, ese ejercicio de clasificación asumía que ambas poblaciones se articulaban a un tiempo–espacio universal, mismo que servía de referencia para determinar su situación relativa. Es probable que al momento de escribir su modesta carta el ingeniero Pereira Gamba no reflexionara sobre la existencia de esta oposición y sus complejas derivaciones; sin embargo, lo que sí parece claro es que el texto en cuestión logra sintetizar una manera peculiar de ordenar el mundo, basada en la relación que un sector ilustrado de la sociedad estableció con la naturaleza, con el territorio y con una amplia porción de los seres humanos que lo habitaban.

Por supuesto que el gusto por la descripción no fue una práctica exclusiva de inquietos ingenieros como Pereira Gamba; para entonces su utilidad ya era ampliamente conocida entre aquellos que se aventuraban más allá de sus fronteras locales. Sin embargo, el incremento de los viajes, el auge de las exploraciones científicas y el crecimiento de las rutas de comunicación, sumado a un desarrollo editorial y periodístico sin precedentes, hicieron del público decimonónico un observador privilegiado: la popularización de materiales impresos le brindó la posibilidad de familiarizarse con las descripciones de personajes peculiares que convivían en una naturaleza lejana, distinta y desconocida.

En Colombia, fueron principalmente los cuadros de costumbres, la literatura sobre excursiones y los informes de comisiones oficiales los que brindaron esa posibilidad; entre las novelas de folletín, los periódicos políticos y los boletines noticiosos que circularon con relativa frecuencia durante el siglo XIX, aparecieron también narraciones enfocadas en la descripción rigurosa de parajes y situaciones apenas conocidas. De éstas, el caso más notable debe ser el de la Comisión Corográfica (1850 –1859): una ambiciosa empresa gubernamental establecida para realizar un balance del territorio, las poblaciones y las costumbres de la República. Fue en ese marco, por ejemplo, que don Manuel Ancízar escribió su célebre *Peregrinación de Alpha* (1853), un minucioso trabajo

descriptivo que daba cuenta de algunas de las principales provincias del norte de la Nueva Granada. Así mismo, casi todos los atlas oficiales que se publicaron en la segunda mitad del siglo XIX se elaboraron a partir de los levantamientos que hizo el general Agustín Codazzi durante los peregrinajes que terminaron causándole la muerte.

Esta no era, desde luego, una inquietud que sólo asaltaba a los intelectuales afincados en Colombia. Viajeros y profesionales extranjeros elaboraron cientos de estudios a propósito de sus recorridos por el país, a donde llegaron para aprovechar la relativa apertura que se experimentó tras la caída del hermético régimen colonial; en ellos, sus autores popularizaron estampas desbordadas por paisajes fecundos y riquezas ocultas e incalculables, pobladas por una diversidad de individuos que transitaban entre “la civilización”, “el atavismo” y “el salvajismo”. Al tanto de las novedades editoriales que se imprimían en el extranjero, sectores ilustrados colombianos tuvieron acceso a esos materiales y los incorporaron a sus lecturas; con el tiempo lograron consolidar un repertorio de crónicas que describían al país, ofreciéndole al público letrado un panorama parcial de las dimensiones del territorio y de las características de una nación que muchos apenas descubrían⁵.

Un porcentaje nada despreciable de ese repertorio se conformó a partir de descripciones científicas. Populares desde el siglo XVIII y ligadas a aquello que Jean-Jacques Rousseau denominó como un *saber hacer* y un *saber ver*, esta forma de entender la naturaleza, el territorio y los seres humanos se convirtió en una herramienta útil para ilustrar fenómenos que sucedían más allá de la mirada del público⁶; apelando a un lenguaje erudito, a técnicas especializadas y a una tecnología novedosa, la ciencia se tornó una práctica común dentro del ejercicio de ordenar y describir el mundo y sus elementos. En lo que se refiere al contexto colombiano, fueron los médicos, los naturalistas y los ingenieros quienes más la

⁵ Por mencionar apenas uno de los ejemplos existentes, en 1892 los alemanes W. Reiss y A. Stübel publicaron *Reisen in Süd-Amerika: geologische studien in der republik Columbia*, a propósito sus expediciones por América del Sur. Dos años después, un artículo de prensa en Bogotá celebró la llegada a la Biblioteca Nacional de dos de los tres tomos de dicho trabajo, destacando el hecho que se trataba de uno de los estudios mas completos de la República hasta ese momento. Fortunato Pereira, “Obra de los señores Reiss y Stübel”, *AI*, vol. VII, núm. 80, agosto de 1894, pp. 228–229.

⁶ Como subraya Ottmar Ette en relación a esta figura: “*Savoir faire* y *savoir voir* se transformarían, para el futuro lector del viajero, en un *savoir faire voir*, una ciencia y una técnica del poder delante de los ojos, que no sólo modificaría la perspectiva europea sobre el Nuevo Mundo, sino que también cambiaría rotundamente el enfoque sobre los mismos países europeos”. Ottmar Ette, *Literatura en movimiento. Espacio y dinámica de una escritura transgresora de fronteras en Europa y América*, Madrid, CSIC, 2008, p. 94.

utilizaron para describir las distintas facetas de su contexto inmediato; en el transcurso del siglo XIX, estos profesionales se encargaron de construir la geografía, describir las razas, clasificar la fauna y la flora, analizar el clima y estudiar las enfermedades de un país que permanecía aún inexplorado. Convencidos que se trataba de una tarea de dimensiones universales, pero también que era un compromiso con el porvenir del país, estos personajes formularon categorías que aspiraban ordenar la naturaleza, las poblaciones y el territorio que entendían ligados al imaginario nacional.

Estas páginas abordan esa manera de ordenar el mundo, y en particular, cómo ésta se convirtió en una instancia legítima para examinar el territorio y las poblaciones colombianas durante el siglo XIX. En la medida que la práctica científica alcanzó mayores niveles de estabilidad y amplió su capacidad de maniobra, la publicación de crónicas similares a la de don Fortunato Pereira Gamba se tornó un estrategia habitual para identificar los marcadores físicos, morales y materiales que debían definir la nación. A partir de ese argumento, este trabajo examina el contexto social, económico y político que permitió la emergencia pública de una figura facultada para reflexionar sobre la naturaleza, el territorio y las poblaciones, e intenta entender el tenor de esas descripciones expertas, proponiendo además una fórmula de organizarlas y leerlas.

No hay que perder de vista que, al menos en Colombia, este tipo de enfoques fueron generalmente promovidos por personajes ilustrados, profesionales, masculinos, con acceso privilegiado a una cultura material y afines a un conocimiento especializado; médicos, ingenieros, geógrafos, naturalistas y botánicos se encargaron de confeccionar imágenes que aspiraban recrear las distintas facetas del territorio nacional, así como los matices que se advertían entre sus habitantes. Portadores de un lenguaje y unos instrumentos que les permitía medir, interpretar y aventurar juicios sobre el clima, los recursos naturales, la topografía, las enfermedades, las razas y las costumbres del país, estos personajes favorecieron un tipo particular de herramientas y categorías respaldadas por las disciplinas científicas más populares durante el siglo XIX, mismas que fueron utilizadas para proyectar una imagen que apareció reproducida en distintos escenarios de la vida social. Precisamente uno de los objetivos de este trabajo es entender la forma en que estos individuos adquirieron ese lenguaje y esos instrumentos, y cómo estos se convirtieron en una instancia de sanción que, finalizando el siglo, estimuló reflexiones interesadas en descifrar

las particularidades del territorio nacional, así como su naturaleza y poblaciones.

Desde luego, ese examen dio como resultado interpretaciones que ubicaban los elementos descritos en un orden previamente dispuesto, establecido a partir de las jerarquías físicas, morales, culturales y geográficas que postuló la ciencia decimonónica. En ese sentido, considero relevante comprender el alcance de las descripciones que aludían a términos como “raza”, “civilización”, “enfermedad”, “barbarie” y “atavismo”, y a entender su papel en el proceso de imaginar y representar los matices de la nación. Si como subraya Benedict Anderson, las naciones se constituyen a partir de imágenes de comunión que cada uno de sus miembros reproduce en la mente, no obstante la imposibilidad de conocer a la mayoría de ellos⁷, el examen al que fueron sometidos el territorio, las poblaciones y la naturaleza del país debió generar estampas útiles para la formulación de marcadores de igualdad y diferencia; es probable que estas estampas cumplieran un rol destacado dentro del proceso que buscó definir los cánones geográficos y culturales del proyecto nacional, así como sus criterios de ciudadanía.

Teniendo en cuenta estos objetivos, inicio este trabajo analizando las circunstancias que permitieron la consolidación de lo que aquí llamaré la *mirada científica*, entendida como una estructura epistemológica, política y económica que facultó a ciertos personajes para elaborar clasificaciones que sometían al conjunto de la naturaleza a un orden único previamente dispuesto. Para eso repasó el surgimiento de la historia natural como disciplina, deteniéndome a revisar los procesos económicos y políticos que delinearon el perfil de la sociedad europea a partir de la segunda mitad del siglo XVIII; allí muestro cómo los giros ideológicos y las transformaciones institucionales que se presentaron entonces abrieron un campo para que personajes con inquietudes por la botánica, la zoología, la etnología y la geografía construyeran un escenario estable desde dónde confeccionar, promover y difundir sus lecturas del mundo.

Ese análisis no se limita a revisar la versión europea de la historia, también intenta aproximarse a la forma en que esa estructura de conocimiento operó en un contexto como el americano, revisando cómo sus estrategias se articularon a los esfuerzos de las élites criollas por dimensionar los elementos de su entorno local. En ese sentido, continúo mencionando algunos episodios del contexto colonial, con el objetivo de mostrar cómo las tareas profesionales de varios personajes, encaminadas a generar referentes sobre la naturaleza, el territorio y las

⁷ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 2007, p. 23.

poblaciones hispanoamericanas, se elaboraron desde la plataforma que consolidó la mirada científica. Este recorrido me sirve para ilustrar la manera en que se formaron núcleos académicos, políticos y económicos que, pese a su relativa autonomía, hacían parte de una estructura que funcionaba gracias a un lenguaje, unos instrumentos y unos contenidos que aventuraban la existencia de un orden único y universal, facultado para organizar todas las plantas, los animales, los territorios y las poblaciones del planeta.

Expuesto ese panorama, el trabajo se detiene a analizar lo que denomino la consolidación de la mirada científica en el contexto colombiano, entendiéndola como un complejo proceso de negociación entre distintos ámbitos de la sociedad que con el tiempo permitió que disciplinas como la medicina, la ingeniería, el naturalismo y la geografía se convirtieran en técnicas legítimas para ordenar los elementos adscritos al imaginario nacional. Para ello propongo una división cronológica en la que identifico tres momentos: al primero lo titulo *Dimensionando una nación joven: las correrías de científicos solitarios, 1810 – 1850*; al segundo, *Nuevos espacios para la descripción: comisiones, comercio y profesionalización de la ciencia, 1850 – 1880*; y al tercero, *Institucionalización: la descripción como herramienta de gobierno, 1880 – 1910*. A través de un argumento en el que trenzo los acontecimientos políticos y económicos, con las estrategias desplegadas para medir y clasificar la naturaleza, el territorio y las poblaciones, estos tres momentos muestran cómo la práctica científica tuvo que liderar procesos de negociación complejos, para de esa forma convertirse en una instancia con la autoridad y los recursos que le permitieran promover iniciativas con impacto político y social.

Bajo ese argumento, en el primer apartado muestro cómo la caída del régimen colonial y la crisis económica y política que le sobrevino, dificultó enormemente la labor de los pocos personajes que entonces se interesaban por materias como la botánica, la geografía y la astronomía; la falta constante de presupuesto y la inestabilidad institucional los obligó a dedicarse a la enseñanza, a la elaboración de cartografías generales y a la edición de pequeños estudios, circunstancia que fomentó descripciones e interpretaciones muy generales que mostraban el territorio, las poblaciones y la naturaleza de acuerdo a los tradicionales imaginarios coloniales.

Continuando, el segundo apartado ilustra cómo las oportunidades que se abrieron con el despegue del comercio exportador, y la decisión de los primeros gobiernos liberales de profundizar en el conocimiento de las provincias, de sus

poblaciones y de sus recursos naturales, crearon un escenario que permitió elaborar nuevos juicios científicos. El énfasis en esos acontecimientos busca mostrar cómo las descripciones orientadas a dimensionar y ordenar los elementos constitutivos de la nación se refinaron, generando descripciones más pormenorizadas y específicas que empezaron a incorporar teorías médicas, geográficas y sociológicas novedosas. No obstante ese impulso, los personajes articulados a esa estructura de conocimiento tuvieron que sobrevivir en un medio incierto, caracterizado por las continuas guerras civiles y por la negativa del Estado a financiar iniciativas que consideraba del ámbito privado.

Finalmente, el último apartado se detiene en la coyuntura del movimiento político de La Regeneración (1880–1900), periodo durante el cual aquellas restringidas comunidades científicas consiguieron afirmar sus vínculos con la institucionalidad vigente, y en particular, con las estructuras estatales. Allí analizo la forma en que las transformaciones políticas del último cuarto del siglo XIX colombiano contribuyeron a fortalecer un proyecto nacional mucho más vigoroso, sustentado en la unidad indivisible del territorio, en el establecimiento de parámetros morales y culturales definidos, y en la robustez del Estado central. Estas circunstancias permitieron que las instituciones gubernamentales y la mirada científica articularan muchos de sus esfuerzos en función de un interés común, delineado por la consolidación de un orden social específico; esto, desde luego, impactó el orden y las categorías que emplearon los profesionales para describir el territorio, las poblaciones y la naturaleza del país, en tanto las consideraban adscritas a un ámbito nacional renovado.

Es a partir de esta última idea que continúa el desarrollo de este trabajo. Su objetivo es examinar diferentes ejercicios de descripción, tomando como referencia alguna de la literatura y la prensa científica que circuló en Colombia entre el último cuarto del siglo XIX y la primera década del XX, precisamente el periodo durante el cual las instituciones científicas y el Estado articularon varios de sus esfuerzos más notables. A partir de una lectura crítica de publicaciones, informes y documentos elaborados en el marco de experiencias científicas, busco proponer un orden que sintetice distintas formas de examinar, clasificar y narrar los territorios del país; analizando las categorías, las estrategias y los símiles que este tipo particular de literatura empleó entonces para hablar de determinada aldea, provincia o región, o para referirse a un individuo, a una comunidad o a una “raza”, intento reconocer las figuras más recurrentes para desde ahí

proponer ese orden.

Inicio formulando la figura del *espacio nacional*, el cual identifiqué como una construcción imaginaria establecida a partir de elementos concretos derivados del examen del territorio y las poblaciones colombianas. En la medida que los profesionales de la medicina, la geografía, la ingeniería y la botánica elaboraron descripciones en las que retrataban personas, paisajes, plantas, climas y temperaturas, éstas fueron confeccionando una estructura jerárquica que se organizó teniendo en cuenta criterios morales, sociológicos y científicos. El objetivo de esta parte es, precisamente, proponer una lectura de ese espacio nacional.

Partiendo de esta idea, planteo la noción de *espacios civilizados*, los que identifiqué como territorios domesticados y habitados por ciudadanos con características virtuosas. Revisando los trabajos que finalizando el siglo describían climas sanos, topografías productivas y regiones integradas a los circuitos políticos y económicos más destacados, intento tejer un argumento que sintetice las principales características de esos territorios que encajaban en los parámetros geográficos, sanitarios, ambientales y naturales de lo que entonces se entendía por “civilización”. De la misma forma, analizo cómo la literatura científica proyectó las características físicas, morales e intelectuales de los individuos que debían poblar esos territorios, complementando ese contexto virtuoso que se reconoció como el canon positivo del orden nacional.

A continuación, propongo la figura de *espacios incultos*, entendidos como una antítesis radical de los primeros. Allí ubico las imágenes y relatos que describían un territorio vacío, difuso y anacrónico, y que los dibujaban bajo el imperio de una naturaleza desbordada con la capacidad de imponerse sobre el hombre y sus mecanismos civilizatorios. Pese a imaginarse desérticos, destaco la presencia de unas figuras a quienes la ciencia -en sintonía con la tradición occidental- consideraba salvajes; es a partir de ahí que reviso las imágenes que los mostraban como seres paganos, nómadas, dóciles y ajenos a las convenciones culturales de quienes se asumían como los voceros legítimos de la nación.

Tomando como referencia estos contextos, finalizo proponiendo la existencia de un tercer espacio que se ubica en la frontera de los dos anteriores, al que denomino *en tensión*; lo planteo como un ámbito teórico donde es posible situar aquellos elementos que, aunque bajo la influencia de los instrumentos con que contaba la civilización -el idioma, la religión, el comercio-, aparecían

desafiándola constantemente. En ese segmento analizo cómo los discursos especializados identificaron el perfil de los territorios y las poblaciones que se entendían en esa situación limítrofe, destacando el papel que jugaron en ese proceso las tesis científicas que se formularon a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Mi objetivo es mostrar cómo las nociones médicas, geográficas, higiénicas y biológicas que contribuyeron a definir los parámetros para caracterizar los territorios y las poblaciones del país como incultas o civilizadas, operaron también para identificar sus elementos ambivalentes; en este caso fueron imaginarios sobre atmósferas enfermas, incomunicadas y parcialmente domesticadas los que permitieron proyectar unas geografías fronterizas; en el mismo sentido, fueron las referencias a cuerpos débiles, licencias morales excesivas e incapacidad intelectual los que permitieron dimensionar al “individuo deficiente”.

Pese a que este *espacio nacional*, que describo aquí como la síntesis de tres órbitas distintas pero complementarias, constituye una lectura de los argumentos que utilizó la literatura científica para caracterizar la naturaleza, el territorio y las poblaciones colombianas finalizando el siglo XIX, su enunciación resulta de gran utilidad para entender el tenor de esos esfuerzos de clasificación. Más que una idea detallada de los objetos y circunstancias que supuestamente describen, estos materiales nos hablan de sus autores y del contexto social que respaldó su confección y difusión. Como tal, las imágenes que nos remiten a perfiles “virtuosos”, “embrutecidos”, “libertinos” o “débiles”, y a territorios “domesticados”, “ardientes”, “ubérrimos” o “enfermos”, nos indican las variables que utilizó la ciencia decimonónica para sistematizar el planeta de acuerdo a unas jerarquías y a un orden previos; un orden que, a mi juicio, reprodujo posiciones odiosas y autoritarias, sustentadas en las dinámicas bajo las cuales operó la sociedad de entonces.

SOBRE LAS FUENTES

En años recientes varios historiadores y antropólogos colombianos se han detenido a analizar las relaciones que pueden encontrarse entre la descripción como ejercicio científico y la formulación de imaginarios sobre los objetos que

ésta detalla; su forma de problematizar esa relación nos ha permitido a los lectores comprender que los inventarios, los censos, las estadísticas y los diagnósticos no son una síntesis de la realidad sino una forma más de representarla, narrarla y difundirla. En lo que se refiere al siglo XIX colombiano, estos estudios han mostrado cómo la descripción erudita sirvió para popularizar imágenes del país y de sus habitantes que, aunque pensadas como instrumentos neutrales, no hicieron sino reproducir categorías basadas en los supuestos ideológicos y en las prevenciones de sus autores. En su trabajo sobre Caldas y el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, por ejemplo, Mauricio Nieto examina de forma rigurosa cómo esta publicación sirvió para reproducir un orden social basado en jerarquías aparentemente naturales que situaban a los ilustrados criollos como los voceros de la nación. En el mismo sentido, los trabajos de Olga Restrepo, Julio Arias y Eduardo Restrepo sobre la Comisión Corográfica y el movimiento intelectual que se generó a su alrededor, han subrayado el hecho que estos ejercicios particulares de descripción minuciosa y científica formularon una serie de imaginarios y clasificaciones sobre los tipos nacionales de mediados de siglo; tipos que se establecieron a partir de la lectura que entonces se hacía de la raza, de la clase social, del oficio o del ambiente que se habitara, y que contribuyeron a darle forma a las estrategias de diferenciación que moldearon la nación colombiana.

Ahora, otros trabajos que también se detuvieron a analizar esa relación entre la ciencia y la formulación de imaginarios, han partido de revisar estrategias de intervención y control social de tenor científico, para desde ahí referir cómo estas generaron una serie significativa de estampas, principalmente sobre las poblaciones. El estudio de Oscar Calvo y Marta Saade sobre las estrategias higienistas y moralisantes que se articularon alrededor de la prohibición de la chicha en las primeras décadas del siglo XX; el de Carlos E. Noguera sobre el surgimiento de la medicina como práctica generadora de políticas públicas en ese mismo periodo; o el de Diana Obregón sobre los métodos que se establecieron finalizando el siglo XIX para reglamentar el ejercicio de la prostitución, ilustran muy bien cómo en su tarea de normar, la ciencia -sobre todo la medicina- generó categorías y clasificaciones que aspiraban ordenar la diversidad humana del país, o al menos, una parte significativa de este.

Paralelamente, trabajos como el de Margarita Serje y Santiago Castro-Gómez han propuesto lecturas menos convencionales –aunque no por ello

menos rigurosas— de esa relación entre ciencia y formulación de imaginarios y órdenes en el contexto colombiano. El trabajo de Serje en particular, muestra cómo los discursos geográficos y naturalistas jugaron un papel importante en el establecimiento de cánones territoriales en el país durante el siglo XIX, especialmente en la formulación de categorías sociales y *contextos* que permitían distinguir las fronteras simbólicas de la nación⁸.

Contemplando este panorama, llama la atención que una porción relevante de estos estudios coinciden en formular sus argumentos a partir de fuentes elaboradas en el marco de tres coyunturas principales: La Expedición Botánica (1783–1816), esa ambiciosa empresa de la corona española que intentó describir y catalogar la naturaleza y la geografía del reino de la Nueva Granada en su conjunto; la Comisión Corográfica (1850–1859) y el movimiento intelectual que se congregó a su alrededor, proyecto de los gobiernos liberales de mediados de siglo enfocado en hacer un balance confiable de las provincias de la República; y el debate público sobre la degeneración y el porvenir de la raza nacional (1920–1930), polémica impulsada por las teorías eugenésicas e higienistas que tuvieron relativa acogida entre varios intelectuales colombianos. La simpatía por estas coyunturas, desde luego, obedece a una elección sensata. Su envergadura institucional, su singularidad histórica y el impacto que generaron en la esfera pública del momento crearon un ámbito de discusión importante del cual se derivaron centenares de páginas, materiales impresos y referencias académicas; los gruesos volúmenes que documentan las travesías de Codazzi y sus colaboradores por distintos rincones del país, por ejemplo, todavía resisten el análisis que de ellos puedan hacer historiadores, antropólogos y sociólogos entusiastas.

Ahora bien, la preferencia por esos acontecimientos en particular ha ocasionado un relativo descuido de otras coyunturas; unas que también pueden resultar de utilidad para comprender la relación entre el ejercicio de la ciencia y la formulación de imaginarios sobre las poblaciones, la naturaleza y el territorio. Es precisamente ese el caso de la institucionalización de las disciplinas científicas, un proceso que además de abrir la posibilidad de que los círculos de médicos, ingenieros, botánicos y geógrafos se articularan a las estrategias del Estado,

⁸ Sobre la formulación de cánones territoriales desde el conocimiento científico en la Colombia del siglo XIX, vale la pena revisar la interesante propuesta que hace Anna Jagdmann (2006) en su tesis doctoral, aún inédita; el estudio de Germán Palacio C. sobre la historia ambiental del país, también ofrece posiciones muy lúcidas al respecto.

garantizó la publicación sistemática y normada de contenidos. Como mencioné antes, a partir del último cuarto del siglo XIX se establecieron instancias como la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá (1873), la Sociedad Colombiana de Ingenieros (1887), la Sociedad de Medicina del Cauca (1887), la Academia Nacional de Medicina (1891) y la Oficina de Longitudes / Sociedad Geográfica de Colombia (1902); también fue entonces que el movimiento conservador, católico e hispanista de La Regeneración consolidó sus aspiraciones políticas, formulando un proyecto nacional que resultó exitoso y de largo aliento.

Precisamente uno de los objetivos de este trabajo es explorar esa coyuntura. Aunque a lo largo del texto abordo temáticas que corresponden a todo el siglo XIX, un porcentaje significativo de los argumentos, en especial los de la tercera parte, se basan en materiales que escribían y leían quienes participaron en este proceso que tuvo lugar a partir de la década de 1870. Aquellas reseñas, estudios, crónicas y correspondencia que aparecieron publicados en los *Anales de Ingeniería*, en la *Revista Médica*, en el *Boletín de Medicina del Cauca* y en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia*, así como una serie de informes elaborados por ingenieros durante sus comisiones oficiales, varias tesis de medicina y diversas memorias, folletos, artículos y colecciones que se editaron individualmente me sirven, no sólo para entender la singularidad de las descripciones científicas, sino para contrastarlas con las de periodos anteriores. En ese sentido, me interesa entender si la articulación entre unos círculos científicos que transitaban hacia la especialización disciplinar, y un Estado que se ensanchaba y se hacía más fuerte, impactaron la forma en que la ciencia venía formulando juicios, categorías e imaginarios sobre las poblaciones, el territorio y la naturaleza colombianas.



PRIMERA PARTE

LA CONFECCIÓN DE LA MIRADA
CIENTÍFICA

LA CONFECCIÓN DE LA MIRADA CIENTÍFICA

Y así, bajo ese supuesto, con esa pauta el hombre había podido, sin perderse, recorrer el globo entero, estudiando los varios vejetales que lo cubren, el líquen humilde como el roble altanero, la espórua informe y diminuta como flor complicada, tálamo de los esposos fitogénicos, con sus amores, con sus nectarios, su perfume; había pasado en revista la muchedumbre de animales que lo habitan, el insecto con su metamórfosis, el castor con su instinto, el águila con su raudo vuelo, el cordero con su mansedumbre, la hiena en su ferocidad; había descendido al mar profundo arrebatándole sus recónditos arcanos; penetrando en las entrañas mismas de la tierra, examinando sus estratificaciones mil veces seculares, sus fósiles prehistóricos y su foco ardiente; había abarcado el espacio infinito de los cielos, medido, pesado y sujetado á las leyes los innúmeros soles que lo pueblan, y se había, en fin, estudiado a sí mismo, en su organización y sus facultades, es decir, el hombre, la obra acabada, el resumen de la creación, la síntesis viviente de las maravillas.

Andrés Posada Arango, *Ensayo etnológico sobre los aborígenes de Antioquia*, 1873.

Al través de las espesuras iba mi machete abriendo la trocha, y detrás de mí desfilaba el sabio con sus cargueros, observando plantas, insectos, resinas. De noche, en playones solemnes, apuntaba a los cielos su teodolito y se ponía a coger estrellas, mientras que yo, cerca del aparato, le iluminaba el lente con un foco eléctrico. En lengua enrevesada solía decirme: –Mañana te orientarás en la dirección de aquellos luceros. Fíjate bien de qué lado brillan y recuerda que el sol sale por aquí–. Y yo le respondía regocijado: –Desde ayer hice el cálculo de ese rumbo, por puro instinto–.

“Clemente Silva”; *La Vorágine*, José E. Rivera

Quien en el siglo XIX aspirara realizar una exploración o estudio científico en un lugar más o menos remoto debía, antes de marcharse, atender una serie de formalidades y procedimientos de los que dependía el éxito de su empresa. Ante todo, y según sus intereses profesionales, tenía que alistar los instrumentos y el equipo necesarios para tomar medidas, recolectar muestras, formular diagnósticos y registrar sus conclusiones más notables; tan solo un ingeniero en comisión de límites requería, por mencionar apenas un ejemplo, dos anteojos cenitales, diez cronógrafos *Morsse*, un aparato *Duplex*, varios faros portátiles y al menos cuatro heliotropos *Gauss*. Aparte de eso, también tenía que considerar la conformación de un equipo de trabajo competente y calcular un presupuesto sensato; dependiendo del itinerario, debía contratar guías y cargadores, preparar las provisiones suficientes, conseguir materiales y solucionar contratiempos de última hora; por aventurar un escenario, si Humboldt no hubiera tramitado a tiempo su pasaporte para embarcarse rumbo a América, su viaje junto a Bomplandt no habría ido más allá de un frustrado proyecto.

Los detalles prácticos no eran, sin embargo, los únicos aspectos que demandaban la atención de aquellos con inclinaciones por la ciencia. Además de lo indicado, estos personajes necesitaban tener vínculos con núcleos académicos, políticos y económicos que estuvieran disponibles a respaldar y promover sus intereses; buena parte de los ejercicios científicos requerían el manejo de un lenguaje y una técnica especializadas, la disposición de materiales e instrumentos – algunos muy costosos–, y el acceso a redes de financiamiento y divulgación que permitieran hacer pública cualquier descubrimiento. Como tal, aquel que aspirara provocar un impacto con estudios o análisis científicos debía saber cómo articularse a una estructura que ya estaba previamente dispuesta, y desde la cual, cientos de médicos, geógrafos, botánicos, etnólogos y naturalistas ejercían ya sus profesiones.

Esta primera parte del trabajo trata sobre esa estructura, o al menos, sobre una de sus tantas facetas. Su propósito es ilustrar cómo a mediados del siglo XVIII la manera de entender la naturaleza experimentó un giro profundo, enmarcado en la búsqueda de un sistema de clasificación que tuviera en cuenta la totalidad de plantas, animales y seres humanos del planeta. Ese cambio de perspectiva estuvo estrechamente relacionado con la ruptura ideológica que supuso la emergencia de la Ilustración, y con las transformaciones políticas económicas e institucionales

que sacudieron a occidente finalizando el siglo. Lo que busca es entender cómo estos elementos se articularon alrededor de un régimen de conocimiento con las características de lo que aquí llamaré la mirada científica, entendida como una forma particular de entender la naturaleza, el territorio, las poblaciones, así como las relaciones y jerarquías que entonces se establecieron entre ellas.

La formulación de esa estructura política, económica y epistemológica, y su vínculo con los acontecimientos que impactaron Europa occidental desde mediados del siglo XVIII, no supone entenderla como un fenómeno exclusivo de esa región del mundo. En ese sentido, también busco entender la forma en que operó en otros escenarios, en particular, aquellos situados en el continente americano. El objetivo es mostrar como él éxito de esta estructura de conocimiento radicó en su capacidad de articularse a núcleos políticos y geográficos previamente dispuestos, sirviendo como una forma legítima de ordenar la complejidad del mundo.

2. LA MIRADA CIENTÍFICA: UNA FORMA NOVEDOSA DE ORDENAR LAS COSAS

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, el afianzamiento de la historia natural redefinió la manera en que la sociedad europea reflexionaba en torno a las cualidades de las plantas, los animales y los seres humanos; la formulación de esquemas de clasificación facultados para sistematizar la totalidad de la naturaleza brindó la posibilidad que casi cualquier objeto, conocido o por conocer, contara con un lugar fijo dentro de un orden previamente definido. Como ha subrayado Michel Foucault, durante la época clásica se crearon un lenguaje y una estructura que cambiaron el espacio donde se exhibían los jardines botánicos, las colecciones zoológicas y los especímenes exóticos, abriendo camino a “una manera novedosa de anudar las cosas a la vez con la mirada y con el discurso; a una nueva manera de hacer la historia”⁹.

⁹ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1998, p. 132. Véase también: Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*, México, FCE, 2010. pp. 59–82; Jacques Roger, *Buffon: A life in natural history*, Cornell, Cornell University Press, 1997. pp. 63–75.

Esa forma inédita de articular las reflexiones sobre el mundo natural, misma que en el siglo XIX se convertiría en el fundamento de la mayoría de disciplinas científicas, tuvo éxito en la medida que contó con un soporte estable y vigoroso sobre el cual constituirse. Aparte de la contribución de un grupo de personajes ilustrados, atraídos por el desarrollo de estrategias de clasificación y análisis novedosas, la historia natural tuvo el respaldo de estructuras políticas, económicas y epistemológicas que favorecieron su fortalecimiento; el giro que dio la manera de narrar las relaciones entre la flora, la fauna y las poblaciones del planeta, las transformaciones institucionales derivadas del desafío al antiguo régimen y los procesos tecnológicos que impulsó la expansión colonial, crearon un contexto social donde el cuestionamiento por la naturaleza encontró otros rumbos.

En efecto, con el aumento de los viajes de exploración, avalados por el interés manifiesto de los estados europeos de extender su control a regiones periféricas, el universo natural se dilató de manera notable. En la medida que las avanzadas coloniales alcanzaron lugares remotos y desconocidos, la información sobre plantas, animales, paisajes y seres humanos desbordó las estructuras clasificatorias vigentes; pronto fue notoria la necesidad de encontrar formas más eficientes de organizar y sistematizar tal variedad de detalles, y producir protocolos que facilitaran su puesta en marcha. La tecnología disponible, mejorada constantemente por artesanos pacientes e ingeniosos, brindó la posibilidad de refinar los procesos de observación, medición y registro; tan sólo las técnicas de navegación implementadas a partir del siglo XVII, por ejemplo, inspiraron métodos de transporte, almacenamiento y conservación más eficaces, así como la fabricación de instrumentos que permitían apreciar lo invisible¹⁰.

La búsqueda de ese orden no fue, desde luego, una excentricidad de los *savants*: el nombre francés para aquellos que hicieron del estudio de la naturaleza una profesión durante el siglo XVIII; el interés por contar la historia de las plantas y de los animales, o por aventurar los rasgos más notables que distinguían a los seres humanos tenía entonces vastos antecedentes, basados en la acumulación de descripciones aisladas que se circunscribían al objeto mismo. Sin embargo, cuando el cuestionamiento por un sistema de clasificación totalizante se tornó prioridad para los sectores ilustrados, y una vez las instituciones políticas y

¹⁰ M. Bourguet, C. Licoppe, y O. Sibum (ed.), *Instruments, travel and science itineraries of precision from the seventeenth to the twentieth century*, Londres, Routledge, 2003, pp. 1–17.

académicas se sintonizaron con ese esfuerzo, la historia natural tuvo el impulso para alcanzar dimensiones planetarias.

Uno de los personajes que más influyó en este proceso fue Carl Linneo, un profesor de la Universidad de Uppsala quien dedicó gran parte de su vida a recolectar flores y animales por distintos parajes de su natal Suecia. Siendo todavía estudiante, Linneo se interesó por la clasificación de las plantas; como no le satisfacían los sistemas que usaban sus profesores en la Universidad durante las salidas de campo, decidió que lo más conveniente era formular uno de su propia cosecha. Con el tiempo, consiguió afinar un modelo que dividía las especies vegetales según el número de estambres y pistilos, procedimiento que por su sencillez fue bien recibido entre los botánicos contemporáneos, quienes paulatinamente lo incorporaron a su práctica cotidiana. En 1735 publicó el *Systema Naturæ*, la primera versión de un estudio que sería constantemente ampliado y corregido; allí, y utilizando una nomenclatura binaria que distinguía entre el género y la especie, expuso su versión de un sistema en el que todas las plantas de la tierra tenían un lugar, incluso aquellas que aún eran desconocidas para los ojos europeos¹¹.

En la medida que la fórmula de Linneo se difundió y alcanzó cierta credibilidad, otros *savants* publicaron sistemas análogos, que además de plantas y animales, incluían a los seres humanos como objetos susceptibles de clasificación. Las preguntas que generaban los matices fenotípicos, o los cuestionamientos en torno a las castas y a las alteraciones corporales, empezaron a encontrar una respuesta en este tipo de iniciativas enfocadas en organizar el aparente caos de la naturaleza.

Lo anterior no significa que desde entonces cada uno de los modelos de clasificación se limitó a reproducir el esquema taxonómico de Linneo, la multiplicidad de posturas provocó un proceso de debate y negociación que siguió refinándose con los años. Sin embargo, lo que sí se volvió habitual tras el trabajo del botánico sueco fue la tendencia a construir sistemas de clasificación con pretensiones universales, facultados para formular marcadores preestablecidos que prometían anticiparse al descubrimiento del objeto de estudio. En el tercer volumen de su *Historie Naturelle* publicado en 1749, por ejemplo, el conde de Buffón identificó una serie de variables geográficas y biológicas para determinar los matices entre seres humanos. Su esquema de clasificación empezaba por

¹¹ Pratt, *Op. cit.*, p. 60–65.

establecer una separación radical entre las zonas tórridas y las templadas, para luego apelar a la noción de la influencia del clima en los seres vivos y, de esa manera, explicar cómo el carácter de los habitantes de determinada región estaba dictado por su situación espacial y por las condiciones climatológicas a las que se veían sometidos. Aunque la teoría climática tenía sus raíces en la antigua Grecia, la noción de Buffon era el resultado de interpretaciones ilustradas como las de Jean Bodin y Montesquieu; este último había escrito un extenso tratado a mediados del siglo XVIII en el que vinculaba el clima, los hábitos y la legislación como causas objetivas de las diferencias entre los seres humanos¹². A continuación, el esquema buffoniano proponía una serie de criterios relacionados con el fenotipo de las personas, incluyendo marcadores de comparación que, como en el esquema vegetal de Linneo, permitían ubicar a cada persona dentro de una categoría previamente reconocida¹³. Así, el color de la piel, la estatura, el aspecto del cabello, el grosor de los labios, la disposición de los párpados y la forma del rostro, entre otros, servían como señales objetivas para determinar la tipología de cada individuo¹⁴.

Ahora, esta forma particular de describir y clasificar los elementos de ese mundo natural compuesto por plantas, animales, paisajes y seres humanos no obedeció únicamente a al desarrollo de un criterio más agudo; las transformaciones políticas, económicas e ideológicas que tuvieron lugar en el tránsito hacia el siglo XIX también fueron fundamentales en ese proceso. Cuando el *Systema Naturæ* de Linneo alcanzaba su duodécima edición en 1769, nacía en Francia George Cuvier, otro de estos naturalistas renombrados por sus trabajos de anatomía comparada y por sus contribuciones al campo de la geología. El interés que mostró por los restos fósiles hallados durante sus investigaciones en los alrededores de París le permitió a Cuvier proponer un sistema de clasificación del reino animal cuyo criterio central de comparación eran las funciones de estructuras vitales, mismas que se empezaron a utilizar para determinar el orden

¹² Para Montesquieu los climas y las latitudes septentrionales estimulaban la razón humana y la industria, y producían una sociedad bien regulada; en oposición, los climas calientes generaban en los seres humanos relajación, promiscuidad y formas despóticas de gobierno. Nancy Stepan, *Picturing tropical nature*, Ithaca, Cornell University Press, 2001, pp. 41–42.

¹³ El propio Linneo postuló una clasificación para distinguir al ser humano, utilizando las categorías de hombre salvaje, americano, europeo, asiático, africano y monstruo. Cada una de ellas estaba asociada a una serie de principios relacionados con los rasgos físicos, con el temperamento y con las costumbres de los individuos. Cfr.: Pratt, *Op. cit.*, pp. 73–74.

¹⁴ Georges Louis Leclerc comte de Buffon, *Histoire naturelle générale et particulière: avec la description du Cabinet du Roy. Tome 3*. Paris, Imprimerie Royale, 1749; Roger, *Op. cit.*

de las cosas en el espacio de la naturaleza; así mismo, sus reflexiones introdujeron la posibilidad de que los seres vivos tuvieran una historicidad, en tanto intuían la existencia de rupturas en la genealogía de las especies¹⁵. Lo llamativo es que desde su posición de miembro y profesor de varias instituciones académicas Cuvier no sólo contribuyó al desarrollo de los métodos científicos, sino que además pudo presenciar el proceso de reestructuración al que fue sometido el naturalismo, particularmente por las transformaciones ideológicas e institucionales que sufrió el ámbito científico a partir de la década de 1790.

Efectivamente, con el triunfo de la Revolución Francesa y tras la consumación de su etapa más radical, el orden social e ideológico reconocido empezó a ser objeto de cuestionamientos por parte de amplios sectores de la sociedad, no sólo francesa, sino europea en general. Al tiempo que las estructuras administrativas del Estado eran reordenadas y sus cuadros directivos sustituidos, los principios que le daban legitimidad al antiguo régimen, basados en el vínculo de la divinidad con el monarca, en una política encerrada en la intimidad de las cortes y en una ideología unidireccional, le abrieron paso a un escenario en el cual la multiplicidad de posturas políticas, los reparos al régimen divino y la necesidad de crear y controlar movimientos de masa eran una posibilidad dentro del orden social¹⁶.

La ciencia apareció entonces como una fuente autónoma de legitimidad parcialmente divorciada de lo teológico, convirtiéndose en un instrumento de sanción que competía en el renovado espectro ideológico ilustrado de finales del siglo XVIII. Por esa razón, cuando el contexto económico empezó a exigir procesos de comercialización y explotación más rápidos y confiables, y la realidad política a requerir de mecanismos para refinar el control social, la práctica científica encontró espacios renovados que le permitieron insertarse mucho más fácil en la sociedad; y no solo como la actividad de unos cuantos eruditos de gabinete o de viajeros ilustrados que deambulaban curiosos por los rincones más apartados de la tierra, sino como una herramienta vinculada al progreso de la humanidad, que bien podía interesar al Estado y a los ciudadanos particulares, como capturar la atención de un público entusiasmado por los nuevos descubrimientos.

¹⁵ Foucault, 1998, *Op. cit.*, pp. 259–270; Elías Trabulse, *La ciencia en el siglo XIX*, México, FCE, 2006.

¹⁶ Dorinda Outram, “Science and political ideology, 1790–1848”, *Companion to the history of modern science*, Londres, Routledge, 1990, pp. 1008–1023.

La constitución de la *Société des Observateurs de l'Homme*, y su papel en la formulación de parámetros para el estudio del ser humano, ilustran bastante bien las características de este proceso de formación de un rigor metodológico e institucionalizado que fue robusteciéndose en los albores del siglo XIX. Fundada en 1799 por el pedagogo Louis François Jauffret, la sociedad entendió la importancia de integrar sus actividades con las de otros organismos dependientes del gobierno francés y, especialmente, con aquellos vinculados al conocimiento geográfico, a la clasificación de los recursos naturales y al estudio de las distintas dimensiones del hombre. Unos meses después de establecida la sociedad, el Museo de Historia Natural de París anunció que se estaba preparando una expedición a los mares del sur, para la cual se seleccionó al capitán de navío Nicolás Baudin como primer oficial. El objeto de la travesía fue fijado enseguida: consistía “en explorar la costa del suroeste de la Nueva Holanda y reconocer los lugares aun no visitados”; “perfeccionar la hidrografía mediante la determinación de posiciones inciertas”; “reportar objetos interesantes, especialmente animales y vegetales que pudieran sobrevivir en el clima europeo”; “e investigar el desarrollo físico, intelectual y moral del hombre en las regiones visitadas”¹⁷.

Una vez se iniciaron los preparativos del viaje la sociedad de Jauffret fue comisionada para componer un manual de instrucciones que le facilitara a los viajeros el examen de las diferentes facetas del hombre, ante lo cual la sociedad escogió a George Cuvier y a Joseph De Gerando. Al primero, aprovechando sus conocimientos de anatomía comparada, se le asignó todo lo referente al hombre físico; mientras que al segundo se le comisionó lo relativo al hombre moral. Ambos redactaron versiones de su trabajo indicando los procedimientos para medir y observar a los pueblos salvajes: Cuvier elaboró una guía para realizar mediciones anatómicas y descripciones fenotípicas de los individuos según sus características biológicas, y su compañero presentó una reflexión filosófica que advertía al viajero sobre cómo juzgar pueblos radicalmente opuestos al europeo.

Ciertamente, tal iniciativa respetaba una tendencia que desde mediados del siglo XVIII exigía la confección de una mirada entrenada y vigilante, capaz de

¹⁷ Lo relacionado a la expedición de Baudin y a la *Société des Observateurs de l'Homme* fue tomado de dos revistas de antropología que reeditaron los trabajos de De Gerando y Cuvier en 1883 y 1910 respectivamente. La referencia sobre la existencia de estas publicaciones fue tomada del texto de Juan Comas. J.M De Gerando, “Considérations sur les diverses méthodes à suivre dans l'observation des peuples sauvages”, *Revue d'anthropologie*, tomo 6, 1883, pp. 153–182; Georges Hervé, “Les instructions anthropologiques de G. Cuvier”, *Revue mensuelle de l'École d'anthropologie de Paris*, núm. 12, 1910, pp. 289–306; Juan Comas, *Las primeras instrucciones para la investigación antropológica en México: 1862*, México, UNAM, 1962.

transmitir imágenes aparentemente auténticas de los elementos situados al margen de Europa occidental. De manera notable, los protocolos de De Gerando apelaban a una extensa y minuciosa gama de instrucciones articuladas en función de penetrar el pensamiento de los *pueblos salvajes*, y de esa manera, componer una escala exacta de los diversos grados de civilización existentes en el planeta. Sus recomendaciones contemplaban la aplicación de un complejo entramado de técnicas lingüísticas, sociológicas y etnológicas, orientadas a distinguir el lenguaje, los gestos, los sistemas de representación, la vestimenta, las capacidades físicas y las circunstancias ambientales de los pueblos observados. Pese a que desconozco cuáles fueron los resultados de la aplicación de instrucciones tan precisas en la expedición de Baudin, lo cierto es que la *Société des Observateurs* sentó un precedente respecto a cómo elaborar protocolos de investigación aplicados al hombre; a cómo articular el estudio de la vida con las funciones institucionales del Estado; y a cómo abordar el problema de la diversidad humana desde un marco de referencia construido sobre la lógica científica.

Aunque la *Société des Observateurs* desapareció por las restricciones que impuso el régimen de Napoleón, su ejemplo permitió la reproducción de un modelo que claramente se vincula con las prácticas de la ciencia moderna, y el cual podemos caracterizar a partir de al menos tres elementos. El primero es la existencia de una acción institucional coordinada, alrededor de la cual el Estado y los particulares lograron hacer coincidir sus intereses en el reconocimiento de territorios, en la explotación de recursos y en la valoración de las poblaciones que emergían como diametralmente opuestas a los europeos. Organismos del perfil de la *Société d'ethnologie de Paris*, de la *Ethnological Society of London* y del *Museu Nacional do Rio de Janeiro*, por citar algunos, emergieron después como las instancias de sanción encargadas de mediar entre autoridades coloniales, exploradores y comerciantes, y los sujetos de regiones remotas que se convirtieron en objeto de la curiosidad científica.

Un segundo elemento consiste en la formulación de procedimientos estandarizados diseñados para operar en cualquier lugar de la tierra. Apelando a la objetividad que se le concedía al conocimiento científico y a la validez de los métodos de investigación basados en los criterios clasificatorios anteriormente reseñados, las disciplinas encargadas de estudiar la naturaleza redactaron instrucciones, elaboraron instrumentos y concibieron protocolos que, gracias a su

portabilidad y a los niveles de precisión que se les concedía, debían funcionar adecuadamente en una aldea del norte de África y entre las tribus indígenas de las selvas de América del Sur¹⁸. Esa manera de articular un sistema de conocimiento especializado con elementos artificiales diseñados para operar en cualquier contexto, abrieron un espacio particular de observación y reflexión desde el cual era legítimo otorgarle un sentido y un orden renovado a las poblaciones, a la flora, a la fauna, a los paisajes y a las relaciones previas entre estos.

Finalmente, la tercera característica de este modelo puede describirse como la consolidación de una disciplina que, apoyada en la estructura epistemológica de la propia ciencia, convirtió la diversidad humana en el objeto central de su curiosidad. Al interior de los ámbitos en los que se reflexionaba sobre temas de botánica, zoología, medicina, climatología y geografía surgieron también inquietudes en torno a cómo explicar los contrastes que se percibían en las múltiples facetas del hombre; esto significó la elaboración de un método y de un lenguaje orientados al examen de los rasgos biológicos y culturales que marcaban la diferencia.

De esta manera, el viejo cuestionamiento sobre los criterios que permitían distinguir entre las figuras del *sí mismo* y del *otro*¹⁹, se vio matizado por una estructura de pensamiento que adquirió particular relevancia a partir del siglo XVIII. El modo en que personajes como Linneo o Buffon enlazaron el estudio de la naturaleza con la obsesión por los esquemas que clasificaban y ordenaban la vida; el desarrollo de instrumentos reservados al ejercicio y divulgación del trabajo de los botánicos, de los cartógrafos, de los médicos y de los filósofos naturales; la posibilidad de trasladar la recolección de datos, los análisis y las descripciones de los laboratorios y los gabinetes al campo, a los navíos y a las expediciones a tierras ignotas; y finalmente, la organización de instituciones encargadas de coordinar todas esas variables que configuraban la práctica

¹⁸ “Se consideran los instrumentos creadores de conocimientos objetivos, porque deben de funcionar independientemente de quiénes y dónde los usan; más allá de las peculiaridades de lo medido”. Este argumento ha sido utilizado constantemente para legitimar el papel de los instrumentos en el ejercicio científico; en un artículo sobre el uso de instrumentos en la medicina y la ingeniería mexicanas, Laura Cházaro analiza las dimensiones sociales y políticas de esa sentencia, ilustrando como el acto de medir no es un simple ejercicio neutro y despersonalizado. Laura Cházaro, “Recorriendo el cuerpo y el territorio nacional: instrumentos, medidas y política a fines del siglo XIX en México”, en: *Memoria y Sociedad*, Bogotá, Universidad Javeriana, vol. 13, núm. 27, julio – diciembre de 2009, pp. 101–119.

¹⁹ Una discusión sobre los alcances de estas categorías y su relación con la configuración de la identidad en: Paul Ricœur, *El sí mismo como otro*, México, Siglo XXI, 2006.

científica, articularon un régimen de conocimiento que moldeó las reflexiones en torno a cuáles eran los índices objetivos que permitían puntualizar las diferencias entre las poblaciones conocidas y desconocidas del planeta.

A partir de ese momento aspectos como el color de la piel, los rasgos faciales, las costumbres, las conductas, el orden sociopolítico, el clima y el hábitat adquirieron el rango de indicadores neutrales, legítimos y universales, que al estar respaldados por un lenguaje *renovado*²⁰ conquistaron la capacidad de actuar en un doble sentido. Primero, lograron determinar el lugar de cada sociedad en la escala ascendente que revelaba la proximidad al paradigma de la civilización; el segundo, –utilizando la expresión de Mary Louise Pratt– consiguieron interrumpir “las redes existentes de relaciones históricas y materiales ente las personas, las plantas y los animales”²¹.

Para los propósitos de este estudio, la consolidación del régimen de conocimiento previamente descrito tiene un significado particularmente importante; se trata de lo que aquí optaré por denominar como la confección de una *mirada científica*, enfocada en las poblaciones, la naturaleza, y los vínculos presentes entre ambas. Esa mirada, cruzada por tensiones y matices, debe entenderse como una estructura compuesta por múltiples puntos de vista, y jamás como una postura unidireccional y previamente acordada en la que no existen las contradicciones.

Ahora, la formulación de esta categoría parte de asumir que el modelo explicativo sobre el cual se construyó la práctica científica durante los siglos XVIII y XIX adquirió un alto grado de estabilidad y confiabilidad, amparándose fundamentalmente en la confluencia de los siguientes elementos: primero, la definición de un lenguaje estandarizado, armónico y aparentemente neutral, encargado de nombrar todo aquello que fuera susceptible del examen de la mirada científica; segundo, la aparición de contenidos controlados por saberes expertos, que además de estar normados por la rigurosidad en su confección, se

²⁰ La renovación del lenguaje se refiere a la adopción de categorías y términos propios de las teorías científicas que afloraron, con especial énfasis, a partir de los siglos XVIII y XIX en distintas regiones del mundo. Un ejemplo de esa renovación puede ser el cambio que, en la Nueva España, tuvo la mirada sobre la diferencia social, pasando de una cuestión de pureza de sangre a un asunto meramente fisiológico; algo que Carlos López Beltrán ha denominado como “el traslado de la mirada desde la diferencia moral a la diferencia física”. Carlos López Beltrán, “Sangre y temperamento. Pureza y mestizajes en las sociedades de castas americanas”, en: Frida Gorbach y Carlos López Beltrán, *Saberes Locales. Ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2008, pp. 289–342.

²¹ Pratt, *Op. cit.*, pp. 72.

consideraban instrumentos útiles para el progreso material y el bienestar de la sociedad; tercero, la organización de instituciones consagradas a la coordinación, tanto del ejercicio de la ciencia, como de las disciplinas encargadas de elaborar y organizar dichos contenidos; cuarto, la popularización de órganos de difusión regidos por una serie de normas que definían su formato, la periodicidad de su edición y la selección de sus temáticas; y finalmente, la incorporación de la ciencia –entendida como un conjunto de disciplinas seculares– a las redes políticas, económicas y culturales de los centros epistemológicos y geográficos que dominaban la estructura descrita²².

La articulación de estos procesos profundizó el reconocimiento colectivo que de la ciencia hicieron diversos e influyentes sectores sociales, al tiempo que le brindó a ésta la posibilidad de disfrutar de una relativa autonomía frente a otros lenguajes especializados. Los autores, encargados de ordenar y difundir los contenidos científicos, se convirtieron entonces en figuras con el capital político, moral y cultural suficiente para controlar los enunciados, los métodos y los datos que robustecían su disciplina; aquello dio pie a la conformación de grupos responsables de la elaboración de certezas, posteriormente validadas por un público dispuesto a apropiarse de sus argumentos. De esta forma, la ciencia consolidó un centro de referencia a partir del cual dirigir su mirada, tomando así distancia de otras estructuras explicativas a las que consideraba insuficientes; la existencia de ese lugar de observación, provisto de una panorámica privilegiada, es lo que varios autores han considerado como la fuente de legitimidad de la ciencia moderna, en tanto se trata de una posición con la capacidad de generar y reflexionar sobre sus propios enunciados y normas²³.

²² No es el objetivo de este trabajo plantear la discusión respecto al origen de la ciencia moderna. Basta con mencionar que la “ciencia” fue el nombre que, principalmente a partir de los siglos XVIII y XIX, cobijó a las disciplinas seculares encargadas de estudiar las regularidades del mundo natural. Para un panorama más completo respecto a este problema ver: Andrew Cunningham, “De-centring the big picture: The origins of modern science and the modern origins of science”, *The British Journal for the history of Sciences*, vol. 26, Londres, British Society of the History of Science, 1993, pp. 407–432; Peter Dear, “What is the history of science the history of? Early modern roots of the ideology of modern science”, *Isis* vol. 96, no. 3, septiembre de 2005, pp. 390–406; Mauricio Nieto, *Orden natural y orden social. Ciencia y política en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, Madrid, CSIC, 2007.

²³ Las teorías poscoloniales son, quizás, las que más han insistido en este asunto, acuñando términos como el de *locus de enunciación* o *punto cero* para denominar el lugar teórico desde el cual la ciencia observa el mundo. Al respecto puede verse: Santiago Castro-Gómez, *La Hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada. 1750–1816*, Bogotá, Universidad Javeriana, 2005; Boaventura de Sousa Santos, *Crítica de la razón indolente: Contra el desprecio de la experiencia*, vol. 1, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2000, pp. 49–133.

Ahora bien, hasta este momento se ha examinado esa parte de la historia en la cual la plataforma para observar el mundo se encontraba asociada a los centros económicos, políticos y académicos situados en alguna parte de Europa occidental; esto ha permitido visualizar un panorama en el que las cortes, los jardines botánicos, las universidades y las expediciones científicas funcionaron como espacios de reproducción de un orden que aspiraba formular modelos universales frente a los cuales era legítimo contrastar los elementos conocidos y desconocidos de la naturaleza. Sin embargo, y más allá de las jerarquías propias de un modelo construido bajo el paradigma colonial, la consolidación de esa mirada científica también supuso la emergencia de escenarios ubicados por fuera de los principales núcleos científicos europeos, depositarios de su propia legitimidad y con la capacidad de participar en la red de intercambio y formulación del conocimiento.

Si partimos de que el afianzamiento de la ciencia moderna no siguió el esquema espacio temporal de “primero en Europa y luego en otras partes del mundo”, sino que se trató de un proceso de coproducción coetáneo sujeto a tensiones y desigualdades²⁴, podemos asumir que las reflexiones y miradas confeccionadas desde selectos y determinados lugares de América, Asia o África también contribuyeron a robustecer las nociones sobre el hombre y la naturaleza que aquí se vienen discutiendo. Las visiones científicas formuladas desde contextos coloniales y postcoloniales abrieron la posibilidad de que los métodos, los registros y las inquietudes estandarizadas de la ciencia ampliaran su campo de acción a escenarios novedosos, inscritos en estructuras de pensamiento que la mayoría de las veces no contemplaban los esquemas clasificatorios modernos. En la medida que el lenguaje, los artefactos y las interpretaciones que sustentaban esa mirada científica irrumpieron con mucha más contundencia en los itinerarios que recorrían los múltiples paisajes del planeta, la lógica científica se adaptó a nuevos centros geográficos y epistemológicos que fortalecieron las redes por las cuales circulaba el conocimiento. En lo que se refiere al contexto americano, se verá como los imaginarios concebidos por los europeos respecto al continente cohabitaron con reflexiones confeccionadas en la propia América; estas últimas aparecieron en el marco de una conjunción particular de intereses inéditos, delineados por las pretensiones nacionales, las posibilidades que ofrecía el

²⁴ Una crítica al historicismo que deviene del uso de la lógica temporal de “primero en Occidente, luego en los demás lugares” puede encontrarse en: Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe. Postcolonial thought and historical difference*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

capitalismo mercantil y las inquietudes legítimas y ascendentes de los científicos locales.

3. OBSERVACIONES *IN SITU*: AMÉRICA EN EL HORIZONTE DE LA MIRADA CIENTÍFICA

Los trabajos de personajes como Charles de La Condamine, Alexander von Humboldt, y Alexandre Rodrigues son hoy célebres, entre otras cosas, en virtud de un conjunto de referencias que por primera vez describieron a América en los términos que el conocimiento científico acuñó a partir de la segunda mitad del siglo XVIII; los tres, cada uno en su momento y bajo circunstancias especiales, comenzaron su viaje en algún puerto de Europa, recorrieron regiones del continente americano como miembros de una comisión, y finalmente presentaron sus conclusiones ante el público y las autoridades que avalaron las que entonces eran empresas de grandes proporciones.

Más allá de la relevancia que puedan tener estos tres naturalistas, lo cierto es que esa inquietud por recorrer, describir y clasificar lo que Humboldt llamó el *Nouveau Continent* era entonces el oficio de numerosos individuos e instituciones apostadas alrededor del planeta. En ese momento la curiosidad científica vivía una inusual efervescencia, motivada por los requerimientos ascendentes de los mercados locales e internacionales, por las peticiones de dirigentes interesados en emplear sus contenidos como herramientas en el ejercicio del gobierno y por un creciente interés académico sustentado en el prestigio de instituciones y gremios profesionales. Esto facilitó la proyección, organización y financiación de cientos de iniciativas con fines científicos, orientadas a la extracción de recursos naturales, al descubrimiento de medicinas, a la composición de mapas, a la ubicación de poblaciones y a la apertura de rutas de comunicación más eficientes.

Como consecuencia de esa articulación entre motivaciones político-económicas y medios científicos, la formulación de descriptores y categorías enfocadas en sintetizar la realidad americana experimentó un importante ascenso; a partir de ese momento las narraciones que intentaron retratar aquellos paisajes se escribieron, con bastante frecuencia, en el lenguaje especializado que

empleaban la botánica, la cartografía y la etnología para clasificar y valorar el mundo natural y sus elementos. Guardando las proporciones, este ejercicio de traducción y reproducción de la diversidad americana puede asimilarse a lo que Walter Benjamin denominó como la composición de un *diorama*, en referencia a la representación idílica de la naturaleza a partir de una imitación que trae lo ausente al espacio político de la ciudad²⁵. En este caso, aquel diorama estaba confeccionado por las poblaciones, su carácter, sus hábitos y su inteligencia; y por los elementos de un paisaje subordinado a su situación geográfica, a su topografía y a su clima. Todos ellos se articularon en narraciones que, al estar sustentada en las interpretaciones de la geografía, la botánica y la etnología, aspiraron a un rango de verdad empleado para nutrir los que se consideraban cuadros fidedignos de la realidad americana.

Desde luego, la confección de este tipo particular de descripciones no fue una labor exclusiva de naturalistas europeos alojados en los siglos XVIII y XIX. Ni los imaginarios sobre América surgieron en aquel momento, ni sus autores fueron, exclusivamente, distinguidos *savants* con alguna posición destacada en la sociedad cortesana y burguesa. La formulación de marcadores científicos sobre la naturaleza y población americanos fue el resultado de un proceso colectivo de representación de la diferencia y de coproducción del conocimiento, en el cual participaron viajeros, comerciantes, elites locales y profesionales de distintos lugares del planeta. Como se verá a continuación, tanto europeos como americanos participaron de la confección de cuadros científicos sobre la realidad americana defendiendo, en ambos casos, intereses derivados de su propia realidad y contexto.

Promediando el primer cuarto del siglo XIX la obras de La Condamine y Humboldt sobre América eran ya bastante conocidas; de hecho, para algunos círculos intelectuales constituían un retrato que lograba resumir la complejidad y el exotismo del continente, circunstancia que las convirtió en referentes canónicos de una realidad que para muchos se mantenía ausente. Humboldt era entonces célebre por sus vívidas descripciones sobre los paisajes tropicales, mismas que “reinventaron” el Nuevo Mundo dándole a su naturaleza un carácter

²⁵ Aunque Benjamin recurre al concepto del diorama para ilustrar cómo la sociedad parisina del siglo XIX representaba la ruralidad en el contexto urbano, me parece que la idea de representar lo ausente con un orden preestablecido explica el sentido de lo que aquí he denominado como la confección de una mirada científica sobre la naturaleza. Walter Benjamin, *París, capital del siglo XIX*, México, Imprenta Madero, 1971, pp. 21–23.

dramático y científico²⁶.

Lo anterior no significa, desde luego, que la producción de estos imaginarios fuera una actividad exclusiva de los viajeros y comisionados europeos que recorrieron el actual territorio americano a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Desde el momento mismo de la conquista las escenas que remitían a América estuvieron compuestas por visiones fantásticas, Naturalezas exóticas y seres mágicos que confluían en un sólo espacio imaginario; era como si en tales narraciones coincidieran el asombro de quienes confrontaban un mundo novedoso y desconocido, y sus ensoñaciones respecto a lugares y criaturas fantásticas que, pese a su ausencia, terminaban poblando los relatos de viaje y sus ilustraciones²⁷. Aquello explica cómo las referencias a hombres con hocico de perro y a mujeres lascivas dispuestas a sacrificar a sus consortes, aparecidas en las bitácoras de Colón y Vesputio, nutrieron una iconografía que, como la de los grabados de Theodor de Bray, mostraba imágenes de nativos americanos, desnudos y de aspecto intimidante, degustando succulentos banquetes de carne humana²⁸.

Sin embargo, esas imágenes primigenias y míticas del continente americano fueron cediendo ante un conjunto de explicaciones enmarcadas en el discurso ilustrado que, aunque reproducía esos prejuicios precedentes, los anclaba a un pretendido orden universal sustentado en argumentos enciclopédicos y científicistas. Notables e influyentes personajes como el conde de Buffon o como el abate holandés Corneille De Pauw defendieron, cada uno en sus términos, la existencia de un esquema totalizante que apelaba a criterios naturalistas para ubicar a los seres humanos, a la fauna y a la flora en una misma jerarquía arbitraria. Mientras que en el modelo de Buffon América lucía débil, inmadura, poblada por individuos semejantes a los animales de sangre fría y sumergida en un pantano perenne, en las disquisiciones de De Pauw ésta aparecía como un

²⁶ Margarita Serje, *El revés de la Nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*, Bogotá, Uniandes/CESO, 2005, p.64.

²⁷ No hay que olvidar que los navegantes europeos de los siglos XV y XVI estaban familiarizados con relatos y representaciones previas como las de Ptolomeo, Marco Polo, y Pierre d'Ailly; estas sugerían la existencia de lugares remotos e imaginarios que incluso se aventuraban a identificar con el paraíso terrenal. Por esto, muchas de las primeras descripciones sobre el continente americano contienen ese tipo de pasajes, en los cuales los navegantes transmitían la idea que ya habían transitado esos rumbos. Adrián Serna Dimas, *Ciudadanos de la geografía tropical: ficciones históricas de lo ciudadano*, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2006, pp. 283–284.

²⁸ Carlos Jáuregui, *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2005, pp. 65–89.

espacio bestial dominado por una naturaleza corrupta y degenerada²⁹.

De este modo, las representaciones que adquirieron relevancia a partir del siglo XVIII fueron aquellas que apelaron a la existencia de una geografía, una historia y una naturaleza universales, entendidas como modelos explicativos frente a los cuales era legítimo contrastar la totalidad de territorios y pueblos del planeta. Bajo esa lógica, las topografías conocidas y desconocidas de América debían ser reducidas a la escala de la cartografía moderna y a su perspectiva perpendicular que eliminaba cualquier posición o postura subjetiva; su fauna y su flora demandaban ser sometidas a la estructura clasificatoria de la botánica y la historia natural; y sus climas al régimen de la altimetría y la temperatura que determinaba las condiciones fisiológicas, el carácter y el grado de civilización de los seres humanos. El orden en que se empezaron a componer esos dioramas del territorio americano durante el periodo en cuestión fue respaldado por las instrucciones y métodos que hacían parte del régimen de conocimiento sobre el cual se cimentó la ciencia moderna; esto significa que las estimaciones respecto al carácter de la naturaleza y las poblaciones de América formaron parte de una visión continua y consolidada del mundo que intentó otorgarle a cada planta, animal, montaña y ser humano su lugar genuino en el universo.

Ahora bien, como se sugirió anteriormente la confección de estos *dioramas ilustrados*, compuestos por tipologías y estructuras clasificatorias sobre América, no fue una labor exclusiva de nobles aventureros europeos que en algún momento de sus vidas optaron por transitar esos inquietantes territorios situados al otro lado del Atlántico. Adscritas a los modelos ilustrados de occidente las elites americanas fueron igualmente diligentes en el ejercicio de describir y catalogar la naturaleza y las poblaciones que entendían bajo su jurisdicción; estos sectores crearon estructuras desde las cuales elaboraron juicios y certezas científicas, recurriendo a un lenguaje similar al usado por La Condamine, Humboldt o De Pauw en sus trabajos más elaborados. En un principio, la formulación de estos argumentos funcionó como parte del complejo entramado del poder colonial, el cual era manejado de forma conjunta por las autoridades del imperio y por la aristocracia local. Con el estallido de los movimientos de independencia la elaboración de esas certezas científicas pasó a ser una tarea de

²⁹ En relación con las interpretaciones que desde la Europa ilustrada se hicieron del Nuevo Mundo, y respecto a las respuestas que estas nociones generaron en el continente americano véase: Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750 – 1900*, México, FCE, 1982.

las elites patricias y de los nuevos gremios profesionales quienes, antes de cuestionar tales estructuras, las emplearon en función de sus intereses políticos, económicos y epistemológicos.

Si la confección de esos dioramas sobre el *Nuevo Mundo* alimentó la imaginación del público europeo, estimulándola con perfiles opulentos y bestiales, su circulación y popularización en contextos americanos generó un conjunto de reacciones e interpretaciones por parte de los círculos criollos ilustrados quienes, paralelamente, elaboraron reflexiones particulares sobre la naturaleza del continente. Pese a que los filósofos, naturalistas y comisionados europeos compusieron narrativas heterogéneas sobre las condiciones ambientales, demográficas, políticas y económicas del *Nuevo Mundo* —las visiones de Buffon y De Pauw, quienes jamás cruzaron el océano, diferían sustancialmente de las de Humboldt y La Condamine quienes, como vimos, si lo hicieron—, los intelectuales americanos consideraron necesaria su intervención en una controversia que discutía sobre el carácter de su contexto inmediato; la condición de testigos presenciales, la capacidad de percibir los detalles de una realidad social particularmente abigarrada y las pretensiones patrióticas animaron a varios autores e intelectuales criollos a confeccionar discursos reivindicativos sobre el pasado y presente americano, sobre sus habitantes y su naturaleza³⁰.

En ese sentido, proponer un análisis de las reflexiones que desde América procuraban componer dioramas enfocados en dialogar con los imaginarios europeos, supone tener en cuenta debates contemporáneos en torno a la pertinencia y el significado de esa “epistemología local”. Sin pretender ahondar demasiado en este asunto, basta señalar que tales discusiones han buscado problematizar la mirada difusionista de la historiografía tradicional, destacando cómo el conocimiento local en general, y el científico en particular, son el resultado de “prácticas heterogéneas inseparables de su lugar de producción, aliadas a las costumbres y los usos específicos”³¹. Pues bien, al considerar los

³⁰ Este conjunto de discursos enfocados en crear y validar el conocimiento en contextos coloniales, ha sido descrito por Jorge Cañizares–Esquerri como una “epistemología patriótica”. Se trata de un recurso narrativo y político empleado por sectores de las elites criollas, orientado a contrarrestar los juicios antiamericanos confeccionados en Europa. Jorge Cañizares–Esquerri, *How to write the history of the New World*, Stanford, Stanford University Press, 2001, pp. 204–210.

³¹ Los alcances de esa polémica exceden las intenciones de este trabajo. Al respecto, y como un punto de partida, pueden revisarse: Miruna Achim, “La querrela por el temperamento de México. Meteorología, hipocratismo y reformas urbanas a finales del siglo XVIII”; Rafael Guevara Fefer “La biología en México. Un acercamiento historiográfico”, ambos en: Gorbach, *Op. cit.* Véase también: Cañizares–Esquerri, *Op. cit.*

alcances de esas narrativas situadas en el *Nuevo Mundo*, emerge una aparente contradicción entre sus intenciones de despojar a América de los odiosos prejuicios europeos y su deseo de componer visiones lo suficientemente rigurosas como para competir en el horizonte ideológico de occidente, y así, convertirse en la fuente principal de los juicios de Europa sobre el continente americano. Como intentaré mostrar a continuación, las interpretaciones a cargo de los círculos criollos ilustrados, enfocadas en describir su propio contexto, contribuyeron a robustecer la vigencia de ese orden único y universalista sobre el cual se estructuró la mirada científica. Esto significa que más que controvertir el modelo epistemológico unidireccional que reconocía las jerarquías entre los seres humanos y la naturaleza, los alegatos de figuras como Francisco J. De Caldas, Hipólito Unanue o José Antonio Alzate, activos miembros de las ilustradas élites virreinales, estaban dirigidos a asignarle a América un papel mucho más decoroso dentro de ese mismo sistema. Y no a través de la reivindicación de cada uno de sus elementos, sino empleando nuevas jerarquías afines a las expectativas políticas, económicas y epistemológicas de los círculos a los cuales pertenecían³².

Aunque los cuadros confeccionados por criollos ilustrados intentaban competir con los imaginarios europeos sobre América, hay que advertir que estos últimos no constituían un cuerpo ideológico homogéneo. Como se indicó anteriormente, la representación de la naturaleza y el hombre americanos era una vieja práctica puesta en marcha desde los tiempos de la conquista, circunstancia ésta que avalaba la existencia de imágenes contradictorias que recreaban una realidad bastante difusa. Los mismos enciclopedistas e ilustrados europeos mantenían polémicas respecto a la naturaleza de los *salvajes americanos*, y se veían en dificultades a la hora de postular una visión unificada capaz de describirlos; mientras que para Rousseau y Montaigne, por ejemplo, estos eran seres bondadosos, habitantes de un mundo idílico en peligro de ser contaminado por la civilización; para Diderot y d'Alembert no eran más que pueblos bárbaros, nómadas y feroces, sin leyes ni religión, que se alimentaban de carne humana³³. A su vez, las descripciones de Humboldt y de los viajeros y comisionistas

³² Al respecto, Mauricio Nieto plantea que los esfuerzos de las élites americanas, orientados a participar de ese esquema único de conocimiento, supone una estrategia de consolidación de un orden mundial eurocéntrico; según su planteamiento –y citando a Arif Dirlik– “el verdadero poder de una mirada eurocéntrica no está en la exclusión de los otros, sino por el contrario en su inclusión, en la inscripción del mundo entero dentro de un orden y un único sistema”. Nieto, 2007, *Op. cit.*, pp. 306–307.

³³ Para Carlos Jáuregui “la Ilustración produjo dos tipos de *artefactos salvajes*: el *salvaje idílico* de los nostálgicos viajes estacionarios del humanismo y los *antropófagos feroces* de las fronteras coloniales”. Jáuregui, *Op. cit.*, p. 332.

contemporáneos del prusiano, elaboradas medio siglo después que las de los enciclopedistas franceses, aludían a una realidad mucho más compleja y desmenuzada, observada por una perspectiva romántica y científicista que permitía advertir sus matices y complejidades³⁴. Sin embargo, y más allá de tales matices los criollos americanos consideraban urgente su intervención en esta controversia que intentaba, por medio de clasificaciones y categorías, brindarle al continente y a sus elementos un lugar verdadero y definitivo en el orden social y natural que se imponía como hegemónico.

Teniendo en cuenta ese horizonte, y atendiendo a sus inquietudes particulares, el médico y naturalista peruano Hipólito Unanú publicó en 1806 sus *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*³⁵. Este tratado ofrecía al lector una panorámica amplia de las condiciones ambientales, atmosféricas y meteorológicas que imperaban en la ciudad de Lima y sus alrededores, ilustrando cómo estas variables influían en la constitución y el carácter de los animales, la vegetación, los seres humanos, la salud y la enfermedad del virreinato. El argumento de Unanú se fundamentaba en una extensa y minuciosa descripción que, apelando a un riguroso esquema clasificatorio y científicista capaz de sintetizar la complejidad del mundo americano, se enfocaba en controvertir lo que el mismo consideraba “deducciones hijas de la preocupación é ignorancia”³⁶; ante las continuas caracterizaciones que dibujaban a una América degenerada y sometida a las condiciones inalterables de una naturaleza adversa y problemática, el facultativo peruano elaboró una defensa de las cualidades del clima y de la población de Lima, empleando para ello una serie de juicios y demostraciones asentadas sobre

³⁴ Las descripciones que se popularizaron a partir en el ocaso del siglo XVIII y, particularmente, durante el siglo XIX, aludían a una América organizada, compuesta por razas, esquemas productivos y categorías ambientales. Sin duda, la apertura paulatina del celoso imperio español y su desmonte definitivo en el continente americano, permitieron la intensificación de esos relatos detallados. *Cfr.*: Pratt, *Op. cit.*, pp. 211–267.

³⁵ En la advertencia de la segunda edición, publicada en Madrid en 1815, Unanú manifestaba su complacencia por las reacciones que despertó su trabajo en Europa. Al respecto señalaba como “Las observaciones, que sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados publiqué en esta capital en el año de 1806, han merecido el aprecio no solo de los Literatos de América, sino también de los de Europa a. En el Memorial Literario de Madrid del 20 de Mayo de 1808 n. 14 se imprimió un juicio circunstanciado de ellas”. Hipólito Unanú, *Observaciones sobre el clima de Lima, y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*, Madrid, Imprenta de Sancha, segunda edición, 1815, p. 3.

³⁶ En una clara crítica a las visiones popularizadas por De Pauw, Unanú escribió: “La frialdad destructiva de la vegetación, que M. Paw asegura haber en nuestro suelo, por haber leído en Guillermo Pison que en el Brasil los árboles echaban las raíces someras y en circunferencia, es una de aquellas deducciones hijas de la preocupación é ignorancia”. Unanú, *Op. cit.*, p. 49.

criterios raciales, atmosféricos y médicos con un profundo sentido hipocrático. Al respecto, sostenía Unanúe que:

Los habitantes de Lima y de esta costa debían ser del todo prietos, pues estan á esta banda del equador baxo las mismas latitudes que el Senegal á la otra. Pero el calor obra allá en toda su fuerza, quando por el contrario en el Perú se halla reducido á una influencia benigna [...] Por esta razon el color de los aborígenes, ú oriundos de este pais debe ser un color distinto al negro, y que se aproxíme al blanco. Este es aquel color amarillento, que hemos dicho imprimir el clima con cierta especie de preferencia en todas sus producciones³⁷

Si tenemos en cuenta las discusiones vigentes en América, se advierte como éste no era un argumento atípico sino una interpretación que estaba activa en diversos círculos alrededor del continente. En 1808, apenas unos años después de que Unanúe editara sus *Observaciones*, Francisco J. De Caldas publicó los primeros números del conocido *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*: una novedosa apuesta impresa dirigida a recopilar y difundir contenidos expertos relacionados con las condiciones particulares del reino, y a defender las cualidades de América dentro de un pretendido contexto universal. Sus páginas se convirtieron en una magnífica tribuna estandarizada que, a través de artículos sobre medicina, geografía, historia natural, astronomía, estadística, y literatura, puso de manifiesto las inquietudes de los criollos ilustrados respecto al orden económico y social en la cual se hallaban inmersos.

Efectivamente, tanto Caldas como quienes contribuyeron con la publicación del *Semanario* se dedicaron, de acuerdo a sus posibilidades e intereses, a la confección y divulgación de un panorama capaz de sintetizar las condiciones ambientales, raciales y morales de la Nueva Granada. Sus descripciones apelaban a imaginarios ambivalentes sobre la fauna, la flora, la topografía y la población de esta porción de la América hispánica; así como reivindicaban los climas fríos y benignos de las alturas andinas, la colosal constitución y cultura de sus habitantes civilizados y blancos, y la potencialidad económica y geoestratégica de un territorio inmensamente rico, ubicado en una posición que lo “destinaba al comercio del Universo”³⁸, Caldas y sus contemporáneos se lamentaban por la

³⁷ Unanúe, *Op. cit.*, pp. 85–86.

³⁸ Así describía Caldas la posición geográfica de la Nueva Granada: “Mejor situada que Tiro y que Alejandría

pasividad y estupidez de la mayoría de sus habitantes, por los climas ardientes y mortíferos que dominaban buena parte del reino, y por la falta de capacidad para transformar esas formidables riquezas en fuentes de felicidad y progreso. Era como si la Nueva Granada conservara un semblante primitivo, bestial y absolutamente natural, expectante a ser transformado por los hábiles personajes ilustrados que diariamente trabajaban en función de un proyecto civilizatorio definido³⁹.

Inquietudes similares habían motivado las reflexiones en torno al temperamento de la Ciudad de México y a su influjo en la flora, la fauna y la población, publicadas por José Antonio Alzate en la década de 1790. Este reconocido sacerdote, a quien se anunciaba como socio correspondiente de la Real Academia de Ciencias de París y del Real Jardín Botánico de Madrid, entendía la utilidad de una obra que reivindicaba el carácter moral, económico y político de la Nueva España, en un contexto en el que no faltaban las polémicas respecto a las cualidades y defectos que caracterizaban los climas, la naturaleza y los habitantes del continente americano. Con el entusiasmo con que objetaba planteamientos de filósofos naturales como Buffon, Alzate elaboraba planes de intervención urbana, estudios sobre salud, sobre la composición del aire y del agua, y sobre los atributos de los animales. Sabía muy bien que el uso de una terminología especializada y precisa, fundamentada sobre los argumentos empleados habitualmente para explicar la geografía, la medicina, la agricultura, los fenómenos físicos y la filosofía natural, constituía una estrategia de intervención, tanto en las polémicas sobre el carácter de América, como en los asuntos de política y economía locales⁴⁰.

Contemplando este panorama general, da la impresión de que los criollos ilustrados estaban bastante comprometidos con la tarea de describir, clasificar y reivindicar determinados elementos del orden social y natural americano. Por lo que se desprende de sus estudios y publicaciones queda claro su continuo interés

puede acumular en su seno los perfumes del Asia, el marfil Africano, la industria Europea, las pieles del Norte, la Ballena del Mediodía, y quanto produce la superficie de nuestro globo. Tal me parece que ésta Colonia afortunada recoge con una mano las producciones del emisferio que domina la Osa, y con la otra la del opuesto”. Además de resaltar las bondades geoestratégicas, llama la atención el sentido global de la descripción, mismo que pretende ubicar a la Nueva Granada en ese orden ascendente y universalista dominado por la Europa industrial. Francisco J. De Caldas, “Estado de la Geografía del Virreynato de Santafé de Bogotá con relación a la economía y al comercio”, *SNRG*, núm. 2, 10 de enero de 1808, pp. 11–12.

³⁹ *Cfr.*: Nieto, 2007, *Op. cit.*, pp. 161–174; Gerbi, *Op. cit.*, pp. 387–392.

⁴⁰ Achim, *Op. cit.*

en problemáticas relacionadas con la salud, la demografía y los recursos de sus territorios de influencia. Estos temas resultaban fundamentales para plantear una estructura moral y material accesible, correspondiente con el proyecto civilizatorio al que aspiraba buena parte de las elites hispanoamericanas; la salud y cuantificación de la población se entendía en términos de bienestar económico, y su racionalización permitía cobrar impuestos, imponer multas y organizar ejércitos. Un conocimiento cabal del territorio y la naturaleza, y de los medios y las tecnologías necesarias para controlarlos y explotarlos, se concebía como una señal objetiva de riqueza y de soberanía, dando también acceso al diálogo que mantenían los miembros de comunidades científicas en diversas partes del mundo.

Sin embargo, semejantes esfuerzos no deben entenderse como un acto de defensa orientado a eliminar las jerarquías que situaban ciertos elementos de la sociedad y la naturaleza americanas en la sección más baja de un orden universal imaginado. Por el contrario. Este ejercicio de clasificación buscaba ampliar las facultades de las elites criollas en el ejercicio del poder, por medio de mecanismos de distinción y localización que le asignaban a cada cosa su “lugar correspondiente” dentro de una estructura previamente proyectada⁴¹. En ese sentido, los argumentos de personajes como Alzate, Unanue y Caldas, cada uno en su estilo, constituyen intentos por reafirmar la legitimidad de un orden diferenciado y jerárquico, el cual debía ser descrito y gobernado por capaces hombres ilustrados. Su insistente búsqueda de una comunidad que avalara y reprodujera sus reflexiones en torno a la constitución de los habitantes de la Ciudad de México, al “clima salubérrimo” de Lima y a la posición privilegiada de la Nueva Granada hizo parte, por un lado, de las aspiraciones de los criollos a posicionar las bondades americanas en el marco de las polémicas vigentes, y por el otro, de sus intenciones de erigirse como agentes autorizados para dictaminar las cualidades y los defectos de su contexto inmediato y para determinar su rumbo. Como lo ha reiterado Mauricio Nieto en sus trabajos sobre Francisco J. De Caldas, “una de las preocupaciones más evidentes de las elites criollas y de sus escritos científicos es la urgencia de distinción, la búsqueda de aquellas características que los hacen diferentes del resto de la población y que señalan unas diferencias naturales y jerárquicas entre los criollos ilustrados y el resto de la

⁴¹ Mauricio Nieto y otros, “Ilustración y orden social: El problema de la población en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada (1808–1810), *Revista de Indias*, vol. LXV, núm. 235, 2005, p. 689.

población”⁴².

Ahora, esta necesidad de los círculos criollos por tomar distancia como voceros legítimos de la Ilustración está relacionada con la idea de que estos personajes, y su confección de dioramas sobre el *Nuevo Mundo*, contribuyeron a robustecer la vigencia de ese orden único y universalista sobre el que se estructuró eso que aquí he denominado la mirada científica. Tal como se indicó, las estrategias de reivindicación de los americanos no vacilaron en apelar al lenguaje y a los argumentos del horizonte ideológico que prevalecía en occidente, ratificando así su convicción en la estructura epistemológica y política desde la cual, precisamente, se habían formulado esas categorías y escalas odiosas que le asignaban a América un lugar subordinando en el mundo.

Los argumentos de Unanúe contra los modelos raciales y estéticos de algunos naturalistas y médicos europeos de la segunda mitad del siglo XVIII⁴³, por ejemplo, reconocían la existencia de un esquema singular y progresivo que permitía situar a los seres humanos en un escalafón de cualidades y defectos. El peruano afirmaba que “la morosidad y la pereza” eran atributos de los habitantes de climas cálidos aunque, aducía, éstas podían ser contrabalanceadas o destruidas gracias a la virtud de las causas morales, haciendo a estos individuos “tanto o más laboriosos que los moradores de la regiones frías”⁴⁴. Se trataba de una interpretación que reproducía categorías climáticas y conductas con un pretendido alcance universal reconociendo, a través de su postulación, la vigencia de una jerarquía que diferenciaba entre lo bondadoso y lo perverso. Apelando a las populares teorías hipocráticas sobre los humores y la consistencia de la sangre –mismas que de alguna u otra manera reafirmaban la existencia de un tipo de racionalidad y un esquema clasificatorio que intentaba explicar la salud y la enfermedad entre todos los pueblos del planeta– Unanúe ratificó su confianza en la facultad que tenía la ciencia para determinar, con sus métodos e interpretaciones, las propiedades físicas y las capacidades de los seres humanos.

Posiblemente, un interés similar había motivado las reflexiones de Alzate y

⁴² *Ibid.*, p. 686.

⁴³ En su argumento sobre la influencia del clima en el ingenio de los seres humanos, Unanúe expuso una serie de críticas contra los modelos antropomórficos del holandés Pieterus Camper quien, en un tratado publicado en 1791, propuso una relación entre la curvatura de la frente y la inteligencia de los individuos. Semejantes criterios situaban al europeo en la cima de la civilización, correspondiéndole al “negro del África” el poco decoroso eslabón que vinculaba “al hombre con el bruto”. Unanúe, *Op. cit.*, pp. 88–89.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 82–83.

Caldas respecto a las cualidades del continente. Su defensa del clima, de la posición geográfica, del temperamento y de la riqueza potencial que albergaba América; y su constante insistencia en que una porción ilustrada de la sociedad tenía la capacidad de liderar la transición hacia una situación de progreso y bienestar, eran estrategias aferradas a los modelos epistemológicos y políticos que regían buena parte del mundo occidental. Mientras que Caldas reafirmaba la validez de una geografía universal fundamentada en la vigencia de escalas, altimetrías e instrumentos facultados para interpretar el territorio, Alzate reproducía las teorías hipocráticas y las nociones humorales que dominaban el horizonte médico europeo del siglo XVIII. Bajo esa óptica, el empeño por identificar las plantas, los animales, las razas y la topografía hacía parte de una decisión que pretendía establecer un orden social afín a los principios ideológicos de occidente; las disquisiciones respecto a las condiciones morales y físicas de las poblaciones, y la descripción y clasificación de su entorno, constituían un proyecto de reconocimiento encaminado a convertir al territorio americano y a sus habitantes en un blanco plausible de disposiciones de gobierno.

Está claro que el conjunto de estrategias antes descritas operaron en el marco de la estructura colonial que entonces permanecía vigente; las tareas académicas y profesionales de los ilustrados hispanoamericanos funcionaron como prácticas articuladas a las redes sociales y económicas de una política imperial interesada en controlar y administrar sus posesiones. Sin embargo, la utilización de esas estrategias descriptivas y clasificatorias no hizo parte de una astucia inherente al aparato institucional implantado por la corona española; como se verá a continuación, el modelo republicano que promovieron las elites criollas, sublevadas desde principios del siglo XIX, también apeló a esta forma particular de explorar y explicar la diversidad social y natural que caracterizaba al continente.

Tras el desmonte paulatino de la estructura colonial que funcionó por cerca de tres siglos en buena parte de lo que actualmente conocemos como América Latina, los círculos dirigentes que quedaron a cargo tuvieron que asumir el desafío de organizar y administrar las naciones que emergieron ante ellos. Además de la ineludible tarea de determinar quién asumiría las riendas del Estado y de su estructura burocrática y militar, las elites locales se vieron en la necesidad de situar la población, el territorio y la naturaleza dentro de una estructura lógica y estandarizada que les garantizara un control más o menos efectivo.

Circunstancias tan particulares los obligaban a confeccionar los referentes culturales, simbólicos y materiales para imaginar el proyecto nacional correspondiente, y a adelantar el reconocimiento y la explotación de los recursos que les permitiera aliviar unas economías que, por lo general, se encontraban mermadas por la crisis colonial o por los estragos devastadores de la guerra.

Por supuesto que para el momento en que se les presentó semejante reto, las elites americanas contaban con una buena cantidad de información acerca de las características demográficas, económicas y geográficas del continente. Como vimos, las redes de conocimiento activas durante la colonia intentaron hacer un trabajo descriptivo medianamente riguroso, confeccionando mapas, censos y estadísticas que advertían sobre la situación particular de los territorios en proceso de *nacionalización*. Sin embargo, tras la consolidación de una nueva realidad político administrativa el interés por generar un conocimiento particular y fidedigno, el desarrollo de técnicas de medición y recolección, y las exigencias de un engranaje comercial mucho más dinámico hicieron necesaria la actualización de esos datos, así como la puesta en marcha de estrategias que garantizaran un orden social y económico más efectivo. Si la descripción y el control de la naturaleza y de los seres humanos habían sido una prioridad para las iniciativas coloniales y sus manifiestos intereses imperiales, su articulación a los proyectos de nación resultaba un asunto ineludible para aquellos que se denominaban sus líderes legítimos.

Y es que el reconocimiento de las poblaciones y el territorio eran fundamentales para imaginar y dimensionar las proporciones de la comunidad nacional. Resultaba necesario identificar las características de los seres humanos supuestamente adscritos a esa colectividad movediza e incierta, pues sólo conociendo sus dimensiones y matices era factible concebir estrategias efectivas de gobierno que contribuyeran a definir el lugar de cada quien dentro del orden social vigente. Desde sus orígenes el Estado nación se había constituido como una estructura jerárquica asentada sobre asimetrías económicas, morales y raciales, en la cual la elite ilustrada, blanca y civilizada surgía como la oposición natural a un pueblo ignorante, mestizo y bárbaro⁴⁵. En ese contexto, la administración del Estado y el ejercicio del gobierno demandaban un balance demográfico más o menos fidedigno que permitiera tener certeza de la ubicación

⁴⁵ Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2005, pp. 35–37.

y la cantidad de la población; era apelando a los censos y a las estadísticas que los dirigentes podían imponer tributos, confeccionar cálculos económicos en función del comercio y la producción, organizar y movilizar tropas, y atender las contingencias políticas y sanitarias que de vez en cuando se presentaban. De la misma manera, era ubicando a las comunidades periféricas y convirtiéndolas en parte activa de la nación, que los gobiernos de turno podían aspirar a defender la soberanía del país, avanzando de paso en la misión civilizadora que contemplaba la reducción y cristianización de los pueblos que denominaban incultos.

En este proceso la mirada científica ejerció un rol fundamental. Gracias a los métodos, al lenguaje y a las instituciones científicas fue posible elaborar un argumento coherente y estandarizado en torno a la constitución y características de la población. La labor de contar y clasificar a los seres humanos, algo que se venía haciendo desde hacía mucho tiempo, empezó a ser asumida como una tarea compleja que debía incluir más que simples números apilados; los censos y las estadísticas, que anteriormente hacían parte de las cuentas privadas de los imperios, comenzaron a hacerse públicos y adquirir matices mucho más especializados a partir del siglo XVIII⁴⁶. La insistencia científicista en determinar las particularidades morfológicas y biológicas de los seres humanos pronto encontró en la estadística y la demografía dos llamativos aliados. El ejercicio de contar y ubicar a la población de una región determinada fue exitosamente combinado con el interés por establecer patrones raciales, médicos y criminales; esto contribuyó a que las disciplinas científicas participaran de manera activa en el proceso que buscaba representar y caracterizar a los habitantes de la nación, y por ende, a imaginar y dimensionar sus elementos.

Entre tanto, y estrechamente relacionado con ese proceso de reconocimiento demográfico, persistía el asunto de la medición, exploración y representación del territorio. Contar con información confiable y suficiente sobre las características topográficas del país ofrecía enormes ventajas a la hora de definir fronteras, trazar caminos, construir ferrocarriles, extraer recursos naturales y lanzar ofensivas militares contra los enemigos de turno; autoridades,

⁴⁶ Ian Hacking sugiere que fue durante la era napoleónica que los números oficiales empezaron a volverse datos públicos. La estadística, entendida como la recolección sistemática de datos, fue una práctica que se popularizó en el norte de Europa durante el siglo XVIII. Sin embargo, sólo en el siglo XIX se estableció una técnica preestablecida para tal fin; la creación del *Bureau de Statistique* de Francia en 1801 y los trabajos de Jacques Quételet publicados a partir de 1835 resultaron fundamentales en este proceso. Ian Hacking, *The taming of chance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 2-3.

comerciantes y científicos sabían del valor estratégico y económico de los buenos mapas, pues además de favorecer los planes de control territorial estos permitían imaginar un espacio teóricamente homogéneo y claramente delimitado⁴⁷.

Recordemos que fue gracias a la adopción paulatina de reglas y convenciones que disciplinas como la geografía y la astronomía pudieron encontrar un lenguaje común en el cual expresarse⁴⁸. A partir del siglo XVIII se popularizó el uso de escalas matemáticas para establecer una correspondencia entre los elementos que se encontraban en el mapa y la topografía; esta maniobra requería de una coordinación entre quienes se dedicaban a determinar posiciones usando la ubicación de las estrellas y aquellos que cumplían con observar y dibujar la geografía en el terreno. Por esa misma época, la perspectiva panorámica con la que tradicionalmente se habían confeccionado los mapas empezó a ceder ante la aparición de una mirada perpendicular; este cambio de punto de vista tenía la intención de eliminar –o al menos ocultar– la presencia del cartógrafo, imprimiéndole al mapa un carácter objetivo asociado a la noción de verdad científica⁴⁹. De forma paralela, el desarrollo de instrumentos más precisos y relativamente más accesibles fortalecieron el vínculo entre la práctica científica y el ejercicio de dimensionar y representar la geografía. Durante los siglos XVIII y XIX el conocimiento de una técnica y la especialización en el manejo de determinados dispositivos se convirtió en el oficio de ciertos individuos dedicados, casi exclusivamente, a esto de medir, interpretar y dibujar el paisaje; ello favoreció que los futuros intentos por representar el territorio nacional tuvieran que ser exhibidos en un lenguaje eminentemente científico, para que de ese modo fueran validados por los círculos ilustrados locales y extranjeros.

De esta manera el proceso de imaginar la nación americana fue, desde principios del siglo XIX, un ejercicio que requirió la confección de referentes. La tarea de estructurar un orden social, político y económico pasaba por definir características que permitieran ubicar a los seres humanos y al territorio dentro

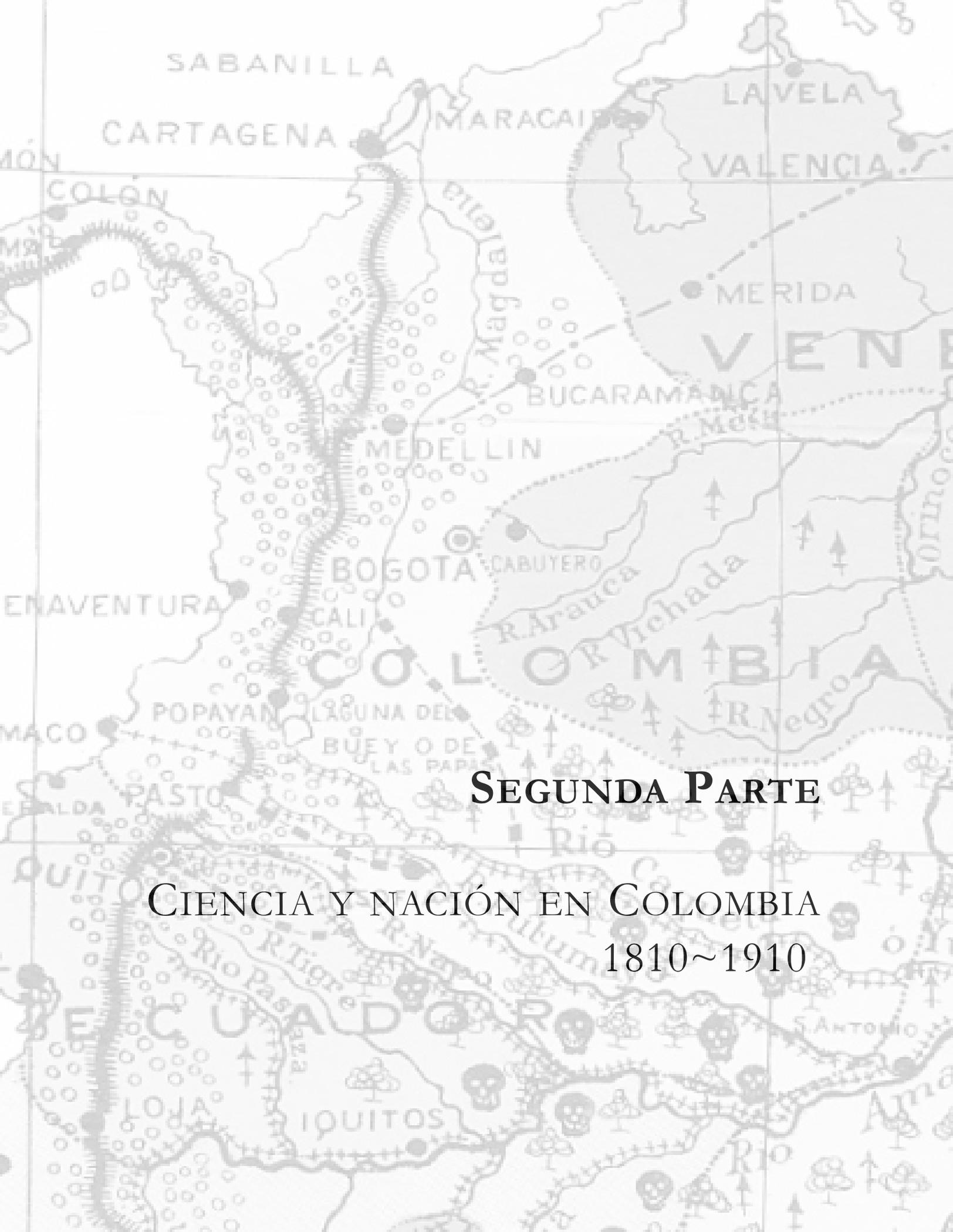
⁴⁷ Anna–Telse Jagdmann, *Del poder y la geografía: la cartografía como fuente de legitimación en Colombia*, Berlín, 2006, pp. 10–11, Tesis de doctorado, Universidad Libre.

⁴⁸ Un ejemplo de este ejercicio de coproducción de conocimiento entre geografía y astronomía puede verse en: Christian Licoppe, “The project for a map of Languedoc in eighteenth–century France at the contested intersection between astronomy and geography”, en: M. Bourguet, C. Licoppe, y O. Sibum (ed.), *Instruments, travel and science itineraries of precision from the seventeenth to the twentieth century*, Londres, Routledge, 2003, pp. 51–74.

⁴⁹ J.B. Harley, “Decostructing the map”, en: Duncan J.S y Barnes T.J (ed.), *Writing worlds: discourse, text, and metaphor in the representation of landscape*, Nueva York, Routledge, 1992, pp. 231–247; Jagdmann, 2006, *Op. cit.*, pp. 18–19.

de una estructura lógica y estandarizada, compatible con la visión continua y universal que para ese momento acogía a buena parte de los pueblos del planeta. En ese proceso la ciencia aportó información y métodos de enorme trascendencia, cuya aplicación resultó fundamental para componer los dioramas de la realidad americana.

Ahora bien, ciertamente este argumento solo intenta ofrecer un panorama general de la relevancia que tuvo, para las clases dirigentes y los círculos ilustrados, el conocimiento científico como herramienta que les brindaba una panorama más completo de la nación. Allí no hacen presencia los múltiples matices que emergen una vez nos detenemos en las particularidades de cada región y país latinoamericanos. Por esta razón, a partir de este momento me enfocaré exclusivamente en el caso colombiano, aspirando que este episodio particular ofrezca algunas interpretaciones que puedan resultar útiles en contextos mucho más amplios.



SEGUNDA PARTE

CIENCIA Y NACIÓN EN COLOMBIA
1810~1910

CIENCIA Y NACIÓN EN COLOMBIA, 1810 ~ 1910

... porque esta tierra es muy nueva y necesita mucho de la ingeniería.

Redactor de los *Anales de Ingeniería*, febrero de 1899.

En la primera parte de este trabajo intenté mostrar cómo un conjunto de disciplinas que surgieron a mediados del siglo XVIII se dieron a la tarea de estudiar órdenes sociales y naturales diversos, asignándole a cada uno de ellos un lugar definitivo dentro de un esquema de clasificación totalizante y jerárquico que fue alcanzando altos grados de credibilidad y aceptación. Desde núcleos políticos, económicos y geográficos previamente establecidos, estas disciplinas se articularon a los regímenes de conocimiento que intentaban darle un orden concreto al mundo y a sus elementos; la formalización de esa manera particular de entender y organizar la fauna, la flora, las poblaciones y el territorio es lo que aquí he insistido en llamar *la confección de una mirada científica*.

Ahora bien, como señalé, ese modo específico de observar, describir y sintetizar la naturaleza, los paisajes y los seres humanos tuvo la capacidad de operar desde escenarios situados en distintos lugares del planeta. Aunque estrechamente ligada a los procesos sociales y económicos que tenían su epicentro en Europa occidental, la mirada científica se constituyó como un entramado de relaciones que funcionaba de acuerdo a las necesidades y exigencias de cada núcleo político, geográfico y epistemológico que la consideraba relevante. Veámos cómo en el caso americano, ésta contribuyó a explicar y esquematizar el orden social y natural existente, tanto en la colonia como durante el proceso de configuración del Estado nacional.

Partiendo de ese panorama, esta segunda parte del trabajo explora la confección de esa mirada científica en el marco del siglo XIX colombiano. Teniendo en cuenta la relevancia que tuvo este periodo en la consolidación

política de los proyectos nacionales en Colombia, y en la transformación tecnológica, económica, institucional e ideológica que permitió el surgimiento y consolidación de las disciplinas científicas, creo conveniente proponer un recorrido histórico que ilustre la manera en que estos dos elementos: nación y ciencia, empezaron a articularse. Mi intención es mostrar cómo esas disciplinas seculares que le daban sustento a la mirada científica se fueron consagrando a la reseña y clasificación de la naturaleza y las poblaciones colombianas; en síntesis, busco analizar en que medida estas descripciones aparecieron en función de un imaginario nacional determinado.

Por supuesto que elaborar un cuadro único en el que se esbochen semejantes esfuerzos de descripción y clasificación supone un cuidadoso examen que tenga en cuenta el momento, las motivaciones y los resultados derivados de tales iniciativas. Aunque a través del siglo XIX colombiano es habitual identificar algunos naturalistas, geógrafos y médicos involucrados en la definición de los caracteres y referentes que debían componer el imaginario nacional, lo cierto es que por lo general la labor de estos individuos se limitó a empresas particulares y esporádicas que pocas veces consiguieron articularse con disposiciones de largo aliento.

Además de la Real Expedición Botánica, que pese a haber sido financiada por la corona española terminó repercutiendo en los procesos políticos y culturales republicanos⁵⁰, la única experiencia exitosa de largo aliento que tuvo lugar en el siglo XIX fue la Comisión Corográfica, contratada en 1850 por el gobierno de José Hilario López con el fin de “formar una descripción completa de la Nueva Granada”, y “levantar una carta general de dicha república y un mapa corográfico de cada una de las provincias, con los correspondientes itinerarios y descripciones particulares”⁵¹. La Comisión resultó especialmente atípica dentro de un panorama colmado por esfuerzos individuales e inconstantes, dependientes de los intereses particulares de los gobernantes de turno y de las inquietudes de personajes ilustrados con el presupuesto e influencias suficientes para hacer público su trabajo.

Ante esto, es posible sugerir que durante buena parte del siglo XIX colombiano la ciencia fue una actividad mayoritariamente individual y

⁵⁰ Cfr.: Nieto, 2007, *Op. cit.*

⁵¹ Olga Restrepo, “Un imaginario de la nación. Lectura de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica”, *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, vol. 26, 1999, p. 33.

relativamente desarticulada. Ni los científicos estaban organizados en gremios y corporaciones robustas y consolidadas, ni existían canales permanentes de comunicación que garantizaran la participación de médicos, naturalistas, astrónomos e ingenieros en los asuntos más destacados dentro del ejercicio del gobierno. Si bien los escasos geógrafos y agrimensores que existían en el país eran contratados por políticos, empresarios y terratenientes para trazar caminos y deslindar predios; aunque ocasionalmente éstos se enrolaban en los ejércitos beligerantes para dibujar mapas y concebir estrategias militares; y pese a que se tiene noticia que médicos y naturalistas cumplían funciones relevantes dentro del gobierno, lo cierto es que su rol como arquitectos de la nación surgía, ya fuera en virtud de su comunión particular con determinados miembros de los sectores dirigentes, o porque sus destrezas resultaban enormemente útiles en función de un objetivo específico y contingente.

A partir del último cuarto del siglo, sin embargo, los esfuerzos individuales de la ciencia empezaron a aglutinarse alrededor de instancias mucho más vigorosas y organizadas, capaces de defender los intereses gremiales, manejar y publicar contenidos controlados y establecer lazos duraderos con la comunidad científica internacional. Así mismo, el propósito del movimiento de La Regeneración de implementar una estructura burocrática mucho más extensa e intervencionista, permitió la paulatina incorporación de estas asociaciones a la esfera administrativa del Estado central, y por lo tanto, empezó a situar los conocimientos científicos al servicio del proyecto nacional que promovieron los regímenes conservadores desde finales del siglo XIX. El convencimiento por parte de las elites políticas y económicas del país de que urgía desarrollar la infraestructura, mejorar las dinámicas del comercio, concretar los límites territoriales y potenciar la explotación de los recursos naturales también resultaron trascendentales para este proceso.

4. LA MIRADA CIENTÍFICA Y EL CONTEXTO COLOMBIANO

El 28 de abril de 1908 debió ser un día particularmente atípico para los habitantes de la pequeña localidad de Riohacha, un tradicional puerto del Caribe venido a

menos que entonces servía de enlace entre la inhóspita región de la Guajira y el interior del país⁵². Esa mañana el general Rafael Reyes, por ese entonces en funciones como presidente de la república, arribó a la ciudad para adelantar una serie de entrevistas con las autoridades locales y con los jefes de algunas de las tribus indígenas que poblaban los alrededores del puerto; de acuerdo a las crónicas que registraron el encuentro, dos pequeñas niñas ataviadas como *la paz* y *el trabajo* le dieron la bienvenida al mandatario en medio de la música, los festejos y la algarabía de los pobladores. Entusiasmado por el potencial económico que estaban adquiriendo los cultivos de banano y de algodón en la costa caribe colombiana, Reyes organizó una excursión para visitar las instalaciones de la *United Fruit Co.* en Fundación y Santa Marta; una vez allí, su comitiva estimó conveniente dirigirse también a la vecina Riohacha, desde la cual el presidente aprovechó para dirigir el siguiente telegrama a los ministros que despachaban desde la lejana y fría Bogotá:

He llegado á este puerto á las 10 A.M., sin novedad: propóngome visitar Costa é interior Goagira, Jefes tribus *Arpushana, Pushaina*, con 80 comisionados de los principales y 16 mujeres, entre ellas dos notables por su hermosura; de la costa de *Pushaina* vinieron expresamente á saludar al Representante del Gobierno y se manifestaron grandes amigos de él, y deseosos de trabajar por el progreso de la Goagira. La población de estos, que son robustos é inteligentes, se calcula en 30.000, que podrían hacer su comercio con Santa Marta⁵³

Aunque entonces los mandatarios colombianos no eran nada devotos a las travesías que los conminaban a abandonar la capital y sus alrededores, Reyes era un personaje acostumbrado a los viajes y al encuentro con individuos que desde su posición de dirigente podían considerarse diametralmente opuestos⁵⁴. Siendo aún joven se había ido a trabajar junto a sus hermanos Néstor, Enrique y Elías en la casa mercantil que este último fundó en Popayán por la década de 1860;

⁵² Durante la colonia fueron comunes los ataques de indios y filibusteros a las poblaciones situadas en la costa de la península de la Guajira; como consecuencia esta región fue constantemente asociada con un imaginario violento y atávico que la situaba en la frontera de la civilización.

⁵³ Todos los detalles sobre la excursión de Reyes a la costa atlántica fueron tomados de: Pedro A. Pedraza, *República de Colombia: excursiones presidenciales. Apuntes de un diario de viaje*, Norwood, Mass., The Plimpton press, 1909, pp. 52–53.

⁵⁴ Sobre la animadversión a los viajes de algunos dirigentes colombianos de finales del siglo XIX véanse las referencias que aparecen en: Malcom Deas, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Taurus, 2006, p. 59.

soñaban con establecer una ruta permanente que además de transportar bienes manufacturados entre Sudamérica y Europa, permitiera la comercialización de las quinas que crecían copiosas sobre el piedemonte andino. En tanto miembro de la compañía el joven Rafael tuvo la oportunidad de realizar varios recorridos por la dilatada cuenca amazónica, surcando en pequeños vapores los sinuosos ríos que corrían desde el alto Putumayo hasta la ciudad brasileña de Pará⁵⁵; durante las largas travesías recopiló valiosa información sobre cursos fluviales, recursos naturales y sobre los indios que habitaban rincones tan apartados del territorio nacional, acumulando valiosos datos que habrían de servir a iniciativas científicas y empresas comerciales posteriores. Incluso, se sabe que en 1875 fue recibido en Río de Janeiro por Pedro II en virtud de sus intrépidas exploraciones; durante la audiencia Reyes le enseñó al emperador los mapas que él mismo había dibujado, se tomó el tiempo para contarle sobre las tribus salvajes que se tropezó en el camino, y aprovechó para insistirle en los derechos de Colombia sobre una porción significativa del noroeste amazónico⁵⁶.

Lo que aparentaba ser un destino venturoso, sin embargo, adquirió de repente matices dramáticos y desalentadores. El desplome del precio de la quina americana en los mercados internacionales y el naufragio de algunas de sus embarcaciones, provocaron que la compañía de los hermanos Reyes se declarara en bancarrota a principios de la década de 1880. Diluida la empresa, Elías se retiró a su hacienda del Cauca a lidiar pacientemente con sus acreedores, mientras que Rafael optó por un rumbo que lo llevó a incursionar en la milicia, en la diplomacia y en la política, aunque sin desistir de aquel interés por la ciencia que en el pasado le había permitido compartir notas con el ilustrado emperador brasileño. Al mismo tiempo que se convirtió en héroe de guerra y en miembro destacado del partido conservador, ejerció como delegado en congresos científicos y dictó conferencias sobre cartografía y botánica. Durante el Congreso Internacional Americano reunido en la ciudad de México en 1901, por ejemplo, fue ovacionado por una memoria sobre sus expediciones en la cuenca amazónica; aquel trabajo, además de felicitaciones y crónicas periodísticas generosas, suscitó la propuesta de organizar una conferencia geográfica fluvial el año siguiente⁵⁷.

En virtud de esa versatilidad Rafael Reyes logró cultivar cierta fama como

⁵⁵ José Miguel Rosales, “Exploraciones de los hermanos Reyes en la hoya amazónica”, en: *BSGC*, número extraordinario, abril de 1907, pp. 13–33.

⁵⁶ Rafael Reyes, *Memorias 1850–1885*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1985, pp. 153–158.

⁵⁷ *BSGC*, *Op. cit.*, pp. 54–55.

explorador y promotor de los intereses científicos, misma que se reafirmó durante el tiempo que ocupó la presidencia gracias a su decisión de favorecer la agricultura, la industria, la infraestructura, la higiene, el comercio internacional y la demarcación de las fronteras nacionales. Aquello generó reconocimientos que vinculaban su figura a las nociones vigentes de progreso y paz social, motivando a sectores de la prensa –entre ellos la científica– y de las elites locales a alabar un proyecto nacional que entendían dirigido a consolidar una sociedad moderna y civilizada, capaz de suprimir la guerra, el atavismo y la barbarie⁵⁸. Era tal su renombre que había quienes situaban a Reyes en la trayectoria de una pretendida genealogía eminente, dentro de la cual sobresalían personajes tan diversos como Alexander von Humboldt, Henry Stanley y Porfirio Díaz⁵⁹.

Desde luego que esas alusiones optimistas no eran un simple resultado de la confianza excesiva en aquel presidente que gobernaba entre “los robustos e inteligentes indios” de la Guajira. El momento histórico durante el cual Reyes ostentó el poder coincidió con una serie de acontecimientos significativos que motivaron transformaciones de carácter político y económico en buena parte del país. La primera década del siglo XX fue testigo de una reactivación económica jalonada por el incremento paulatino de las exportaciones, por la reanudación de los créditos e inversiones internacionales y por la reorganización de la estructura tributaria. Sumadas al acuerdo político que estableció la dirigencia finalizada la Guerra de los Mil Días (1899-1902), y a las transformaciones administrativas que tuvieron lugar como consecuencia de aquel pacto, tales circunstancias permitieron el desarrollo de la precaria infraestructura caminera y ferrocarrilera,

⁵⁸ La figura de Rafael Reyes fue constantemente asociada a las nociones de progreso y pacificación por varios círculos políticos y científicos de la época. La Sociedad Geográfica de Colombia, por ejemplo, dedicó su primer número a los Hermanos Reyes, destacando su valentía y reconociendo sus aportes a la corografía y cartografía del sur del país. En los *Anales de Ingeniería* también se publicaron homenajes al entonces presidente, por sus contribuciones al desarrollo de la infraestructura y por ponerle fin a las tradicionales luchas partidistas. Sobre la exaltación de su imagen véase: BSGC, *Op. cit.*; Diódoro Sánchez, “Fiestas nacionales”, *AI*, vol. XV, núm. 174, agosto de 1907, pp. 34–36; Rafael Reyes, *A través de la América del Sur: exploraciones de los hermanos Reyes*, Bogotá, Flota Mercante Grancolombiana, 1979; Lisímaco Palau, *Colombia en 1907 bajo la administración del Sr. General Rafael Reyes*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1907.

⁵⁹ Una semblanza de los Hnos. Reyes recalca: “Livingston, en el más largo de sus viajes, de Mozambique á la Zambesia, recorrió 8.000 km. El teniente Cameron cruzó el Africa tropical de Zanzibar á Benguela en el espacio de tres años; mide su itinerario 6.000 km. Stanley, en los años de 1887 á 1889, partió también de Zanzibar, rodeó los lagos Victoria y Alberto y por el Congo hasta la costa recorrió en persona 7.000 km. Aquí en América, Humboldt y Bompland, partiendo de Cumaná y tocando en Calabozo, San Fernando de Atabapo, Angostura, Bogotá y Quito, efectuaron una correría de 6.000 km. Pues bien, señores; los hermanos Reyes en el transcurso de varios años recorrieron cerca de 20.000 km”. BSGC, *Op. cit.*, pp. 20–21.

la apertura de nuevos frentes de colonización y la implementación de un proceso de explotación agrícola mucho más eficiente.

En este contexto de relativa prosperidad y paz social, los núcleos científicos con inquietudes por el examen del territorio y las poblaciones vivieron un momento excepcional e inédito. La estructura económica, tecnológica, política y epistemológica que se organizó alrededor de la práctica científica se había posicionado como un instrumento útil para los organismos del Estado, en la medida que sus métodos, su lenguaje y sus contenidos se reconocían como mecanismos operantes en función del orden social y el progreso de la nación.



FIGURA 2: “El cacique José Dolores y su esposa muestran una fotografía del general Reyes”, 1908, [Pedro Pedraza, Excursiones presidenciales..., 1909]

Sin embargo, como veremos a continuación, ese panorama optimista no fue una constante en el transcurso del siglo XIX. De hecho, su vigencia fue el resultado de un complejo proceso de confección y fortalecimiento de una estructura económica, política y cultural que permitió el despliegue de los mecanismos característicos de la ciencia, y su articulación con los diversos ámbitos institucionales existentes. Como señalé antes, desde el ocaso del periodo colonial la mirada científica se había integrado a las estrategias que en América Latina intentaban darle un sentido concreto a los proyectos nacionales, contribuyendo a definir fronteras, a contabilizar y caracterizar a las poblaciones, y a afinar los métodos que garantizaran un orden social determinado. No obstante ese propósito, su consolidación como instancia de sanción legítima, con los niveles de aceptación y credibilidad similares a los que manifestaban los contemporáneos de Reyes, fue el resultado de un proceso pausado, lleno de tensiones y no necesariamente ascendente que abarcó buena parte del siglo XIX y continuó luego durante el XX.

5. DIMENSIONANDO UNA “NACIÓN JOVEN”: LAS CORRERÍAS DE CIENTÍFICOS SOLITARIOS, 1810 ~1850

Tal como se sugirió anteriormente, durante buena parte del siglo XIX la ciencia en Colombia fue una actividad mayoritariamente individual y relativamente desarticulada. Aunque el renovado interés del imperio Borbón por organizar sus posesiones americanas había permitido la consolidación de algunos núcleos científicos en la Nueva Granada finalizando el siglo XVIII, el enorme caos que ocasionaron las guerras de independencia y la feroz política de reconquista que le sobrevino debilitaron las estructuras al interior de las cuales naturalistas, médicos y botánicos habían establecido sus relaciones profesionales e intelectuales. Ante esto, quienes compartían el interés por los asuntos propios de la ciencia tuvieron que aguardar a que la efervescencia disminuyera un poco, para bajo esas circunstancias volver a articular algunos de los espacios con los que contaban anteriormente y, así, reactivar sus actividades laborales y de investigación. Las condiciones políticas, económicas y sociales que aparecieron en el horizonte una

vez concluida la independencia, sin embargo, impidieron que tales esfuerzos tuvieran el éxito esperado; la ausencia de una institucionalidad medianamente estable, la contienda permanente entre los poderes locales y la inexistencia de una estructura productiva que demandara innovación tecnológica limitaron cualquier iniciativa de articulación. ¿Qué estrategias utilizó la mirada científica para superar tales escollos? Como se verá a continuación, fue un proceso forjado por la dificultad que obligó a los escasos personajes de ciencia a diversificar sus inquietudes.

Las iniciativas ilustradas del imperio español, que habían jalonado un llamativo desarrollo de la educación secular, el establecimiento de una reducida elite científica y un interés particular por el análisis de los componentes de la naturaleza y de las poblaciones del reino fueron abruptamente interrumpidas por las guerras de independencia que, entre otras cosas, ocasionaron la desaparición de una buena parte de la institucionalidad vigente. Los círculos académicos que congregaban a naturalistas, botánicos, médicos y astrónomos provenientes de distintos rincones del país, y de los imperios europeos más importantes, se dieron cuenta que con la caída del régimen colonial se frustraban muchos de sus proyectos intelectuales, aunque también notaron que emergían perspectivas interesantes.

Es probable que el episodio más emblemático de este proceso sea el esplendor y decadencia de la Real Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada: una ambiciosa empresa promovida y financiada por la corona española entre 1783 y 1816, con el objeto de describir y catalogar una extensa variedad de aspectos relacionados con la botánica, la geografía, la astronomía, la zoología y la minería del territorio estudiado. La expedición contribuyó a crear un ambiente de reflexión e investigación inédito en el reino, promoviendo a su vez iniciativas entre aquellos que dominaban algún tipo de conocimiento ilustrado. Mientras existieron las condiciones políticas y económicas para sostener este movimiento científicista, personajes como Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano, Francisco J. Matís y Antonio Zea tuvieron la posibilidad de consagrarse a las actividades propias de un criollo ilustrado. Su labor consistió en reconocer y describir la flora, las poblaciones, el clima y la naturaleza granadinas, actividades que desempeñaban siguiendo los esquemas de diferenciación vigentes a principios del siglo XIX.

Esos esquemas contemplaban, a grandes rasgos, la existencia de tres razas

principales: la criolla/europea, la india y la negra, las cuales se encontraban distribuidas en una geografía binaria compuesta por tierras frías y tierras calientes. La combinación de estas variables permitía establecer el grado de civilización y salvajismo de los elementos observados, así como ubicar las poblaciones, los climas y la naturaleza en el modelo que determinaba las jerarquías espaciales y morales⁶⁰. Tal como lo ha señalado Mauricio Nieto en su estudio sobre ciencia y política en el *Nuevo Reyno de Granada*, la tensión entre “el imperio de la naturaleza y el imperio del hombre” era una preocupación central del pensamiento criollo ilustrado; en ese sentido, los debates en torno a cómo el clima, el medio natural y las razas se articulaban para determinar las potencialidades, los atributos y los defectos de las poblaciones y el territorio resultaron fundamentales para estructurar el orden social y natural del reino⁶¹. Ciertamente, las elites criollas y coloniales intentaban configurar un inventario de la fauna y la flora para implementar una adecuada explotación de los recursos; también, buscaban la integración de la Nueva Granada a un orden mercantil cada vez más amplio; y finalmente, aspiraban transformar a la población en una colectividad productiva y organizada⁶².

No obstante la relevancia de estas iniciativas académicas, la guerra de independencia pronto desmanteló buena parte de los círculos científicos al interior de los cuales se desarrollaban. La interrupción del apoyo institucional y económico de la corona española, la pérdida de los materiales e instrumentos empleados en las recolecciones y la dispersión del personal que mantenía funcionando la expedición constituyeron motivos suficientes para paralizarla totalmente. Caldas y Lozano, que se dedicaron con vehemencia a la causa libertadora, fueron fusilados en 1816 por el pacificador Pablo Morillo. Antonio Zea, quien a principios del siglo se desempeñó como profesor del Jardín Botánico de Madrid y encargado de la redacción del *Semanario de Agricultura de España*, fue elegido vice-presidente por la administración de Bolívar; aunque intentó contactar a distinguidos profesionales europeos para organizar academias científicas en la Nueva Granada, las responsabilidades de su cargo y sus labores

⁶⁰ Al respecto, Julio Arias Vanegas señala que: “La diferencia entre las tres razas fue conjugada con una jerarquía espacial entre las tierras altas y las tierras bajas. Tres razas distintas en dos tierras completamente distintas que reiteraban al altiplano como centro de poder, frío y civilizado al igual que la Europa imaginada. [...] La utilización diferenciada de estas concepciones sustentó una [...] jerarquía climática”. Arias, *Op. cit.*, p. 71.

⁶¹ Nieto, 2007, *Op. cit.*, pp. 197–249.

⁶² Nieto, 2005, *Op. cit.*, p.152.

diplomáticas lo mantuvieron alejado de las inquietudes botánicas y de los herbarios. Francisco J. Matis, por su parte, y una vez concluyó la etapa más turbulenta de la independencia, se convirtió en profesor, reemplazando esporádicamente al padre José María Céspedes en los cursos de botánica que este último impartía en Bogotá; aunque el gobierno lo contrató para que describiera las estatuas de piedra halladas en el poblado de San Agustín, la falta de espacios donde aplicar sus cualidades de dibujante no le permitieron gozar ni de un puesto estable ni de un salario fijo y decente.

Por supuesto que la Real Expedición Botánica no fue la única damnificada con los vaivenes que ocasionó la revolución de independencia; en general, la mayoría de programas educativos y de nichos profesionales en los cuales convivían los escasos científicos del país se vieron afectados por la incertidumbre e inestabilidad derivadas de la guerra. La cátedra de medicina que funcionaba en el Colegio del Rosario de Bogotá desde 1801, tuvo que ser suspendida en 1810 como consecuencia de las revueltas; aunque los doctores José Félix Merizalde y Benito Osorio intentaron reabrir la en los años subsecuentes, la exigencia permanente de un cuerpo médico dispuesto a dirigirse al campo de batalla y las tensiones propias de un estado de beligerancia impidieron que estas tentativas tuvieran un resultado exitoso⁶³. Una situación similar padeció el Cuerpo de Ingenieros de la República de Antioquia, una academia orientada a formar profesionales con conocimientos en “todos los ramos de la guerra”, fundada en 1814 por Francisco José de Caldas. Durante la inauguración del curso militar se expuso lo que sería el plan de estudios: tratados preliminares de aritmética, geometría, trigonometría y álgebra, complementados con principios de fortificación, artillería, arquitectura hidráulica y civil, geografía militar y táctica⁶⁴. Era uno de los primeros intentos por integrar las ciencias matemáticas y la geografía con los intereses del nuevo gobierno, recurriendo a las estrategias militares y a la cartografía como herramientas de reconocimiento y control

⁶³ Una memoria publicada en la Revista Médica de Bogotá señala que “el Dr. José Félix Merizalde regentó gratuitamente en 1812 una cátedra de medicina en el Colegio de San Bartolomé, la cual tuvo que abandonar para marchar como médico de las fuerzas que se enviaban a Tunja. [...] El Dr. Benito Osorio, fue nombrado para regentar la cátedra de Medicina del Colegio del Rosario en 1812, y con frecuentes interrupciones abrió nuevamente el curso en 1814 y 1819”. Rafael Ucrós, “Discurso Académico sobre el tema Historia de la Medicina Nacional”, *RMB*, serie 28, núm. 336, julio de 1910, p. 33.

⁶⁴ Francisco José de Caldas, “Discurso preliminar que leyó el ciudadano coronel Francisco José de Caldas el día en que dio principio al curso militar del cuerpo de ingenieros de la República de Antioquia”. En: *Obras completas de Francisco José de Caldas: publicadas por la Universidad Nacional de Colombia como homenaje con motivo del sesquicentenario de su muerte 1816* Bogotá, Imprenta Nacional, 1966, pp. 55–78.

territorial; sin embargo, los avatares de un periodo turbulento, que entre otros hechos desafortunados originaron el fusilamiento de su fundador, provocaron que la academia cerrara sus puertas como una experiencia particularmente fugaz y poco exitosa⁶⁵.

De esta manera, la fragilidad política e institucional de las primeras décadas del siglo XIX fragmentó los espacios desde los cuales los ilustrados criollos venían desplegando sus estrategias para ordenar el cuerpo social y la naturaleza granadinas en el marco de una relación colonial. Aunque esto no significó la renuncia a la inquietud por dimensionar los elementos de la nación, la desarticulación de estas estructuras sí generó nuevas dinámicas en la manera como los científicos construían y socializaban ese conocimiento.

El triunfo definitivo sobre las autoridades realistas exigió la organización de un gobierno republicano, y con éste, la construcción de parámetros que permitieran imaginar los elementos de la comunidad nacional. Para los naturalistas, médicos y geógrafos este nuevo momento los enfrentó al desafío de re-localizarse en la estructura social vigente, algo que Frank Safford ha denominado como la transición de un modelo ilustrado Borbón a uno republicano Neo-Borbón. Su argumento muestra como a pesar de la desintegración del régimen colonial y del desmonte de las instituciones que promovían una educación y una administración de tintes ilustrados y seculares, la nueva elite gobernante mantuvo el interés por las disciplinas científicas y por la formación de nuevos cuadros técnicos que contribuyeran al desarrollo de la industria y de la infraestructura nacionales⁶⁶. Tal cosa nos sugiere que los cuestionamientos científicos por dimensionar las regularidades de la naturaleza y del territorio, y por entender la diversidad de las poblaciones que lo habitaban siguieron vigentes; sin embargo, quienes asumieron semejante tarea tuvieron que desenvolverse en un ámbito en crisis que apenas les brindaba los espacios suficientes.

Una de las primeras oportunidades se les presentó cuando el Estado se propuso organizar la administración territorial de la república federal que entonces conformaban Venezuela, Quito, Panamá y la Nueva Granada. En 1823 el vicepresidente Francisco de Paula Santander ordenó a los gobernadores

⁶⁵ Pamela Murray, *Dreams of development: Colombia's National School of Mines and its engineers, 1887-1970*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1997, p. 2.

⁶⁶ Frank Safford, *The ideal of the practical. Colombia's struggle to form a technical elite*, Austin, The University of Texas Press, 1976, pp. 99-123.

provinciales la elaboración de mapas de los territorios bajo su mando, obteniendo una escasa serie de cartas locales a partir de lo que enviaron quienes cumplieron el encargo⁶⁷. Para darle continuidad a esta política, y viendo la debilidad que en materia cartográfica tenía el país, se le encomendó a José Manuel Restrepo la elaboración de un mapa que diera cuenta de la organización político-administrativa de la nación, la cual había sido proyectada de acuerdo a los antiguos límites virreinales. Así, en 1827 se publicó en París una carta general de la república acompañada por doce mapas departamentales; el trabajo, para el cual se contó con los servicios del ingeniero mexicano José María Lanz, se basó en información previa y se enfocó en resaltar los límites provinciales e internacionales, los ríos y las poblaciones más destacadas. Esta iniciativa geográfica tenía como fin principal proyectar el imaginario del territorio nacional, haciéndolo visible a través de un objeto que sintetizaba sus elementos. Al no contar ni con información cartográfica precisa ni con detalles de las características físicas del terreno este mapa resultaba obsoleto para determinar una ubicación espacial concreta; su utilidad radicaba en el hecho de mostrar una relación entre territorios que no estaban necesariamente integrados, haciéndolos aparecer como parte de una misma categoría socio histórica⁶⁸. Las selvas y sabanas amazónicas del sur oriente, por ejemplo, se narraban colindantes con la región poblada de los Andes. Daba la impresión que esa extensa e inexplorada porción del territorio, que en el mapa lucía dominada por ríos y por tribus indígenas con nombres extravagantes, mantenía una relación lógica con los núcleos urbanos organizados en torno a Caracas, Barinas, Popayán, Bogotá y Quito; sin embargo, cuando el mapa se adentraba en los dominios amazónicos del Perú y del Imperio del Brasil los ríos y sus pobladores se desvanecían, cortando así cualquier relación con esas provincias adyacentes.

Paralelo a esa inquietud por definir y notificar los contornos espaciales y las cualidades topográficas del país, emergió el interrogante en torno a cómo clasificar y retratar a la población que lo ocupaba. Recordemos que desde el ocaso de la colonia los ilustrados criollos defendían la vigencia de un orden social

⁶⁷ Ana Jagdmann señala que la petición echa por el vicepresidente Santander en 1823 sólo fue atendida por el entonces gobernador del Cauca Tomas Cipriano de Mosquera, quien trazó el *Mapa Geográfico de la Provincia de la Buenaventura*. La misma autora también señala que hacia 1825 se elaboraron otras cartas locales entre las cuales se destacan el *Mapa del Cantón del Cocuy* y el *Mapa del Cantón de Chiquinquira*. Aunque más adelante se resaltara el papel de Mosquera en la consolidación de una estructura científica en Colombia, llama la atención su interés tan temprano por los asuntos geográficos. Jagdmann, 2006, *Op. cit.*, pp. 63–64.

⁶⁸ *Ibid.*

que los distinguía como sus voceros legítimos, reiterando además su papel protagónico en el ejercicio del gobierno y en la administración de la riqueza. El propio Francisco J. De Caldas propuso la siguiente descripción para sintetizar las condiciones morales y físicas de las poblaciones del reino, reafirmando la naturalidad aparente de ese orden:

Todos los habitantes (cerca de tres millones) incluso los bárbaros de esta bella porción de América se pueden dividir en *salvages*, y en hombres *civilizados*. Los primeros son aquellas tribus errantes sin mas artes que la caza y que la pesca, sin otras leyes que sus usos, que mantienen su independencia con su barbarie, y en quienes no se hallan otras virtudes que carecer de algunos vicios de los pueblos civilizados. Tales son los hordes del Darien, Choco, Maynas, Sucumbios, Orinoco, Andaquies y Guajira. Los segundos son los que unidos en sociedad viven baxo las leyes suaves y humanas del Monarca Español. Entre estos se distinguen tres razas de origen diferente: el Indio indígena del país, el Europeo su conquistador, y el Africano introducido después del descubrimiento del nuevo mundo⁶⁹

Pues bien, en los años posteriores a la independencia esta estrategia taxonómica enfocada en dividir la población apelando a la figura arquetípica de civilización y salvajismo se mantuvo vigente. Las elites patricias e ilustradas de la primera mitad del siglo XIX insistieron en validar el esquema de distinción que aceptaba la existencia de una sociedad jerarquizada, brindándole certeza a los marcadores físicos y morales que dictaban la distancia relativa a un estado sublime y deseado, al que se ascendía a través de la cultura y la evangelización. Cuando en 1824 los dirigentes colombianos decidieron, por ejemplo, legislar respecto al lugar que les correspondía a las “tribus indígenas errantes” en el proyecto nacional en marcha, lo hicieron esgrimiendo su deber inquebrantable de proteger la propagación del cristianismo y la civilización dentro de los límites del territorio⁷⁰.

Aunque para entonces algunos de los postulados clásicos que intentaban explicar la variabilidad humana habían caído en desuso, lo cierto es que al finalizar la independencia muchos otros aún se encontraban vigentes. Las

⁶⁹ Francisco J. De Caldas, *Op. cit.*, SNRG, núm. 2, 10 de enero de 1808, p. 10.

⁷⁰ República de Colombia, *Cuerpo de leyes de la República, que comprende todas las leyes, decretos y resoluciones dictadas por sus congresos desde el de 1821 hasta el último de 1827*, Caracas, Imprenta de Valentín Espinal, 1840, p. 283.

conocidas nociones relativas a la pureza de sangre y a la influencia de los humores que circularon con relativo éxito hasta el siglo XVIII fueron cediendo, poco a poco, ante perspectivas que narraban la diferencia como el resultado de interpretaciones raciales y culturales que operaban de manera conjunta. Así, las categorías habituales de “blanco”, “indio”, “negro” y “mestizo”, que en el transcurso del siglo XIX se convirtieron además en tópicos dependientes del ámbito de las nascentes disciplinas biológicas⁷¹, se articularon a los imaginarios en torno a los niveles de ilustración, moralidad, ingenio, decencia y cristiandad que pudiera alcanzar cada individuo. Bajo esa lógica, el procedimiento para identificar los prototipos nacionales partía de aplicar esa particular fórmula estructurada sobre marcadores identitarios, misma que reposaba en la convicción de que las poblaciones del mundo transitaban entre la civilización y la barbarie, entre la cultura y la naturaleza⁷².

De ese modo, las estrategias más apetecidas durante la primera mitad del siglo XIX por los personajes ilustrados y por los círculos científicos para caracterizar a los habitantes del país, distaron mucho de las nociones binarias propuestas por personajes como Caldas. Ciertamente, los criterios para describir y valorar a los habitantes de la nación, y para determinar su posición dentro del orden social, estaban estrechamente relacionados con las virtudes y los defectos derivados de su condición física y moral los cuales, a su vez, se articulaban con las cualidades de una geografía en proceso de reconocimiento.

Estos episodios ilustran el carácter de los espacios en los cuales ciencia y nación empezaron a encontrarse, y especialmente, qué escenarios permitieron que las herramientas del conocimiento se desplegaran en función de los imaginarios nacionales que sobrevinieron a la caída del régimen colonial. Por un lado se encontraban los personajes ilustrados que en algún momento habían adquirido destrezas científicas, ya fuera en la confección de mapas, en la clasificación botánica o en la descripción del territorio y las poblaciones; por el otro, estaban unas elites y un Estado interesados en establecer un orden social que sirviera de sustento a proyectos nacionales que no siempre coincidían en sus planteamientos. La persistencia de estas discordancias y los intereses particulares de las elites regionales fueron, muy seguramente, las que echaron por tierra el

⁷¹ Julio Arias y Eduardo Restrepo, “Historizando raza: propuestas conceptuales y metodológicas”, en: *Crítica y emancipación*, año II, núm. 3, primer semestre 2010, pp. 45–64.

⁷² Arias, *Op. cit.*, pp. 76–77.

proyecto nacional que se le encomendó representar a Restrepo; como consecuencia de ello la *Carta de la República de Colombia*, aquella obra publicada en París por encargo directo del gobierno, terminó convirtiéndose en el referente de una entidad política que dejaría de existir en la década de 1830.

Ahora bien, paralelo a la inquietud por dimensionar las características territoriales del país y de sus habitantes, los científicos y el Estado también intentaron establecer nichos al interior de los cuales pudieran seguir articulándose este tipo de interrogantes; sin embargo, y como se verá a continuación, tales iniciativas no dejaron de estar sometidas a dificultades y obstáculos recurrentes.

En los años posteriores a la independencia el gobierno promovió la organización de los establecimientos educativos a través de la promulgación de una ambiciosa ley de instrucción pública que se aprobó en marzo de 1826; el espíritu de dicho mandato era estructurar un conjunto de instancias locales y nacionales que contribuyeran, finalmente, “a establecer, fomentar y propagar el conocimiento y perfección de las artes, las letras, de las ciencias naturales y exactas y de la moral y de la política”⁷³. Dentro de los objetivos trazados por la ley se contempló la formación de universidades centrales en cada una de las capitales de departamento; en el caso de Bogotá esta iniciativa contribuyó a encauzar una serie de acciones que hasta ese momento habían permanecido particularmente dispersas.

Los doctores franceses Pierre Paul Broc y Bernardo Daste, a quienes el gobierno contrató en 1823 para atender la enseñanza de la medicina, encontraron en la recién creada facultad de la Universidad Central de Bogotá un lugar para fomentar la consolidación de estos nichos científicos. Fue en las clases que impartía Broc en las salas bajas del Hospital San Juan de Dios, en los cursos que entonces se dictaban en los colegios del Rosario y de San Bartolomé, y a través de las notas que eventualmente aparecían en las páginas de periódicos como *La Gaceta de Colombia*, *El Correo de Bogotá* y *El Empírico*, donde comenzaron a tejerse relaciones gremiales y a generarse polémicas ideológicas que dinamizaron el ejercicio de la ciencia en el país; gracias a esa circunstancia se formó una primera generación de profesionales que pudo cohabitar con aquellos venidos del extranjero, y con colombianos que tuvieron la posibilidad de asistir a instituciones educativas en el exterior⁷⁴.

⁷³ República de Colombia, 1840, *Op. cit.*, pp. 439–450.

⁷⁴ Pedro María Ibáñez hace referencia a una famosa polémica que se presentó en la ciudad en la década de 1820

Lo anterior no puede entenderse, sin embargo, como una especie de *restauración científica* dentro de un ámbito típicamente poscolonial. A pesar de que se estaban creando espacios para la circulación efectiva del conocimiento científico, las condiciones del país limitaron enormemente el asentamiento de estructuras organizadas que permitieran adelantar un estudio sistemático de aquellos elementos del mundo natural que, de alguna manera, se consideraban como piezas del imaginario nacional. Desde el punto de vista político la situación era particularmente inestable. Las tensiones regionales y la disolución de la Gran Colombia a comienzos de la década de 1830 profundizaron la crisis institucional de la república, conteniendo así los esfuerzos de la reducida comunidad científica por edificar lugares de enunciación legítimos desde donde ejercer su disciplina. Aunque el Estado se propuso organizar una estructura educativa orientada a formar profesionales que atendieran las necesidades técnicas y materiales del país, lo cierto fue que la legislación, por sí sola, no resultó efectiva para promover dichos cambios; las intrigas, conspiraciones y levantamientos que inundaron el panorama de la primera mitad del siglo XIX suscitaron una reacción natural del gobierno y de las elites regionales quienes, preocupadas por defender sus intereses habituales, canalizaron su atención y sus fondos a la solución de asuntos que consideraban más urgentes.

Fue este el caso de los colegios, universidades y academias que en un determinado momento intentaron habilitar espacios en los que se impartieran rudimentos de botánica, química, mineralogía y matemáticas; un buen número de estas instituciones organizaron planes de estudio enfocados en el fomento de una educación formal y técnica que compitiera con los tradicionales cursos de jurisprudencia, teología y medicina. Sin embargo, las condiciones socio-económicas y el incipiente grado de desarrollo disciplinar que entonces prevalecían en el país, ocasionaron una serie de inconvenientes que pronto anularon dichas iniciativas. Primero, no existía un cuerpo docente suficientemente grande como para atender la cantidad de asignaturas que se

entre los seguidores de la escuela de Broussais y quienes defendían la doctrina de Brown. Esta polémica se sostuvo, señala Ibáñez, “hasta que los estudios histológicos y anatómo-patológicos arrojaron luz suficiente en aquel caos de doctrinas”. Más allá de los detalles, lo que revela este tipo de controversias es la apertura ideológica que empezó a experimentar la práctica científica durante el periodo en cuestión. Pedro María Ibáñez, *Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá*, Bogotá, Editorial Epígrafe, 2006, pp. 50–60. Sobre ideologías médicas en Colombia durante los primeros años de la independencia véase: Néstor Miranda, *Libre cambio y medicina en la revolución anticolonial de 1850: con motivo de los 150 años de la aparición de "La Lanceta"*. Bogotá, Universidad El Bosque, 2002, pp. 13–32; David Sowell, *The tale of healer Miguel Perdomo Neira: Medicine, ideologies and power in the Nineteen Century Andes*. Wilmington, SR Books, 2001, pp. 41–44.

pretendían impartir, y contratar profesores extranjeros era un lujo que muy pocas instituciones podían permitirse. Segundo, no se contaba con los libros e instrumentos adecuados; si en las capitales ya resultaba difícil conseguir algunos textos o piezas de laboratorio, en las provincias esto constituía casi una quimera. Finalmente, parecía no haber estudiantes suficientes que se interesaran en este tipo de materias, y para algunas instituciones resultaba poco rentable mantener abiertos esos cursos.

Un vistazo presuroso a los centros de enseñanza que entonces funcionaban en la República revela el tenor de las dificultades existentes. La universidad de Cartagena, por ejemplo, otorgaba el grado en medicina, pero no tenía clases de botánica, química, mineralogía o alguna otra materia técnica nueva; en Popayán don Lino de Pombo ofrecía algunos cursos esporádicos de matemáticas; en el colegio de Panamá hubo intentos de introducir zoología, botánica y mineralogía en el segundo año de historia natural; y en Medellín Mariano Ospina llegó a dictar un curso de física y electricidad que finalmente no trascendió a mayores⁷⁵. De ese calibre eran los intentos por establecer una estructura educativa en el país, situación que indica porque ese tipo de políticas estuvieron destinadas al fracaso.

Las condiciones económicas tampoco contribuyeron a consolidar espacios efectivos en los cuales los científicos pudieran aplicar y desarrollar las técnicas y conocimientos previamente adquiridos. Los ingenieros, médicos y naturalistas nacionales, que entonces iniciaban su formación profesional, debieron resignarse a negociar con un Estado en enormes dificultades financieras y con poco interés en destinar sus escasos recursos a la educación, a la infraestructura y a la industria. Del mismo modo, tuvieron que desenvolverse en un escenario laboral poco diverso, dominado por una estructura productiva colonial que aún no adoptaba de manera contundente los procesos mercantiles del capitalismo moderno. Recordemos que en la década de 1830 el país dependía casi exclusivamente de las ganancias producidas por la explotación del oro; otros productos como el algodón, el cuero, el tabaco, las maderas, el azúcar y la fauna eran una fuente de ingresos adicional que representaba un pequeño porcentaje de las exportaciones totales. En ese entonces la economía atravesaba por un pausado proceso de reactivación, después de los sobresaltos ocasionados por la guerra y por la ruptura de los circuitos mercantiles vigentes desde la colonia⁷⁶. Aunque la

⁷⁵ Safford, *Op. cit.*, p. 105.

⁷⁶ Mientras que en 1834 las exportaciones de oro representaban el 74% del total de la República, la suma de los

minería era un negocio rentable que aparentemente demandaba el desarrollo de nuevas tecnologías y la incorporación de profesionales especializados, las condiciones de explotación que prevalecieron en Colombia durante el periodo en cuestión limitaron la articulación de iniciativas científicas a su ámbito. Se trataba de una producción mayoritariamente artesanal, estructurada sobre la mano de obra esclava que trabajada en las minas de aluvión localizadas, por lo general, en las regiones de Antioquia, Chocó y Cauca. Más que los conocimientos de un experto dedicado a la instalación de maquinaria, al desarrollo de complejos sistemas de explotación y a la mensura topográfica, lo que requería la minería colombiana eran robustas cuadrillas de esclavos disponibles para arañar los apetecidos yacimientos⁷⁷.

Ahora, cuando se demandaba la adopción de nuevas tecnologías, una circunstancia factible en los casos en que alguna compañía obtenía la concesión de una mina, estas labores solían ser asumidas por profesionales extranjeros. En aquel entonces los botánicos, zoólogos y mineralogistas veían en Colombia un lugar atractivo para realizar observaciones de fenómenos poco comunes y para recolectar especímenes raros; por esa razón no era extraño que muchos de ellos abandonaran momentáneamente los laboratorios y academias europeas para adentrarse en los escarpados e incómodos paisajes americanos⁷⁸. Ese fue, por ejemplo, el caso de Jean B. Boussingault, un egresado de la escuela de minas de Saint-Étienne a quien el gobierno colombiano prometió la suma de siete mil francos si ayudaba a fundar una escuela de ingenieros civiles y militares. Aunque la escuela nunca se estableció, Boussingault fue designado para conciliar los intereses del Estado con los de la *Colombian Mining Company*: “poderosa compañía inglesa” interesada en explotar los filones de la Vega de Supía y Marmato; su labor consistía en examinar los precios que pedían varios propietarios de las minas, en entenderse con el escribano encargado de las adquisiciones, y en caso

otros productos mencionados apenas constituían, aproximadamente, un 15%. José Antonio Ocampo estima que fue entre 1830 y 1850 cuando el sector exportador pudo recuperar los niveles que mantuvo durante la colonia; según señala, este periodo se caracterizó por la tendencia depresiva del sector aurífero, lo que puede interpretarse como una caída continua en las exportaciones *per capita*. José Antonio Ocampo, *Colombia y la economía mundial, 1830–1910*, Bogotá, Siglo XXI, 1984, pp. 86–89, 100–101.

⁷⁷ La adopción de un modelo minero caracterizado por las concentraciones importantes de trabajadores asalariados, la tecnificación de la explotación y la inversión extranjera, no se popularizó en Colombia sino a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Aunque compañías extranjeras implementaron este sistema desde las primeras décadas de la República, fueron las reformas liberales y la abolición de la esclavitud las que permitieron su propagación definitiva por las regiones mineras del país. Ocampo, *Op. cit.*, pp. 350–355.

⁷⁸ Safford, *Op. cit.*, p. 103.

de aprobarse el negocio, en contactar a un tal R. Walker: oficial extranjero con quien debía elaborar un plano del distrito en mención⁷⁹.

Como se ve, ni la principal actividad económica del país tuvo la capacidad de integrar el conocimiento científico a su estructura, y cuando lo hizo, fue gracias a iniciativas aisladas y particulares que no lograron transformar de manera contundente el pálido escenario local. Lo que ilustran episodios circunstanciales como el de las endeble instituciones educativas, o el del versátil ingeniero francés, es el repertorio de obstáculos que tuvieron que sortear quienes intentaron consagrarse a descubrir las regularidades del mundo natural durante la primera mitad del siglo XIX colombiano.

Ante la falta de espacios adecuados y suficientes donde aplicar sus conocimientos los escasos personajes interesados en temas de índole científica tuvieron que diversificar sus intereses. No sobra recordar que a principios del siglo XIX la ciencia era una actividad mínimamente especializada que no contaba con las fronteras disciplinares que hoy le conocemos. Quienes se denominaban científicos eran, en realidad, personajes ilustrados con intereses y destrezas en uno o varios aspectos de la medicina, las matemáticas, la cartografía, la botánica y la astronomía, por mencionar las más populares; muchos de ellos se desempeñaban simultáneamente como poetas, comerciantes, políticos y militares, siendo su inclinación por la ciencia el resultado de una afición esporádica, o una estrategia para garantizar ingresos adicionales a los que obtenían normalmente.

Esa dispersión de intereses, sumado al inestable panorama laboral, exigió de ellos la destreza para identificar esas áreas en las cuales sus competencias podían ser requeridas. Los médicos, por ejemplo, se interesaron por la potencialidad comercial de ciertos productos vegetales que eran utilizados comúnmente para la preparación de tónicos y remedios. Ante la enconada competencia que sostenían con barberos, sobanderos, parteras y yerbateros por la escasa clientela, y frente a los limitantes que suponía la existencia de una población dispersa e incomunicada a la que resultaba difícil atender, estos individuos optaron por emplear su lenguaje ilustrado y sus relaciones profesionales para promocionar sustancias contra algunos de los males que entonces amenazaban la salud colectiva⁸⁰. Así

⁷⁹ Jean B. Boussingault, *Memorias*. Banco de la República, 1985, pp. 135-137.

⁸⁰ El caso de Antonio Vargas Reyes y sus estudios sobre la quina resulta emblemático. Parte de sus inquietudes en estudiar y promocionar este producto estuvieron relacionadas con el impacto que causaban las fiebres en el floreciente negocio tabacalero a mediados del siglo XIX Véase: Mónica García, *Las fiebres del Magdalena. Medicina y sociedad en la construcción de una noción médica colombiana, 1859-1886*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia,

mismo, algunos naturalistas se concentraron en redactar obras que les permitieran dialogar con sus pares internacionales, inclinándose para ello por la publicación de materiales alusivos a la singularidad de la naturaleza colombiana; trabajos como la *Flora colombiana*, la *Geografía botánica de Colombia* y la *Monografía de las gutíferas*, escritos por José Triana a mediados del siglo XIX, se convirtieron en reflexiones científicas orientadas a reconocer y clasificar elementos del imaginario nacional, situando al país en un aparente orden universal previamente establecido⁸¹.

Por su parte, algunos topógrafos encontraron en la parcelación de tierras una atractiva pero esporádica fuente de recursos económicos. Un par de leyes aprobadas en 1834 y 1836, que decretaban la repartición individual de los resguardos indígenas, despertaron tal interés por la agrimensura que hasta “individuos que no habían pensado jamás en estudiar ni la geometría elemental” encontraron allí una forma efectiva de ganarse la vida⁸².

En conclusión, durante la primera mitad del siglo XIX los científicos colombianos tuvieron que asumir el reto de constituirse como comunidad en un medio que no ofrecía los espacios suficientes. Ello les significó una férrea lucha por encontrar fuentes de trabajo que les permitieran aplicar los conocimientos adquiridos, en un contexto inestable, endeble y poco diversificado. La fragilidad institucional, la ausencia de una estructura económica que garantizara el desarrollo de la infraestructura y de la técnica, y la pálida articulación disciplinar condujeron a que en el periodo señalado la ciencia en Colombia fuera una actividad aislada, individual y escasamente especializada.

Las consecuencias de un panorama tan precario restringieron enormemente las iniciativas enfocadas en describir el aspecto físico y moral de la nación. Los esfuerzos por catalogar y clasificar el territorio, la naturaleza y las poblaciones se limitaron a trabajos de tenor geográfico o botánico, enfocados en establecer las fronteras del país y de sus provincias, en proponer un inventario natural de

2006, pp. 68–76.

⁸¹ Tras la publicación de sus obras José Triana recibió varias distinciones por parte de academias científicas en Montpellier, París y Madrid. Crónicas posteriores lo recordarían después como un abnegado naturalista, quien recorrió los Andes con el objetivo de ofrecer plantas nuevas a la Botánica y a los herbarios. Véase: Rafael Delorme Santo, “La ciencia en Colombia”, *BMC*, año VII, núm. 76, julio de 1893, pp. 451–452.

⁸² En relación a este episodio, don Félix Castro fue encargado para realizar la mensura de varios resguardos cercanos a Bogotá; luego éste le traspasó el contrato a un grupo de venezolanos que llegaron desde el país vecino, encabezados por el señor Tomás Brito. Eloy B. De Castro, “Datos sobre la historia del estudio de las matemáticas en Colombia”, *AI*, vol. x, núm. 113–114, enero–febrero de 1898, p.14.

alguna región determinada, o en ilustrar las condiciones históricas y sociales en que vivía una comunidad particular. Quienes con paciencia se dedicaron a dibujar mapas, a coleccionar plantas y minerales, o a observar los fenómenos meteorológicos y astronómicos en la primera mitad del siglo XIX colombiano, lograron componer ciertos referentes de una nación que entonces se percibía desmesurada, feraz y caótica; su misión, como agentes de la ciencia y la civilización, fue ir interpretando y organizando ese caos aparente, dándole un nombre y un lugar a todos aquellos elementos que, curiosamente, se empezaron a describir como parte inherente de una narrativa nacional. Igualmente, dichas estrategias tuvieron éxito en reproducir imaginarios que apelaban a la existencia de esa contradicción entre espacios civilizados y espacios salvajes, reiterando la convicción de que la ciencia constituía una herramienta para domesticar a estos últimos.

6. NUEVOS ESPACIOS PARA LA DESCRIPCIÓN: COMISIONES, COMERCIO Y PROFESIONALIZACIÓN DE LA CIENCIA 1850 ~1880

La escasez de espacios adecuados dónde practicar y socializar el conocimiento científico provocó un estancamiento relativo de las miradas especializadas que reflexionaban en torno al territorio, a la naturaleza y a las poblaciones del país. Como se indicó, buena parte de las iniciativas que se proponían indagar por las dimensiones de la geografía colombiana, por las características de su fauna y su flora, y por los rasgos que establecían los marcadores de diferencia entre los individuos, estuvieron condicionadas por las incipientes capacidades de un Estado empobrecido e inestable, y por los intereses particulares de personajes ilustrados que de vez en cuando tenían la oportunidad de dedicarse a asuntos de esa índole. Durante la primera mitad del siglo XIX la ciencia apenas pudo articularse a los esfuerzos de las elites por darle una forma y un contenido a la idea de nación colombiana, en parte, porque ese proyecto lucía voluble y difuso; más allá de unos cuantos mapas elaborados con información previa, de algunas descripciones botánicas que intentaban sistematizar una flora exuberante y

diversa, y de las habituales nociones racializadas que situaban a los seres humanos entre la civilización y la barbarie, un buen segmento de las reflexiones respecto a las poblaciones y naturaleza colombianas conservaron los tradicionales imaginarios coloniales. Eran los tiempos en que Alexander von Humboldt presentaba los resultados de su viaje por tierras americanas, cautivando con su extensa obra literaria la imaginación de un público que ansiaba conocer detalles de aquella región de montañas nevadas y vegetación exuberante; su “visión unilineal naturalista de la historia” asignaba a la América endémica un estado primitivo y antiguo, aceptando que la sociedad europea se había perfeccionado y civilizado con el paso del tiempo⁸³. No obstante la existencia de estos antecedentes, tales descripciones hicieron parte de un proceso de *reinención de lo americano*⁸⁴ como continente, y no, de un ejercicio de reflexión enfocado en la consolidación de imaginarios estrictamente nacionales.

Sin embargo, las circunstancias políticas que empezaron a dominar el escenario republicano finalizando la década de 1840, las nuevas oportunidades que brindó el despunte de la economía agroexportadora y el consecuente interés por incorporar el sistema productivo a los circuitos mercantiles del capitalismo internacional, favorecieron el fomento de iniciativas novedosas encaminadas a clasificar el mundo natural, a dimensionar el territorio y a identificar los contrastes de las poblaciones colombianas. Aunque los gobiernos de turno resultaron particularmente reacios a intervenir en los asuntos que consideraban del ámbito privado, decisión que limitó la integración directa de la ciencia y la educación a las esferas del Estado, los afanes de la burguesía exportadora por aumentar su productividad y por descubrir nuevas fuentes de riqueza, y los intereses políticos de una dirigencia que desconocía las provincias que conformaban la nación o que medianamente daba cuenta de sus territorios de influencia, propiciaron la aparición de espacios renovados que acogieron a los personajes con inquietudes científicas quienes, a su vez, promovieron la especialización disciplinar y la conformación de gremios e instituciones afines a sus inclinaciones profesionales.

Con el ascenso de los liberales al poder promediando el siglo y tras las reformas que se cristalizaron en los años subsecuentes, las estructuras políticas y económicas del país fueron sometidas a una serie de transformaciones

⁸³ Serje, *Op. cit.*, p. 65.

⁸⁴ Pratt, *Op. cit.*, pp. 211–267.

contundentes⁸⁵. Además de las medidas que usualmente se implementaban para promover un liberalismo económico, es decir, la derogación de los monopolios, la supresión de tributos, la división de las tierras comunales, la abolición de la esclavitud y la separación de los ámbitos de la Iglesia y del Estado, las elites nacionales asumieron la tarea de modificar ciertos aspectos relacionados con la educación, la infraestructura, la administración pública y el ejercicio del gobierno. Como se verá a continuación, este conjunto de disposiciones impactaron los espacios por los que circulaba el conocimiento científico, alterando así las condiciones en las cuales venían operando quienes reflexionaban en torno a la naturaleza y las poblaciones colombianas.

Aquellos que en la actualidad conservan una imagen del general y presidente Tomás Cipriano de Mosquera suelen coincidir en tildarlo como un personaje excéntrico, atípico o medianamente controversial. Más allá de tales denominaciones, lo cierto es que mientras rondó los círculos del poder, este militar payanés, heredero de un abolengo notable, tomó decisiones polémicas e innovadoras que transformaron el semblante de la Colombia decimonónica. Sus políticas de fomento a la educación práctica y al desarrollo de la infraestructura, y las iniciativas de sus sucesores liberales orientadas a acrecentar el conocimiento geográfico y estadístico de la república, permitieron el encauzamiento de llamativas estrategias científicas que se plantearon el reconocimiento y la clasificación de los elementos constitutivos de la nación.

Durante los primeros años de su administración, más exactamente en 1847, Mosquera apoyó el establecimiento del Colegio Militar: una institución enfocada en la formación técnica y en la enseñanza de matemáticas, geometría, astronomía y topografía, en la cual podían inscribirse tanto militares como los civiles interesados en las materias prácticas que allí se dictaban. El objetivo central del proyecto era proveer a la sociedad de una vigorosa generación de profesionales entrenados, con la capacidad de satisfacer las necesidades de un Estado que aspiraba, por un lado, a desarrollar su incipiente infraestructura mercantil, y por el otro, a atender detalles relacionados con asuntos tan diversos como la explotación de minas, la observación astronómica y las predicciones meteorológicas⁸⁶.

⁸⁵ Varios autores han empleado la expresión “revolución anticolonial” para referirse a este giro de la economía colombiana que modificó sustancialmente las estructuras vigentes desde la colonia. Véase: García, 2006, *Op. cit.*, pp. 57–68; Miranda, *Op. cit.*, pp. 33–47.

⁸⁶ Una ley de 1847, año en que se creó legalmente el Colegio Militar, estableció que quienes siguieran el enfoque

En un país con una escasa y maltrecha estructura educativa en la que no existían ni profesores experimentados suficientes ni instrumentos adecuados, en la que los textos apenas circulaban y donde los planes de estudio se dictaban a medias o se suspendían, la idea de establecer un instituto politécnico de las características del Colegio Militar podía ser interpretada como uno de esos delirios decimonónicos que antes de nacer ya estaban destinados al fracaso o, de todos modos, como una iniciativa particularmente ambiciosa que requeriría de mucho esfuerzo para llevarse a cabo. Y vaya que lo era. Para atender las exigencias que implicaba poner a funcionar el colegio Mosquera tuvo que echar a andar un oneroso plan de contratación que contempló el arribo al país de prestigiosos profesores y expertos, la importación masiva de materiales de laboratorio y la compra de algunos libros y textos que para el ámbito local resultaban sumamente especializados. Seducidos por jugosos salarios, varios extranjeros y nacionales atendieron el llamado del gobierno colombiano; la labor que se les asignó, además de los asuntos relacionados directamente con el funcionamiento del colegio, fue el compromiso con estrategias que contribuyeran al desarrollo del comercio, de la infraestructura y de las ciencias en la república⁸⁷. Visto en perspectiva, y a pesar del incierto destino que le esperaba al novedoso proyecto de Mosquera, lo cierto es que la comunidad que allí se organizó resultó fundamental para el desarrollo de iniciativas enfocadas en el reconocimiento del territorio, la naturaleza y las poblaciones colombianas. Como veremos a continuación, cuando las autoridades decidieron cerrar el colegio varios de sus miembros continuaron desarrollando labores relacionadas con la geografía, la botánica y la descripción etnográfica.

Consciente de que suponía una carga importante para el exiguo presupuesto nacional, y atemorizado por las conspiraciones, el gobierno federal optó por clausurar el Colegio Militar en 1854; aún estaba fresca la exitosa -aunque momentánea- rebelión de los artesanos que encabezó el general José María Melo, y lo que menos le interesaba a algunos sectores de las elites en el país era que movimientos similares afloraran nuevamente.⁸⁸ No obstante esta decisión, los cuadros que alcanzaron a formarse fueron encontrando oportunidades para aplicar lo que habían aprendido. Fue en el Colegio, por ejemplo, donde se

de ingeniería civil no estaban obligados a continuar con el servicio militar una vez concluyeran sus estudios. Safford, *Op. cit.*, pp. 170–184.

⁸⁷ *Ibid.*, pp. 125–127.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 177–178.

preparó la primera generación de ingenieros civiles que existió en Colombia, mismos que quedaron autorizados para “ser empleados preferiblemente por el Poder Ejecutivo y por las autoridades políticas y judiciales en los negocios propios de la profesión, en los establecimientos de enseñanza pública, y como agrimensores facultativos, con el correlativo goce de sueldo”⁸⁹. De la misma manera, su entorno atrajo a figuras emblemáticas como Agustín Codazzi, Lino de Pombo, Aimé Bergeron, Ramón Guerra Azuola, Manuel Ponce de León, Indalecio Liévano y Manuel H. Peña, personajes que consiguieron estructurar una reducida comunidad científica dedicada a asuntos geográficos, estadísticos y de infraestructura, resultando fundamentales en las estrategias que a mediados de siglo se propusieron describir y explorar el territorio y las poblaciones colombianas.

Y fue precisamente Agustín Codazzi, profesor de topografía y encargado de los “trabajos prácticos” en el Colegio Militar, quien en 1850 firmó con el gobierno de José H. López el contrato que lo designó jefe de la Comisión Corográfica⁹⁰. Acompañado por un grupo de expertos entusiastas inició una serie de peregrinajes durante los cuales se tomaron centenares de datos geodésicos, se midieron distancias, se trazaron límites provinciales y se contrastaron informaciones geográficas existentes; esos recorridos fueron aprovechados por los dibujantes para ilustrar las peculiaridades que encontraban en su camino, por los geógrafos para elaborar mapas y por los cronistas para componer llamativas piezas literarias en las que quedaron plasmadas las costumbres y los paisajes de la Nueva Granada. Tal como sugiere Margarita Serje, esta iniciativa en particular resultó de suma “importancia para la creación de una imagen fundacional de la nación, así como de su territorio y sus habitantes”⁹¹.

Tras la sorpresiva muerte de Codazzi en 1859, víctima de un padecimiento tropical que lo sorprendió en su camino a la Sierra Nevada de Santa Marta, el

⁸⁹ Segmento del diploma otorgado a Manuel Ponce de León en el que se le concedía el grado de ingeniero civil en 1852; el texto de dicho diploma se encuentra reproducido en: José M. González Benito, “Biografía de Manuel Ponce de León, ingeniero civil, miembro del antiguo Cuerpo de Ingenieros Nacionales, miembro de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, profesor de la Universidad Nacional”, *AI*, vol. XI, núm. 127, marzo de 1899, p. 92.

⁹⁰ La Comisión Corográfica se distingue como un ejercicio sin precedentes en la historia republicana que, muy al estilo de las conspicuas expediciones que llevaron a La Condamine y a Humboldt a recorrer el continente americano, procuró elaborar un inventario detallado de los múltiples elementos que se encontraban bajo la jurisdicción del gobierno. Véase: Efraín Sánchez, *Gobierno y geografía, Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica en la Nueva Granada*, Bogotá, Banco de la República, 1999; Restrepo Forero, *Op cit.*; Arias, *Op. cit.*

⁹¹ Serje, *Op. cit.*, p. 88

gobierno encargó a Manuel Ponce de León para publicar “la carta general y las seccionales” a partir de los trabajos de la comisión “reduciéndolas a la escala de las de Venezuela”⁹². Luego, en 1861, el mismo Ponce de León y Manuel María Paz se comprometieron a construir la cartografía nacional, “debiendo para ello consultar indispensablemente los depósitos corográficos é hidrográficos que posee el Gobierno, y los demás trabajos, cartas, etc., tanto nacionales como extranjeros que puedan tener á la vista, á fin de dar á dicha Carta la mayor exactitud posible”⁹³. Ciertamente, los datos recolectados durante los años en que la Comisión Corográfica permaneció activa sirvieron de fuente a los trabajos posteriores que se plantearon reconocer los elementos constitutivos del país; su información fijó una mirada sobre la Colombia del siglo XIX que aún hoy inquieta a quienes se cuestionan por las estrategias utilizadas para dimensionar la nación.

Tal dinamismo ilustra cómo la comunidad científica que se organizó alrededor del Colegio Militar resultó central en la confección de una mirada renovada sobre lo nacional. Los proyectos cartográficos, las iniciativas censuales y las comisiones auspiciadas por personajes como Mosquera y López permitieron disponer de descripciones mucho más detalladas y complejas acerca del territorio y los pobladores del país; eran descripciones que no se limitaban a reproducir los imaginarios coloniales, sino que procuraban incorporar variables, cálculos y tipologías novedosas complejizando aún más la tarea de clasificar y ordenar. Las acuarelas y las narraciones de la Comisión Corográfica, y algunas obras geográficas y literarias coetáneas, por ejemplo, aludían a una Colombia mucho más diversa y caracterizada que la que reseñaron Francisco J. de Caldas y José Manuel Restrepo en sus memorias y trabajos cartográficos elaborados cuarenta años atrás. Las láminas, los artículos de prensa y los mapas que fueron apareciendo a partir de la década de 1850 se construyeron sobre un discurso descriptivo y paciente que se detenía a observar las singularidades del territorio, los paisajes y las poblaciones locales.

Así, mientras Caldas empleaba marcadores amplios e indefinidos que sintetizaban las condiciones morales y físicas de los pobladores del reino, las descripciones de mediados de siglo apelaron a un lenguaje pormenorizado que oscilaba entre el relato bucólico y pausado, y la exposición puntual y detallada. Para José María Samper, uno de los principales escritores y periodistas del siglo

⁹² González Benito, *Op. cit.*, p. 87.

⁹³ *Ibid.*, p. 93.

XIX colombiano, tan sólo los indios de la altiplanicie de Bogotá podían ser caracterizados utilizando los siguientes términos:

son de muy pequeña talla; tienen el color de la piel atezado, el ojo frío y apagado, la frente estrecha, deprimida y estúpida, la cara redonda, desprovista de barba y sin expresión ni carácter, los cabellos ásperos, abundantes, muy negros y lisos, la voz gutural, profunda y como sacudida, la marcha lenta y pesada, pero muy sostenida, el cuerpo grueso y trapudo, los miembros redondeados y de fuerte musculación, y las espaldas frecuentemente muy anchas. [...] carece de entusiasmo y pasión, pero ama el matrimonio y es fiel al hogar doméstico y a su mujer [...] Adora las procesiones y las mojigangas, y manifiesta mucha credulidad por todo lo maravilloso. [...] Para el indio de las campañas andinas la sociedad es un lazo peligroso, el maestro de escuela un mito incómodo, el alcalde un personaje inútil, el cura de la parroquia un semi-dios, y el recaudador de contribuciones poco menos que la peste o el rayo⁹⁴.

Narraciones como la anterior, locuaces y detalladas, contribuyeron a popularizar una mirada sobre lo nacional compuesta por identidades y denominaciones particulares, mismas que se configuraron a partir de criterios regionales, económicos y raciales. Esto quiere decir que los relatos y las clasificaciones cuyo objetivo era ofrecer un panorama general de la población y el territorio colombianos empezaron a combinar, cada vez con más frecuencia, la especificidad geográfica, los oficios de la población, las definiciones fenotípicas y las condiciones climáticas como los principios de distinción alrededor de los cuales se articulaban los marcadores que decretaban la diferencia⁹⁵.

En algunos de los informes que Codazzi remitió al secretario de gobierno a propósito de sus recorridos por la provincia del Casanare⁹⁶, por ejemplo, se puede apreciar el modo en que dichos criterios de distinción cohabitaban al momento de caracterizar a los habitantes de esta región del occidente colombiano. Refiriéndose a cómo estaba dividida la población en esas comarcas, el almirante

⁹⁴ José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispanoamericanas) con un apéndice sobre la orografía y la población de la confederación granadina*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1969. Edición facsimilar de: París, Imprenta de Thumot y Cía., 1861, pp. 317–318.

⁹⁵ *Cfr.*: Serje, *Op. cit.*, pp. 98–99; Arias, *Op. cit.*, pp. 83–85.

⁹⁶ Agustín Codazzi, “Informe sobre la provincia de Casanare, 28 de marzo de 1856”, en: *AI*, vol. XVII, núm. 199, septiembre de 1909; “Informe sobre el río Meta, 21 de abril de 1856”, en: *AI*, vol. XVII, núm. 203–204, enero–febrero de 1910.

italiano señalo que por un lado, y asociados al virtuosismo y a la abnegación, se encontraban “los diez y siete mil habitantes”: hombres civilizados –claramente no mujeres–, cristianos, sedentarios y valientes; dispuestos a enfrentarse a las fieras, al clima abrasador y a las fiebres malignas; domadores de la naturaleza, aptos para el trabajo arduo, hábiles jinetes, criadores de ganado y amantes de la riqueza.

Por el otro lado se encontraban los “quince mil indios salvajes”: tribus errantes de “muy malas intenciones” que no conocían el evangelio; crueles, traidores e integrantes de un mundo bárbaro, rústico y violento al que el hombre civilizado tenía la misión de contraponerse. Ciertamente, las denominaciones de Codazzi en torno a los habitantes del Casanare en particular, y de la nación en general, estaban reafirmando el imaginario cultural sobre la existencia de aquello que Michel Taussig ha denominado *espacios de la muerte*: recreaciones simbólicas de lugares donde el terror es endémico, pobladas por imágenes metafóricas del mal y del inframundo⁹⁷. Se trata de espacios al margen de los referentes económicos, geográficos y epistemológicos en los que la diferencia radical siempre está presente, similares a la Sodoma bíblica o la América antropofágica que apareció con frecuencia en los grabados de Theodor de Bray.

De esta manera, a través de los dibujos, de los textos geográficos y de las novelas de corte sociológico y etnográfico que empezaron a circular cada vez con más frecuencia en la segunda mitad del siglo XIX, el público ilustrado tuvo acceso a representaciones de una serie de personajes y paisajes cercanos y remotos pertenecientes a una misma comunidad que se entendía en el contexto de lo nacional. Los materiales impresos, “expuestos como el resultado de un trabajo descriptivo y objetivo sobre la geografía física, moral y política del país”⁹⁸, aludían a un territorio de contrastes en el que coexistían las cordilleras, las selvas, los ríos, las llanuras y las costas. Este escenario diverso alojaba a su vez a una llamativa variedad de personajes, nombrados a partir de tipologías económicas, regionales, raciales, de género y de clase: arrieros, bogas, tejedores, artesanos y cultivadores de tabaco; antioqueños, veleños, pastusos y caucanos; blancos, mestizos, indios y negros; hombres y mujeres; el pueblo y los notables; todos ellos emergieron como marcadores de diferencia articulados a distintas categorías identitarias.

⁹⁷ Michael Taussig, *Shamanism, colonialism, and the wild man. A study in terror and healing*, Chicago, The University of Chicago Press, 1987, pp. 4–5.

⁹⁸ Restrepo Forero, *Op. cit.*, p. 40.



FIGURA 1: “Ranchería a orillas del Meta”, acuarela de Manuel María Paz, 1856, [Biblioteca Nacional de Colombia]

Al respecto, basta imaginarse a un habitante de Bogotá, a uno de esos que jamás saldría de los contornos de la ciudad, leyendo con fascinación las crónicas que publicó *el Neogranadino* a propósito de las aventuras de don Manuel Ancizar como miembro de la Comisión Corográfica⁹⁹. Es factible que este lector alojara algún tipo de sentimiento de comunión con aquellos habitantes de Charalá, de Pamplona y de Ocaña, o que imaginara que los pobladores de esas provincias compartían con él una lengua, una historia, un gobierno y, por extensión, una nacionalidad. De la misma manera, es posible que una dama cartagenera, de aquellas que nunca conocieron la imponente cordillera de los Andes, estuviera convencida que las montañas escarpadas y ríos sinuosos de que habla José María

⁹⁹ *Ibid.*, pp. 30–32.

Samper en un breve ensayo geográfico que publicó en 1857¹⁰⁰, *eran tan propios* como podían serlo para un pastuso o para un habitante de la villa de Sonsón.

Independientemente de que tan precisas puedan resultar tales suposiciones, lo cierto es que la aparición de estos apuntes descriptivos fue una consecuencia del interés de las elites por dimensionar y proyectar los elementos físicos y simbólicos que permitían imaginar una nación individualizada. Los mapas, los informes y las ediciones con temáticas geográficas y estadísticas que empezaron a publicarse en la década de 1850, intentaron responder a las expectativas generadas por el orden político, económico y social que se impuso como hegemónico promediando el siglo XIX colombiano. Las tendencias federalistas de los regímenes liberales exigieron de los gobernantes mayor atención a los mecanismos empleados para definir las fronteras de los nuevos estados, y para catalogar a sus habitantes y a sus recursos; en virtud de estos requerimientos, los documentos, las cartas oficiales y algunos estudios que se publicaron en aquella época fueron reiterativos en señalar la existencia de singularidades regionales, y en remarcar los límites políticos y administrativos que le daban un orden distintivo al proyecto nacional vigente¹⁰¹.

Ahora bien, el incremento de esas miradas renovadas sobre lo nacional no dependió, exclusivamente, de la necesidad legítima por descubrir, dimensionar y representar los territorios gobernados. Por lo que se desprende de las descripciones reseñadas anteriormente podría pensarse que tales proyectos de reconocimiento tuvieron una función eminentemente simbólica, dirigida tan solo a crear referentes que le permitieran a los gobernantes de turno dimensionar aquello que entendían como la nación colombiana. Ciertamente la tenían; sin embargo, su emergencia también se explica como una consecuencia directa de los anhelos que albergaban diferentes sectores del país por habilitar nuevas vías de comunicación, identificar recursos naturales provechosos, realizar levantamientos catastrales, sanear poblaciones y, en general, refinar los mecanismos dirigidos a optimizar los circuitos económicos y el ejercicio del gobierno. Como mencioné anteriormente, los mapas, los informes y los estudios geográficos y estadísticos

¹⁰⁰José María Samper, *Ensayo aproximado sobre la geografía política i estadística de los ocho estados que compondrán, el 15 de setiembre de 1857, la federación Neogranadina*, Bogotá, Imprenta de El Neogranadino, 1857.

¹⁰¹En el ensayo geográfico que publicó en 1857, José María Samper señalaba lo siguiente: “En el momento en que la República realiza un cambio tan trascendental en su organización, surge desde luego la necesidad de conocer la estructura topográfica i social de las nuevas entidades, porque es preciso comprender la composición de cada una de las partes para estimar despues las condiciones del conjunto que constituye la nacionalidad o Federacion Neo-granadina”. Samper (1857), *Op. cit.*, p. 5.

que empezaron a editarse con optimismo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, intentaron responder a las expectativas generadas por el orden político, económico y social que se vislumbraba como porvenir.

Como suele suceder en estos casos, la relación que las disciplinas y los profesionales de la ciencia establecieron con los paisajes, con la naturaleza y con las poblaciones estuvo mediada por las circunstancias políticas y económicas que entonces regían la vida social de la república. El interés y las capacidades de las reflexiones científicas que indagaban por aquellos elementos que constituían el espectro nacional a mediados del siglo XIX en Colombia, no fueron ajenos ni al surgimiento de un atractivo universo agro-exportador ni a la apertura relativa que se experimentó como consecuencia de la activación de las comunicaciones y de los flujos mercantiles. Las bonanzas de productos como el tabaco, la quina, el añil y el café, que dinamizaron la economía a partir de 1850, contribuyeron a que ingenieros, médicos y naturalistas asumieran más decididamente su papel como examinadores del país y de sus elementos más significativos.

Para las elites colombianas, que gobernaban y hacían negocios en un escenario sin señales claras de industrialización, con una incipiente y maltrecha red de comunicaciones y caminos, y agobiado por una situación fiscal precaria, exportar productos agrícolas y materias primas parecía ser la mejor forma de insertarse en las dinámicas del capitalismo internacional, y como tal, de no rezagarse definitivamente en la carrera que disputaban las naciones del mundo por acceder a ese edén decimonónico bautizado con el nombre de civilización¹⁰². Pues bien, hacia la década de 1850 esa vieja esperanza empezó a distinguirse como una próspera realidad¹⁰³. El incremento de los precios internacionales, primero del tabaco, y luego del añil, de la quina y del café, y medidas económicas como la abolición de algunos monopolios, crearon las condiciones para que una clase variopinta de terratenientes, comerciantes y burgueses librecambistas incursionaran como los nuevos representantes del progreso; plantaciones, puertos y empresas comerciales inéditas activaron una economía por años estancada, permitiendo el flujo de capitales, las inversiones y un desarrollo pausado de la infraestructura. De acuerdo al clásico ensayo de Medardo Rivas

¹⁰²Marco Palacios, *El café en Colombia 1850–1970. Una historia económica, social y política*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 83–87.

¹⁰³En el ocaso de la colonia ya circulaba la idea de que la potencialidad económica del reino radicaba en sus recursos naturales y agrícolas, siendo esta la manera de contrarrestar la ascendente industria de las potencias metropolitanas. García, *Op. cit.*, pp. 59–60.

que relata la expansión colonizadora en el occidente de Cundinamarca, publicado por primera vez en 1899 bajo el sugerente título *Los trabajadores de tierra caliente*: “por encanto las selvas se abatieron, convirtiéndose en inmensas praderas; las orillas del Magdalena se cubrieron de sementeras de tabaco, y hubo un movimiento industrial fabuloso en el país. Todos los negocios tomaron incremento, y del interior bajaron a tomar parte de la obra civilizadora hombres trabajadores”¹⁰⁴. Muy seguramente el proceso no fue tan súbito y feliz como lo describe Rivas; sin embargo, su desenlace sí permitió, primero, que un importante sector de la sociedad incursionara en los avatares e iniquidades del competido mercado mundial; y segundo, que la comunidad científica dispusiera de espacios renovados desde donde generar categorías para dimensionar el territorio y las poblaciones colombianas.

Circunstancias tan particulares permitieron que la economía y la política comenzaran entonces a aceitar sus engranajes¹⁰⁵. Burócratas, comerciantes, gamonales y caudillos locales crearon toda una trama de relaciones al interior de la cual se negociaron tierras, beneficios fiscales, privilegios sobre caminos, y a la que se fue integrando una multitud de campesinos e indígenas pobres que se emplearon como jornaleros, estibadores, cargueros o en cualquier otro oficio que ofreciera algún tipo de ingreso. El gobierno y las compañías capitalistas establecieron un vínculo más o menos cordial, con el propósito de habilitar rutas terrestres que conectaran los centros productivos con los buques que llevaban las mercancías rumbo a los puertos del Atlántico norte; en medio de un clima extenuante y una geografía escarpada que encarecían los fletes y retardaban los transportes, los productos empezaron a fluir con relativa dificultad entre los Andes, el río Magdalena y el océano por el que circulaban los buques entre América y Europa. Semejantes faenas parecían un capítulo más de la vieja contienda entre el hombre y la naturaleza: una contienda en la que la ciencia ocupaba un rol protagónico, pues sus técnicas y sus conocimientos se estimaban facultados para abatir la feracidad y exuberancia de un mundo natural indómito.

Por eso, quienes habían cultivado algún tipo de habilidad midiendo y diseccionando el territorio pronto advirtieron que la confección de una estructura

¹⁰⁴Medardo Rivas, *Los trabajadores de tierra caliente*, Bogotá, Universidad Nacional, 1946, p. 128.

¹⁰⁵No es el objetivo de este estudio contribuir con un análisis de la historia económica del siglo XIX en Colombia sino, simplemente, situar al lector en una coyuntura que resulta central para entender los procesos que aquí se vienen discutiendo. Para una comprensión cabal de las singularidades de la economía colombiana véanse los trabajos de Palacios (2008) y Ocampo.

que favorecía la circulación de mercancías y la acumulación de capitales significaba, también, más y mejores oportunidades de trabajo. Los pocos ingenieros, geógrafos y agrimensores que por ese entonces residían en el país fueron vinculados a empresas como aquellas que contemplaban construir una red de caminos y comunicaciones decente; si el gobierno y las firmas involucradas en el negocio mercantil necesitaban corredores adecuados para movilizar las recuas de mulas, las carretas y las personas que alimentaban el codiciado “progreso nacional”, esos circuitos requerían de expertos que los trazaran, los construyeran y los nivelaran de acuerdo a las exigencias establecidas por la tecnología existente. Era un proceso dilatado que obligaba a los profesionales a emprender largos viajes en los que se sometían a las incomodidades típicas del trabajo de campo; sus jornadas transcurrían entre cálculos, mediciones, teodolitos y libros de apuntes, mismos que terminaban consignando una pausada labor de recolección de datos, y los pormenores de recorridos extenuantes por paisajes y naturalezas agrestes.

Revisando los itinerarios de Ramón Guerra Azuola –otro de los egresados del Colegio Militar– por las estribaciones orientales de la cordillera, por ejemplo, se puede apreciar cómo esos peregrinajes profesionales fueron configurando una relación particular entre las observaciones del territorio y la práctica científica. Siendo empleado de la firma inglesa *Stiebel, Rothschild & Sons* este ingeniero colombiano realizó, en 1855, una serie de prospecciones para lo que sería un camino carretero entre Bogotá y los llanos próximos a Villavicencio; su misión consistía en dictaminar la viabilidad de la ruta, con miras al establecimiento definitivo de un sistema de transporte que comunicara a la capital con el Orinoco a través del río Meta. Eran los tiempos en que los barcos a vapor se perfilaban como un lucrativo negocio y como la solución para destrabar el comercio de la república; en 1845 el general Mosquera había ofrecido jugosos subsidios a aquellos que promovieran la navegación por el Magdalena, y desde entonces, varias compañías realizaban recorridos intermitentes por ese río¹⁰⁶.

Pensando quizás que los vapores también podían remontar la trama fluvial

¹⁰⁶Después que Mosquera ofreciera hasta 200.000 pesos para el fomento de la navegación se crearon varias compañías por el Magdalena. La *Compañía de Vapores de Santa Marta* funcionó entre 1847 y 1855. Luego, en 1856, varias empresas pequeñas se fusionaron para fundar la *Compañía de Navegación por Vapor en el Río Magdalena*, misma que fue absorbida en 1890 por la *Compañía Colombiana de Transportes*. Fabio Zambrano, “La navegación a vapor por el río Magdalena”, *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, vol. 9, 1979, pp. 64–65.

que se extendía por el sur oriente hasta la amazonía y Venezuela, Guerra Azuola y su comitiva se aventuraron en un viaje que les tomaría unos cuantos meses completar. Sus apuntes revelarían después los detalles de un recorrido agotador bajo las inclemencias de un clima caprichoso y un terreno áspero, matizado por emotivos momentos como aquel que vivieron los excursionistas la primera vez que contemplaron la inmensidad de la llanura. Era habitual que la literatura científica y de viajes mezclara imágenes desoladoras y angustiosas con paisajes románticos y sublimes; sin embargo, lo que llama la atención de este relato en particular son los cálculos y las anotaciones técnicas que finalmente llevaron a Guerra Azuola a emitir un juicio pesimista sobre el porvenir del camino, y a recomendarle a la *Stiebel* desistir definitivamente del proyecto¹⁰⁷.

Lo que llama la atención es que, promediando el siglo XIX, este tipo particular de escenas resultaron cada vez más habituales. Después de que el gobierno decidió descentralizar la apertura y conservación de caminos, abolir los resguardos indígenas, expropiar los bienes eclesiásticos y distribuir parte de las tierras baldías en la década de 1850, los ingenieros, cartógrafos y agrimensores activos se convirtieron en piezas fundamentales de una estrategia cuyo principal objetivo fue racionalizar la geografía nacional; en tanto portadores de un conocimiento facultado para legalizar y representar el orden territorial, estos profesionales fueron esenciales para trazar vías de comunicación¹⁰⁸, establecer linderos y definir límites municipales, provinciales y nacionales¹⁰⁹. Así, dichos

¹⁰⁷Jane Raush, *La frontera de los llanos en la historia de Colombia 1830–1930*, Bogotá, Banco de la República, 1999, pp. 124–127.

¹⁰⁸Durante la segunda mitad del siglo XIX los habitantes de Bogotá y sus poblaciones aledañas fueron testigos de una interesante polémica respecto a cuál era la ruta más adecuada para comunicar a la capital con el río Magdalena a través de un camino carretero. En 1848 el gobierno contrató al ingeniero francés A. Poncet para que realizara unos estudios; Poncet determinó que lo más conveniente era seguir el curso de los ríos Tobia y Negro por el punto denominado Siete Vueltas. Diez años después, durante el primer boom agroexportador, Agustín Codazzi propuso otro camino que, precisamente, culminaba muy cerca a la ciudad de Ambalema, importante puerto tabacalero. Con la llegada de los ferrocarriles en los años 70 la polémica se volvió aún más compleja, pues además de los impedimentos tecnológicos, eran muchos los intereses que estaban en juego; a finales del siglo XIX aún no se había llegado a un acuerdo definitivo sobre cuál era la ruta más conveniente. La línea de ferrocarril entre Bogotá y Girardot no se concluyó sino hasta 1908 y, aún hoy, la prensa nacional registra polémicas respecto a la construcción de un camino decoroso entre la capital y el río Magdalena. *Cfr.* Indalecio Liévano, *Exploraciones y estudios de las mejores líneas para trazar caminos carreteros y ferrocarriles de Bogotá al río Magdalena*, Bogotá, Imprenta de vapor de Zalamea Hermanos, 1885; Manuel Ponce de León, “Vía de Cambao”, *AI*, vol. 1, núm. 5, diciembre de 1887, pp. 129–138.

¹⁰⁹Un ejemplo de esta clase de asuntos lo constituye un pleito de tierras que, en el tránsito de la segunda mitad del siglo XIX, enfrentó a las aldeas de Soledad y Fresno. El gobierno central decidió entonces nombrar al ingeniero Julio Liévano para que dirimiera el conflicto, mismo que resultó bastante dilatado porque ambas

episodios ilustran cómo la preocupación por referenciar la superficie del país, y por integrarla a sistemas de medición y coordenadas preestablecidas, estuvo estrechamente ligada a los procesos sociales, políticos y económicos que entonces delinearon la realidad colombiana; en ese sentido, los datos y las observaciones originados como consecuencia de esas dinámicas, motivaron lecturas científicas del territorio mucho más densas y estructuradas.

Ahora bien, este tipo de iniciativas no se dedicaron únicamente a describir y diagnosticar el territorio; estaba claro que también les interesaba analizar las características de las poblaciones, valorar el potencial de los recursos naturales y establecer canales de comunicación para dialogar con sus pares internacionales. Pese a no ser una inquietud del todo novedosa, las elites locales la consideraban una responsabilidad con la nación en tanto sus guías legítimos; al cerciorarse de que las potencias coloniales llevaban años dedicadas a estudiar el mundo natural que se extendía más allá de sus fronteras, profundizaron sus esfuerzos en asumir una tarea que, además de tintes nacionalistas, auguraba la posibilidad de buenos negocios y el reconocimiento por parte de academias y gremios profesionales en el exterior. Como vimos, entonces las condiciones políticas y económicas de Colombia habían cambiado respecto a los años anteriores, permitiéndole a la ciencia disponer de más escenarios dónde aplicar sus técnicas y conocimientos.

Un ejemplo que ilustra cómo las miradas científicas interesadas en valorar las poblaciones se articularon con las coyunturas de mediados de siglo XIX, lo constituyen las interpretaciones sobre la enfermedad derivadas de la situación en que funcionaba la industria tabacalera. Hacia principios del mes de octubre de 1856 apareció en las riberas del río Magdalena una serie de “fiebres malignas” cuyos efectos, descritos por los médicos que se interesaron en el caso, debieron causar sobresalto hasta en el más desprevenido de los transeúntes¹¹⁰. El foco de

partes entraron en una cadena extensa de replicas y apelaciones sustentadas en datos, cálculos y mediciones. Más allá de su desenlace, lo llamativo de este episodio es que entre los vericuetos legales y las formas, el ingeniero y el agrimensor aparecen como figuras de autoridad y actores decisivos del caso. AGN, *República*, Ministerio de Fomento, Baldíos, t. 5, f. 169–174.

¹¹⁰Y es que hasta el más lego de los lectores se inquietaría con una descripción como la que hizo el doctor Tomás María Contreras en una memoria publicada en 1857: “La invasión de esa fiebre se presenta así: algún cansancio en las piernas, desvanecimientos, zumbidos en los oídos, desgana de comer, catarro algunas veces, abatimiento de espíritu, sueño penoso con ensueños desagradables, fisionomía alterada, el derredor de la boca se pone amarillo [...] petequias, sudores profusos, locales y viscosos, orina espesa y subida de color; diarrea cualicuativa (sic); hemorragias por la nariz, por las vías urinarias y el ano, y últimamente disposición a la gangrena en las partes en que se apoya el cuerpo”. La descripción aparece citada en un estudio que se publicó en la *Revista Médica* en 1881. Nicolás Osorio y Proto Gómez, “Epidemias de fiebres del Magdalena”, *RM*,

los padecimientos era la próspera región de Ambalema y Honda, una zona en que las elites librecambistas tenían depositadas sus esperanzas de progreso y prosperidad, gracias a los desarrollos mercantiles que produjo la comercialización del tabaco. Tal era su prestigio que influyentes escritores de la talla de José María Samper y Salvador Camacho Roldán la veían como contraparte de la decadente y anquilosada sociedad bogotana: “una ciudad de parásitos, burócratas, importadores y prestamistas”¹¹¹.

Pues bien, la serie de males que empezaron a experimentar los pobladores de esta estratégica región desde finales de la década de 1850¹¹² provocó una respuesta por parte del cuerpo médico adscrito al centro del país; la prensa comenzó a registrar una acalorada polémica en la cuál médicos, sociólogos y políticos opinaban sobre el origen de las mortíferas fiebres. Las elites locales sabían que los cuadros pavorosos que proyectaban un territorio ardiente e infectado tenían la capacidad de ahuyentar a los capitalistas y a las cuadrillas de trabajadores que llegaban desde distintas regiones, especialmente a quienes provenían de “climas más benignos”; eso los obligaba a crear estrategias sanitarias y propagandísticas medianamente convincentes, que evitaran el colapso definitivo del negocio.

Mientras las fiebres ocasionaban estragos en las poblaciones ribereñas del Magdalena, en sus despachos y divanes los expertos analizaban síntomas, tratados y teorías nosológicas para comprender el origen de lo que algunos de ellos denominaron “epidemias”; su objetivo principal radicaba en formular las soluciones necesarias para detener la expansión del mal, que ya dejaba numerosas víctimas y cuantiosas pérdidas económicas. Y fue precisamente mientras buscaban esas respuestas que los discursos científicos encontraron una circunstancia que los invitó a reflexionar sobre la naturaleza de las poblaciones colombianas. Además de formular la noción médica de *Fiebres del Magdalena*¹¹³,

serie 6, núm. 63, julio de 1881, p. 114.

¹¹¹García, 2006, *Op. cit.*, pp. 82–83.

¹¹²Al parecer las fiebres no eran del todo nuevas, existen registros de epidemias similares que se remontan a 1830. Probablemente los agentes que causaban la enfermedad llevaban un buen tiempo en la zona, lo que sí es totalmente novedoso es la preocupación médica en el asunto, justo en momentos en que el tabaco y el añil florecían como fuentes de prosperidad en esa región del centro de Colombia.

¹¹³Un panorama mucho más completo y juicioso sobre la construcción social de la noción *Fiebres del Magdalena* lo ofrece el estudio, ya citado, de Mónica García (2006). De hecho, fue la lectura de su texto y una serie de conversaciones que sostuve con ella, lo que me sugirió las inquietudes que aquí expongo en torno a ese tema en particular.

una categoría que anclaba los síntomas y los padecimientos a un criterio eminentemente geográfico, los expertos promovieron un conjunto de explicaciones de carácter sociológico que responsabilizaban, tanto a la estructura productiva, como a la constitución y costumbres de sus trabajadores.

Varios de ellos planteaban, por un lado, que la deforestación, el hacinamiento y la acumulación de desperdicios, producto de los desmontes que se hacían para el cultivo y el pastoreo de ganado y del flujo constante de personas, habían creado condiciones sanitarias proclives a la acumulación de miasmas y, como tal, habían desencadenado los padecimientos que tanta alarma estaban causando en la Colombia de mitad de siglo¹¹⁴. Para otros, en cambio, eran los vicios y los comportamientos de los trabajadores la única causa de las enfermedades, pues como aseguraba José María Samper, “en Ambalema no se enferma sino el que quiere, es decir, el que bebe licores con exceso, se trasnocha y serena, se baña intempestivamente o duerme desabrigoado y asfixiado”¹¹⁵.

Se aprecia como las interpretaciones sobre el origen de las epidemias que azolaban la región tabacalera promovieron descripciones científicas en torno a sus habitantes. Además de una noción médica que asociaba ciertos síntomas con un territorio dado, las explicaciones relacionadas con las fiebres proyectaron la existencia de un individuo débil, atávico y sinvergüenza propenso a al contagio. Por supuesto que la mirada científica intentaba conciliar su lectura de los climas ardientes, de las tierras bajas y de los individuos incivilizados con sus compromisos económicos, por ello sus interpretaciones de la realidad recurrían, cada vez más, a matices y especificidades para caracterizar la diferencia. Ya no se trataba, solamente, de distinguir entre esa geografía binaria de tierras frías y tierras calientes, para luego situar a la civilización en las primeras y asignar la barbarie a las segundas. El nuevo orden nacional exigía una comprensión mucho más detallada de los elementos que lo constituían, por lo que los criterios para definir la diferencia tenían que estar sustentados en nociones geográficas, médicas y sociológicas conflictivas. Ante esto, el individuo que encarnaba los valores negativos de la sociedad podía ser el trabajador o el enfermo, mientras que el ciudadano civilizado podía surgir en la figura del exportador de tabaco que administraba sus bienes desde los climas ardientes de su hacienda.

Entretanto las mercancías seguían fluyendo, los núcleos científicos

¹¹⁴García, 2006, *Op. cit.*, pp. 76–79.

¹¹⁵Fragmento de un artículo de Samper, reproducido por un diario de Honda en 1857. Citado en: *Ibid.*, p. 88.

diversificándose y las ideas y el conocimiento circulando. Como señalé anteriormente, otra de las preocupaciones de las elites y los especialistas de la época fue la comercialización de “sustancias útiles” y el fortalecimiento de una trama de relaciones que garantizara, no solo el ir y venir de mercancías, sino el afianzamiento de la autoridad en términos científicos. Recordemos que desde la colonia los corresponsales y expedicionarios habían visto en el intercambio de noticias y especímenes una forma efectiva de legitimar su actividad, así como una opción de insertar recursos naturales en los expectantes mercados internacionales; los *savants* reforzaban su prestigio con la posesión de colecciones exóticas y extensas, y no perdían la ocasión de promocionar materias primas y remedios milagrosos que prometían la cura de temidos padecimientos. La naturaleza americana había resultado una fuente relevante en la construcción de los esquemas universales de los taxonomistas del siglo XVIII, y para mediados del XIX estaba en camino de convertirse en el material fundamental de reflexiones igual de trascendentes, como las de Carlos J. Finlay y Charles Darwin.

Pues bien, los naturalistas y médicos colombianos de mitad de siglo compartían tales expectativas. En sus anhelos contemplaban la existencia de una estructura dinámica de comunicación que les permitiera promocionar los recursos endémicos y obtener el aval correspondiente por parte de academias y asociaciones extranjeras. Era casi un lugar común los llamados reiterativos que hacían los científicos veteranos a las nuevas generaciones para que emprendieran el reconocimiento físico del país y, de este modo, contribuyeran patrióticamente al progreso y prosperidad de la nación. Así se lo hizo saber a sus discípulos y lectores Ezequiel Uricoechea. Este reconocido naturalista y lingüista bogotano había promovido la fundación de la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos en 1858, quizás la primera asociación de su tipo que se estableció en Colombia; con motivo de su primer aniversario Uricoechea redactó un prospecto donde afirmaba que “mucho hai sobre qué escribir i qué describir en nuestro pais. Un mundo entero, vírjen i halagüeño se presenta a los estudiantes de la naturaleza entre nosotros”¹¹⁶. En su texto le insistía a los científicos jóvenes: “tratemos de hacer conocer la parte física de nuestro pais, de cuantos modos estén a nuestro alcance; i haremos cuanto sea posible para unir la Europa científica a la América”¹¹⁷.

¹¹⁶Ezequiel Uricoechea, *Contribuciones de Colombia a las ciencias i las artes publicadas con la cooperacion de la sociedad de naturalistas neo-granadinos*, Bogotá, Imprenta de El Mosaico, 1860, p. 3.

¹¹⁷*Ibid.*, p. 4.

Por lo que se conoce Uricoechea estableció contacto con sociedades científicas en Moscú, Amsterdam, Viena, Madrid, Bruselas y París. Varias cartas que él mismo publicó después revelan una comunicación más o menos fluida en la cual los europeos enviaban boletines y novedades editoriales, y a cambio, solicitaban algunas muestras de fauna y flora que pudieran resultar útiles en sus investigaciones. La Academia Real de Ciencias de Amsterdam le pidió plantas, pieles preparadas, moluscos, insectos, reptiles, pescados y minerales; mientras que la Sociedad Imperial de Naturalistas de Moscú le agradeció de antemano frente a la posibilidad de remitirle algunos objetos de historia natural lo que, argumentaba la academia rusa, “contribuirá muchísimo a completar sus colecciones bastante pobres por ahora en productos de las rejiones tropicales”¹¹⁸. No tengo información respecto al resultado final de este interesante intercambio epistolar; al parecer a la biblioteca de la sociedad neogranadina llegó un volumen considerable de libros y revistas provenientes de Europa; igualmente, la Sociedad Zoológica Botánica de Viena recibió, en unas cuantas cajas enviadas desde Bogotá, insectos disecados y fósiles que atestiguaban de la misteriosa y fascinante fauna colombiana.

Como se ve, las condiciones socio–económicas que empezaron a regir el contexto colombiano a partir de la década de 1850 ampliaron los espacios desde los cuales la ciencia reflexionaba en torno al mundo natural, al territorio y a las poblaciones. Aunque se trataba de incursiones esporádicas a espacios y paisajes concretos, que apenas ofrecían un panorama fragmentado de las características físicas y morales de determinadas regiones del país, dichos recorridos científicos y literarios le brindaron al público la posibilidad de visualizar cómo los elementos constitutivos de la nación se articulaban en los esquemas totalizadores que le asignaban, a cada uno, un lugar y un rango dentro de cierto orden universal previamente acordado.

Ahora bien, el lector no debe pensar que consumados estos procesos los científicos colombianos ingresaron por un sendero que los conducía a una situación exenta de tensiones y desencantos. A pesar de que las condiciones políticas y económicas de mediados de siglo habían contribuido a consolidar espacios renovados para el ejercicio de la ciencia, y en ese sentido, promovido las reflexiones en torno a la naturaleza, al territorio y a las poblaciones colombianas, las mismas contradicciones inherentes a dichos regímenes no siempre

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 7.

favorecieron los intereses de quienes estaban adscritos al ámbito científico. Las políticas de fomento a la educación técnica, como las que permitieron la apertura del Colegio Militar; las estrategias geográficas y censuales, origen de proyectos como la Comisión Corográfica; y en general, todo el conjunto de disposiciones que respaldaban el desarrollo de la infraestructura y el incremento del comercio, tuvieron que ajustarse a la voluntad y posibilidades de un sistema regido por la circunstancia. Aunque daba la impresión de que las elites locales compartían un horizonte económico y cultural más o menos uniforme, que acogían con vehemencia y sin cuestionamientos el compromiso con la civilización y el progreso, lo cierto es que la definición de los medios necesarios para alcanzar ese estado seguía dando pie a agitados debates y polémicas.

Fue así que la decisión de promover la iniciativa privada y la libre competencia, aparte de beneficios y prerrogativas, también ocasionó desencantos entre la pequeña comunidad científica colombiana. La dirigencia había depositado sus esperanzas en las bondades del comercio y en su presunta capacidad de garantizar la prosperidad general, y esa elección requería de medidas efectivas que contribuyeran decididamente a materializar tal anhelo. Pensando en que era urgente eliminar las trabas mercantiles y promover la libre empresa, el congreso sancionó leyes y decretos que lesionaban los intereses de algunos sectores ligados al ámbito científico, especialmente de aquellos que buscaban consolidar espacios de socialización avalados por el Estado. La polémica ley de mayo de 1850, por ejemplo, que decretó la libre enseñanza de todos los ramos de las ciencias, de las letras y de las artes, y que suspendió la exigencia de títulos y grados para ejercer profesiones científicas, significó un duro golpe a los esfuerzos de institucionalización que venían promoviendo los escasos médicos, naturalistas e ingenieros del país. Aunque la norma contemplaba la posibilidad que quienes así lo desearan podían obtener los títulos de idoneidad, su espíritu liberal terminó debilitando los centros de enseñanza que presenciaron, impotentes, como los estudiantes desertaban sistemáticamente al no existir la obligación de portar ningún pergamino académico¹¹⁹.

Quienes consideraron que la medida afectaba sus intereses apelaron a toda clase de estrategias para defender lo que estimaban una causa más que justificada. Entre ellos, el cuerpo médico fue quizás el más incisivo en controvertir la nueva

¹¹⁹Diana Obregón, *Sociedades científicas en Colombia: La invención de una tradición. 1859–1936*, Bogotá, Banco de la República, 1992, p. 21.

ley; su búsqueda de lineamientos y restricciones para ejercer el arte de curar se remontaba a la época colonial, cuando el Real Protomedicato otorgaba licencias, examinaba a los estudiantes y supervisaba las farmacias; bajo esos razonamientos el decreto en cuestión soslayaba la tradición médica y afectaba las aspiraciones de un gremio que clamaba por regulaciones y privilegios¹²⁰. Por eso tanta insistencia. En 1852 el doctor Antonio Vargas Reyes fundó *La Lanceta*: la primera publicación periódica y científica de la república; a través de la revista Vargas Reyes y su círculo más cercano anunciaron su intención de proteger los intereses de su profesión “por el bien de la ciencia y la humanidad”¹²¹. Es difícil determinar hasta que punto lo lograron, sin embargo, lo cierto es que la suya fue la primera de un conjunto de iniciativas que se planteó defender públicamente la legitimidad de la denominada medicina facultativa.

La Lanceta apenas alcanzó los seis números; sus editores anunciaron la suspensión temporal de la publicación argumentando la falta de estímulos, aunque finalmente jamás volvieron a imprimirla¹²². Ese parecía ser el destino de las contadas iniciativas que se trazaban como meta fomentar el estudio de las ciencias en el país promediando el siglo XIX. Como vimos, Ezequiel Uricoechea intentó darle continuidad a la recién organizada Sociedad de Naturalistas Neogranadinos estableciendo comunicación con sus pares europeos, pero el levantamiento de Mosquera en el Cauca y la guerra que sacudió al país finalizando la década terminaron por dispersar a sus escasos miembros. En 1864 algunos médicos empezaron a publicar la *Gaceta Médica de Bogotá* y, un año después, fundaron la Escuela de Medicina: una entidad privada que tan solo consiguió matricular veinte estudiantes, en su gran mayoría jóvenes de la prominente sociedad bogotana. Ambos proyectos tuvieron que sobrevivir en una situación política inestable que limitaba enormemente la conformación de instituciones y asumir la falta constante de fondos, algo común en un país cuyo gobierno evitaba conceder subvenciones. En ese contexto, y al igual que había sucedido con la Sociedad que impulsó Uricoechea y con *La Lanceta*, estos dos esfuerzos pasaron por numerosas penurias para sostenerse, y finalmente

¹²⁰El gremio médico no sólo se vio afectado por esta ley en particular; también en 1850, pero en junio, el congreso nacional determinó que “Ninguna autoridad podrá decretar o imponer en el territorio de la República, ni en parte alguna sujeta a su jurisdicción, cuarentenas, cordones sanitarios, u otras medidas que, so pretexto de prevenir la introducción y propagación de alguna enfermedad, impidan la libre comunicación en el interior de la Nueva Granada, o entre ésta y los países extranjeros”.

¹²¹Sowell, *Op. cit.*, p. 54.

¹²²Miranda, *Op. cit.*, pp. 65.

terminaron diluyéndose con el paso inexorable del tiempo¹²³.

En realidad, este contrapunteo hacía parte de un proceso de negociación entre dos instancias que intentaban conciliar sus propios intereses. En un lado estaba una comunidad que exigía el reconocimiento y el apoyo institucional, bajo el argumento de que sus actividades eran una fuente confiable de prosperidad y un motor del progreso nacional. En el otro un Estado reacio a intervenir en asuntos que consideraba del ámbito privado, y poco dispuesto a financiar iniciativas que, supuestamente, debían conseguir sus propios recursos bajo las justas reglas que imponía el mercado y la competencia. Con el paso de los años esas dos posiciones llegaron a coincidir en algunos aspectos; en la medida en que los liberales lograron consolidar su modelo de Estado en el transcurso de la década de 1860, nociones relacionadas con la educación laica y gratuita, y con el reconocimiento de la utilidad de los saberes prácticos empezaron a adquirir más relevancia dentro del horizonte ideológico de la dirigencia.

Ese clima puede explicar porque en septiembre de 1867 el congreso decretó la organización de la Universidad Nacional y de las seis escuelas que debían conformarla: derecho; medicina; ciencias naturales; de ingenieros, artes y oficios; y literatura y filosofía. Se trató de un movimiento legal y administrativo que intentaba brindarle una estructura digna a la educación pública; no obstante, como era habitual en el siglo XIX la promulgación de las leyes era apenas el paso inicial de un proceso mucho más complejo y enmarañado. En un informe que presentó Manuel Ancizar al secretario de gobierno y relaciones exteriores, por ejemplo, resultaban evidentes las dificultades que tuvo que afrontar la Universidad en los años posteriores a su fundación. El entonces rector Ancizar se quejaba por la falta de un presupuesto decoroso, situación que había impedido concluir los gabinetes de mineralogía, zoología y geología, adquirir algunos instrumentos de agrimensura, y llevar a cabo “el ya contratado establecimiento de un pequeño jardín botánico, de aclimatación de plantas i arboles útiles, i de experimentos para la mejora de las semillas i del cultivo de los productos alimenticios”¹²⁴.

Al parecer la mayoría de sus sucesores tendrían que padecer apuros similares. Sin embargo, lo que ilustra la creación de la Universidad, y

¹²³Sowell, *Op. cit.*, pp. 44–47.

¹²⁴Manuel Ancizar, “Informe del rector de la Universidad Nacional al señor secretario de lo interior i relaciones exteriores, director jeneral de la instrucción pública”, *Anales de la Universidad*, Bogotá, tomo 1, núm. 5, enero de 1869, p. 432.

particularmente de las escuelas enfocadas en la formación de ingenieros, médicos y naturalistas, es que la descripción y el examen de la naturaleza, del territorio y de los seres humanos se estaban consolidando como actividades de una inquietud institucional. Las reflexiones científicas que observaban y definían la diferencia entre los paisajes, los climas y las poblaciones habían logrado establecer unos vínculos con el Estado que, aunque todavía frágiles, estaban robusteciendo su legitimidad y su presencia en el contexto social de la época.

7. INSTITUCIONALIZACIÓN: LA DESCRIPCIÓN COMO HERRAMIENTA DE GOBIERNO 1880 ~ 1910

Hasta este momento he repasado las circunstancias bajo las cuales una pequeña comunidad de personajes con intereses por la ciencia, logró articularse a las dinámicas sociales que dominaron el contexto colombiano iniciado el último cuarto del siglo XIX. Reconstruir parte de ese proceso me ha permitido ilustrar cómo las técnicas y los argumentos acuñados por estos individuos estimularon reflexiones interesadas en descifrar las particularidades del territorio nacional, así como la naturaleza y las poblaciones adscritas a éste. Simultáneamente, contrastar sus episodios ha resultado esencial para advertir que dicho proceso es en realidad una secuencia de rupturas y continuidades articuladas, las cuales adquieren sentido en la medida que se entienden como parte de un entramado de relaciones sociales, políticas y culturales más amplio. Retomando lo dicho, este segmento del texto busca situarse en la coyuntura durante la cual aquellas restringidas comunidades científicas consiguieron afirmar sus vínculos con la institucionalidad vigente, y en particular, con las estructuras que emergieron tras el triunfo del proyecto político regenerador en la década de 1880. Apelando a una serie de ejemplos busco ilustrar el modo en que la ciencia atrajo más atención y mayores recursos como consecuencia de las transformaciones sociales de esa coyuntura, convirtiéndose en una instancia legítima a la cual se consultaba para temas de sanidad, higiene, infraestructura, cartografía, climatología y agricultura entre otros. Ese impulso le permitió a los expertos profundizar su contacto con los diversos y desarticulados territorios del país, generando a su vez nuevas

descripciones e interpretaciones que quedaron plasmadas en la literatura científica de entonces. El objetivo es mostrar cómo el robustecimiento del estado y la consolidación de las asociaciones científicas fueron procesos paralelos que favorecieron la promoción del proyecto nacional finisecular. Desde luego, esto no significa que sus relaciones estuvieron exentas de controversia, sino que a pesar de ellas ambos encontraron ámbitos dónde negociar sus intereses particulares.

Como vimos, la apertura de la Universidad Nacional a finales de los años 60 y los intentos de formalizar la práctica científica generaron escenarios novedosos para el intercambio de ideas y experiencias; los escasos médicos, ingenieros, geógrafos y naturalistas que entonces ejercían en el país promovieron discusiones sobre cómo profundizar el impacto de su actividad profesional, encontrando en las aulas y alrededor de los reducidos gremios que no sucumbieron a la calamidad el lugar indicado para hacerlo. Al tanto de la situación de sus colegas en otras latitudes, los científicos colombianos debatían en torno a la necesidad de establecer órganos e instituciones que coordinaran y difundieran sus acciones; confiaban que ésto contribuiría a consolidar sus aspiraciones profesionales e intelectuales, observándolo además como un elemento indispensable dentro de sus anhelos de civilización y progreso. Como se sabe, durante el último cuarto del siglo XIX el panorama ideológico latinoamericano estaba impregnado de las doctrinas positivistas que exaltaban la observación y la experiencia; así las cosas, la promoción de estrategias encaminadas a ampliar la influencia de la ciencia en la sociedad emergía también como un compromiso con la comunidad nacional y con la humanidad en general.

Fue precisamente en ese contexto que un grupo reducido de médicos, próximo al ámbito de la Universidad, acordó establecer la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá a principios de 1873. Los antecedentes advertían que aquello de fundar y mantener asociaciones científicas había sido una labor ingrata y particularmente penosa en Colombia; la inestabilidad política obligaba a los profesionales –aunque no sólo a ellos– a someterse a un paciente trasegar, y la falta habitual de financiamiento les impedía dedicar las pocas horas de tranquilidad a la escritura y al estudio juicioso. Como sentenció el doctor Luis Herrera durante un discurso en 1877: éstas instituciones “aparecen y acaban porque solo para la guerra y la matanza tenemos constancia: las luchas leales y calmadas, como son las del estudio, no tienen grande halago para nuestro

belicoso carácter”¹²⁵.

Los primeros años de la Sociedad de Medicina resultaron bastante ambivalentes. La publicación periódica de la *Revista Médica* a partir de 1873 pudo ser interpretada como una señal de que el proyecto iba por buen camino; la suspensión temporal de actividades tras el estallido de la guerra en 1876, sin embargo, no debió provocar sino desazón y pesimismo. Parecía que la Sociedad estaba sentenciada a seguir la misma trayectoria difícil que sus antecesoras, y que como éstas estaba destinada a ceder ante el mínimo apuro.

Por fortuna para los médicos y naturalistas de entonces el fracaso no llegó a concretarse; finalizada la guerra sus miembros fueron retomando paulatinamente las tareas que se encontraban suspendidas, entre ellas la edición y publicación de la *Revista Médica*. Aun hoy sus páginas ilustran la manera en que los personajes adscritos a la Sociedad empezaron a involucrarse en complejas y llamativas rutinas que los conducían de la medicina y la cirugía a la botánica, y desde allí a la pedagogía, a la climatología y a la política. En concreto, varios de ellos se declararon particularmente interesados en estudiar la variedad de recursos naturales dispersos en “los dilatados montes” de la república, “algunos de los cuales aún no han sido hollados por la planta humana”¹²⁶; otros, por su parte, se manifestaron partidarios de identificar el grueso de las patologías que afectaban las distintas regiones del país, con el ánimo de formular lo que entonces se denominó bajo el apelativo de una “medicina nacional”¹²⁷.

Y es quizás allí, en el sentido que encierra la *nacionalización* de la práctica médica, donde podemos encontrar parte de la explicación del porque la Sociedad de Medicina permaneció activa a pesar de las dificultades. Finalizando el siglo XIX ya se apreciaba una clara tendencia a privilegiar los instrumentos que debían ayudar a desarrollar la débil estructura económica de la república, y en particular, aquellos que podían contribuir a ensanchar el modelo agroexportador y la industria; si la tarea de los médicos en particular, y de los científicos en general, contemplaba el estudio sistemático de la naturaleza, la exploración del territorio y el desarrollo y mantenimiento de la infraestructura, sus actividades también podían entenderse como un compromiso con el porvenir mismo de la nación y con su inmersión en los circuitos del progreso. En ese contexto, la Sociedad de

¹²⁵Luis M. Herrera, “Discurso pronunciado en la sesión solemne de la sociedad de medicina”, *RM*, serie IV, núm. 42, diciembre de 1877, pp. 348–349.

¹²⁶Pío Rengifo, “*Revista Médica*”, *RM*, serie I, núm. 4, septiembre de 1873, pp. 26–27.

¹²⁷Obregón, 1992, *Op. cit.*, p. 52.

Medicina era más que un gremio de doctores; era también la alternativa de un sector de la elite que vivía una época cruzada por las transformaciones tecnológicas, la crisis económica y los conflictos políticos. Por eso, y a pesar de que el gobierno liberal mantuvo su postura de no inmiscuirse en cuestiones que consideraba del ámbito privado, el núcleo de profesionales que se organizó en torno a la Sociedad permaneció activo.

Desde luego, no fueron sólo médicos y naturalistas quienes promovieron la organización de instancias enfocadas en la coordinación y difusión de la ciencia. Personajes con firmes intereses por la geografía, la ingeniería, las matemáticas y la astronomía también desplegaron esfuerzos importantes dirigidos a fortalecer sus ámbitos profesionales, y en particular, a fundar instituciones que los situaran en una posición más favorable frente al Estado, a los actores productivos y a la sociedad en general; como vimos antes, eran estos últimos quienes avalaban y financiaban la mayoría de las iniciativas de corte científico, siendo fundamentales para la puesta en marcha de estrategias inclinadas a estudiar el territorio, la naturaleza y las poblaciones nacionales.

Las propuestas más serias y estructuradas al respecto provinieron de la comunidad de profesionales que se había formado alrededor del desaparecido Colegio Militar. Varios habían conseguido incorporarse a las aulas universitarias, ocupándose además como ingenieros, agrimensores y cartógrafos en regiones del país donde demandaban sus servicios; otros, en cambio, habían partido al extranjero con la esperanza de continuar sus estudios, o quizás con la expectativa de encontrar otras fuentes de trabajo que les permitiera “ganar la vida con honrada independencia”. No obstante esta especie de movimiento diaspórico, varios de esos profesionales coincidieron en Bogotá en el transcurso de 1886; la relativa calma vivida en el país tras la guerra que sepultó definitivamente el radicalismo liberal, los animó a abrir una pequeña agencia desde la cual ofrecer y coordinar sus servicios, pensando en que podía ser una buena idea para estimular el decaído negocio.

No pasó mucho tiempo antes de que ese modesto despacho se transformara en la Sociedad Colombiana de Ingenieros. En 1887, tras redactar los estatutos y solucionar pormenores sobre el funcionamiento, Manuel Ponce de León, Diódoro Sánchez, Miguel Triana, Modesto Garcés, Abelardo Ramos y otros ingenieros de renombre declararon fundada la Sociedad, misma que debía promover “el estudio de las ciencias físicas y matemáticas”, “procurar el

desarrollo de la ingeniería nacional” y “apoyar el fomento de las mejoras materiales necesarias”; para difundir sus ideas se estableció la publicación de los *Anales de Ingeniería*, cuyos objetivos principales, además de los mencionados, se definieron en términos de “estimular a la juventud” y “hacer conocer en el extranjero las riquezas del país”¹²⁸

La puesta en marcha de la Sociedad Colombiana de Ingenieros coincidió con un esfuerzo más amplio dirigido a constituir nuevas agremiaciones científicas. El mismo año de su fundación, por ejemplo, se anunció el establecimiento de la Academia de Medicina de Medellín y de la Sociedad de Medicina del Cauca, dos instituciones que llegaron a complementar el trabajo que ya hacía su homóloga bogotana; un año antes había sido expedido el decreto que creaba la Escuela Nacional de Minas en Medellín¹²⁹, y al año siguiente se creó en Cartagena la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bolívar. En 1893 se organizó la Sociedad de Ciencias Médicas de Santander en la ciudad de Bucaramanga, mientras que en 1899, y luego de una serie de gestiones encabezadas por el veterano astrónomo José María González Benito, el gobierno decretó la organización del Instituto Colombia, cuya inauguración se tuvo que suspender tras el estallido de la guerra de los Mil Días unos meses después. No obstante esta clase de inconvenientes, la consolidación de espacios orientados a la coordinación de la práctica científica parecía ir por buen camino, las posibilidades que encontraron los interesados en ese asunto resultaban mucho más favorables a finales de siglo, especialmente si se comparan con los tiempos en que las aspiraciones gremiales solían nacer condenadas al fracaso.

Ese talento repentino para constituir órganos científicos no fue, desde luego, el resultado de una simple casualidad. Su puesta en marcha estuvo directamente ligada al afianzamiento del proyecto político de La Regeneración (1879–1900), y a su propósito de convertirse en un movimiento que defendía la creación de un Estado robusto e intervencionista. Como intentaré mostrar a continuación, fue a raíz de las transformaciones promovidas en este período que

¹²⁸Para una mirada a la forma en que los ingenieros recrearon entonces este proceso véase: Diodoro Sánchez, “Memoria del secretario”, *AI*, vol. VIII, núm. 87–88, noviembre – diciembre de 1895, pp. 52–55; *AI*, “Estatutos”, *AI*, vol. VII, núm. 94–95, junio – julio de 1896, pp. 228–232. Un estudio historiográfico sobre la Sociedad Colombiana de Ingenieros en: Obregón, 1992, *Op. cit.*, pp. 103–142.

¹²⁹La Escuela Nacional de Minas de Medellín se organizó en virtud de la Ley 60 de 1886 y del Decreto 181 de 1887. La Escuela comenzó sus clases en abril de 1887 de manera intermitente y sólo hasta 1904 pudo funcionar de manera regular. Tulio Ospina, “Informe del rector de la Escuela de Nacional de Minas”, *Anales de la Escuela Nacional de Minas*, Medellín, año I, núm. 3, julio de 1912, pp. 125–145.

los gremios profesionales lograron altos niveles de articulación con la institucionalidad del Estado, en parte por el interés de este último de consolidar mecanismos que le permitieran materializar su proyecto nacional y ejercer un control social más efectivo.

Más allá de los matices que puede tener un movimiento tan complejo como el de La Regeneración, lo cierto es que su impacto en la vida nacional reconfiguró buena parte de las estructuras sociales, políticas y culturales que habían permanecido vigentes durante los años liberales. El protagonismo que fue adquiriendo Rafael Núñez, y su acercamiento paulatino a los sectores más tradicionales de la sociedad, derivaron en transformaciones significativas que delinearon las bases de un modelo de Estado nación que a la postre resultó exitoso. Aunque cuando accedió al poder Nuñez pertenecía a una disidencia del partido liberal, las circunstancias políticas y las secuelas de la guerra de 1885 lo llevaron a establecer una alianza con los conservadores; el nuevo régimen impuso su hegemonía a través de la centenaria constitución que se firmó en 1886, dándole a la organización política del país un carácter unitario; al Estado y a la Iglesia un papel protagónico dentro del orden social de la república; y al gobierno central la facultad de intervenir en diversos aspectos que entonces se consideraban del ámbito privado. Bajo el nuevo orden el territorio nacional empezó a ser percibido como una unidad indivisible, la religión católica y la lengua española se convirtieron en fuentes intrínsecas de la tradición y la cultura colombianas, y el Estado en el garante de la economía y la institucionalidad de la nación¹³⁰.

Desde luego, las conquistas y los retrocesos de La Regeneración pueden ser sometidos a toda clase de análisis y valoraciones que en perspectiva nos ofrezcan una visión matizada de los alcances reales de este movimiento. Como señala Marco Palacios en relación al éxito que pudo tener el centralismo, “la fórmula de la república unitaria en contraposición al localismo federal estuvo lejos de consumarse”; no tuvo “los recursos fiscales, políticos, militares y burocráticos para hacer mella a los centros de poder informal que campeaban en la forma de republicanismo de campanario”, por lo que muchos de sus enunciados no

¹³⁰ Cfr.: Marco Palacios, “La Regeneración ante el espejo liberal y su importancia en el siglo XX”, en: Rubén Sierra Mejía, (ed.), *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002, pp. 269–271; Rodolfo Arango, “La construcción de la nacionalidad”. en: Sierra Mejía, *Op. cit.* pp. 126–127; Nancy Appelbaum, *Muddied waters. Race, region and local history in Colombia. 1846–1948*, Durham, Duke University Press, 2003, pp. 107–124.

rebasaron la intención consignada en el papel¹³¹. A pesar de ello, lo que me interesa resaltar en función de los objetivos de este trabajo tiene que ver con dos elementos que son fundamentales para comprender la relativa fortuna de que gozó el ámbito científico a partir de la década de 1880. El primero se refiere a la formulación de un proyecto nacional de largo alcance, adscrito a un territorio único e indivisible, así como a un idioma, a unas tradiciones y a unos códigos civiles y morales particulares. El segundo, entre tanto, alude a la voluntad expresa de configurar un Estado robusto y poderoso, interesado en intervenir en asuntos como la moral y la salud de los individuos, el desarrollo de la infraestructura, el deslinde de las fronteras y la evangelización de los pueblos indígenas. La articulación de estas dos circunstancias fue decisiva para fortalecer las estructuras sobre las cuales circulaba el conocimiento científico, favoreciendo las estrategias interesadas en dimensionar la naturaleza, el territorio y las poblaciones colombianas.

No obstante las limitaciones que pudo tener un movimiento con las características de La Regeneración, lo cierto es que los vínculos entre el Estado, la sociedad y los núcleos científicos se fortalecieron precisamente mientras ésta permaneció activa. Además de los esfuerzos orientados a fundar agrupaciones profesionales estables, durante el último cuarto del siglo XIX fue notable la forma en que los gobiernos de turno prestaron cada vez mayor atención a estrategias que, de una u otra forma, involucraban a la ciencia. Por supuesto que esto obedecía a las transformaciones ideológicas, económicas y tecnológicas que impactaban el ámbito internacional; como ha resaltado Michel Foucault, desde finales del siglo XVIII la “medicalización del cuerpo social” fue un fenómeno que tendió a popularizarse en occidente: el despliegue de mecanismos para medir los nacimientos y las muertes, la disposición de funcionarios encargados de vigilar las condiciones de salud en las diversas poblaciones y la formulación de códigos sanitarios enfocados en regular las actividades mercantiles e industriales fueron algunas de las estrategias que convirtieron el cuerpo individual en blanco de políticas colectivas¹³². No obstante estos antecedentes, tales cambios también tenían que ver con las esperanzas que alojaba la dirigencia de anunciar que su imaginario de nación había resultado un proyecto medianamente exitoso.

Varios ejemplos pueden ayudar a ilustrar mejor este fenómeno. A mediados

¹³¹Palacios, 2002, *Op. cit.*, p. 273.

¹³²Michel Foucault, “Historia de la medicalización”, *Educación Médica y Salud*, 11, no. 1, 1977, pp. 3-25

de 1881 don Clímaco Calderón, empleado de la Secretaría de Gobierno, le solicitó a la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá se sirviera presentar un concepto sobre la conveniencia de las cuarentenas en los puertos de la república; una ley acababa de autorizar su uso para mitigar el impacto de las epidemias en los circuitos comerciales, lo que demandó del gobierno la responsabilidad de informarse sobre su adecuado funcionamiento. Como era habitual en estos casos la Sociedad nombró una comisión de expertos para que estudiara con “calma y detenimiento” la solicitud de Calderón; la consideraban una temática “de gravedad y trascendencia”, sobre la cual había que emitir un juicio sustentado en una rigurosa reflexión previa. Los resultados de la comisión fueron consignados en un informe de catorce propuestas, cuya conclusión principal fue recomendar la restitución de las cuarentenas “de acuerdo al espíritu de la civilización moderna, siguiendo en todos los preceptos de la higiene”; redactado en un lenguaje técnico y detallado, el informe explicaba cómo aplicar patentes sanitarias, cómo desinfectar las mercancías y las embarcaciones, cómo aislar las poblaciones enfermas y cuán necesario resultaba establecer códigos que normaran la navegación y las migraciones¹³³.

Abolidas por las autoridades liberales durante las bonanzas exportadoras de mediados de siglo, las cuarentenas volvieron a aparecer en el horizonte de la dirigencia colombiana tras el triunfo del movimiento regenerador; además de ratificar el fin de un “régimen obsoleto”, su restitución constituyó una señal de que los conservadores estaban interesados en situar al país en el “teatro de las naciones civilizadas”, adoptando sus códigos y procedimientos. Recordemos que desde 1851 las potencias coloniales habían iniciado la discusión sobre protocolos sanitarios estandarizados para reglamentar el comercio internacional; la apertura del canal del Suez en 1869 estimuló el interés por el asunto, favoreciendo la firma del primer tratado sobre regulación de cuarentenas marítimas dos décadas después¹³⁴. En Colombia, entre tanto, hacía poco tiempo una compañía francesa

¹³³RM, “Cuarentenas”, RM, serie 6, núm. 68, diciembre de 1881, pp. 342–348; Jesus Olaya Laverde, “Informe”, RM, serie 7, núm. 79, enero de 1883, pp. 317–318.

¹³⁴El tema de las cuarentenas no era un asunto que se resolviera fácilmente. Después de la primera conferencia Sanitaria Internacional celebrada en París en 1851, los representantes de las potencias coloniales acordaron discutir un protocolo que regulara el comercio internacional; en 1869, con la apertura del canal del Suez, las autoridades francesas consiguieron imponer una serie de medidas vigentes para los puertos egipcios, no obstante la inconformidad del gobierno británico. No fue sino en 1892 que se tomó la primera decisión unánime al respecto, la cual cobijaba a las embarcaciones viajando entre oriente y occidente. Véase: Ministère des Affaires Étrangères, *Procès-verbaux de la Conférence Sanitaire Internationale ouverte à Paris le 27 juillet 1851*, Paris, Imprimerie Nationale, 1852; *Protocoles et procès-verbaux de la Conférence Sanitaire Internationale de Venise, inaugurée le*

había iniciado los trabajos para abrir un canal a través del istmo de Panamá, y la exportación de café despuntaba como la alternativa a la crisis que ocasionó la caída de los precios del tabaco y la quina en la década de los 70. Ante esto, era de suponerse que la sintonía con la mecánica del comercio internacional era un objetivo central de las elites colombianas, quienes daban por sentado que de su éxito dependía el bienestar y la prosperidad del país¹³⁵.

En ese contexto, la solicitud de Calderón, además de revelar el interés de la dirigencia por articularse a las dinámicas de la “civilización y el progreso” –un interés que, desde luego, no fue exclusivo de los conservadores de finales de siglo–, y de enfatizar la inquietud gubernamental por ampliar su capacidad de maniobra, ilustra la posición que empezaron a ocupar las ciencias médicas y sus instituciones en el proyecto de La Regeneración. Las reformas legales y administrativas que trajo la firma de la nueva constitución en 1886, contribuyeron a que el Estado ampliara su protagonismo en asuntos relacionados con la sanidad, la educación y la moral. Ese año, por ejemplo, se estableció la Junta Central de Higiene: un organismo que intervino en políticas orientadas a regular actividades consideradas anómalas y peligrosas; fue la Junta, asesorada por miembros de la Sociedad de Medicina, la que avaló varios estudios y medidas polémicas como aquellas que buscaban desterrar a las prostitutas y a los mendigos de Bogotá. Entonces estos personajes eran constantemente relacionados con hábitos obscenos, degenerados, sucios, enfermos y negligentes¹³⁶; si el Estado se preciaba de resguardar la moral de la nación y sus rígidos valores católicos, estaba claro que debía tomar cartas en el asunto.

Ahora bien, la salud y la vigilancia de las rutinas individuales no fueron los únicos temas que atrajeron la atención de científicos y mandatarios finalizando el siglo XIX; el viejo cuestionamiento en torno a las características geográficas del país y a sus múltiples límites y confines, también hizo parte de esas inquietudes conjuntas que permitieron la articulación paulatina entre las instancias de la ciencia y del Estado.

5 janvier 1892, Roma, Imprimerie Nationale de J. Bertero, 1892.

¹³⁵Egbert Seneca, *The history of Panama and the Panama Canal*, E. G. Swift publisher, 1905.

¹³⁶Al respecto pueden encontrarse varios ejemplos en la prensa médica de la época: RM, “Correspondencia”, RM, serie X, núm. 104, julio de 1886, pp. 98–102; Mauricio Tamayo, “Mendigos y su colocación en lugares apropiados”, RM, serie X, núm. 108, noviembre de 1886, pp. 310–314. Para un análisis contemporáneo del tema véase: Diana Obregón, “Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia, 1886–1951”, *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, vol. 9 (suplemento), 2002, pp. 161–186, Río de Janeiro; Zandra Pedraza, *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1999, pp. 13–15.

Y es que para el momento en que se proclamó el triunfo de La Regeneración, el material cartográfico que daba cuenta de las dimensiones del territorio nacional era antiguo y resultaba insuficiente; buena parte de los mapas y de las relaciones geográficas que circulaban promediando la década de 1880 eran una reedición de los trabajos encargados a la Comisión Corográfica treinta años atrás, una circunstancia que generaba dudas sobre su exactitud y vigencia. Como se recordará, esta comisión fue contratada por la administración federalista de José H. López; cuando a Manuel Ponce de León y a Manuel M. Paz se les ofreció la publicación de los mapas corográficos en 1861, las autoridades enfatizaron en que la carta general debía trazarse por Estados, los cuales se harían “notables a primera vista en ella por los colores diversos”¹³⁷. Ante semejantes antecedentes, la obra de Codazzi y sus colaboradores se convirtió en un reflejo del proyecto nacional de mediados de siglo, estructurado sobre las visiones regionalistas y autonómicas de los patriarcas liberales.

Tras la victoria regeneradora, las narrativas geográficas que aspiraban proponer una visión moderna del territorio nacional asumieron una posición condescendiente con el espíritu del centralismo; la versión renovada del país demandaba una imagen que la mostrara como una entidad homogénea y armónica, adscrita a un espacio único, natural e históricamente establecido. Como consecuencia de este viraje, los textos geográficos que se empezaron a editar en Colombia finalizando el siglo XIX resolvieron abandonar la perspectiva federal; en lugar de acentuar los límites entre los estados disueltos¹³⁸, estos materiales insistieron en representar una sola nación adscrita a nuevas jerarquías territoriales, gobernada desde su centro político y articulada a una misma secuencia cronológica que se proyectaba convenientemente en el tiempo.

Un par de ejemplos pueden contribuir a ilustrar mejor este cambio de perspectiva. Publicado en 1889 bajo el título *Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia –Antigua Nueva Granada–* por Manuel María Paz y Felipe Pérez, este trabajo fue el primer ejercicio cartográfico financiado por el gobierno regenerador con el fin de exponer públicamente los alcances de su proyecto

¹³⁷González Benito, *Op. cit.*, *Al*, vol. XI, núm. 127, marzo de 1899, p. 93.

¹³⁸La constitución de 1886 dispuso la transformación de los estados federales en nueve departamentos: Panamá, Bolívar, Magdalena, Cauca, Santander, Antioquia, Tolima, Boyacá y Cundinamarca. Posteriormente, una serie de leyes dictadas por la Asamblea Nacional en marzo de 1905 determinó una nueva organización territorial compuesta por quince departamentos, un distrito capital y cuatro intendencias. Esta última división en particular expresa las jerarquías territoriales del centralismo, fundamentadas en la existencia de un centro desde el cual se administran entidades de menor valía e importancia.

político. Organizado como una reedición de las cartas de Codazzi y la Comisión Corográfica, el *Atlas* se imprimió en París el mismo año de la Exposición Universal; sin duda, sus gestores lo veían como un medio eficaz para divulgar la fisionomía de la nación, contraponiéndola con la del viejo esquema federal y sus pretensiones autonomistas. Sus contenidos describían tópicos como la geología del territorio, la hidrografía, las redes telegráficas, la jurisdicción eclesiástica, las transformaciones de la división político-administrativa y las guerras de independencia, articulando en un mismo argumento los atributos geográficos y la historia de un país cuya versión más acabada parecía ser la de aquel presente que insinuaba el *Atlas*. Tal como lo han sugerido estudios recientes, el *Atlas* de 1889 en particular resultó fundamental para que el mapa fuera reconocido como símbolo nacional; su publicación permitió que el espacio físico y el pasado de la república se entretajaran en una misma narrativa que los exhibía colindantes y complementarios¹³⁹.

Afin a los objetivos del trabajo de Paz y Pérez, aunque inscrito en una tradición geográfica renovada, Francisco J. Vergara y Velasco publicó en 1901 la versión corregida de su *Nueva geografía de Colombia*. Su meta era proponer un instrumento cartográfico novedoso y duradero que, además de diferenciarse de los conocidos trabajos de Codazzi, lograra olvidar los linderos federales para reivindicar *una nación* dividida exclusivamente por regiones naturales. Católico ferviente, Vergara y Velasco se convirtió en un destacado promotor de las políticas *regeneradoras* y en uno de sus funcionarios más activos; ejerció como representante a la Cámara, como ingeniero dependiente del Ministerio de Hacienda, como director de la Biblioteca Nacional y como editor de la *Revista de Instrucción Pública*; según decía, la afición por el estudio le había permitido afianzar su posición “contra los límites absurdos de las circunscripciones políticas que rompen la unidad de las zonas geográficas, indicadas por Dios mismo, e impiden así el verdadero y pronto progreso de aquellas”¹⁴⁰. Fue precisamente esa idea la que intentó plasmar en su trabajo de 1901; según escribió en la aclaración preliminar, en la que por cierto agradeció el apoyo prestado por el presidente José Manuel Marroquín, su deseo era que el país no cambiara nuevamente de nombre

¹³⁹Anna Jagdmann, “La biografía visual de Colombia: El atlas de 1889, leído como símbolo nacional”, *Revista de Estudios Sociales*, octubre, núm. 13, 2002, pp. 60–61; S. Díaz, S. Muñoz y M. Nieto, *Ensamblando la nación. Cartografía y política en la historia de Colombia*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2010, pp. 53–54.

¹⁴⁰F. J. Vergara y Velasco, “División territorial I”, AGN, Colecciones: Francisco Javier Vergara y Velasco, Tomo sin nombre, folio 15, s.f.

ni de constitución, pues esto sólo “arguye contra la seriedad del Estado, y retrae del estudio del país a los hombres trabajadores de las demás naciones”¹⁴¹.

En ese contexto, además de ilustrar una postura favorable con la noción centralista del territorio, el *Atlas geográfico e histórico* y la *Nueva geografía* sirven aquí para mostrar cómo la ciencia y el Estado se articularon en función del proyecto nacional vigente. Gracias a los recursos públicos que en su momento asignó la dirigencia, estos profesionales tuvieron la posibilidad de financiar la elaboración y publicación de obras cartográficas relevantes; éstas se convirtieron en un referente gráfico y simbólico de la nación, en la medida que lograron representarla como una idea fija, estable y preexistente.

Ahora bien, ese interés en torno a las dimensiones del territorio no se expresó, únicamente, a través de ejercicios cartográficos enfocados en ilustrar y darle un sentido simbólico a la geografía nacional; paralelo a la reflexiones descritas, y en parte como complemento a ellas, este cuestionamiento promovió un conjunto de instituciones y estrategias que aparte de movilizar recursos e individuos, contribuyó a fortalecer los vínculos que venían tejiendo los órganos profesionales, las dependencias gubernamentales y diversos sectores de la sociedad.

Una forma de ilustrar esta faceta particular de las relaciones entre la ciencia y el Estado, es revisando varios de los episodios que rodearon la constitución de la primera Oficina de Longitudes. Promediando la década de 1870 el interés de las elites por los territorios fronterizos empezó a experimentar un llamativo ascenso; las bonanzas extractivas en las selvas del sur del país y la esperanza de que éstas se convirtieran en el motor de una economía golpeada por la crisis tabacalera, inspiraron un interesante debate en torno a la obligación de acometer la demarcación de los límites nacionales. Como se recordará, fue bajo esas circunstancias que Rafael Reyes, entonces comerciante de quinas, se entrevistó con el emperador de Brasil para reivindicar los derechos de Colombia sobre la margen noroccidental de la cuenca amazónica; seguramente conocía lo útil que podía llegar a ser el ejercicio de la soberanía, pues era a través de ella que los países reafirmaban su derecho sobre los ríos, las aduanas, los puertos y los recursos naturales disponibles.

Al tanto de ese hecho, los cuadros dirigentes que asumieron el poder apenas

¹⁴¹ F.J. Vergara y Velasco, *Nueva geografía de Colombia. Escrita por regiones naturales*, Bogotá, Imprenta de Vapor, 1901, p.1; F.J. Vergara y Velasco, *Atlas de geografía colombiana*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1910;

iniciada la década de 1880 tomaron la decisión de prestar mayor atención a los asuntos fronterizos. En noviembre de 1881 el presidente Rafael Núñez aprobó el tratado sobre arbitramento de los límites con Venezuela, firmado por los respectivos ministros plenipotenciarios en Caracas unos meses atrás; en el documento ambos países acordaban “someter al juicio y sentencia del Gobierno de Su Majestad el Rey de España, en calidad de árbitro, los puntos de diferencia en la expresada cuestión de límites”¹⁴², intentando con ello subsanar algunas de las ambivalencias que pudieran surgir al respecto. El laudo no se anunció sino hasta 1891, probablemente debido a los trastornos que causó la muerte del rey Alfonso XII en 1885; en él se mencionaban cada uno de los puntos de la frontera común, utilizando para ello referencias a poblaciones, ríos, accidentes geográficos destacados y algunos caminos. Como era de esperarse, el laudo estaba sustentado mayoritariamente en los datos que la comisión española logró conseguir de las cédulas y los oficios coloniales, y no en coordenadas geodésicas obtenidas con métodos un poco más modernos¹⁴³.

Fue la ausencia de información actualizada la que, muy seguramente, motivó a las autoridades colombianas a solicitar el concepto de los gremios científicos. Un año después de publicado el fallo, el Ministro plenipotenciario en Madrid le escribió una nota al presidente de la nueva asociación de ingenieros advirtiéndole sobre la necesidad de crear una “Sociedad de Geografía correspondiente a la española”; según apuntó el inquieto diplomático, urgía “prestar el auxilio más eficaz al gobierno en el estudio de las cuestiones de límites con las naciones vecinas, y á difundir en España, por cuantos medios sean posibles y á la mayor brevedad, el convencimiento del derecho perfecto que Colombia tiene á los territorios en litigio”¹⁴⁴. Una versión algo reducida de la sociedad geográfica no se establecería en el país sino hasta 1903; sin embargo, antes de eso el ejecutivo decidió conformar una comisión científica que se encargaría de verificar e interpretar en el terreno los límites con Venezuela.

Efectivamente, en 1899 salió de Bogotá un grupo de expertos constituido por cuatro ingenieros, un médico, un naturalista, un naturalista dibujante y un

¹⁴²Enrique Morales, “Límites con Venezuela”, *AI*, vol. IV, núm. 48, julio de 1891, pp. 353–359.

¹⁴³El laudo se redactó con disposiciones como la siguiente: “Desde la desembocadura del río Meta en el Orinoco, por la vaguada de este río hasta el raudal de Maipures. Pero teniendo en cuenta que desde los tiempos de su fundación el pueblo de Atures, se sirve de un camino situado en la orilla izquierda del Orinoco para salvar los raudales desde frente del citado pueblo de Atures hasta el embarcadero sitio al mediodía de Maipures, frente al cerro Macuriana y en dirección Norte de la boca del Vichada”. *Ibid.*

¹⁴⁴Sección editorial, “Sociedad de Geografía”, *AI*, vol. V, núm. 59–60, junio – julio de 1892, pp. 322–323.

abogado, la mayoría miembros de las academias científicas que en esos momentos funcionaban en el país; su tarea contemplaba, además de amojonar la frontera y resolver las inquietudes jurídicas que se presentaran, la realización de estudios mineralógicos y geológicos, la recolección de plantas y animales, el registro de las condiciones higiénicas y la descripción de los tipos etnográficos relevantes¹⁴⁵. A su regreso, tanto el gobierno como los comisionados coincidieron en que esa labor en particular tenía dimensiones colosales; tras dos años de trabajo apenas se habían dibujado algunas cartas geográficas correspondientes al territorio de la Guajira y a la cuenca del río Orinoco, y las tareas pendientes sólo advertían sobre la necesidad de contratar más profesionales y asignar nuevo presupuesto. Consciente de semejante reto el poder ejecutivo optó por crear la Oficina de Longitudes en 1902, organismo que se encargaría de iniciar un levantamiento sistemático y progresivo de la carta general de la República. Al año siguiente, tras la creación del Servicio Geográfico del Ejército la oficina fue reformada, siendo dividida en una sesión de astronomía y geodesia, y en otra de topografía y nivelación; a través de ésta se hicieron mediciones topográficas, se determinaron las coordenadas de varias poblaciones y “se levantó el plano de Bogotá por medio de una triangulación y operaciones de detalle”¹⁴⁶.

Ese presente venturoso, sin embargo, contrastó con su porvenir inmediato. En 1905 la oficina fue cerrada por órdenes del presidente Rafael Reyes, quien en el transcurso de su mandato reestructuró parte de la institucionalidad republicana; no se reabrió sino en 1909 cuando Reyes ya estaba en el exilio, resultando fundamental en los años siguientes para resolver cuestiones de límites y para determinar la posición de buena parte de los poblados del país.

Más allá de lo paradójico que pueda resultar el hecho de que el mismo personaje que en 1875 defendía los derechos de Colombia sobre sus fronteras decidiera, treinta años después, clausurar una de las pocas entidades que entonces se organizó para tal fin¹⁴⁷, lo cierto es que los episodios que rodearon el

¹⁴⁵Ministerio de Relaciones Exteriores, “Resolución por la cual se organizan las comisiones colombianas demarcadoras de límites con Venezuela”, en: *AI*, vol. XI, núm. 135–136, noviembre – diciembre de 1899, pp. 320–325.

¹⁴⁶República de Colombia, *Coordenadas geográficas determinadas por la Oficina de Longitudes*, Bogotá, Imprenta del Estado Mayor General, 1921

¹⁴⁷La demanda de datos geodésicos precisos y útiles no fue, desde luego, un capricho exclusivo de las elites *regeneradoras*; ya a mediados del siglo XVIII funcionaban en América comisiones nombradas con ese fin, similares a aquella que encabezó José de Iturriaga en 1754 para definir la jurisdicción española en la cuenca del Orinoco. Así mismo, en el transcurso del siglo XIX varios exploradores, geógrafos y naturalistas recorrieron el

establecimiento de la Oficina de Longitudes, como aquellos que mediaron en la edición de los textos geográficos señalados, ilustran el modo en que el Estado y las instituciones científicas se articularon en función del proyecto nacional vigente finalizando el siglo XIX. Como vimos, esa aproximación paulatina resultó de la exposición de intereses y aspiraciones comunes; en la medida que el gobierno insistió en ampliar su jurisdicción a asuntos de índole económica, moral y cultural, y que los gremios científicos se preocuparon por habilitar nuevos escenarios desde los cuales desplegar sus conocimientos y técnicas, ambos pudieron establecer canales de comunicación que a la postre resultaron siendo productivos.

Cuando el presidente encargado Miguel Antonio Caro, por ejemplo, firmó en 1893 el decreto que reconocía a la Sociedad Colombiana de Ingenieros como cuerpo oficial consultivo, una decisión similar a la que un par de años atrás había convertido a la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá en Academia Nacional de Medicina, lo hizo en virtud de una resolución sobre la inspección de ferrocarriles; la intención era que la Sociedad de ingenieros reglamentara las obras a cargo de los empresarios John Pennington y William Ridley, quienes habían sido contratados para comunicar varias ciudades de los Andes con el río Magdalena: una cuestión fundamental dentro de las pretensiones económicas y políticas de unas elites devotas del comercio internacional¹⁴⁸.

Así mismo, los editores de las revistas científicas parecían bastante complacidos cada vez que el Estado los reconocía como un interlocutor legítimo, y no perdían oportunidad para solicitar privilegios y subvenciones; quizás eso explique su inclinación a publicar la correspondencia que mantenían con los funcionarios de turno, pues era a través de ella que la población podía reconocer los alcances de su influencia.

Ahora bien, gobernantes y científicos estuvieron lejos de conformar un

país con la intención de levantar un registro corográfico y cartográfico decente; no obstante contar con el aval de las autoridades muchos de ellos apenas pudieron iniciar sus trabajos, y quienes lo lograron se acostumbraron a realizarlo en regiones pobladas y parcialmente conocidas. Exceptuando la Comisión Corográfica, lo cierto es que cuando de articular instancias del estado con proyectos científicos se trataba, el siglo XIX resultó particularmente complejo y limitado. En ese sentido las comisiones limítrofes que se organizaron en la década de 1890 y la Oficina de Longitudes, constituyen un evento significativo en el proceso que buscó identificar y ordenar el territorio nacional.

¹⁴⁸ Enrique Morales, “Esperanzas”, *AI*, vol. VI, núm. 61, enero de 1893, pp. 3–5; Abraham Aparicio, “Creación Academia Nacional de Medicina”, *RM*, serie XIV, núm. 159, marzo de 1891, pp. 377–379.

mismo cuerpo homogéneo sin disensos; las relaciones aparentemente cordiales que llegaron a establecer estuvieron constantemente mediadas por las tensiones y controversias que jamás desaparecen en estas circunstancias. Cuando la recién creada Academia Nacional comenzó a exigir la reglamentación del ejercicio de la medicina en el país, por ejemplo, descubrió que sus suplicas no eran atendidas por los encargados de gestionar y aprobar las leyes. Insistían los facultativos en que se trataba de una medida vigente en todos los países civilizados, lo que la hacía parte de un movimiento natural y universal que se expandía generosamente por todos los rincones del mundo. Se presentaba además como una herramienta para extirpar prácticas salvajes de curación que apelaban a la magia y al sortilegio, y se aseguraba que contribuiría a evitar la degeneración de la raza y a impulsar medidas en favor de la formación de un pueblo nacional vigoroso.

La petición de los médicos, sin embargo, no recibió una respuesta satisfactoria. Sus aspiraciones reñían con las de otros sectores que a su vez cumplían un papel definido dentro del entramado político y económico del país. En 1894 la *Revista de Legislación y Jurisprudencia* publicó un artículo en el que acusaba al proyecto de los médicos de defender un “monopolio odioso”, tildándolo como un ataque a la libre industria que, simplemente, atendía intereses particulares. Evidentemente lo hacía. Como suele suceder en estos casos, el proyecto de ley que promocionaba la Academia Nacional de Medicina, además de atacar a quienes sin portar un diploma ejercían “el arte de curar”, resultaba abusivamente centralista en favor de las instituciones radicadas en Bogotá; contemplaba un conjunto de dictámenes que beneficiaban concretamente al cuerpo médico vinculado a la Academia, marginando a los profesionales que no hacían parte de ella¹⁴⁹.

Sin duda, lograr que la ciencia y el Estado articularan muchos de sus procesos en función de un objetivo común era una tarea que tenía que superar

¹⁴⁹El debate en torno a el proyecto de reglamentación continuó, incluso, después que el gobierno aprobó en 1905 un decreto mucho más laxo que el que pretendía la Academia. Las referencias en torno a esta iniciativa que presentó y discutió la Academia Nacional las tomé de una serie de artículos que aparecieron en la *Revista Médica* entre 1894 y 1911; como tal, deben ser consideradas tan solo una arista de la controversia. Véanse: Carlos Putman, “Reglamentación del ejercicio de la medicina en Colombia”, *RMB*, año XVIII, núm. 196, junio de 1891, pp. 1–11; *RMB*, “Reglamentación del ejercicio de la medicina”, *RMB*, año XVIII, núm. 203, noviembre de 1894, pp. 225–230; Agustín Uribe, “Cuestiones de higiene”, *RMB*, serie XXI, núm. 242, junio de 1899, pp. 334–341; Luis de Roux, “Código médico”, *RMB*, serie XXIII, núm. 270, abril de 1903, pp. 777–781; *RMB*, “Reproducciones”, *RMB*, serie XXV, núm. 303, julio de 1905, pp. 371–372; Pablo García Medina, “Nota al ministro de instrucción pública sobre ejercicio ilegal de medicina”, *RMB*, serie XXIX, núm. 347–348, mayo – junio de 1911, pp. 136–139.

muchos obstáculos, incluso los que se derivaban de la mala fortuna. El mencionado Instituto Colombia, concebido por José M. González Benito para “hacer acto de presencia ante el mundo como entidad civilizada”, tuvo que aplazar su inauguración una vez estalló la Guerra de los Mil Días, la desastrosa conflagración que enfrentó al gobierno conservador de La Regeneración con los liberales sublevados que clamaban representación política. Fueron tres años de devastación en los que la atención del país se enfocó en los detalles y consecuencias de las batallas, olvidando iniciativas más pacíficas como la del sexagenario astrónomo. Finalizada la guerra, González Benito redobló los esfuerzos para organizar el instituto y preparar una inauguración decorosa; sin embargo, unos días antes de la fecha señalada fue víctima de una fuerte indigestión que finalmente terminó causándole la muerte. Aunque sus compañeros y colegas decidieron realizar la ceremonia con la pompa y la majestad acostumbradas, la ausencia de su promotor más entusiasta provocó que el Instituto desapareciera a los pocos meses de haber sido oficialmente abierto¹⁵⁰. Fue, sin lugar a dudas, un proceso que nunca estuvo ajeno a las dificultades, debiendo asumir las tensiones constantes como parte integral de su transcurrir.

Empecé esta segunda parte del texto relatando las correrías de Rafael Reyes por la costa norte del país, así como su trayectoria de comerciante y explorador en los confines de la selva Amazónica; para el momento en que organizó la excursión por los alrededores de la Guajira el presidente se encontraba en la cima de su carrera política, y en el país se respiraba cierta atmósfera de prosperidad y júbilo que contrastaba con los tiempos aciagos de la Guerra de los Mil Días. Como vimos antes, fue precisamente en esos años que varios articulistas publicaron generosas semblanzas sobre el general Reyes, en las cuales lo comparaban con célebres exploradores y mandatarios. Ahora, y teniendo en cuenta los propósitos de este trabajo, quisiera concluir destacando la forma en que esa trayectoria venturosa puede resultar útil para comprender el sentido del proceso descrito, en particular lo relacionado con las transformaciones que experimentó la estructura desde la cual operó la mirada científica durante el siglo XIX en Colombia.

En efecto, la suficiencia con que Rafael Reyes se presentó ante los habitantes de Riohacha ese abril de 1908, al igual que las manifestaciones de júbilo que amenizaron su visita, recrean la confianza que pudo existir entre

¹⁵⁰ AI, “Instituto Colombia”, *AI*, vol. XIV, núm. 167–168, enero – febrero de 1907, pp. 215–228.

amplios sectores de las elites en torno a un presente que se entendía bajo la influencia del progreso material, de la institucionalidad republicana y eclesiástica, y de una administración correcta y responsable; la recuperación económica, el crecimiento paulatino de la infraestructura y la sensación de que finalmente existía un pacto político para acabar con el estado de beligerancia en que se había acostumbrado a vivir el país, favorecieron la recreación de un presente optimista que se proyectaba ascendente y constante. “Tengamos fe,” anunció entusiasmado Reyes el día de su posesión, “en que hemos llegado ya á este punto extremo de nuestras desgracias, y que para nosotros ahora empieza la época de la ascensión en la vía de la prosperidad y el engrandecimiento”¹⁵¹. Sus palabras ilustran la confianza que llegó a tener un sector del público colombiano a principios del siglo XX, y su convencimiento de que los efectos del orden moderno finalmente se sentían en el país.

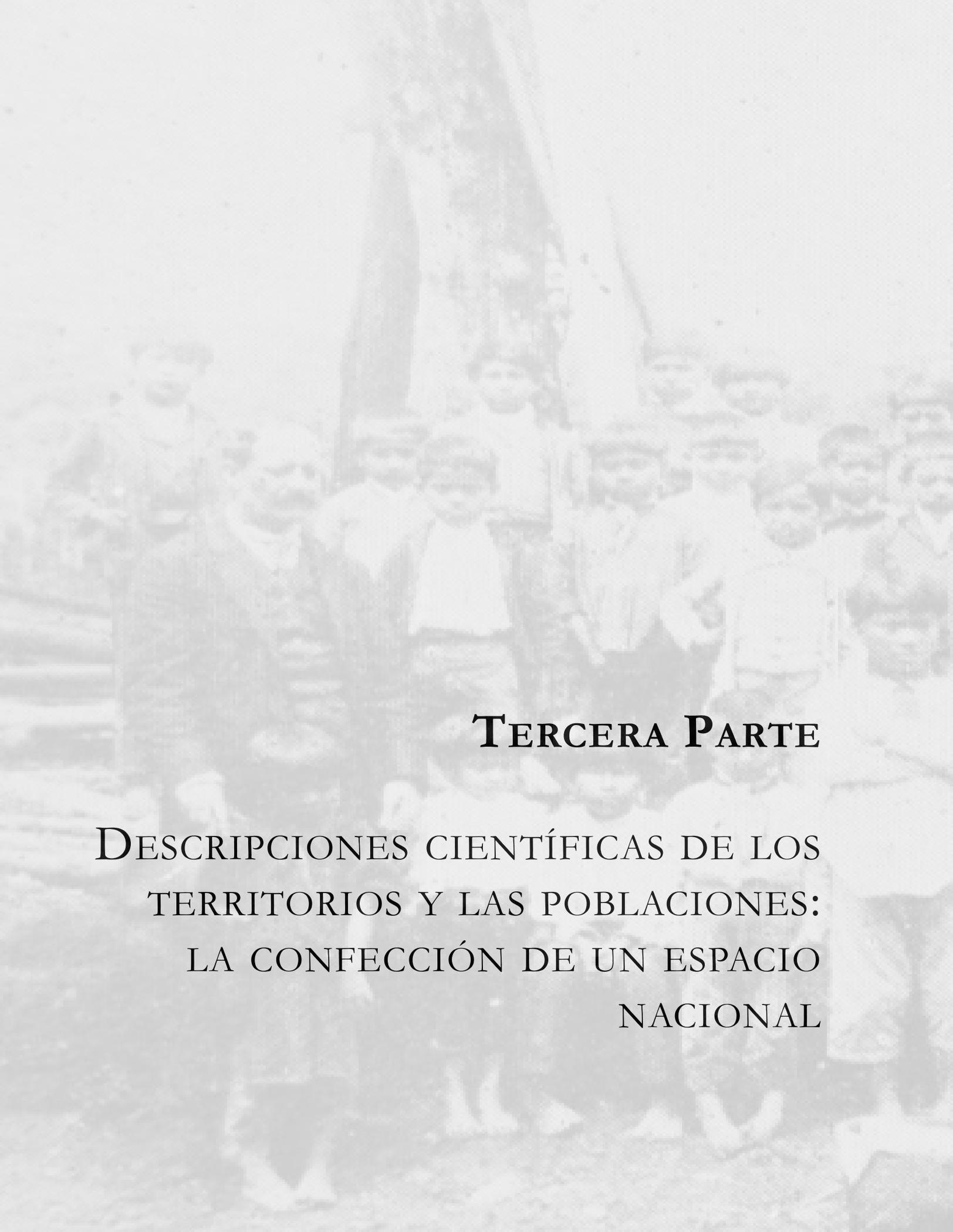
Por su parte, y en contraposición a ese presente optimista, las imágenes que mostraban un comerciante de quina vulnerable –aunque valiente–, deambulando desorientado por los confines de una selva salvaje y milenaria, aludían a tiempos azarosos, cuando el país se encontraba en la ruina y cuando las guerras civiles aparecían súbitamente a la vuelta de la esquina. Esa, al menos, podía ser la interpretación de los sectores afines al gobierno, quienes convencidos de que la sociedad se había encarrilado por una senda venturosa, emitían juicios optimistas sobre el presente y el futuro de la nación

Seguramente no todos compartían esa impresión; sin embargo, la existencia de ese sentimiento colectivo sirve para entender como la figura de Reyes, al igual que la de otros próceres y “hombres de ciencia”, se recreaba a partir de una trayectoria ascendente que se imponía a las dificultades. En efecto, esta clase de semblanzas con que las elites colombianas se narraron a si mismas, constituyen una alegoría de la manera en que entendían el transcurrir del tiempo social; dependiente de este la práctica científica debía seguir el mismo rumbo, constituyéndose en una fuerza transformadora orientada en la dirección del progreso. Si las referencias favorables a Reyes contaban una vida llena de sacrificios y conquistas, en la cual su protagonista confrontaba una atmósfera salvaje y caótica para finalmente someterla al orden de la cartografía, de la higiene, de la religión, del comercio y de la administración, aquellas que relataron la historia del quehacer científico y de sus instrumentos no reservaron elogios

¹⁵¹ Rafael Reyes, *Presidente de la república a sus compatriotas*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1905, p. 4.

para los hombres y las instituciones que habían construido esa estructura de conocimiento que aquí reduce a la figura de la mirada científica.

En ambos casos, en el de Reyes y en el de la ciencia, se impuso la lógica bajo la cual la naturaleza, con toda su exuberancia y complejidad, debía ser sometida al organizado imperio de la cultura; como veremos a continuación, esa lógica también reforzó la manera en que médicos, ingenieros, botánicos y geógrafos explicaban el mundo y el país, una posición que quedaría impresa en las páginas que elaboraron durante el transcurso de sus ejercicios profesionales.



TERCERA PARTE

DESCRIPCIONES CIENTÍFICAS DE LOS
TERRITORIOS Y LAS POBLACIONES:
LA CONFECCIÓN DE UN ESPACIO
NACIONAL

DESCRIPCIONES CIENTÍFICAS DE LOS TERRITORIOS Y LAS POBLACIONES: LA CONFECCIÓN DE UN “ESPACIO NACIONAL”

Tocante á los límites de la República también es feliz la idea del señor Ministro, pero para contribuir al conocimiento perfecto de esos negociados no basta darse á sacudir el polvo de los archivos, hay que ir al terreno y aplicar la geodesia y la topografía para hallar toda la luz apetecible. No es posible dibujar líneas correctas en la oscuridad.

Sección editorial, *Anales de Ingeniería*, 1892

... grande es la raza que con número tan exiguo ocupó real y materialmente tan vasto territorio, y de tal modo era vigorosa, que sus mestizos, siglos después, no presentan ni el más ligero signo de atavismo hacia la raza india, y en el país no se habla sino la lengua de Castilla, y con bastante pureza.

Francisco Javier Vergara y Velasco, *Nueva Geografía de Colombia*, 1901

Si en la primera parte describí la confección de un régimen particular de conocimiento asociado a la adopción de una postura desde la cual se empezó a ordenar el mundo natural y sus elementos; y en la segunda exploré la manera en que esa estructura se fue articulando a las inciertas circunstancias sociales, políticas y económicas que caracterizaron a la Colombia decimonónica; en esta tercera parte busco comprender cómo esas reflexiones expertas, cuyo objetivo era reconocer y caracterizar la naturaleza, el territorio y las poblaciones, operaron en función de un régimen de diferencia afín al proyecto nacional que se impuso como dominante a partir del último cuarto del siglo XIX en Colombia.

Tal como indiqué anteriormente, la práctica científica y las bases que

sustentaban el principio de nacionalidad experimentaron transformaciones significativas a partir de la década de 1880. El éxito que tuvieron las maniobras de Rafael Nuñez y Miguel A. Caro, su impacto en el plano político, económico y cultural –incluso tras los desmanes de la Guerra de los Mil Días–; y la articulación paulatina entre las dependencias del estado y los encargados de elaborar, aplicar y difundir los contenidos de la ciencia, favorecieron la puesta en marcha de iniciativas orientadas a dimensionar las características de la nación finisecular. Aunque sujetas a la disponibilidad de recursos, a las limitantes técnicas y a los intereses políticos de siempre, las estrategias de medición, diagnóstico y representación derivadas del quehacer científico alcanzaron un diálogo mucho más fluido con las estructuras institucionales que defendían el orden social avalado por el proyecto regenerador. Las nuevas academias y sociedades gremiales, las reformadas dependencias del estado y la firme decisión de las elites políticas y económicas del país por alimentar el inevitable progreso, coincidieron en un llamativo movimiento que elevó las capacidades que tenía la ciencia para examinar las cualidades naturales, físicas, y morales de la nación.

Es por ello que esta tercera parte se detiene a revisar distintas miradas expertas interesadas en clasificar, describir y dictaminar a los habitantes y el territorio de aquel país cuya dirigencia aspiraba convertir en una nación industrial, hispánica, católica, esto es, civilizada, y de ese modo ingresar a los circuitos universales que le garantizaban a las sociedades del mundo acceder a los múltiples beneficios del progreso. Partiendo de que la consolidación de ese proyecto nacional fue el resultado de un proceso largo y discontinuo que se inició con el desmoronamiento del régimen librecambista en los años 70, alcanzando cierto nivel de estabilidad hacia 1910, las siguientes páginas buscan encontrar vínculos entre el quehacer de los científicos y la reproducción del orden social que entonces se impuso como dominante. Considerando que las últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX presenciaron el surgimiento de importantes asociaciones e iniciativas de carácter científico, y que aquel periodo resultó especialmente significativo para el proyecto nacional que impuso el movimiento de La Regeneración, intentaré comprender el papel de la mirada científica en la confección de los marcadores que determinaban la distancia relativa a los cánones de la nacionalidad.

Antes sugerí que el empeño de figuras notables por robustecer la práctica científica había contribuido a consolidar núcleos políticos, geográficos y

epistemológicos desde los cuales resultaba conveniente observar y clasificar los matices del mundo natural. Pues bien, es a partir de una lectura de los contenidos que circulaban al interior de esos núcleos, y en particular, desde las publicaciones que produjo la comunidad científica colombiana a finales del siglo XIX, desde donde intentaré ilustrar esa relación entre el examen experto y los marcadores que decretaban el lugar de los territorios y las poblaciones en el orden nacional proyectado. No es mi objetivo trazar una genealogía o escribir una historia de los contenidos científicos enfocados en describir aquello asociado a la noción de lo colombiano; de lo que se trata aquí es de revisar una selección de episodios significativos con los que intento ilustrar cómo los científicos y sus reflexiones examinaban ese horizonte nacional en proceso de reconocimiento.

8. EL ESPACIO NACIONAL

Aunque hay numerosos episodios que pueden ilustrar cómo la mirada científica desplegó estrategias enfocadas en describir los elementos físicos, naturales y humanos que se entendían parte de la nación, quisiera empezar mencionando un caso en particular. Se trata de aquel que protagonizó el padre Fidel de Montclar, un religioso que además de ejercer como perfecto apostólico del Caquetá a principios del siglo XX, hizo las veces de ingeniero durante la construcción del camino que finalmente comunicó a Pasto con Mocoa. A mediados de 1915 Montclar se desplazó al pueblo antioqueño de Sonsón para convencer a un centenar de campesinos que lo acompañaran a fundar una colonia agrícola sobre las estribaciones de la cordillera próximas al río Caquetá; como les dijo durante una misa celebrada en la iglesia del pueblo, Dios había dispuesto que el destino del hombre era trabajar la tierra, y “si en el suelo natal no las halla necesariamente las irá a buscar a otra parte, aunque disten centenares de leguas”. En un principio los labriegos dudaron de la bondadosa propuesta; se rumoraba que todo hacía parte de una estrategia para reclutar tropas que contuvieran los avances peruanos en la frontera del Putumayo: una región que en el interior del país se asociaba con fieras salvajes y tribus de indios que se “comían crudos a los cristianos”; sin embargo, el ofrecimiento de comida y mulas para sobrellevar el viaje y la promesa

de que tendrían tierras, herramientas y vivienda una vez llegaran a su destino, animó a los escépticos a embarcarse en una aventura de semejantes proporciones. Tras cuarenta días de travesía la caravana finalmente llegó a Pasto, donde fue recibida por una nutrida y entusiasta comisión que celebró su empeño civilizatorio; luego descendió hasta Mocoa por la trocha que habían construido los indios siguiendo las órdenes de los religiosos, y no lejos de allí, antioqueños y capuchinos fundaron el asentamiento de Alvernia, bautizado así en memoria del monte donde San Francisco de Asís recibió la impresión de los estigmas sagrados¹⁵².

Desde luego que el despliegue de estrategias enfocadas en colonizar porciones importantes de la geografía nacional no fue un capricho exclusivo de misioneros fervientes como el padre Fidel de Montclair. Ya a inicios del siglo XIX las elites latinoamericanas habían planteado la necesidad de ocupar regiones que entendían al margen de las dinámicas sociales, religiosas y económicas vigentes, razón por la cual formularon ambiciosas políticas de inmigración, asignación de tierras aparentemente baldías y disolución de propiedades comunales; buena parte de ellas partían de aventurar la existencia de un individuo física y moralmente virtuoso, cuya función principal consistía en liderar la integración mercantil, religiosa, política y cultural de los territorios marginados. Fue como consecuencia de esa convicción que posteriormente se formularon algunas políticas de corte eugenésico, justo cuando las teorías afines al darwinismo irrumpieron en el continente durante la década de 1880¹⁵³. En ese contexto, los personajes interesados en la ciencia advirtieron que sus inquietudes previas estaban bastante relacionadas con los proyectos de colonización, pues sus conocimientos resultaban fundamentales para planear, encauzar y valorar tales estrategias.

En el caso particular de Colombia este tipo de iniciativas giraron alrededor de dos propósitos fundamentales: la atracción de extranjeros y la selección de poblaciones locales afines a los parámetros de ciudadanía. Convencidas de habitar una nación inmensurable, ocupada en su mayoría por gentes atávicas e inferiores,

¹⁵²República de Colombia, *Informes sobre las misiones del Putumayo*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1916, pp. 14–24; Gobierno Departamental de Nariño. *Camino de Pasto a Puerto Asís. Relación de viaje e informe de la comisión nombrada por el gobierno departamental de Nariño para inspeccionar la vía*, Pasto, Imprenta Departamental, 1912; Wade Davis, *El río. Exploraciones y descubrimientos en la selva amazónica*, Valencia, Editorial Pre-Textos, 2004, pp. 201–202; Taussig, *Op. cit.*, pp. 305–321.

¹⁵³*Cfr.*: Nancy Stepan, *The hour of eugenics*, Ithaca, Cornell University press, 1991, pp. 35–62.

las elites colombianas se trenzaron en una dilatada controversia sobre cómo llevar a cabo una colonización planificada del territorio, así como sobre sus beneficios y normas. Fue en ese contexto que la mirada científica intervino con entusiasmo. En 1881, por ejemplo, el médico Francisco Bayón propuso la inmigración escalonada de trabajadores para poblar los llanos de San Martín, primero desde Mozambique y las islas Canarias, y luego desde Italia; tras una evaluación rigurosa Bayón llegó a la conclusión de que los primeros, robustos, ágiles y católicos, estaban acostumbrados a las fiebres y los climas pantanosos, mientras que los segundos tenían el tipo puro latino de los emperadores romanos, y por lo tanto, estaban a la altura de las naciones civilizadas¹⁵⁴. Desde luego, no sólo las disciplinas propiamente científicas aventuraron propuestas similares. Ya en la década de 1870, aunque en contravía a la sugerencia de Bayón, el abogado Emiliano Restrepo había sugerido una solución al parecer mucho más pragmática: estaba convencido que el tema se solucionaría el día que los hombres de los Andes bajaran a aquellas “portentosas llanuras”, sólo bastaba que estuvieran guiados por “espíritus emprendedores” y secundados por “capitales vigorosos”¹⁵⁵. Fue esta, como vimos, la misma convicción que años después animó al padre Montclar a viajar de Antioquia al Caquetá, acompañado de un centenar de campesinos con temor a las tropas peruanas y a las tribus antropófagas.

Más allá de sus matices y particularidades, los episodios mencionados coinciden en reivindicar dos elementos centrales de las estrategias que desde el siglo XIX plantearon la necesidad de poblar porciones significativas de la geografía colombiana. Por un lado, reafirman la existencia de territorios incultos, vacíos y agrestes, exhibiéndolos como una oposición evidente de aquellos que se entendían domesticados y adecuadamente ocupados. Por el otro, reconocen el perfil de un individuo virtuoso con las aptitudes físicas y morales para habitar un espacio dado, y como tal, para ejercer su ciudadanía en concordancia con los retos que demandaba el proyecto nacional; ese perfil resultó conveniente para contrastarlo con el de individuos antagónicos, definidos por su proximidad a una

¹⁵⁴El ejemplo de Bayón es apenas uno de los tantos que se pueden encontrar en la literatura del siglo XIX; en el mismo sentido, el trabajo de Hernando de Velasco Álvarez, publicado en 1923, presenta un balance detallado de la legislación que hasta ese momento existía sobre migración en el país. *Cfr.*: Francisco Bayón, *Inmigración a los llanos de Casanare y San Martín*, RM, serie VI, núm. 66, octubre de 1881, pp. 252–270; Hernando de Velasco A., *El problema migratorio en Colombia*, Bogotá, Editorial Minerva, 1923. Véase también: Noguera, *Op. cit.*, pp. 92–103.

¹⁵⁵Garcés, *Op. cit.*, AI, vol. III, núm. 31, pp. 242–244.

órbita salvaje y atávica. Siguiendo este argumento, la imagen de unos campesinos católicos, blancos y trabajadores que encabezados por un inquieto fraile descendieron de la cordillera para someter la *vacía* –aunque paradójicamente poblada por “indios antropófagos”–, agreste y salvaje selva del Putumayo, ilustra la manera en que buena parte de las elites colombianas percibieron y ordenaron los elementos que entendían en el ámbito de la nación. A través de ese ejercicio les fue posible componer y transmitir taxonomías de los individuos, la geografía y la naturaleza, estructurándolas a partir de una serie de jerarquías definidas por argumentos físicos, morales y tecnológicos semejantes a los que por años había empleado el conocimiento científico.

Es basándome en esta idea que a continuación planteo una lectura de los materiales que se propusieron describir lo que aquí optaré por denominar el *espacio nacional*, entendiéndolo como un ámbito teórico que se obtiene al fijar en el contexto de la nación los territorios y las poblaciones que se intuyen inherentes a ésta, ordenándolos y representándolos de acuerdo a métodos y jerarquías preestablecidas¹⁵⁶. En particular me interesa analizar las descripciones que con este fin se elaboraron en el marco de experiencias científicas, concentrándome en aquellas que tuvieron eco en la prensa y la literatura especializada que se publicó en Colombia entre las décadas de 1880 y 1910; como vimos, fue en este periodo que la ciencia logró institucionalizar su práctica, articulándola a las estrategias desplegadas por el estado en función del proyecto nacional que impuso el movimiento de La Regeneración.

Teniendo en cuenta este argumento, las siguientes páginas proponen una forma de leer y organizar estos materiales. Su objetivo es identificar cómo se diagnosticaba la situación de los elementos adscritos a ese pretendido *espacio nacional*, considerando los argumentos que les asignaban una posición definida respecto a los arquetipos de civilización y ciudadanía. Para ello planteo la existencia de tres grandes órbitas: a la primera la denomino *espacios civilizados*, en referencia a las geografías virtuosas que se imaginaban coetáneas de la modernidad y pobladas por individuos afines al modelo de ciudadanía vigente; a la segunda la llamo *espacios incultos*, a propósito de aquellas geografías que se representaban desde la ausencia de los patrones morales, políticos y estéticos que aspiraban definir la nación, y habitadas por seres salvajes que se entendían

¹⁵⁶ Cfr.: Henri Lefebvre, *The production of space*, Oxford, Blackwell, 1991; Mike Crang y N. J. Thrift. *Thinking Space*, Londres, Routledge, 2000.

próximos a la naturaleza y ajenos a las formas más elementales de cultura; finalmente, a la tercera la llamo *espacios en tensión*, comprendiéndolos como aquellos territorios ubicados en los límites de los dos anteriores, es decir, influenciados por los dispositivos de la civilización pero con remanentes de un universo bárbaro y salvaje que les impedía trascender del atavismo a la modernidad.

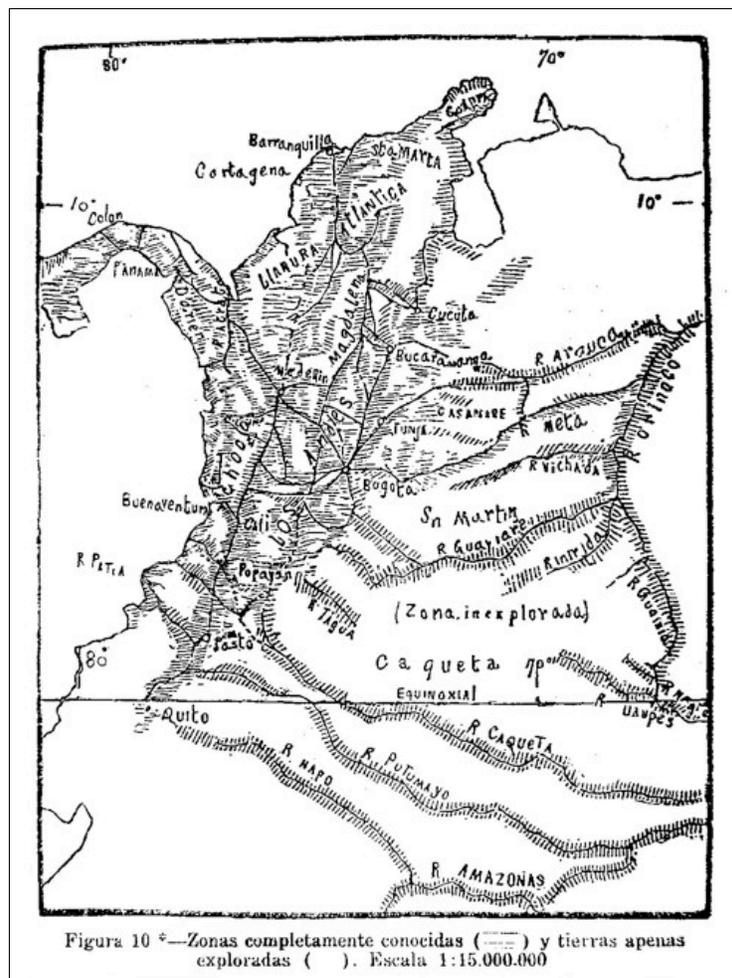


FIGURA 3: “Zonas completamente conocidas y tierras apenas exploradas”, F.J. Vergara y Velasco, 1901, [Vergara y Velasco, Nueva Geografía de Colombia, 1974]

En la medida que la geografía, la medicina, la botánica y la ingeniería mostraron un interés particular por el estudio del territorio, la naturaleza y las poblaciones del país, los materiales elaborados bajo el rigor de estas disciplinas constituyen un campo privilegiado para entender cómo la ciencia contribuyó a confeccionar y difundir las imágenes que aspiraban representar segmentos del orden nacional; siguiendo ese argumento, los textos interesados en estudiar la topografía, la naturaleza, las razas y el clima del país eran, además de memorias ilustradas, esfuerzos por promocionar un orden social correspondiente con las expectativas ideológicas y las aspiraciones civilizatorias de quienes se encargaron de producirlos.

9. ESPACIOS CIVILIZADOS

Una de las conclusiones más notorias que se obtienen al revisar la literatura científica elaborada en Colombia a partir de las últimas décadas del siglo XIX, es que sus autores tenían un enorme interés por describir el territorio, la naturaleza y las poblaciones que asumían como parte del orden nacional. Muchas de las ediciones a las que tuvo acceso el público letrado coincidieron en registrar detalles sobre los climas, los recursos y la topografía del país, así como sobre las enfermedades, las costumbres y las razas que se distinguían entre sus habitantes. A cualquier lector curioso que en la actualidad examine algunos de esos materiales, no le quedará difícil intuir cómo se percibían entonces los paisajes y los individuos adscritos al contexto colombiano, es decir, podrá hacerse una idea de la manera en que se describía y representaba la nación.

Si aquel lector resulta lo suficientemente agudo notará también que esas crónicas insistían en reproducir una serie de diferencias y jerarquías. Con frecuencia, la literatura científica destacó las condiciones virtuosas de determinados territorios y poblaciones, contrastándolas con las deficiencias de otros que entendía en un estado permanente de inferioridad y desdicha. Las publicaciones médicas, por ejemplo, insistieron en elogiar el clima sano, seco y vivificante de ciertas regiones situadas en las alturas medias de los Andes, comparándolo con el ambiente húmedo, enfermo y enervante que al parecer

dominaba los valles, las selvas y el litoral; así mismo, algunas de las relaciones de tono antropológico que aparecieron en las revistas de ingeniería y geografía convinieron en destacar la ilustración, las maneras, la raza y los hábitos de comunidades particulares, diferenciándolas de otras que se reconocían a causa de su ignorancia, su inferioridad física y su atavismo. Bajo esa perspectiva, la tarea de describir los elementos que constituían la nación resultó también un esfuerzo por difundir y legitimar las jerarquías que procuraban imprimirle un orden definitivo y estable.

Examinar las referencias que reprodujeron el segmento virtuoso de ese orden nacional es lo que me propongo hacer en esta altura del trabajo. A partir de la lectura y análisis de textos científicos, busco entender la forma en que sus autores confeccionaron imágenes de una porción de ese *espacio nacional* que percibían consecuente con sus ideas de civilización, es decir saludable, cómodo, domesticado, productivo y culto. Como intentaré mostrar en las siguientes páginas, esta distinción fue consecuencia del reconocimiento de características físicas, morales y materiales que se entendían ventajosas, mismas que fueron empleadas para proyectar ambientes que se caracterizaban por la prevalencia de una atmósfera y una geografía óptimas, que se entendían articulados a los circuitos mercantiles, y que se consideraban mayoritariamente poblados por individuos con el perfil para domesticarlos y habitarlos de acuerdo a los parámetros que demandaba el proyecto nacional en curso.

*EL TERRITORIO CIVILIZADO: CLIMAS SALUDABLES Y TOPOGRAFÍAS
DOMESTICADAS*

Pese a tratarse de materiales elaborados bajo circunstancias singulares, las crónicas que finalizando el siglo XIX ofrecían alguna imagen del territorio colombiano insistieron en identificar ambientes con condiciones favorables para alojar las que entonces se inferían como señales de civilización. Asociadas a contextos que bien podían ser rurales y urbanos, estas imágenes propusieron una forma de clasificar los diversos paisajes que abundaban a lo largo y ancho del país: a través de artículos, mapas, ilustraciones e informes técnicos los círculos científicos formularon criterios enfocados en situar el espacio físico en algún punto entre la civilización y la barbarie. Siguiendo ese argumento, la porción de la

ciudad aburguesada y habitada por funcionarios, sacerdotes, comerciantes y demás miembros de las elites, así como los bucólicos, prósperos y comedidos parajes campesinos, fueron descritos como ambientes que acogían un orden social coherente con las aspiraciones de quienes asumieron la vocería de los intereses nacionales; por su parte, y bajo esta misma lógica, los empobrecidos e insalubres arrabales urbanos y las regiones fronterizas ajenas al control del estado fueron expuestas como su antítesis natural. ¿Qué criterios utilizaron estos personajes para examinar el paisaje y de qué manera elaboraron un argumento para sustentar tales jerarquías? Como se verá, este ejercicio supuso el examen de condiciones climáticas, topográficas y ambientales que, articuladas a los niveles de domesticación del territorio, le permitió a la mirada científica aventurar la apariencia de aquellos espacios que se advertían civilizados o en camino de serlo.

Efectivamente, uno de los indicadores que permitió evocar esos espacios virtuosos fue la prevalencia de condiciones ambientales consideradas favorables, cómodas y sanas; el paradigma paisajístico de los lugares que se reconocían coherentes con las nociones de prosperidad, progreso y cultura solía estar delineado por variables climáticas y topográficas relacionadas con el influjo de temperaturas templadas, la presencia de corrientes de agua y de aire francas y copiosas, y la existencia de suelos desecados y fértiles que impedían la producción de miasmas y favorecían el desarrollo de la agricultura. Por ejemplo, revisando un artículo del ingeniero Ramón Guerra Azuola sobre el poblado de Fusagasugá, a la que describió como una “alegre y simpática villa”, “nudo providencial que liga los fríos de la Siberia con los ardores del Senegal”¹⁵⁷, se puede intuir como ese tipo de ambientes fue constantemente asociado con imágenes que remitían a un destino próspero y venturoso.

Y es que en lo que al caso colombiano se refiere, se volvió habitual que lugares cálidos y secos similares a Fusagasugá aparecieran referenciados como paisajes cómodos y agradables¹⁵⁸. Ubicados comúnmente en las regiones

¹⁵⁷ Ramón Guerra A., “El río Sumapaz”, *AI*, vol. IX, núm. 109–110, septiembre–octubre de 1897, p. 280.

¹⁵⁸ En relación con la tendencia a exaltar las cualidades de ciertos climas en detrimento otros, pueden revisarse una serie de comunicaciones que publicó la Revista Médica en el transcurso de 1894; en el mismo sentido existen numerosos informes de ingenieros y geógrafos colombianos en donde se destaca la bondad de los climas templados. Para una muestra de estos materiales, véase: Carlos Esguerra, “Circular”, *RMB*, serie XVII, núm. 184, septiembre de 1893, pp. 10–13; Campo Elías Corredor, “Correspondencia Villa de Leyva”, *RMB*, serie XVII, núm. 187, diciembre de 1893, pp. 121–126; R. Aconcha, “Correspondencia Cocuy”, *RMB*, serie XVII, núm. 188, enero de 1894, pp. 148–149; *RMB*, “Correspondencia Roldanillo”, *RMB*, serie XVIII, núm. 201, septiembre de 1894, pp. 179–181; Ramón Guerra Azuola, “El río Sumapaz”, *AI*, vol. IX, núm. 109–110, septiembre – octubre de 1897, pp. 279–297; Miguel Triana, *Por el sur de Colombia. Excursión pintoresca y científica al Putumayo*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1950.

templadas y medianamente frías de las montañas de Antioquia, Cundinamarca, Santander, Tolima, Cauca y Boyacá, estos espacios se fueron consolidando como el centro simbólico de la nación; fue allí donde las elites locales establecieron los nuevos fortines políticos, económicos y culturales de la república aprovechando, entre otras cosas, las ventajas de un clima que consideraban idóneo para el adecuado florecimiento de la civilización.

Desde luego que la tendencia a relacionar las circunstancias ambientales con las capacidades humanas estaba influenciada por las viejas teorías ambientalistas, tan populares entre los griegos como entre los enciclopedistas franceses. La inclinación por las temperaturas frías y los ambientes secos, y el consecuente menosprecio por las tierras húmedas y los climas ardientes fue uno de los argumentos que sostuvieron Montesquieu y Buffon para advertir a sus lectores sobre la abyección en que se sumían los países tropicales; deducían que semejantes condiciones ambientales tenían una acción nefasta sobre la inteligencia de los individuos, afectando además el pudor y la capacidad de éstos para legislar. Igualmente, es claro que esa debilidad por las corrientes de agua y aire era un asunto con bastantes adeptos, particularmente entre sectores ilustrados que lo consideraban fuente de vigor y progreso; la costumbre de someterse a abluciones periódicas y la inclinación por los lugares ventilados e iluminados ya eran signos de salud y refinamiento al interior de las cortes europeas en el siglo XVIII, y durante la centuria siguiente fueron el eje de buena parte de los procedimientos y tratados que buscaban fomentar la higiene¹⁵⁹.

Al tanto de estos planteamientos, varios científicos colombianos publicaron estudios y observaciones que ratificaban los beneficios de esta clase de ambientes; en sintonía con las tesis que desde la colonia ubicaban la civilización principalmente en las comarcas andinas, sus reflexiones fueron generosas con las regiones que, ni en los mortíferos y ardientes valles ni en los yermos y gélidos páramos, servían de asiento a aquellas razas sincronizadas con los circuitos del comercio, la industria y la agricultura. En el mismo sentido, sus opiniones se inclinaban por enaltecer las localidades que gozaban de climas templados, de baños terapéuticos y aguas minerales, promoviéndolas como lugares aptos para temperar, restablecer la circulación de la sangre y robustecer los nervios. Como señala Germán Palacio en relación a la imagen que generaba la sabana de Bogotá

¹⁵⁹Georges Vigarello, *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media*. Madrid, Alianza editorial, 1991, pp. 181–206.

entre los viajeros del siglo XIX, ésta era constantemente retratada “como un hermoso paisaje que semejava algunas regiones de Europa”, especialmente tras la introducción de pinos, eucaliptos australianos y pastos que acogían razas de ganado normando, *hereford* y *holstein*¹⁶⁰.

Esta debilidad por condiciones ambientales consideradas óptimas repercutió en los ejercicios que desde una perspectiva científica reflexionaron en torno a las características del territorio colombiano. En un trabajo que el ingeniero Miguel Triana publicó en 1907, por ejemplo, se advierte esa tendencia a relacionar el clima, la prosperidad y la presencia de una población afín a las demandas que imponía la civilización. Refiriéndose a la localidad de Pasto, el prologuista de la obra de Triana reiteraba que “en aquella vieja ciudad andina, señora de una fecunda región en la que, bajo el sol de los trópicos, merced a su elevación sobre el nivel del mar, impera un clima frío en que florecen y maduran todos los frutos de la zona templada y en la que encuentra hogar sano y adecuado a su organismo la raza blanca”. Como insinuó el propio autor unas páginas más adelante, esos espacios resultaban bastante distintos a los del litoral sobre el océano Pacífico, una región que este ingeniero describió habitada por “la raza negra del clima africano” y en la que, dijo también, un medio ambiente húmedo, tropical y constantemente enfermo le permitía a estos individuos vivir con plena independencia y sin temor al desafío del hombre blanco¹⁶¹.

Ahora, la aceptación de estas tradiciones no implicó que la ciencia tomara en cuenta únicamente las condiciones ambientales previas para plantear la existencia de esos espacios que aquí he llamado *civilizados*. Constatar que regiones enteras del país lucían cómodas, saludables e integradas a los circuitos mercantiles, no obstante encontrarse en zonas relativamente húmedas, calientes y de difícil acceso, hizo pensar a los expertos que la domesticación efectiva del territorio podía contribuir a adaptarlas a las necesidades y a los gustos de una pretendida comunidad nacional. Siguiendo ese argumento, las feraces y opacas geografías sometidas a la voluntad de la naturaleza tropical bien podían transformarse en espacios aptos para el florecimiento de un orden civilizado¹⁶²;

¹⁶⁰Germán Palacio Castañeda, *Fiebres de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia. 1850–1930*, Bogotá, ILSA, 2006, pp. 68–69.

¹⁶¹Miguel Tirana, *Op. cit.*, pp. 20, 69, 80.

¹⁶²Según Nancy Stepan, durante el siglo XIX la noción de naturaleza tropical fue, además de una descripción empírica del mundo natural, una poderosa “construcción imaginativa” que recreaba lugares mágicos, feraces y bárbaros donde las condiciones civilizadas parecían ausentes. *Cfr.*: Stepan, 2001, *Op. cit.*, pp. 31–56.

bastaba con que esas condiciones ambientales difíciles fueran correctamente aplacadas y controladas, asegurando así una transformación efectiva y permanente.

Quizás donde más claramente se consolidaron esta clase de modificaciones fue en las ciudades. Pese a que no todos los núcleos urbanos del país se situaban en regiones templadas y frías, el hecho de que la industria, la educación, el gobierno y el comercio dejaran allí sus huellas más visibles inclinó a la literatura científica a considerarlas como espacios mayoritariamente domesticadas, y por lo tanto, sintonizadas con los cánones civilizatorios vigentes; era en ellas donde mejor podían apreciarse la robustez de las instituciones republicanas y la influencia de sus leyes, los efectos inmediatos del flujo persistente de capital y el surgimiento de una clase burguesa e ilustrada que fue articulando sus parámetros culturales, estéticos y morales a los ritmos de vida tradicionales. También fue en las ciudades donde más impacto tuvo el desarrollo de una infraestructura mercantil, industrial y civil moderna, que incorporó ferrocarriles, tranvías, grúas y toda clase de novedades tecnológicas y materiales a la cotidianidad de sus habitantes¹⁶³.

Aparte de los vestigios materiales que exhibían, las ciudades fueron también un ejemplo fabuloso de la capacidad del hombre para imponerse sobre la naturaleza y sus desafíos; la adopción de tendencias arquitectónicas con innovaciones funcionales y morfológicas, las modificaciones derivadas de la incorporación de la medicina, la higiene y la ingeniería a las dinámicas urbanas, y la utilización de materiales más dóciles y resistentes facilitaron la adaptación a condiciones ambientales y geográficas hostiles, demostrando una facultad excepcional para contener los caprichos de esa naturaleza que se imaginaba fuera de control. Las construcciones en vidrio, hierro y cemento, más amplias y de mayor altura, eran capaces de desafiar la gravedad y la topografía; los espacios internos, iluminados, ventilados y limpios mejoraban las condiciones de higiene, haciendo la vida más cómoda y saludable; los medios de comunicación, más veloces, estables y eficientes, aumentaban la productividad del comercio y con ello favorecían la expansión de la riqueza a lugares remotos y aislados¹⁶⁴. Inscritas

¹⁶³ Cfr.: José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Medellín, UDEA, 1999, pp. 293–383; Germán Mejía P., *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820–1910*, Bogotá, CEJA, 2000, pp. 131–156.

¹⁶⁴ Una reflexión histórica y filosófica de la arquitectura como forma de transmitir y materializar la simpatía con un orden social afín a los ideales de civilización y progreso, particularmente durante el siglo XIX, en: Walter Benjamin, *Libro de los pasajes*, Madrid, Ediciones Akal, 2005; Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación*

en una sociedad habituada a apreciar las conquistas tecnológicas, estas transformaciones se fueron afirmando como una señal inequívoca del avance paulatino de la civilización y de su certera vocación redentora.

Desde luego, ese avance no se circunscribió a los contornos urbanos. La mirada científica fue categórica en destacar la existencia de espacios civilizados en regiones del país eminentemente rurales; estas descripciones se encargaron de proyectar un orden moral y material deseable que, pese a encontrarse lejos de la ciudad, acogía buena parte de los elementos que establecían una distancia visible con los remanentes de barbarie y atavismo.

Lo que distinguía a estas geografías campesinas como espacios virtuosos era su capacidad de albergar, en un ambiente medianamente domesticado, sistemas productivos que soportaran un régimen de trabajo estable, y que se encontraran articulados a un circuito mercantil en actividad. Cuando la mirada científica destacaba el “grado de civilización” de algún ambiente rural en particular, la imagen que obtenía el lector era la de un paisaje fecundo, adecuadamente intervenido y sometido a los parámetros estéticos, económicos y políticos de la nación. Valiosas plantaciones de café, tabaco y caña de azúcar, verdes y extensas dehesas, ganados sanos y minas prósperas emergían constantemente como los elementos de un escenario encantador y con escasas contradicciones, rematado por la presencia de una población sedentaria, diligente y católica encargada de custodiarlo.

Los ingenieros y geógrafos que recorrieron el país en comisiones gubernamentales o como empleados de empresas de caminos, recrearon este tipo de ambientes en los informes que redactaron tras finalizar sus jornadas de campo. En cierta oportunidad el ingeniero Luis F. Osorio, encargado de la comisión exploradora para la construcción del ferrocarril de Urabá en el nororiente de Antioquia, elaboró un reporte tras realizar un minucioso recorrido por la zona; incluyó una serie de descripciones de los pueblos que encontró en su camino, así como datos técnicos y mediciones que indicaban alturas, coordenadas y distancias. Refiriéndose al poblado de Yarumal, Osorio escribió lo siguiente:

Las hermosas haciendas de la tierra fría de Yarumal le dan a esta ciudad vida propia. [...] Sus ferias mensuales, establecidas desde muy antiguo y que por lo mismo pueden considerarse estables, amplían los negocios y

moderna. México en las exposiciones universales, 1880–1930. México, FCE, 1998.

ocasionan un activo intercambio comercial. El aspecto mismo de la ciudad, a pesar de su localidad detestable, indica holgura y bienestar; sus casas de exterior agradable, su magnífico alumbrado eléctrico y la banda de música, hacen la vida confortable. Pero por mucho que sea el progreso material de Yarumal, mayor y más benéfico es su progreso intelectual. Sin la ayuda de nadie y a despecho de mil dificultades y contratiempos tiene de mucho tiempo atrás Colegios y Escuelas a la altura de las mejores del país¹⁶⁵.

Habría que indagar hasta que punto las descripciones de Osorio estaban comprometidas con sus intereses como ingeniero y constructor de ferrocarriles; no obstante, lo que me interesa resaltar aquí es precisamente el tipo de figuras que empleó para exaltar esa región de aspecto holgado y agradable. Pese a encontrarse en un terreno sinuoso –de ahí su “localidad detestable”– esta población parecía sintetizar las características deseables para cualquier geografía rural en la Colombia de entonces: las haciendas de tierra fría, los cultivos, la actividad comercial y la presencia de pobladores trabajadores y educados, convertían a poblaciones como Yarumal en la alegoría de aquel ambiente civilizado consecuente con el proyecto nacional finisecular. Como se recordará, durante buena parte del siglo XIX las elites colombianas reprodujeron una imagen del campo idealizado, confeccionada a partir de la presencia de seres humanos inocentes, trabajadores y sencillos; durante los años de La Regeneración esta imagen no hizo sino consolidarse, gracias a que los patriarcas conservadores vieron en el campo ese ambiente romántico y tradicional presidido por el poder del alcalde y del cura.

Ahora bien, ¿por qué la ciencia consideró tan importantes las condiciones ambientales y los niveles de domesticación al momento de identificar un espacio civilizado? Desde luego sus puntos de vista eran los de unas elites que asumían que el campo deseado para la nación “era aquel donde se garantizaba el movimiento comercial y humano”, así como “el sometimiento definitivo de la naturaleza a manos del hombre”¹⁶⁶; sin embargo, también tenía que ver el hecho de que eran los médicos, los ingenieros y los geógrafos los agentes encargados de evaluar esas condiciones ambientales y determinar los métodos más adecuados

¹⁶⁵Luis F. Osorio, *Informe número 1 del ingeniero jefe de la comisión exploradora del Ferrocarril de Urabá al señor Gobernador del Departamento*, Medellín, Imprenta Oficial, 1914, p. 34.

¹⁶⁶Arias, *Op. cit.*, pp. 38–41.

para domesticar el territorio. Las técnicas desarrolladas por el conocimiento científico fueron fundamentales para abatir los obstáculos que imponía la orografía e hidrografía del país, así como para someter su flora y su fauna a las demandas económicas, sanitarias y a las comodidades que demandaban los seres humanos. Al determinar la cantidad de oxígeno que se respiraba, el carácter y peligrosidad de los gérmenes que surcaban la atmósfera, la concentración de ciertos minerales o la composición de un suelo que permitía la correcta filtración del agua, estos personajes establecieron criterios técnicos para definir el perfil de lo que entonces se entendía como una geografía idónea.

Así mismo, la ciencia tendría un rol fundamental en la tarea de construir ferrocarriles, levantar líneas telegráficas y habilitar redes de luz eléctrica que vencieran la topografía, la distancia y la oscuridad; también sería importante para adaptar los poblados, los puertos y las plantaciones a los parámetros establecidos por la higiene, para erradicar plagas, desecar terrenos y construir hábitats sanos; serían los gremios de médicos e ingenieros, igualmente, quienes promoverían, el estudio de la agronomía y la zootecnia a partir de la segunda mitad del siglo XIX, disciplinas enfocadas en mejorar la productividad de las técnicas agrícolas y de la cría de animales¹⁶⁷. En ese sentido, la ciencia empezó a consolidarse como una herramienta indispensable para asegurar la imposición del hombre sobre la naturaleza, y en consecuencia, el triunfo de la civilización sobre la barbarie y el atavismo. Como señaló un estudio sobre los poblados del oriente de Antioquia, en el que se recalca la capacidad transformadora del ser humano: “hoy se hallan ya en labor tierras que ayer eran camada de serpientes, y desenegado el monte, ya hoy hay jardines de plantas y de flores donde estuvo el tigre”¹⁶⁸.

Tierras fértiles y productivas, atmósferas saludables, climas agradables, habitantes dispuestos a abatir los obstáculos de la naturaleza; todas estas variables aparecieron en el lenguaje científico de finales de siglo XIX como los principales criterios para reconocer un espacio civilizado. En tanto lugares sometidos a los mecanismos del progreso, a las prácticas y a las tecnologías de un segmento de la población que se asumía destinada a transformar la faceta bárbara de la nación, estos espacios emergieron como la materialización de la influencia benéfica que podía ejercer la cultura sobre los dominios de la naturaleza, develando además la existencia de extensas áreas geográficas ajenas al orden del estado. Desde el

¹⁶⁷ Cfr.: Obregón, 1992, *Op. cit.*, p. 117; Palacio Castañeda, *Op. cit.*, p. 53.

¹⁶⁸ Ramón Correa, *Por Antioquia*, Medellín, Tipografía del Comercio, 1899, p. 1.

punto de vista simbólico, la definición de los elementos que delimitaban el segmento positivo del proyecto nacional colombiano permitió el establecimiento de un canon territorial a partir del cual era plausible determinar toda anomalía; si las elites finiseculares aspiraban a construir una nación sustentada en un gobierno robusto, en una economía capitalista y en una población católica, trabajadora y temperante, resulta comprensible porqué el territorio nacional debía lucir productivo, próspero, integrado a los mercados y habitado por seres humanos con las condiciones físicas y morales para domesticarlo.

Al considerarse sometidas al control político, tecnológico y religioso de la nación, se entendía que estos espacios alojaban los resultados positivos del progreso, y como tal, que respondían a una temporalidad universal ubicada en el presente. Eran los territorios que apenas se habían rezagado en la trayectoria que seguían la mayoría de pueblos del planeta, emergiendo como una oposición a aquellos lugares que permanecían marginados y desintegrados. Ahora bien, como vimos antes, garantizar la existencia de estos espacios demandó de habitantes que respondieran a las expectativas de ciudadanía; fue por ello que la literatura científica también esbozó el perfil de un individuo que entendía consecuente con los principios de civilización.

EL PERFIL DEL CIUDADANO VIRTUOSO

La elaboración de descripciones enfocadas en identificar los rasgos característicos de las poblaciones se convirtió en un ejercicio más o menos habitual para la comunidad científica colombiana finalizando el siglo XIX; médicos, ingenieros, geógrafos y naturalistas juzgaron que estudiar distintas facetas de los seres humanos era un asunto que no podía quedar al margen de sus itinerarios profesionales, pues de sus destrezas para diagnosticar a una población heterogénea y diversa dependía el fomento de una raza nacional vigorosa y armónica. Algunas de las conclusiones que generó ese cuestionamiento aparecieron en la prensa científica que circulaba entonces; allí, sus autores dejaron plasmada la manera en que percibían a buena parte de los habitantes del país, así como los imaginarios más populares que en ese momento servían para sintetizar y organizar la diferencia entre estos.

Fue en este contexto que la literatura científica sugirió la existencia de una órbita que, pese a distinguirse poblada por una gama de personajes heterogéneos que muchas veces posaban de antagónicos, se imaginaba dentro de los límites de la nacionalidad y la civilización; se trataba de un espacio simbólico dispuesto bajo los principios que debían regir ese estado superior de la sociedad del que tanto hablaban las elites colombianas, pero sometido a una serie de matices que delataban la subsistencia de costumbres atávicas, actitudes indolentes y razas incompatibles. Era una órbita en la que bien podían coincidir los sectores notables y distinguidos de la sociedad, las masas de campesinos, de artesanos y de peones, y hasta algunos de los *indios reducidos* que vivían bajo la tutela de las órdenes religiosas; quienes definitivamente permanecían al margen eran los seres de ese mundo salvaje y pagano que, gobernado por los códigos del instinto y por una naturaleza primitiva y hostil, representaban la oposición radical al universo civilizado. Ahora, el reconocimiento de esa órbita no supuso la promoción de un orden social horizontal enfocado en diluir las jerarquías vigentes; aunque se intuía la existencia de una comunidad nacional que, aparte de la lengua y la religión, compartía un mismo cuerpo de leyes y normativas, también se estimaba que ésta debía operar de acuerdo a los lineamientos de una estructura desigual articulada a partir de las características físicas, morales e intelectuales de sus miembros. Por lo que se aprecia en los planteamientos científicistas de finales del siglo XIX, ciertas costumbres, disposiciones y fisionomías contribuyeron a afianzar el virtuosismo de un segmento definido de la población, enaltecéndolo como el agente encargado de trazar las directrices para identificar la ciudadanía.

Es tomando en cuenta estos planteamientos que a continuación reviso algunas de las descripciones interesadas en recrear la fracción virtuosa de esa presunta órbita civilizada; en particular, me interesa ilustrar el perfil de quienes los discursos científicos destacaron como representantes de una comunidad culta, trabajadora, prudente y vigorosa, y en consecuencia, con las condiciones necesarias para vencer los obstáculos a los que se enfrentaba el proyecto nacional en curso. Como se verá, el enaltecimiento de estos personajes se hizo mediante la selección de marcadores físicos, morales e intelectuales que, articulados, dibujaron el perfil de un individuo con el *cuerpo*, la *disposición* y la *inteligencia* para liderar los inciertos destinos de la patria.

Me gustaría ilustrar la manifestación de ese perfil a través de un ejemplo. En la tesis de doctorado que defendió a finales de 1912, el médico José Ignacio

Vernaza expuso un asunto que también inquietaba a varios de quienes entonces obtuvieron su diploma en la facultad de medicina y ciencias naturales de la Universidad Nacional¹⁶⁹; preocupados por las malas condiciones higiénicas que predominaban en las escuelas del país, y por la deficiente constitución física y moral de buena parte de sus alumnos, los recién graduados recomendaron la institución de mecanismos rigurosos que tuvieran en cuenta las últimas novedades científicas, para así detectar las debilidades, los vicios y las enfermedades que afectaban el desempeño de los estudiantes. Al respecto, Vernaza sugirió un conjunto de fórmulas dirigidas a identificar todo tipo de anomalía; su propuesta contemplaba instrucciones precisas para corregir malas posturas, escrupulosas estrategias para inculcar hábitos limpios y decentes, estimulantes rutinas de gimnasia, ejercicios de lectura y escritura, y hasta rigurosos registros antropométricos que prometían advertir alteraciones o deficiencias físico–motoras. “De la escuela salen los futuros ciudadanos”, subrayaba Vernaza, “los futuros pobladores de las naciones, y es menester que de ella salgan sanos y robustos, listos a emprender la ruda faena de la vida”¹⁷⁰.

No intentaré determinar si estas instrucciones en particular contribuyeron o no a formar pobladores sanos y robustos; calcular hasta qué punto las rutinas de gimnasia disponen a los seres humanos para obedecer las leyes del estado es un asunto que definitivamente desborda los alcances de este trabajo. Sin embargo, lo que sí me interesa discutir en relación con esta clase de estudios es, por un lado, su constante inquietud por promover una figura que resultara conveniente para los propósitos del proyecto nacional en curso; y por el otro, su simpatía por un puñado de atributos físicos, morales e intelectuales que parecían facultar a los individuos para asumir los grandes desafíos que demandaban el país y la civilización. A través de la literatura sobre higiene, pedagogía, puericultura e inmigración que se publicó a partir del último cuarto del siglo XIX, la comunidad científica colombiana expuso los criterios que le permitieron distinguir a ese ciudadano ejemplar que sobresalía del resto de la población; el despliegue de esta estrategia dio como resultado la definición de los contornos que retrataban el

¹⁶⁹ Cfr.: José Francisco Martín, *Ensayo sobre la higiene de los colegios en Bogotá. Tesis para el doctorado en medicina y cirugía*, Bogotá, Litografía y Tipografía de Samper Matiz, 1892; José Ignacio Vernaza, *Higiene Escolar. Tesis de doctorado en Medicina*, Bogotá, Arboleda y Valencia, 1912; Jorge Bejarano, *La educación física. Tesis para el doctorado en medicina y cirugía*, Bogotá, Arboleda y Valencia, 1913; Joaquín Villamizar Peña, *Atrasados escolares. Estudio para el doctorado en cirugía y medicina*, Bogotá, Imprenta de la Patria, 1914.

¹⁷⁰ Vernaza, *Op. cit.*, p. 10.

perfil del hombre civilizado: un conjunto de imágenes disímiles que, articuladas bajo los criterios ideológicos de la civilización y el progreso, confeccionaron una estructura de significado dispuesta a sintetizar y proyectar una versión idealizada del ser humano, y en particular, del ciudadano.

Dicho perfil recreaba, en primer lugar, la figura de un individuo saludable, vigoroso, bien proporcionado, preferiblemente blanco o al menos, no demasiado oscuro como para ser tomado por *indio salvaje* o *negro indolente*¹⁷¹. Esos atributos sirvieron para imaginar a un ser humano trabajador, ágil y productivo que, además de una constitución excepcional, parecía ostentar una armonía física comúnmente asociada a la belleza. Daba la impresión que su aspecto robusto y su coraje lo facultaban para desafiar los peligros de la naturaleza, compromiso que exigía la domesticación de un medio ambiente hostil y caprichoso, y la colonización de todos aquellos territorios que permanecían en los márgenes de la nación; talar el bosque, arar la tierra, abrir nuevos caminos, fundar pueblos y construir ferrocarriles eran todas labores para individuos apasionados e infatigables, lo suficientemente impetuosos como para soportar el agotador ritmo de las jornadas de trabajo y consolidar la tan anhelada domesticación del paisaje. En manos de una raza bella, homogénea y físicamente virtuosa, esa misión se antojaba casi inminente: a juzgar por las publicaciones científicas que indagaban al respecto, era un cuerpo con semejantes condiciones el que debía asumir los retos que demandaban el advenimiento del progreso y el afianzamiento de la nacionalidad.

Esa tendencia a considerar que la civilización era un efecto subordinado al potencial de un tipo físico y racial definido, generó múltiples interpretaciones que asociaban el destino del país con la fisonomía de sus habitantes. La regionalización de la diferencia¹⁷², por ejemplo, fue una estrategia que en la segunda mitad del siglo XIX resultó bastante popular a la hora de imaginar y ordenar los contrastes entre las poblaciones nacionales; las elites colombianas la consideraban una forma eficaz de relatar la diversidad, respetando las jerarquías impuestas por el ordenamiento territorial vigente. Bajo esa perspectiva, las

¹⁷¹Eduardo Restrepo, “Negros indolentes en las plumas de corógrafos: Raza y progreso en el occidente de la Nueva Granada de mediados del siglo XIX”, *Nómadas*, núm. 26, Abril 2007, Bogotá.

¹⁷²La expresión *regionalización de la diferencia* la tomo del trabajo de Julio Arias. Según su argumento, “las regiones y los tipos regionales fueron ubicados en jerarquías naturalizadas que se basaban en el ejercicio de fijar una población a un territorio y a un medio físico determinado”; en ese sentido –insinúa Arias–, son construcciones discursivas e históricas que hicieron parte de los proyectos nacionales del siglo XIX. Arias, *Op. cit.*, pp. 106–137.

visiones optimistas que insistían en describir al mestizo y blanco pueblo antioqueño como el más bello, vital, ágil, andariego y trabajador de la república, o las estampas que retrataban al llanero como un hombre audaz, fuerte y valeroso con el talento suficiente para imponer su voluntad sobre la llanura salvaje, rebelde e infinita, pueden ser entendidas en el marco de esa tendencia por relacionar el tipo físico con la vocación civilizatoria, y por lo tanto, con el porvenir de la nación¹⁷³. Como apuntó el doctor Jorge Bejarano, un célebre abanderado de la lucha antialcohólica y un inquieto centinela de la raza quien en 1913 publicó un trabajo sobre educación física: “la buena salud es fuente de alegría para el hogar y un excitante al trabajo y a la actividad”. “Ciudadanos vigorosos”, sentenciaba Bejarano, “son causa del progreso y bienestar de un pueblo; con ellos habrá brazos fuertes y robustos, ya para manejar el azadón, ya para llevar el arma. Nada hay que contribuya más a hacer una nación fuerte en la guerra y en la paz, como la salud y virtudes de sus hombres”¹⁷⁴.

La definición de los contornos que permitían identificar el perfil del hombre civilizado no era, desde luego, un asunto eminentemente físico y racial. Como subrayé antes, la promoción de una figura conveniente para los propósitos del proyecto nacional demandó el reconocimiento de marcadores morales complementarios, pues el potencial de un cuerpo sano y vigoroso radicaba también en su capacidad de dominar lo que el mismo doctor Bejarano llamó “los instintos de la bestia que en todo momento bullen en el fondo de la naturaleza humana”¹⁷⁵. Estaba claro que además de anatomías virtuosas el país demandaba ciudadanos comedidos y habituados a prácticas que no lesionaran los cánones morales y legales de la nación finisecular. En ese contexto, la literatura científica estimuló numerosos debates que cuestionaban las costumbres y ademanes del común de la población colombiana; la controversia en torno a los métodos más adecuados para disciplinar el cuerpo era entonces un asunto ineludible dentro del repertorio médico e higienista, circunstancia que animó a los expertos a elaborar propuestas que promovían la corrección de las posturas, la supervisión de la dieta y el atuendo, el acotamiento de los instintos y en general, todo aquello relacionado con la regularización de los ritmos de vida.

Los manuales y estudios sobre aseo personal, alcoholismo, nutrición,

¹⁷³Para un vistazo a las tipologías regionales más populares en la segunda mitad del siglo XIX, ver: Arias, *Op. cit.*, Restrepo Forero, *Op. cit.*; Restrepo, 2007a, *Op. cit.*

¹⁷⁴Bejarano, *Op. cit.*, p. 43.

¹⁷⁵*Ibid.*, p. 41.

educación física, ingeniería sanitaria e higiene escolar, que en Colombia se empezaron a publicar a partir del último cuarto del siglo XIX, justo cuando la medicina, la clínica y la salubridad se tornaron asuntos institucionales, ilustran muy bien esa búsqueda de un cuerpo humano debidamente educado y moralizado. Sus páginas permiten visualizar cómo desde el conocimiento científico –aunque no sólo desde allí– se fueron proyectando una serie de imágenes que, vistas en perspectiva, delineaban el perfil de ese ciudadano ejemplar que las elites de entonces tanto reproducían.

Este era, en primer lugar, un individuo que sabía cuidar su postura, evitando así posiciones defectuosas que amenazaban deformar su cuerpo y limitar su movimiento; era alguien que elegía alimentos frescos y debidamente preparados, ingiriéndolos a la hora y la cantidad adecuada; era aquel que, dependiendo de la naturaleza de su trabajo y del clima que habitaba, sabía reconocer el material, el color y el tipo de prendas que lo mantenían saludable y diligente. También era alguien a quien se reconocía por su capacidad de dominar las manifestaciones instintivas, y en particular, por mantener su sexualidad sometida a los cánones de la castidad, la higiene y la decencia. Desde la perspectiva de reconocidos facultativos como Carlos Michelsen Uribe, Jorge Bejarano, José Francisco Martín y el mismo José Ignacio Vernaza, el adiestramiento del instinto sexual era un asunto que se debía inculcar desde la infancia, pues al descuidar tales menesteres se corría el riesgo que los individuos, y por extensión la sociedad, maduraran consumidos por manías, hábitos funestos, estimulaciones innecesarias y desviaciones. Había que procurar que los futuros ciudadanos crecieran estimando el “alto valor moral de la castidad”, conociendo los peligros que acarrearía “tener relaciones sexuales diversas antes del matrimonio” y siendo conscientes de los devastadores efectos que ocasionaban “el afeminamiento”, “la promiscuidad” y “el onanismo”¹⁷⁶. Refiriéndose a las consecuencias de este último, el médico José Francisco Martín explicaba cómo podía generar “impotencia, espermatorea, palpitaciones, gastralgias, demencia, hipocondría, epilepsia, histeria, tuberculosis y *tabes dorsales*”; de acuerdo a su estudio, el impacto de la masturbación era tan nocivo que los jóvenes entregados a ella “preparan hombres pusilánimes y sin voluntad, sin carácter y sin trabajo”; “se comprende –añadía Martín– lo que las sociedades arruinadas por este mal, pierden de fuerzas intelectuales, al mismo

¹⁷⁶ *Cfr.*; Carlos Michelsen U, “Higiene”, *RMB*, serie XVI, núm. 179–180, noviembre – diciembre de 1892, pp. 215–217; Vernaza, *Op. cit.*, p. 17; Bejarano, *Op. cit.*, 41–42.

tiempo que de energía moral”¹⁷⁷.

Seguramente no todos los médicos hacían proyecciones tan catastróficas, sin embargo, muchos de ellos sí reconocían la vigencia de un marcador moral adicional que, al parecer, contribuía a definir los contornos de aquel hombre civilizado. Además de su postura adecuada y sus instintos acotados, a este individuo se le distinguía por sus rutinas y costumbres higiénicas, fecundas y cordiales, mismas que subordinaban el uso del tiempo a la producción, a la temperancia y al descanso preciso. Finalizando el siglo XIX los círculos científicos, y en particular los gremios de médicos, de higienistas y de ingenieros sanitarios, prestaron mucha más atención a la formulación de protocolos interesados en ordenar la vida de seres humanos ordinarios: cómo se debía emplear el tiempo libre finalizada la jornada laboral; cuáles eran los juegos apropiados para los niños y cuales para las niñas; qué momento de la tarde convenía consagrarlo a la lectura y cuál a la práctica de ejercicios gimnásticos; cómo utilizar el agua tibia, el cepillo y el licor perfumado para enjuagar los dientes; y hasta cómo debía ser la caligrafía de los estudiantes en sus deberes escolares, hicieron parte del repertorio de instrucciones y metodologías con las cuales la ciencia aspiró a disciplinar el cuerpo necio de las poblaciones colombianas.

Desde luego, esa colección de disquisiciones enfocadas en identificar los atributos físicos y morales, que articulados permitían proyectar lo que antes denominé como el perfil del hombre civilizado, no generó una serie monótona de imágenes calcadas y uniformes. No obstante las obras que reproducían una versión idealizada del ser humano tendieron a privilegiar el protagonismo de una figura masculina, ilustrada y urbana, sus descripciones también revelaron estampas de personajes femeninos, cándidos o rurales que, por su naturaleza virtuosa, satisfacían a quienes hablaban en nombre de los intereses nacionales. Adscritas a ámbitos específicos, estas figuras contribuyeron a matizar y refinar los cánones de ciudadanía que entonces servían para distinguir los grados relativos de civilización. Desde esa perspectiva, por ejemplo, el franco, abnegado y devoto campesino, análogo a esa silueta que el padre Fidel de Montclair fue a buscar a las montañas de Antioquia para poblar las azarosas selvas del Putumayo, encajaba convenientemente en aquellos dioramas que idealizaban los paisajes rurales colombianos; como recordará el lector, en tiempos de la Regeneración estas geografías se convirtieron en un magnífico complemento del agitado y excitante

¹⁷⁷Martín, *Op. cit.*, p. 37.

mundo urbano, apareciendo como un elemento indispensable para estabilizar la complejidad y ambivalencia de un país que, como Colombia, se había pasado el siglo XIX tratando de definir su naturaleza. En el mismo sentido la mujer, expuesta por lo general como madre, hija o esposa, es decir, casi siempre en función de un ámbito masculino con un rol destacado, también hizo parte de esas versiones optimistas del ser humano; aunque de vocación patriarcal, los promotores del orden nacional no dudaron en incorporar su visión idealizada de lo femenino al perfil civilizado que habían proyectado: la mujer, casta y sumisa, sería la encargada de mantener la unidad y armonía en la familia nuclear católica¹⁷⁸.

Ciertamente, en el intento por caracterizar lo que consideraba su versión idealizada de ciudadanía, la literatura científica generó una sucesión de estampas que a simple vista podían parecer radicalmente disímiles; sin embargo, gracias al reconocimiento de un perfil físico y moral que se entendía en sintonía con la civilización, esa secuencia de imágenes pudo articularse y proyectar ante la sociedad a un individuo con los atributos necesarios para ejercer como sustrato y guía legítimos de la patria.

Una manera eficaz de dimensionar ese perfil tan conveniente es analizando algunas de las descripciones que los científicos colombianos elaboraron sobre sí mismos finalizando el siglo XIX. Tenaces promotores de su oficio, fueron particularmente insistentes en señalar las jerarquías y diferencias que los distinguían del común de una población a la que solían percibir inculta y atávica; de un modo similar al de aquellos que durante la colonia se proclamaron criollos ilustrados, estos personajes aparecieron como hombres blancos, cultos, ecuanímenes, enérgicos y comedidos, obedientes de los cánones éticos, religiosos y legales sobre los cuales se estaba fundando la nacionalidad. Eran, a fin de cuentas, los ciudadanos que demandaba el país, quienes debían guiarlo rumbo al progreso y la civilización.

Bajo ese argumento, los médicos aparecieron como los encargados de abatir aquel mundo lúgubre y supersticioso dominado por curanderos, charlatanes y brujos, quienes a pesar de la nefasta influencia que se les atribuía gozaban de relativa aceptación entre amplios sectores de la sociedad de entonces¹⁷⁹. Eran

¹⁷⁸ Obregón, 2002b, *Op. cit.*, p. 165; Pedraza, *Op. cit.*, p. 14.

¹⁷⁹ Un artículo de prensa publicado a mediados de 1888 insistía en la necesidad de “arrancarle la careta al charlatanismo que se pavonea insolente desde la choza del proletario hasta los salones de nuestra aristocracia capital”. Como vimos, la defensa de la profesión, y en particular, la exigencia de títulos de idoneidad fue una

ellos, en compañía de los higienistas, quienes debían transformar las costumbres de un pueblo degenerado, ignorante, rústico y bárbaro que consagrado a la pereza, a la inmoralidad y a la embriaguez, ponía en peligro la constitución de la raza y el porvenir de la nación¹⁸⁰. Por su parte, ingenieros y geógrafos tenían la misión de adelantar las mejoras materiales convenientes para el progreso del país, asegurando así el futuro de la industria y la prosperidad económica; también se les había confiado definir y representar las dimensiones reales del territorio: un asunto de soberanía fundamental para los azarosos y frágiles engranajes geopolíticos del periodo poscolonial.

En síntesis, finalizando el siglo XIX la literatura científica se tomó la tarea de identificar los marcadores físicos y morales que articulados delineaban los perfiles de ciudadanía; su labor consistió en establecer una serie de parámetros anatómicos, raciales y culturales con la capacidad de revelar cómo lucían quienes debían poblar y transformar el territorio, en tal forma que resultara consecuente con el proyecto nacional en curso. Esto quiere decir que la ciencia sometió a los cuerpos humanos –al menos teóricamente– a relaciones de poder y saber, con el objetivo disciplinarlos y educarlos de acuerdo a los lineamientos de la nación¹⁸¹. Desde luego, como lo ha subrayado Michel Foucault, la implementación de esta anatomía política no fue un descubrimiento repentino del siglo XIX; para entonces, y tan solo dentro del ámbito colombiano, las reflexiones que subordinaban las capacidades y virtudes de los individuos a sus características físicas y morales ya era un asunto que discutían los círculos intelectuales; la inquietud sobre la constitución física y moral de las poblaciones granadinas que asaltó a Francisco J. Caldas y a José F. Restrepo finalizando la colonia, o los proyectos migratorios que redactaron los legisladores apenas fundada la república

de las principales reivindicaciones de los médicos colombianos durante el siglo XIX. Parte de esta batalla basó sus argumentos en los enormes daños que ocasionaba a la sociedad la práctica médica sin diploma, y sus atávicos procedimientos. En relación con el lenguaje y los argumentos que se utilizaban para defender tal posición, véanse: Proto Gómez, “Irresponsabilidad de los Charlatanes”, *RM*, serie XII, núm. 127, julio de 1888, pp. 97–104; Gabriel Camargo Angulo, *Urgencia de reglamentar el ejercicio de la medicina en Colombia*, Tesis de doctorado manuscrita, Universidad Nacional, Bogotá, 1899.

¹⁸⁰Véase como ejemplo la campaña higienista en contra de la chicha y su entorno, la cual irrumpió con relativo éxito en las primeras décadas del siglo XX. Oscar Calvo Isaza y Marta Saade G., *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*, Ministerio de Cultura, Bogotá, 2002.

¹⁸¹Para Michel Foucault “las relaciones de poder y de saber que cercan los cuerpos humanos y los dominan haciendo de ellos unos objetos de saber”, constituyen una anatomía política. Al respecto, Foucault señala que dichas estrategias disciplinarias empezaron a adquirir nuevas frecuencias y metodologías desde finales del siglo XVII, indicando que aún entonces éstas no eran del todo novedosas. Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 2005, p. 35, 139–145.

fueron, en su momento, acciones pensadas para modificar la naturaleza de los seres humanos¹⁸². Sin embargo, cuando a finales del siglo XIX la comunidad científica empezó a prestarle mayor atención a la eugenesia, a la higiene y a las teorías bacterianas, los planteamientos sobre cómo debía lucir ese *hombre civilizado* adquirieron matices novedosos. Identificar el perfil de la raza nacional y de las poblaciones se volvió entonces un complejo asunto atravesado por las tesis de la geografía, la sociología, la moral, la biología y la medicina, disciplinas que para entonces estaban en camino de institucionalizarse como eficientes instrumentos para el ejercicio del gobierno.

Al delimitar las imágenes que aventuraban un territorio favorable y domesticado, y las que perfilaban individuos con las aptitudes físicas y morales suficientes para habitar la nación, se obtiene la figura simbólica de lo que aquí denominé el espacio civilizado. Como se aprecia, no se trata de una categoría que remita a lugares y poblaciones determinados, sino de una idea que intenta imprimirle un orden a los materiales que, elaboradas por la mirada científica en el ocaso del siglo XIX y durante los primeros años del XX, describieron alguna faceta de los seres humanos, los paisajes y la naturaleza colombianas. Ese espacio civilizado, además, consolidó la vigencia de un canon virtuoso que, como veremos, resultó simultáneo al proceso encargado de determinar las anomalías.

10. ESPACIOS INCULTOS

Si la literatura científica examinada produjo descripciones que remitían a un contexto formado por paisajes e individuos que ella misma intuyó civilizados, sus reflexiones también se detuvieron a analizar y estudiar los elementos que le daban sentido a su contraparte bárbara. Localizados en lo que el ingeniero Modesto Garcés llamó alguna vez “el abismo de lo desconocido, la inmensidad insondable con todos sus diabólicos encantos”¹⁸³, estos contextos marginales fueron constantemente descritos apelando a una figura ambivalente: lucían desérticos y adquirirían relevancia a partir de su condición vacía, pero reproducirlos suponía

¹⁸² Cfr.: Nieto, 2007, *Op. cit.*, pp. 161–174; Noguera, *Op. cit.*, pp. 98–99.

¹⁸³ Modesto Garcés, “Un viaje a Venezuela”, *AI*, vol. III, núm. 32, marzo de 1890, pp. 273–274.

desplegar una colección de seres, de objetos y de esencias extraídas de una órbita fantástica y salvaje. Eran, utilizando una lectura contemporánea, “áreas geográficas habitadas por grupos aparentemente ajenos al orden del estado y la economía moderna, que históricamente no se han considerado ni intervenidas ni apropiadas por la sociedad nacional y que por ello han representado un problema para el control y el alcance del estado”¹⁸⁴.

Heredera de la tradición que en occidente imaginó los espacios salvajes definiéndolos desde la ausencia de sus propias convenciones culturales¹⁸⁵, esta manera de entender aquellos “abismos desmesurados” –para utilizar la figura de Garcés– se replicó constantemente en la literatura, en la prensa y en la cartografía que produjo la mirada científica en Colombia finalizando el siglo XIX. Quienes debatían entorno a sus características solían coincidir en que esos confines eran, básicamente, grandes espacios disponibles sometidos al rigor de una naturaleza desproporcionada, opulenta y salvaje; esa condición, insistía la mayoría, los convertía en un desafío para la ciencia y para la nación: para la primera porque era ella la encargada de explorarlos, describirlos y ordenarlos, y para la segunda porque en ella recaía la misión de administrarlos, controlarlos, civilizarlos y usufructuarlos.

Es teniendo en cuenta este argumento que a continuación propongo una lectura de los materiales enfocados en describir el segmento de ese *espacio nacional* que aquí llamaré inculto. Lo denomino así en referencia a la idea de que eran espacios sin rastros elocuentes de civilización y cultura, a pesar de que alojaban una naturaleza, un tejido social y unas poblaciones previamente establecidas. De forma similar a como lo hizo con los que imaginó domesticados, la mirada científica generó reflexiones para caracterizar los territorios y las poblaciones que conformaban ese abismo localizado más allá de la influencia de la nación; como se verá, esas reflexiones proyectaron un panorama difuso, caracterizado por la influencia de una órbita natural y salvaje que funcionaba según sus códigos y de acuerdo a su propia temporalidad.

¹⁸⁴Serje, *Op. cit.*, p. 8.

¹⁸⁵Roger Bartra, *El salvaje en el espejo*, México, UNAM, 1992, pp. 15–46.

En octubre de 1906, la Sociedad Geográfica de Colombia se reunió en el observatorio astronómico de Bogotá para celebrar un aniversario más del descubrimiento de América. Uno de sus miembros, el ingeniero Demetrio Salamanca, aprovechó la ocasión para dictar una conferencia sobre el estado de las fronteras amazónicas; habló de disputas limítrofes, intereses comerciales, proyectos de colonización, fuentes hídricas y en general, sobre el porvenir de ese gran canal, “puesto allí por la naturaleza para servir de lindero arcifinio entre las distintas nacionalidades”. La ponencia también quiso advertirle a los presentes sobre la escasa información disponible relacionada con su geografía y sobre los efectos que ese desconocimiento tenía para los intereses nacionales; a Salamanca le parecía lamentable que “las fronteras australes sobre el Amazonas fueran tan ignoradas, inciertas y confusas, hasta el punto de no haber un solo texto ni un solo mapa en que esté correcto el detalle de aquellas”¹⁸⁶. No era la primera vez que alguien hacía una observación en este sentido; cuando fue recibido por el emperador de Brasil en 1875, Rafael Reyes manifestó la misma preocupación; claramente, un sector de las elites colombianas tenía la sensación que áreas enteras del país estaban absolutamente abandonadas y desatendidas, permaneciendo al margen del control político, económico, militar y eclesiástico de las instituciones republicanas.

Y vaya que lo estaban. Iniciado el siglo XX amplios territorios localizados en las selvas del Caquetá y el Putumayo, en los llanos de San Martín y Casanare y en las montañas boscosas del Catatumbo y el Chocó continuaban prácticamente inexplorados. Considerando que no existían datos certeros para determinar sus características topográficas, biológicas y demográficas, la mayoría de mapas, geografías y crónicas que aspiraban dar cuenta de sus dimensiones solían ser vagas e imprecisas; al desconocer las especies vegetales disponibles, el curso estricto de los ríos, las elevaciones más destacadas, la toponimia y las coordenadas para ubicar cada elemento en un plano previamente dispuesto, muchos de los ingenieros, médicos y geógrafos que se interesaron en el tema debieron intuir y aproximar gran parte de la información o, simplemente, omitirla. Quizá ese descuido explique el llamado de Salamanca; como a muchos de sus

¹⁸⁶Demetrio Salamanca, “Conferencia”, *AI*, vol. XIV, núm. 165–166, noviembre–diciembre de 1906, p. 178.

contemporáneos le preocupaba que una enorme porción del país, probablemente más de la mitad, estuviera incomunicada, abandonada a la voluntad de salvajes y forajidos, y expuesta a la avidez de intereses extranjeros.

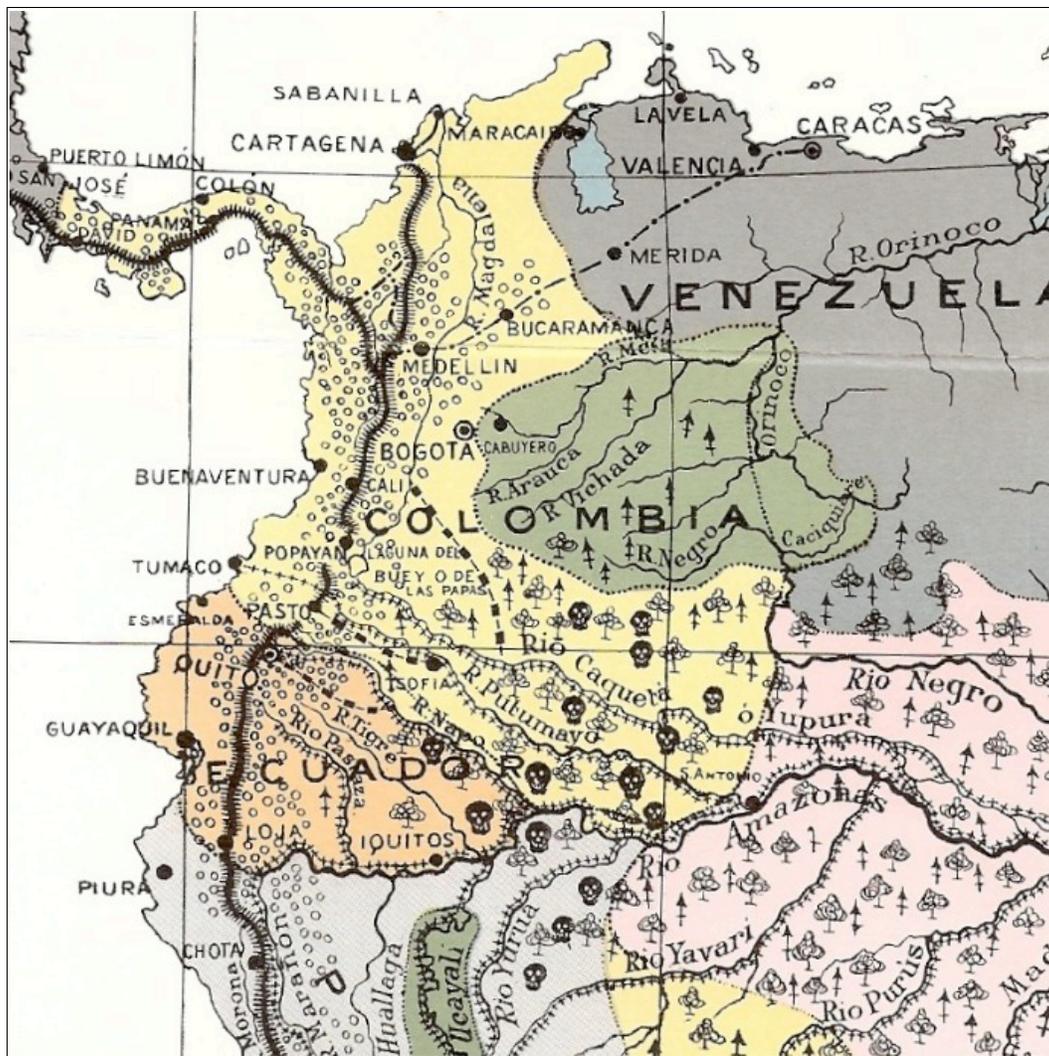


FIGURA 4: “Mapa que muestra las exploraciones hechas por los hermanos Reyes” (detalle), 1901, [Rafael Reyes, A través de la América del Sur, 1979]

Desde luego que el despertar de este tipo de inquietudes estuvo estrechamente relacionado con las circunstancias que forjaron el país a partir de la segunda mitad del siglo XIX¹⁸⁷. Aunque desatendidas por muchos años, estas geografías marginales volvieron a posarse en el horizonte de los intereses nacionales cuando su potencial comercial y geopolítico emergió como un asunto manifiesto. Entonces ya se asumía que una región como el Amazonas era una magnífica reserva llamada a suplir con sus recursos naturales las necesidades del mundo industrial, y desde diversos frentes se planteaba la posibilidad de utilizar sus ríos como un vasto entramado fluvial capaz de comunicar los Andes con el Atlántico; igualmente, el istmo de Panamá era la esperanza de quienes soñaban con un paso eficiente entre el Pacífico y el mar Caribe, justamente en una época que presenciaba la prosperidad de la costa oeste norteamericana.

No era un sentimiento sustentado tan solo en proyecciones optimistas. En el transcurso de las décadas de 1850 y 1860 los precios de la quina percibieron un atractivo acenso: sus propiedades antipalúdicas la hacían un artículo de primera necesidad, especialmente entre las autoridades coloniales desplegadas en los malsanos territorios tropicales de Asia y África. Creciendo silvestre en varias regiones del pie de monte andino, la quina atrajo la atención de trabajadores, comerciantes y científicos que vieron en ella una fuente de fortuna y prestigio; fue en el marco de esa coyuntura, por ejemplo, que el doctor Antonio Vargas Reyes publicó sus *Memorias sobre las quininas de la Nueva Granada (1850)*; también entonces el médico José Vicente Uribe casi pierde la vida durante una expedición que organizó al Chocó, justamente para buscar nuevas especies de la apreciada corteza y para abrir una vía de comunicación entre los ríos Cauca y Atrato¹⁸⁸.

Unos años después los precios de la quina se desplomaron y el caucho se convirtió en el negocio que desvió la atención hacia “esos abismos insondables”. Para la última década del siglo el látex amazónico se había convertido en un

¹⁸⁷ Pese a que desde el siglo XVI regiones como la amazonía habían llamado constantemente la atención de exploradores europeos, las rebeliones indígenas y las difíciles condiciones que imponía un medio ambiente hostil y monótono impidieron que cualquier iniciativa sistemática de colonización tuviera un desenlace exitoso. Si a esto le sumamos que las órdenes religiosas, quizás las que más insistieron en su exploración y explotación, fueron expulsadas de buena parte de esos territorios por órdenes de la corona española a finales del siglo XVIII, resulta aún más claro porqué éstos se mantuvieron durante tanto tiempo al margen de los núcleos políticos y económicos del Estado. *Cfr.*: Roberto Pineda Camacho, *Holocausto en el Amazonas. Una historia social de la Casa Arana*, Bogotá, Editorial Planeta. 2000; Davis, *Op. cit.*, pp. 198–203.

¹⁸⁸ Una amena crónica del viaje de Uribe al Chocó y de sus experiencias buscando quininas puede leerse en: Juan de D. Carrasquilla, “Boceto biográfico del Dr. José Vicente Uribe”, *RM*, serie XIII, núm. 147, marzo de 1890, pp. 802–820.

producto de altísimo valor, y su explotación y comercialización en un suceso que atrajo peones, capataces, agentes extranjeros, científicos y autoridades gubernamentales; el declive de la producción en el Congo y su demanda creciente para la fabricación de aislantes, neumáticos, impermeables y zapatos estimularon la competencia por el control de los recursos y las rutas de comunicación. Como consecuencia de la bonanza, los gobiernos de Brasil, Perú, Ecuador y Colombia incrementaron las gestiones para deslindar la cuenca del Amazonas, y de ese modo asegurar la soberanía de una selva llena de recursos y riquezas. Ciertamente había razones para interesarse por aquellos territorios incultos, y en particular, para exigir datos confiables que permitieran dimensionarlos, administrarlos y usufructuarlos debidamente.

La demanda de esa información, sin embargo, solo reafirmó entre la mirada científica la certeza que desconocía esas geografías marginadas. En el contexto colombiano, la forma más habitual de confeccionar balances cartográficos, botánicos y demográficos a finales del siglo XIX era recurriendo a viejas fuentes coloniales, o a los datos que levantó la Comisión Corográfica en la década de 1860¹⁸⁹; ni siquiera la delegación que se organizó para contrastar los resultados del laudo español sobre límites con Venezuela pudo proveer al país de datos confiables: ante las costosas y agotadoras jornadas que enfrentaban, varios de los comisionados optaron por quedarse en casa y acudir a la vieja cartografía disponible¹⁹⁰. Y es que obtener esa información no era un asunto para nada sencillo. Quienes lograban llegar hasta el Amazonas, el Chocó o el Putumayo se tropezaban de repente con un medio ambiente hostil y caprichoso que dificultaba labores aparentemente sencillas como tomar apuntes, dibujar plantas, medir meridianos y almacenar especímenes; cuando finalmente lo lograban entonces sucedía que la humedad estropeaba los instrumentos, que las muestras se perdían o que los diarios de campo terminaban devorados por los hongos y los insectos.

Al contemplar un panorama con tantos contratiempos, la literatura científica que circuló en Colombia en el tránsito hacia el siglo XX no tuvo otra alternativa

¹⁸⁹Los mapas que por comisión elaboró y publicó Manuel María Paz en 1889, por ejemplo, se dibujaron tomando en cuenta los datos de la Comisión Corográfica. Sobre una lectura de la cartografía colombiana en el siglo XIX, véase: Jagdmann, 2006, *Op. cit.*

¹⁹⁰Sobre las dificultades y desacuerdos que se presentaron durante el establecimiento de límites entre Colombia y Venezuela, particularmente tras el laudo español de 1891 y el nombramiento de la comisión de verificación ocho años más tarde véase: Enrique Morales, “Límites con Venezuela”, *AI*, vol. IV, núm. 48, julio de 1891, pp. 353–359 y F. J. Vergara, “La frontera del Táchira”, *AI*, vol. IX, núm. 109–110, septiembre–octubre de 1897, pp. 275–279; “Límites con Venezuela”, *AI*, vol. XIII, núm. 141–142, diciembre de 1901, pp. 129–133.

que asociar las geografías marginales de la nación con la figura del vacío y la incertidumbre. La escasez de información confiable dificultó la tarea de dimensionar, representar y clasificar esos espacios, suscitando estampas difusas que, como la de Demetrio Salamanca, reiteraban la ausencia de cualquier síntoma de civilización. Simultáneamente, fueron estas estampas las que advirtieron al país sobre la necesidad de explorar y atender aquellos territorios, lo que suponía poner a andar mecanismos de reconocimiento geográfico, botánico y etnológico eficientes. Este último sería un proceso que tan sólo se iniciaría en las primeras décadas del siglo XX, cuando las circunstancias políticas y económicas así lo permitieron. Como subrayó Francisco J. Vergara y Velasco en un artículo que apareció publicado en 1911:

fue la fiebre del caucho la que acabó por hacernos conocer como era la gran llanura oriental, sobre la cual se han escrito tantos desatinos. Con todo, aún quedaban lagunas en ese conocimiento, las cuales acaban de ser llenadas por oficiales de nuestro ejército en la gran selva, porque el actual gobierno ha tomado á pechos la obra redentora y humanitaria de conquistar para la civilización nuestro lote de la amazonía¹⁹¹

Ahora bien, además de describirlos como territorios desérticos sobre los que no se tenía información precisa, es decir, ajenos a las estructuras epistemológicas encargadas de catalogarlos y organizarlos, la literatura científica insistió en el hecho de que se trataba de lugares subordinados a códigos naturales, primitivos y salvajes. Cuando algún articulista escribía sobre esas fronteras lo habitual era que subrayara su aislamiento y sus condiciones ambientales hostiles, haciendo énfasis en la inexistencia de poblaciones cristianas y asentamientos significativos; si entonces la agricultura, el comercio, la aldea y la domesticación de la naturaleza aludían a un contexto civilizado, su ausencia sólo podía advertir el predominio de una órbita inculta. De manera clara, esta idea aceptaba la contradicción que supone la existencia de espacios desérticos ocupados por una naturaleza y unas poblaciones previamente establecidas; como vimos, el reconocimiento de ese antagonismo fue consecuencia de la tradición que en occidente entendió el vacío como la ausencia de sus propias convenciones culturales.

Y es que a finales del siglo XIX esa tradición tenía un peso simbólico considerable. Por años, personajes de renombre próximos al ámbito científico

¹⁹¹F. J. Vergara y Velasco, “La gran llanura oriental”, *AI*, vol. XVIII, núm. 219–220, mayo–junio de 1911, p. 337.

habían hecho balances similares: las tesis de Unanúe sobre el porvenir de los países tropicales, o las de Caldas entorno a las tierras de clima tórrido, dibujaban ambientes tan frondosos como aterradores; en sus crónicas, Humboldt recreó una naturaleza que “empequeñecía a los humanos”, capaz de dominar su ser, despertar sus pasiones y desafiar sus poderes de percepción”¹⁹². Así mismo, en los informes sobre la provincia del Casanare y el Meta, Codazzi retrató una región de ríos caprichosos y traicioneros ocupada por tigres, culebras, caimanes, zancudos y otras plagas, y frecuentada por “naciones de indios nómades, crueles y traidores”¹⁹³.

Sin la capacidad presupuestal y tecnológica para organizar un plan de análisis y clasificación riguroso, buena parte de los médicos, botánicos, ingenieros y geógrafos que finalizando el siglo escribieron sobre estos “abismos incultos” no tuvieron más remedio que reproducir las mismas estampas desbordadas y profusas que popularizaron sus antecesores. Pese a disponer de datos y referencias novedosas¹⁹⁴, muchas de estas no hicieron sino reivindicar la existencia de ambientes naturales y primitivos que desafiaban los parámetros estéticos, culturales y morales de la nación; al parecer, una porción importante de la sociedad insistía en la vigencia de un antagonismo radical que permitía diferenciar entre el país civilizado y el país salvaje.

Al respecto, basta revisar la forma en que José Manuel Rosales, miembro de la Sociedad Geográfica de Colombia, describió el descenso de Rafael Reyes hacia las selvas ubicadas al oriente de la ciudad de Pasto; como si se tratara del encuentro entre un agente de la civilización y el mundo primitivo, Rosales escribió:

Se necesita tener el corazón bien templado para aventurarse en aquel laberinto tenebroso en donde fermentan las fuerzas vivas de la Naturaleza; porque el hombre, siempre grande por su inteligencia, pero físicamente tan pequeño ante las obras de Dios, al verse sumergido en aquella vegetación que le oprime y asfixia, desfallece ante la incertidumbre de la muerte que á cada paso le acecha, ya por la mordedura de los reptiles y serpientes, ya por el imprevisto ataque de las

¹⁹²Pratt, *Op. cit.*, pp. 229–230.

¹⁹³Codazzi, *Op. cit.*, *AI*, núm. 109 y núm. 203–204.

¹⁹⁴Como aquellas que suministraron Rafael Reyes, Modesto Garcés o Miguel Triana a propósito de sus exploraciones. Al respecto véase: Modesto Garcés, *Un viaje a Venezuela (1890)*; Rafael Reyes, *A través de la América del Sur: exploraciones de los hermanos Reyes (1902)*; Miguel Triana: *Por el sur de Colombia (1907)*.

fieras ó por las flechas de los salvajes¹⁹⁵

Parece claro que la naturaleza y sus códigos seculares se tornaron elementos habituales en los trabajos enfocados en estudiar los “laberintos tenebrosos” de que hablaba Rosales, sin embargo, no fueron los únicos. En medio de esa vegetación espesa y enervante la literatura científica se acostumbró a identificar siluetas sospechosas que amenazaban el orden moral, lingüístico, religioso y legal del estado nación: tribus antropófagas sin “lengua verdadera”, malhechores crueles y despiadados, y ávidos agentes extranjeros empeñados en despojar a Colombia de sus territorios aparecieron como los representantes de un orden pagano, violento e ilegítimo que articulado a las fuerzas de la naturaleza desafiaba el imperio de la civilización.

Éste no era un simple juicio apresurado, sino el resultado de interpretar una realidad que los científicos conocían y trataban de entender. En primer lugar, existían en el país centenares de tribus no “reducidas”, un término que entonces estaba asociado a marcadores como la sedentarización, la práctica de la religión *verdadera* y el uso del español; como aseguró Rafael Uribe Uribe en su célebre memoria de 1907, “la población cristiana posee apenas una reducida porción de la parte central de esa enorme área llamada Colombia: casi toda la circunferencia está en poder del salvaje”¹⁹⁶. Si a eso le agregamos que de acuerdo a muchas de las descripciones algunos de esos salvajes “vagaban” desnudos y desamparados, que otros se tornaban violentos –como advertía la crónica de Rosales–, y que incluso los había antropófagos, entonces se entiende porque la tendencia a relacionarlos con la magia, el paganismo y la violencia.

En segundo lugar, durante el apogeo de las bonanzas extractivas a finales del siglo XIX, el establecimiento de comerciantes y ciudadanos extranjeros en zonas de frontera se tornó una práctica habitual; en regiones como el Putumayo y el Caquetá los caucheros peruanos emergieron como la única autoridad reconocida, y sus agentes se convirtieron en los encargados de imponer un pavoroso régimen de trabajo que esclavizó a los indígenas y desplazó a los colonos colombianos. Tan sólo la *Peruvian Amazon Rubber Co.*, propiedad del polémico empresario peruano Julio Cesar Arana, llegó a controlar buena parte de

¹⁹⁵José Manuel Rosales, “Exploraciones de los hermanos Reyes en la hoya amazónica”, en: *BSGC, Op. cit.*, p. 23.

¹⁹⁶Rafael Uribe Uribe, *Reducción de salvajes. Memoria respetuosamente ofrecida al Excmo. Sr. Presidente de la República*, Cúcuta, Imprenta del Trabajo, 1907, pp. 2–7.

los barcos, de los ríos, del caucho y de los trabajadores del noroeste del Amazonas; la compañía estableció un imperio despiadado y atroz que permaneció vigente hasta que las denuncias y las presiones internacionales lo volvieron insostenible¹⁹⁷. Igualmente, por esos años el país vio como los tratados internacionales y los convenios limítrofes iban conteniendo sus pretensiones territoriales; si la carta de la república que publicó Manuel María Paz en 1889 abarcaba regiones al oriente del río Negro y al sur del Putumayo, una posterior a 1910 tuvo que situar los límites con el Brasil bastante al occidente del primero, marcar la zona reclamada por Perú al sur del Caquetá, y distinguir a Panamá como un estado independiente¹⁹⁸. Tal vez eso explique porque la ciencia asumió que el paganismo, la ilegalidad y la violencia constituían un mismo orden desafiante que, articulado al de la naturaleza, ponía en riesgo los fundamentos civilizados sobre los cuales se había establecido el estado-nación. El hecho de que indios desnudos, incultos y primitivos habitaran esas regiones, que varios de ellos fueran esclavizados y torturados por personajes crueles que expoliaban impunemente lo que se consideraba la riqueza nacional, y que los intereses expansionistas e imperiales de otros países amenazaran el territorio colombiano, fueron interpretadas como acciones que lesionaban profundamente las fibras íntimas de una sociedad que se preciaba de ser católica, blanca, hispanófila y soberana.

Finalmente, y en parte como consecuencia del vínculo con una naturaleza imponente y primitiva, la mirada científica también insistió en mostrar a los territorios incultos como lugares donde el tiempo universal apenas había transcurrido, o en todo caso, donde lo había hecho a una velocidad menor a la que supuestamente se movía el mundo civilizado. En varios artículos y trabajos publicados a finales del siglo XIX, los médicos e ingenieros colombianos desarrollaron un argumento en el cual esas regiones no domesticadas padecían un rezago constante, ocasionado por ese entorno misterioso, feroz y trasgresor que

¹⁹⁷Jordan Goodman, *The Devil and Mr. Casement. One man's battle for human rights in South America's Heart of Darkness*, New York, Picador, 2010.

¹⁹⁸Sobre las distintas polémicas relacionadas con la naturaleza y el porvenir de los territorios amazónicos, así como con su invasión por parte de agentes extranjeros véanse: R. Samper, *El territorio del Caquetá*, París, Imprimerie Chaix, 1900; Leopoldo Cajío, *Arrendamiento o venta del territorio del Caquetá*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1900; Florentino Claderón, *Nuestros desiertos del Caquetá y del Amazonas y sus riquezas*, Bogotá, Imprenta de Luis M. Holguin, 1902; Abel Calderón, *Viajes del Caquetá y Putumayo al Amazonas*, Bogotá, Imprenta de Hernando Santos, 1904. Un ejemplo de las demandas que hacía la comunidad científica en relación con el abandono en que se encontraban las fronteras nacionales se puede ver en: AGN, República, Ministerio de Obras Públicas, Tomo 1217, Caminos del Chocó, 1905–1917.

imponía sus propias reglas; era como si allí persistieran circunstancias inalterables que se remontaban hasta el origen mismo de los tiempos, a una época antediluviana previa al cristianismo, a la ley del estado, a la moral y al idioma. Tal primitivismo, entendido como una figura incompatible con el presente, y confeccionada desde el referente espacio temporal de la ciencia decimonónica, era consecuencia de una serie de incapacidades y de una ausencia de voluntad colectiva que la ciudadanía de entonces estaba en mora de resolver. Para las miradas expertas, la falta de tecnologías adecuadas, la inclinación por asuntos relacionados con la guerra y con las pasiones políticas, y la inacción de una raza perezosa que presenciaba indolente el abandono en que se encontraban ciertos territorios nacionales, configuraban una explicación satisfactoria del porque varias regiones del país permanecían gobernadas por una naturaleza e irracionalidad seculares.

Por eso no debe entenderse como una simple coincidencia que en 1900 el gobierno le entregara la administración de la región del Putumayo a los misioneros capuchinos, que se promoviera la construcción de caminos y el establecimiento de la navegación por los ríos de la cuenca amazónica, ni que en 1905 se adelantara una reforma en la Asamblea Nacional para convertir aquellas *espacialidades incultas* en intendencias dependientes del gobierno central; tampoco es producto del azar que se iniciara una ofensiva diplomática y periodística para denunciar las atrocidades de los caucheros peruanos y reivindicar el derecho de Colombia sobre el margen norte del río Putumayo¹⁹⁹. Aunque con limitaciones, había empezado la implementación de una fórmula que en los años de La Regeneración funcionó como una dualidad indisoluble: la ley divina y la del hombre civilizado, la autoridad de la Iglesia católica y del estado debían configurar los cimientos de la nación que incursionaba en el siglo XX, dejando atrás los conflictos, el caos y el atavismo que supuestamente había reinado en tiempos decimonónicos. Se trataba de una atractiva fórmula que aspiraba colonizar e incorporar los territorios marginados al imaginario de una nación centralizada y robusta, algo que hoy en día se sigue planteando como una acción justa, necesaria, legítima y de interés colectivo.

¹⁹⁹Sobre los acontecimientos en el Putumayo, véase: Walter E. Hardenburg, *The Putumayo. The devil's paradise*, London, T. F. Unwin, 1912; Legación de Colombia en Bolivia, *Los crímenes del Putumayo*, La Paz, Ministerio de Colombia en Bolivia, 1912; Norman Thomson, *El libro rojo del Putumayo*, Bogotá, Ed. Arboleda y Valencia, 1913. Para un análisis contemporáneo del tema, véase: Roberto Pineda Camacho, *Op. cit.*

EL PERFIL DEL SALVAJE: SERES PAGANOS, INDEPENDIENTES Y DÓCILES

En la medida que la mirada científica promovió estampas que recreaban un territorio inculto, gobernado por las fuerzas de la naturaleza y ajeno al control de la civilización y del estado, sus argumentos reconocieron también una figura salvaje dispuesta y acostumbrada a habitarlo. Como vimos, pese a que las referencias que intentaron dar cuenta de estas geografías marginales emplearon la noción del vacío, de la ausencia de ley y de la subordinación a un tiempo primitivo, ese mismo proceso permitió advertir la presencia de un perfil inquietante que funcionaba de acuerdo a sus códigos y temporalidad particulares; los textos que finalizando el siglo XIX difundían descripciones de paisajes domesticados y ciudadanos virtuosos, recrearon también relaciones sobre hombres y mujeres desnudos y degenerados que vagaban libremente por los bosques seculares de la nación, aferrados a un puñado de costumbres mágicas y silvestres que parecían evocar un época superada por aquellos a la vanguardia de los tiempos.

Desde luego que los médicos, ingenieros, geógrafos y naturalistas decimonónicos no fueron los primeros en sugerir la existencia de ese perfil inquietante. Al tanto de una tradición milenaria que identificaba lo salvaje con la ausencia de agricultura, de lenguaje, de vestido y de pudor, tradición que luego matizaron las imágenes coloniales e ilustradas que le daban un toque de inocencia, bondad y candidez²⁰⁰, estos personajes procuraron reproducir las convenciones culturales que entonces continuaban vigentes. No obstante, el reconocimiento de esas tradiciones no les impidió aventurar uno que otro juicio sustentado en las explicaciones formuladas por las nuevas disciplinas científicas, gracias a lo cual sus descripciones adquirieron un tenor particular. Fue a partir de estas que la literatura científica promovió la existencia de un perfil que contradecía todos los cánones morales e intelectuales de la nación civilizada, mostrándolo como un artefacto natural que, al igual que la flora y la fauna, debía

²⁰⁰Durante la ilustración, la figura del *buen salvaje* emergió como una forma de sintetizar las ventajas de no ser civilizado. Como se recordará, en su *Estado de la geografía del Virreynato...*, Caldas subrayó que la única virtud de la barbarie era “carecer de los vicios de los pueblos civilizados”; esa noción se mantuvo vigente en el transcurso del siglo XIX, aunque sujeta a las transformaciones que trajo el reconocimiento paulatino de esas sociedades. Cfr.: Jáuregui, *Op. cit.*, pp. 369-379; Bartra, *Op. cit.*, pp.15-30.

ser sometido a las dimensiones que demandaba el orden social de la República.

El examen y la descripción de las que entonces se denominaban “tribus salvajes” no fue una prioridad para la comunidad científica colombiana; éstas poblaciones apenas llamaron la atención de los expertos, y cuando lo hicieron, fue para subrayar ciertas características primitivas y aparentemente irracionales que las vinculaban a un estado remoto ya superado por quienes habían acogido la civilización, el idioma y el cristianismo. Estudios como la *Memoria sobre las antigüedades Neo-granadinas* (1854) de Ezequiel Uricoechea, el *Ensayo etnológico sobre los aborígenes del Estado de Antioquia* (1871) de Andrés Posada Arango y *El Dorado* (1882) de Liborio Zerda, coincidieron en contraponer a los salvajes contemporáneos con los pueblos precolombinos; los primeros aparecieron como un vestigio menguado de civilizaciones desaparecidas que, de acuerdo a lo que escribió el mismo Posada Arango en una memoria sobre el veneno de las ranas, se encontraban en “el abismo de la degeneración y del embrutecimiento”²⁰¹. No era ésta una sensación exclusiva de quienes entonces se dedicaron a estudiar al ser humano –recordemos que Uricoechea, Posada y Zerda eran médicos–; en el atlas que Manuel María Paz y Felipe Pérez publicaron en 1889, por ejemplo, las “tribus salvajes” aparecieron reseñadas sólo en la carta que mostraba las rutas de los conquistadores y exploradores del país, relegándolas a un pasado que parecía no superar los horizontes del siglo XVI; así mismo, en el volumen sobre Colombia de su *Nouvelle géographie universelle*, el francés Élisée Reclus subrayó que haría una descripción de las decenas de tribus de indios que habitaban el bosque y la sabana, las cuales el lector no debía contar en “el número de los racionales o gentes de razón”²⁰².

Fue en ese contexto que la mirada científica examinó las poblaciones ajenas al orden nacional y confeccionó su versión de un perfil estrictamente salvaje. Aunque con limitantes para contactar a estos personajes periféricos, circunstancia que a la vez restringió el despliegue pleno de sus estrategias de medición y registro, los profesionales colombianos identificaron una serie de hábitos, carencias y señales físicas que permitían diferenciarlos del conjunto de la población civilizada; amparándose en las crónicas de exploradores y antiguos

²⁰¹ Andrés Posada Arango, “Memoria sobre el veneno de la rana usado por los salvajes del Chocó”, RM, serie VII, núm. 82, marzo de 1883, p. 456.

²⁰² La obra de Reclus fue inmediatamente traducida y comentada por el geógrafo colombiano Francisco J. Vergara y Velasco; una edición en español fue publicada en Bogotá en 1893. Eliseo Reclus, *Colombia (Traducida y anotada con autorización del autor por Francisco Javier Vergara y Velasco)*, Bogotá, Papelería de Samper Matiz, 1893, p. 228.

misioneros que por años habían circulado entre el público letrado, y en la información que fueron proporcionando los estudios contemporáneos, algunos realizados por ellos mismos²⁰³, los médicos, geógrafos, ingenieros y naturalistas de finales del siglo XIX dejaron testimonio de la manera en que imaginaban a estos pueblos confinados a los márgenes desérticos de la nación, y quienes la mayoría denominaba salvajes.

Como subrayé antes, una de las señales que permitió distinguir este perfil en los trabajos de científicos colombianos finalizando el siglo, fue la falta de aquellas convenciones culturales que entonces sirvieron para imaginar la comunidad nacional y el orden social existente; al igual que criterios como el cristianismo, el español y el apego a los ritmos de producción sirvieron para trazar los contornos del ciudadano, su ausencia definió los de su antagonista. En ese sentido, buena parte de las prácticas, creencias y objetos que los expertos observaron al examinar las que denominaban tribus salvajes, fueron sucesivamente articuladas en una misma órbita pagana, misteriosa, animal y en ocasiones violenta que pareció sustituir al cristianismo con todas sus manifestaciones; ídolos, sortilegios, adivinos, alucinógenos, brujos, danzas extravagantes, sonidos sobrecogedores y objetos inusuales se presentaron como una evidencia de ese mundo indescifrable, que depurado por la imprenta se sometía al juicio de los lectores.

Varios estudios y crónicas recrearon esa atmósfera tan enigmática como fascinante. Refiriéndose a los indios que habitaban el oriente del Orinoco, Reclus escribió en su geografía publicada en 1893 que todos tenían “*piaches* ó adivinos semejantes a los sacerdotes fetiquistas [sic.] de Guinea, los cuales, como ellos, curan o haces sortilegios por medio de la música y el encantamiento”²⁰⁴. Unos años atrás el ingeniero Modesto Garcés había registrado el consumo del *yopo* entre las tribus del Vichada, calificándolo como “una manera brutal y asquerosa de embriagarse”; allí mismo narró la historia del señor Luis Macary, un ciudadano francés quien recorriendo los llanos había sido seducido por los encantos de una

²⁰³Durante el último cuarto del siglo XIX, las obras de Humboldt en torno a sus viajes por el Orinoco y los informes de la Comisión Corográfica sobre las provincias del Casanare y Caquetá fueron fuente habitual de los trabajos que hacían referencia a las denominadas “tribus salvajes”. Así mismo, entonces aparecieron otros estudios y crónicas -algunos escritos a partir de fuentes previas, otros desde experiencias personales- que complementaron la información disponible; el *Informe sobre las tribus indígenas del Magdalena* (1884) de Jorge Isaacs; *Un viaje a Venezuela* (publicado como libro en 1890) de Modesto Garcés, *Colombia* (1893) de Eliseé Reclus, *Por el Sur de Colombia* (1907) de Miguel Triana y las crónicas de Rafael Reyes que aparecieron en el boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia (1907) son un buen ejemplo de ello.

²⁰⁴Reclus *Op. cit.*, p. 228.

“india hechicera”²⁰⁵. Por su parte, durante el homenaje que la Sociedad de Geografía le rindió a los hermanos Reyes en marzo de 1907, el señor José Miguel Rosales capturó la atención del público con una secuencia a la vez sensual y temible; detallando el encuentro de los exploradores con la “poderosa, guerrera y caníbal” tribu de los mirañas Rosales escribió:

En el momento en que los viajeros saltan á tierra celebran los mirañas una fiesta en honor a la luna llena. Todo es animación y bullicio en el campamento. Los guerreros, pintarrajeados de encarnado, con rayas azules ó negras y llevando en la cabeza un penacho de plumas que por detrás les cuelga hasta los pies, se entregan con las jóvenes igualmente ataviadas á una danza frenética, al compás de músicas producidas por pitos, zampoñas, tambores y cornetas de barro cocido²⁰⁶

Tengamos en cuenta que este tipo de descripciones resultaron bastante populares durante el siglo XIX; sus escenas eran la síntesis de la lectura que hizo el colonialismo de los pueblos nativos americanos donde la magia, el culto a la naturaleza y la antropofagia eran las manifestaciones de una *otredad* opuesta al cristianismo, a la razón y a la ciencia²⁰⁷. Bajo ese argumento, opiniones como las reseñadas no hicieron sino ratificar la manera en que amplios sectores de la sociedad colombiana percibían a estos individuos, y de como los definían desde la ausencia de aquellos elementos que servían de base a la idea que existía de la nación. En ese contexto, la mirada científica formuló argumentos en los cuales la falta de sal, un recurso esencial para la cría de ganado y la conservación de alimentos, se articulaba a una condición nómada que inmediatamente situaba a los indios en un estado de barbarie y primitivismo, más propio de pueblos extintos que de sociedades contemporáneas consagradas al comercio y a la agricultura²⁰⁸. Igualmente, sus impresiones sobre las lenguas nativas, a las que

²⁰⁵Modesto Garcés, “Un viaje a Venezuela”, *AI*, vol. III, núm. 33, abril de 1890, p. 291; núm. 36, julio de 1890, pp. 387-388.

²⁰⁶Rosales, *Op. cit.*, p. 25.

²⁰⁷Taussig, *Op. cit.*, p. 465.

²⁰⁸“Las abundantes minas de sal que el Gobierno tiene en los Territorios le dan, pues, el medio más eficaz, fácil y barato de atraer á los indios, civilizarlos y ponerlos al servido de las comarcas orientales; ora para defenderlas de las usurpaciones del Brasil; ora para ejercer actos de Jurisdicción y de dominio; ora para enriquecer al país fomentando allí industrias que darían provechos maravillosos”. Garcés, *Op. cit.*, núm. 32, marzo de 1890, p. 272.

acostumbraba calificar de limitadas e imperfectas, eran una reivindicación del castellano como señal indiscutible de civilización y eje constitutivo de la comunidad nacional, de su religión, de sus tradiciones y sus leyes. “Desde que el salvaje -sentenció el polifacético Rafael Uribe Uribe-, con la posesión del idioma, adquiere la posibilidad de comprender lo que es la civilización, la absorbe con la misma fuerza con que la esponja seca imbebe el líquido dentro del cual se pone”²⁰⁹.

Si la ausencia de los parámetros culturales que establecían los contornos de la civilización sirvió para que la mirada científica advirtiera ese perfil salvaje, el reconocimiento de rasgos morales y físicos complementarios contribuyó a que su singularidad se acentuara. Acompañando los relatos en donde los lectores tropezaron con hechiceros, antropófagos y nómadas, aparecieron también figuras que por lo general eran dóciles, desvergonzadas e ingenuas; aunque aparentemente contradictorias, estas características fortalecieron la vigencia de un contexto que parecía obedecer el instinto y la naturaleza, donde la violencia y los excesos podían ser más una señal de inocencia que una muestra evidente de maldad o rebeldía. En ese contexto, aquellos estudios que insistieron en reproducir imágenes y descripciones de las así llamadas tribus salvajes, las reseñaron como seres sin pudor y con escasas restricciones morales; las crónicas geográficas y los informes médicos que tocaban el tema se acostumbraron a acentuar su desnudes, su tendencia a practicar el amor libre y su inclinación por vivir en independencia la cual, escribió Élisée Reclus, “no conservan sino á trueque de vivir ocultos en algún escarpado fondo de la selva ó de llevar la existencia de fugitivos, porque todo centro de cultivos se convertiría en el acto en centro administrativo”²¹⁰.

Exhibida dentro de una órbita llena de licencias, esta manera de narrar la existencia del indio -de este tipo de indio en particular- reafirmó la convicción que aquellos conservaban un carácter infantil que los hacía naturalmente bondadosos, dóciles y sumisos; esas mismas cualidades eran el principal argumento para exigir su reducción y civilización inmediata, proceso que pasaba por vestirlos, catequizarlos, concentrarlos en una aldea, enseñarles el español y convertirlos en fuerza de trabajo productiva, es decir, en hacerlos sujetos bajo la jurisdicción política, económica y cultural de la nación. Aunque existieron

²⁰⁹Uribe Uribe, *Op. cit.*, p. 13.

²¹⁰Reclus, *Op. cit.*, p. 225.

descripciones que los mostraban feroces y violentos, esta actitud en particular fue una característica que comúnmente se asoció a las antiguas tribus guerreras que con dignidad habían enfrentado la conquista; en tanto una versión degenerada de ese pasado, los indios contemporáneos fueron vistos más bien como seres mansos, que si lucían feroces era precisamente por ese apego al instinto y por la incapacidad de controlar y comprender sus fuerzas. Al respecto, Modesto Garcés escribió que “los indios serían los mejores peones para extraer el caucho, la zarrapia y todos los productos naturales de las montañas; ellos son más bien sumisos que rebeldes. Si han cometido algunos actos de barbarie ¿cómo no disculparlos siendo bárbaros que aplican motivadas represalias?”²¹¹. Era una posición que asumía un rol paternal, inclinándose más por el encauzamiento que por el castigo; allí el indio salvaje no aparecía como un desafío al orden social, económico y racial de la República, sino como parte de su potencial. Algo muy distinto pensarían las elites de los negros y mestizos, pues como veremos más adelante, estos sí llegaron a constituir una amenaza a ese orden.

Por lo que se aprecia, todas estas lecturas partieron de reconocer un lenguaje y unos estereotipos que por años sirvieron para describir los pueblos al margen de las convenciones culturales de la nación; articulada a éstas, la mirada científica no hizo sino utilizarlas para formular sus propios argumentos, afincados en el contexto social e ideológico de la segunda mitad del siglo XIX. Esas lecturas, sin embargo, no se restringieron a reproducir escenas silvestres dominadas por una atmósfera pagana y misteriosa; sus reflexiones también incorporaron puntos de vista basados en las discusiones científicas contemporáneas, la incidencia que entonces empezaron a tener disciplinas como la antropología, la etnología y la biología en el ámbito colombiano le permitió a los profesionales aventurar juicios novedosos, que paulatinamente matizaron y problematizaron los existentes. En su estudio sobre los aborígenes de Antioquía, por ejemplo, Andrés Posada Arango desarrolló una serie de argumentos y comparaciones etnográficas enfocadas en determinar el origen de estos individuos; ilustrando cómo el uso del arco y la flecha, el hábito de vestir ciertos adornos y las técnicas de pesca y tejido eran una constante entre distintas sociedades del planeta, sugirió que todos ellos compartían un mismo ancestro que se había extendido sucesivamente llevando consigo las costumbres adquiridas en los primeros tiempos. Médico y viajero inagotable, Posada Arango escribió

²¹¹Garcés, *Op. cit.*, núm. 29, diciembre de 1889, p. 144.

este trabajo en París, ciudad donde se radicó en 1868 para estudiar medicina y ciencias naturales; estando allí, fue testigo de los debates entre quienes defendían la idea que las distintas razas humanas eran el producto de procesos de creación independientes, los poligenistas, y aquellos que sostenían la existencia de un origen común y de una especie única, los monogenistas²¹². En el mismo sentido, el médico Liborio Zerda incorporó la acentuación de rasgos fenotípicos y biológicos a sus descripciones de las tribus amazónicas, un razonamiento que apelaba más a clasificaciones científicas que a juicios morales; según escribió estos pueblos se caracterizaban por tener la “cabeza redonda (dolicocefala), de un gran volumen, hundida en las espaldas por ser el cuello corto, es pesada, aplanada en el vértice; la frente ancha, muy deprimida; pómulos salientes; ojos pequeños, nariz achatada, labios gruesos, boca grande; los cabellos negros, lisos y rígidos; la piel del color del cuero curtido”²¹³. Ciertamente ambas explicaciones trataban de incorporar los debates que promovió la ciencia en la segunda mitad del siglo XIX; la primera más próxima a los argumentos etnográficos y a las tesis darwinistas del ancestro único, y la segunda, cercana a las interpretaciones antropológicas asociadas a la individualización de rasgos físicos comparables. Ese giro, parcial y paulatino, condujo a que las imágenes difundidas por la literatura científica sobre los llamados salvajes mantuvieran un carácter pagano, mágico e inculto, aunque ocasionalmente matizado por interpretaciones biológicas y antropológicas que llevaban el problema más allá de la ausencia de civilización. Semejante contexto puede explicar la conclusión a la que llegó el ingeniero Miguel Triana en su trabajo *Por el sur de Colombia*: “ocasión puede presentársenos, si no en este, en algún otro viaje, de poner en evidencia el grado de civilización de estas tribus, estudiando sus creencias, sus nociones científicas, sus industrias de aplicación, sus placeres y sus artes de adorno”²¹⁴.

En el mismo tono que describió un espacio domesticado y poblado por individuos virtuosos, la mirada científica proyectó el de su contraparte. Situados en los márgenes de la nación y definidos a partir de imágenes que los mostraban

²¹²Carlos López B., *El sesgo hereditario. Ámbitos históricos del concepto de herencia biológica*, México, UNAM, 2004, pp. 188-190.

²¹³Zerda, *Op. cit.*, p. 108.

²¹⁴Triana, *Op. cit.*, pp. 264-265. Llama la atención el comentario que, en relación a la publicación del libro de Triana, hizo Vergara y Velasco en los *Anales de Ingeniería*: “No es el caso tocar cuestiones etnográficas que demandarían largas disquisiciones de los puntos en que pudiéramos disentir del autor; pero en el campo social, en lo relacionado con la población actual del sur, la razón está de parte de Triana, y su pesimismo no admite discusión”. F. J. Vergara y Velasco, “Trabajos de los Socios”, *AI*, vol. XVI, núm. 187, septiembre de 1908, p. 67.

vacíos, inexplorados y sometidos al imperio de la naturaleza, estos territorios adquirieron protagonismo en la medida que los intereses académicos, políticos y económicos generaron un estado de atención que animó a los expertos a posar allí sus ojos; paradójicamente, esa curiosidad reveló que no estaban vacíos y desérticos, sino que quienes allí vivían desafiaban las convenciones culturales que habían forjado el proyecto nacional en curso.

Fue en ese contexto que la literatura científica finisecular elaboró relatos sobre seres salvajes, paganos e ignorantes, mismos que vagaban desnudos por los territorios que el estado estaba en mora de integrar y someter; la confluencia de esos elementos crearon un ámbito inculto al interior de ese hipotético *espacio nacional*, mismo que ocupó una posición subordinada en el sistema jerárquico que supuestamente le imprimía un orden.



FIGURA 5: “Escuela de varones en Mocoa. Todos los indígenas llevan ya vestido”, Misión del Putumayo, 1913 ,[República de Colombia, Misiones católicas del Putumayo, 1913]

11. ESPACIOS EN TENSIÓN

Distinguir entre un mundo inculto y uno civilizado también supone reconocer los ámbitos que permanecen en sus fronteras respectivas; en la medida que los espacios descritos hasta el momento son susceptibles de réplicas y vacilaciones, los elementos que marcan sus límites no pueden ser más que escurridizos y ambivalentes. Es en ese sentido que planteo la existencia de unos *espacios en tensión*, entendidos como aquellos contextos que pese a no encajar en los modelos productivos, sanitarios, demográficos y morales que permitían advertir la presencia de un orden civilizado, tampoco se situaban en el vacío simbólico de aquel desierto inculto, desconocido y pagano que describí con anterioridad.

Como parte de la tarea que los llevó a formular descripciones sobre los elementos adscritos a la nación colombiana, los científicos emitieron juicios sobre territorios y poblaciones que se entendían al alcance de la civilización, pero influenciados por rasgos evidentes de barbarie y atavismo. Eran espacios que se asumían relativamente apropiados por las instituciones civiles, religiosas y militares de la República, con algún tipo de estructura económica moderna y ocupados por una población en su mayoría católica e hispanohablante; no obstante esas particularidades, lucían parcialmente incomunicados y con un rezago material evidente, afectados por enfermedades y epidemias constantes, amenazados por las fuerzas de la naturaleza y sometidos a un contexto anómalo que impedía el normal desarrollo de los mecanismos civilizatorios.

Aunque sin esa denominación particular, estos espacios en tensión aparecieron constantemente en la literatura médica y en los reportes que elaboraron geógrafos e ingenieros finalizando el siglo XIX en Colombia. Estos los mostraron como territorios en mora de ser plenamente domesticados e incorporados a los circuitos mercantiles, culturales y políticos de la sociedad nacional, y poblados por personajes inquietantes que de vez en cuando ponían en riesgo las conquistas que ésta había alcanzado.

GEOGRAFÍAS FRONTERIZAS: TERRITORIOS ENTRE LA CIVILIZACIÓN Y
LA BARBARIE

En su edición de marzo de 1893 y bajo el título “Exploraciones”, los *Anales de Ingeniería* publicaron una breve nota que el gobernador del departamento del Magdalena, Ramón Goenaga, le escribió al ministro de relaciones exteriores a su despacho en Bogotá; la comunicación anunciaba el envío de un ejemplar del informe presentado por Joseph de Brettes, un agente francés a quien meses antes se le había encomendado dirigir la *Comisión geográfica exploradora del Magdalena*. A continuación del mensaje de Goenaga, y en algo más de diez cuartillas, los *Anales* publicaron también el informe preparado por el explorador europeo, que mostraba infinidad de datos y mediciones sobre la sección noroccidental de la Sierra Nevada de Santa Marta²¹⁵.

Delegado por el gobierno de su país para realizar investigaciones científicas y económicas en el norte de Colombia, Brettes había partido de Saint-Nazarie en diciembre de 1890; según escribió después, su principal objetivo fue explorar aquella región que entonces se encontraba “apenas civilizada”, y sobre la cual no existían estudios geográficos concluyentes. Desembarcó en el puerto de Riohacha en enero de 1891, y una vez allí, organizó una excursión por el costado oriental de la Sierra Nevada y a través de sus sinuosas montañas. Encontrándose de nuevo en Riohacha Brettes recibió la comunicación donde el gobernador Goenaga le proponía encabezar la mencionada comisión geográfica, cuyo objetivo principal era explorar el territorio de los indios arhuacos, y evaluar la posibilidad de construir un ferrocarril entre las localidades de Riohacha y Tamalameque. Por lo que se deduce de la nota que apareció en los *Anales de Ingeniería* el explorador francés aceptó el encargo; sus investigaciones y mediciones dieron como resultado una extensa recopilación de datos trigonométricos y astronómicos, observaciones meteorológicas, información sobre minas y una interesante compilación de descripciones etnográficas que retrataban el carácter, el semblante y las costumbres de quienes habitaban aquellas comarcas.

De regreso en Francia, Brettes publicó una serie de artículos con los

²¹⁵Ramón Goenaga y Joseph de Brettes, “Exploraciones en el Departamento del Magdalena”, *AI*, vol. VI, núm. 63, marzo de 1893, pp. 85–94.

pormenores de su paso por Colombia en el *Tour de Mound*, un periódico parisino fundado por el editor Édouard Charton en 1860; acompañando su informe Brettes incluyó una serie de vistas etnográficas y mapas, entre las cuales se aprecia un plano indicando la ubicación de “las regiones indígenas” y “las regiones civilizadas”: curiosamente, las primeras aparecían totalmente acorraladas por las segundas, dando la sensación que en algún momento podrían ser completamente absorbidas por estas, es decir, plenamente civilizadas²¹⁶.

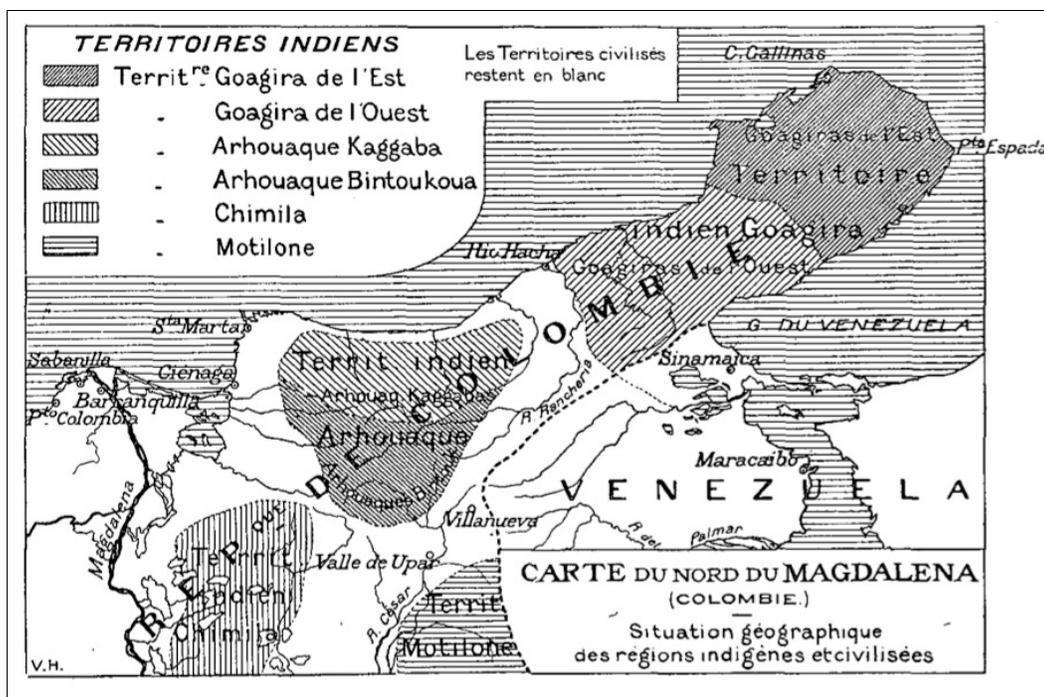


FIGURA 6: “Carte du nord du Magdalena”, Joseph de Brettes, 1898, [Brettes, *Le Tour du Monde*, Biblioteca Nacional de Francia]

²¹⁶Joseph de Brettes, “Chez les indiens du nord de la Colombie. Six ans d'explorations”, *Le Tour du Monde: nouveau journal des voyages*, Paris, tome IV, nouvelle série, febrero – octubre de 1898, pp. 61–96, 433–480.

Es apelando a esta cartografía en la que ciertos territorios sombreados y parcialmente conocidos aparecen rodeados por el país civilizado, que planteo la existencia de unas geografías fronterizas. Si bien las observaciones de Brettes tuvieron la particularidad de examinar una región donde “las zonas indígenas y las civilizadas estaban totalmente enredadas las unas con las otras”²¹⁷, como él mismo insinuó, la verdad es que finalizando el siglo XIX numerosos trabajos científicos publicados en Colombia coincidieron en ubicar esas áreas fronterizas en distintos puntos del territorio nacional, aunque no siempre coincidiendo en sus argumentos. Reconocidos a partir de variables amparadas en el contexto social, estos espacios fueron sufriendo modificaciones que con el tiempo los situaron en una posición distinta respecto a los parámetros económicos, estéticos y culturales de la nación; esto quiere decir que poblaciones destacadas como industriosas o domesticadas podían, a raíz de una epidemia o una crisis económica, transformarse rápidamente en áreas marginadas y enfermas. En el tránsito hacia el siglo XX, sin embargo, solía ubicárseles en las tierras calientes de los valles andinos, en el litoral Caribe y Pacífico, en las provincias intervenidas de la llanura oriental y en las zonas deprimidas de los principales núcleos urbanos; fue allí donde comúnmente aparecieron estas geografías que, en los contornos de la nación domesticada, intervenida y moderna, se percibían bajo la influencia de un orden enfermo, atávico, irregular y próximo a la barbarie. Veamos en detalle cómo la mirada científica estableció tales categorías.

En efecto, una de las circunstancias que generó la aparición de ese universo ambivalente en la literatura científica fue la sensación de que ciertos lugares apropiados por la sociedad moderna permanecían bajo una atmósfera enferma y enervante; ante la ausencia de individuos y tecnologías con la capacidad de contener las fuerzas de la naturaleza, varios médicos, ingenieros, geógrafos y naturalistas asumieron que las escasas conquistas de la civilización estaban allí en constante riesgo.

Esa idea descansaba en el convencimiento que las condiciones óptimas de salud eran un síntoma inequívoco de progreso. Señalaba cómo la domesticación del territorio y la higiene constituyeron un tema fundamental en el proceso que durante el siglo XIX intentó recrear espacios adecuados para el florecimiento de un orden social civilizado; la reproducción de ambientes sanos y cómodos, y la adaptación a las variables climáticas, fueron asociadas con los avances propios del

²¹⁷ *Ibid.*, p. 61.

progreso y entendidas en términos de un triunfo categórico sobre las facetas bárbaras del universo. Bajo esa lógica, la ausencia o la precariedad de condiciones sanitarias óptimas se convirtió en un marcador trágico que hacía de estos territorios fronterizos entidades atrasadas y dependientes; como subraya Nancy Stepan, la circulación de relatos e imágenes terroríficas y tristes de personas enfermas, contribuyó a crear una *nueva patología tropical* que evidenciaba el rezago relativo de estas regiones, justificando la intervención y aplicación de métodos más modernos y civilizados enfocados en restituir cualquier anomalía²¹⁸.

Esa asociación entre la influencia de una atmósfera enferma y la idea de que los avances de la civilización estaban en riesgo, apareció de manera clara en las publicaciones médicas colombianas. Además de diagnosticar males e identificar su etiología, los galenos fueron diligentes en relacionar la enfermedad con el territorio; apelando a las instrucciones de la geografía médica distribuyeron las fiebres, la malaria, el paludismo, la anemia, la lepra y los demás padecimientos a través de los climas y las regiones de la República, dándole forma a un modelo que permitía demarcar zonas y adjudicarles una climatología y una terapéutica²¹⁹. Ese ejercicio, sustentado en una vieja tradición que relacionaba las afecciones con la latitud, permitió establecer un orden y una correspondencia entre los cuadros nosológicos y las facetas del territorio nacional; de acuerdo al doctor Luis Cuervo, el público calificado podía imaginar el país como “un inmenso hospital, en cuyas salas se encuentran metódicamente distribuidas las enfermedades de todos los climas y de todos los países”²²⁰. Identificar cuadros patológicos dentro

²¹⁸ Al respecto, Nancy Stepan señala lo siguiente: “En el último tercio del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, las imágenes de gente con enfermedades tropicales proliferó en cuadernos, revistas, periódicos, exhibiciones y, finalmente, en películas sobre medicina; y no sólo porque el costo de hacer este tipo de imágenes se redujo con las innovaciones técnicas, también porque la medicina tropical se convirtió en una nueva especialidad médica, con sus propias escuelas, laboratorios y facultades.” Stepan, 2001, *Op. cit.*, pp. 152.

²¹⁹ A finales del siglo XIX las teorías bacteriológicas empezaron a contender con los postulados de la geografía médica. Fue en este periodo que la comunidad médica colombiana advirtió la aparición de estudios que señalaban a los microorganismos como los causantes de ciertas enfermedades comunes en el territorio nacional. Por supuesto, esto no supuso la desaparición inmediata de teorías que defendían la influencia del ambiente en los seres humanos; lo que se generó fue un proceso de negociación y diálogo que finalmente se fue decantando en favor de quienes defendían las teorías bacteriológicas. Un ejemplo del contraste entre las dos nociones puede apreciarse revisando las siguientes tesis de medicina, defendidas en la década de 1890: Alberto Restrepo H., *Contribution a L'étude de la pathologie des altitudes. La tuberculose pulmonaire dans ses rapports avec le climat et les races au Plateau de Bogota*, París, Ollier-Henry Editeur, 1890; Fructuoso Calderón, *La fiebre amarilla en la provincia de Cúcuta*, Bogotá, Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1897. Sobre la discusión teórica e historiográfica véase: Mónica García, *From medical geography to germ theory in Colombia, 1860-1900*, Edimburgo, 2009, Tesis de Doctorado, Estudios en Ciencia y Tecnología, Universidad de Edimburgo.

²²⁰ Luis Cuervo, “Apuntes para el estudio clínico de las fiebres del Magdalena”, *RM*, serie x, núm. 104, julio de 1886, p. 120.

de un contexto espacial favoreció el reconocimiento y proyección de geografías fronterizas; en la medida que situaciones enervantes y mortíferas podían emerger asociadas a una región o poblado en particular, la localización de áreas problemáticas y parcialmente civilizadas se tornó un ejercicio más sencillo.

Las condiciones sanitarias de la cuenca del río Magdalena y el valle de Cúcuta, por ejemplo, suscitaron una acalorada polémica que reflejó esa inquietud respecto a cómo la enfermedad y la naturaleza eran capaces de desafiar las conquistas de la civilización²²¹. En tanto territorios dominados por climas ardientes y sometidos a una gama de endemias que los sumían en un estado de enfermedad casi permanente, pero entendidos como escenarios fundamentales para el progreso nacional, las descripciones científicas que los reseñaron fueron reiterativas en destacar una tensión constante con elementos propios de un universo bárbaro e inculto. Recordemos que estas dos áreas geográficas en particular fueron, durante la segunda mitad del siglo XIX, epicentro de importantes desarrollos agrícolas y comerciales: por el Magdalena transitaban buena parte de las mercancías que entraban y salían del centro del país, y en sus márgenes se asentaron prósperas comunidades que crecieron alrededor de los cultivos de tabaco, añil y café; Cúcuta, por su parte, era la principal localidad de la extensa frontera con Venezuela, y desde allí partía el ferrocarril que comunicaba el nororiente de Colombia con Maracaibo a través de los ríos Catatumbo y Zulia. Sin embargo, a raíz de que la prensa y la literatura especializadas insistieron en reproducir una imagen compuesta por males devastadores y por una atmósfera incompatible con la vida humana, esos logros de la civilización que eran el comercio, la agricultura y el trabajo lucían en una contienda constante con los componentes de aquella atmósfera gobernada por la enfermedad, el atavismo y el terror. Para el reconocido miembro de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá, el doctor Proto Gómez:

Las implacables fiebres que dominan el cuadro patológico de nuestros climas ardientes, y que de tiempo atrás han vuelto inhabitables los lugares donde se han concentrado todos los esfuerzos del hombre para arraigar

²²¹La importancia socioeconómica de estas dos regiones las convirtieron en foco del interés médico nacional. Médicos e ingenieros concentraron sus esfuerzos en descifrar cómo adecuarlas a las exigencias del progreso. Finalizando el siglo XIX fueron numerosos los estudios científicos que coincidieron en analizar la patología, la topografía, la infraestructura, el comercio y la flora de estas zonas. Álvaro A. Villegas, “Territorio enfermedad y población en la producción de la geografía tropical colombiana, 1872–1934”, *Historia Crítica*, núm. 32, julio – diciembre de 2002, pp. 95–103, Bogotá.

los elementos del trabajo productivo, como lo son las poblaciones ribereñas del Magdalena, la comercial ciudad de Cúcuta y algunos otros puntos del territorio colombiano, han sido el tema de las investigaciones de unos pocos observadores, y el terror y desaliento de los más. La constante repetición de las epidemias de dicha fiebre [amarilla], la marcha francamente invasora que ha seguido día por día hacia los puntos en donde era desconocida, [...] esas ricas comarcas que son nuestra esperanza para el porvenir²²²

Ateniéndonos al relato de Gómez, da la sensación que la enfermedad había logrado imponerse sobre los mecanismos dispuestos para fomentar la civilización; los efectos de la fiebre amarilla parecían capaces de ahuyentar a los agentes encargados de implementar el modelo económico que perseguía la nación finalizando el siglo, y como tal, de combatir sus anhelos de prosperidad y progreso. Era en esos términos que aparecía la tensión: como un constante contrapunteo entre la modernidad y el atavismo; entre la salud y la enfermedad; entre la naturaleza y la cultura.

Ahora, como señalé anteriormente, ese tipo de situaciones no se circunscribieron a los denominados “climas ardientes” ni a los parajes que permanecían parcialmente desintegrados de los núcleos sociales y económicos del país. Los ámbitos urbanos, escenarios por excelencia del comercio, la cultura y los valores de una sociedad que se pensaba coetánea de un espacio–tiempo universal, fueron constantemente afectados por situaciones que, de acuerdo a la mirada científica, también ponían en riesgo las conquistas de un pretendido orden civilizado. Como se sabe, la pobreza, las calamidades sanitarias y la marginalidad fueron fenómenos que jamás desaparecieron del prototipo armónico que pretendía proyectar la ciudad letrada²²³; con frecuencia la literatura científica describió los contextos urbanos utilizando imágenes de una realidad densa y mefítica, como si se tratara de un remanente bárbaro y oculto que sobrevivía pese a los esfuerzos por construir una sociedad limpia, comedida y educada²²⁴. Estos espacios, visibles a través de crónicas y estudios con tintes

²²²Proto Gómez, “La fiebre amarilla y las fiebres paludosas graves”, *RM*, serie XI, núm. 114, mayo de 1887, pp. 625–626.

²²³Angel Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, N.H., Ediciones del Norte, 1984, pp. 23-39.

²²⁴Al respecto, el doctor A. Aparicio señalaba: “A Bogotá se le puede aplicar, en materia de higiene pública y privada, el axioma de los sofismas económicos de Federico Bastiat: Hay cosas que se ven y cosas que no se ven. En vano se empeña la policía en *algunas épocas* por el aseo de la parte visible de la ciudad [...]. Pero estas

dramáticos, similares a los de la literatura realista del siglo XIX, configuraron un mundo rústico y abyecto que lucía habituado al desaseo, al hacinamiento, a la promiscuidad y al delito; aquella atmósfera tosca era el hogar de una serie de personajes opacos y desamparados que sobrevivían entre animales domésticos, desperdicios y malos olores, y a quienes sin inconveniente alguno se asociaba a prácticas como la mendicidad, la vagancia, el alcoholismo y la prostitución.

De acuerdo a una advertencia que extendió la Junta Central de Higiene de Bogotá a mediados de 1897, el centro de la ciudad albergaba entonces una aglomeración indistinta de habitaciones donde familias enteras, enfermos de tifo y disentería, gallinas, gatos y perros compartían una misma atmósfera confinada, “respirando emanaciones dañosas, sin que el aire se renueve en diez o doce horas”²²⁵. Así, o mucho más descarnadas y sobrecogedoras, eran la mayoría de versiones educadas que intentaban ofrecer un panorama objetivo de esa porción enferma y deprimida de la ciudad, que amenazaba con sobrepasar las fronteras que la separaban de su segmento burgués y culto; en ese sentido, estas descripciones pueden ser entendidas como testimonios de una manera de percibir esos espacios que las elites consideraban apenas civilizados, aunque alojados al interior de los territorios domesticados que les servían de refugio.

Aunque finalizando el siglo XIX las ciudades colombianas mantenían gran parte de su semblante colonial, una serie de transformaciones materiales e ideológicas contribuyeron a que marcas de un tiempo pasado se convirtieran paulatinamente en un desafío al orden civilizado. En primer lugar, hay que tener en cuenta que el comercio, los servicios y las oportunidades que ofrecía la ciudad favorecieron la concentración de individuos sin acceso a vivienda y a tierras, dinámica que deterioró los antiguos cascos urbanos y estimuló el crecimiento de los arrabales²²⁶; a su vez, esos cambios en el orden social generaron hacinamiento, desaseo, enfermedades y marginalidad, incrementando la sensación que las ciudades se estaban convirtiendo en espacios lúgubres, sucios e inmorales. Con unas elites habituadas a la nueva sensibilidad burguesa, e influenciadas por las tesis positivistas y las teorías higienistas, esa realidad se tornó un problema que

medidas ni son suficientes ni remedian en tiempo los males, porque nosotros no vemos, ni ve la policía, los focos de infección que hay al interior de las casas”. Abraham Aparicio, “Sociedad de Medicina”, *RM*, serie V, núm. 49, octubre de 1878, p. 412.

²²⁵ Pablo García M., “Higiene pública”, *RM*, serie XIX, núm. 214–219, julio de 1897, p. 306.

²²⁶ Mejía, *Op. cit.*, pp. 277–286.

amenazaba el orden social establecido²²⁷; las epidemias, el mugre, los comportamientos inmorales y las actitudes revolucionarias de las masas se articularon como un desafío a las conquistas de la civilización, esto es, a la salud, a las rutinas comedidas, a la moral cristiana y a la ley del estado²²⁸. Es en ese sentido que aquella ciudad primitiva e inculta aparecía en una condición fronteriza, situada en una posición ambivalente entre la civilización y la barbarie.

Por otra parte, y paralelo a estas caracterizaciones que mostraban una naturaleza y una atmósfera desafiante con todos sus nocivos atributos, la mirada científica sugirió la existencia de un ambiente mágico y atávico en el cual era frecuente distinguir situaciones de caos, violencia e ilegalidad; la difusión de este contexto, enmarcada en los esfuerzos por brindarle al territorio un orden dentro de la narrativa nacional, también resultó útil para exhibir esa tensión entre los espacios apropiados e intervenidos, y aquellos dominados por fuerzas salvajes y primitivas.

Diversos acontecimientos y circunstancias le daban cuerpo a ese universo misterioso donde el lector interesado podía distinguir las características que situaban ciertos territorios en el umbral de la civilización. Allí, y a una distancia física, moral y simbólica que se exhibía como evidente, era posible encontrar toda clase de protagonistas y prácticas sumergidas en el caos, el atavismo y la violencia. Por ejemplo, cuando los médicos denunciaban la presencia de quienes ellos mismos denominaban charlatanes y brujos, era común que los situaran en paisajes desamparados donde difícilmente llegaba la influencia de la medicina facultativa y la ley del estado; podían ser parajes rurales o urbanos, pero generalmente se les percibía incultos y primitivos, adecuados para que estos cirujanos sin diploma y curanderos llevaran a cabo toda clase de procedimientos y operaciones arriesgadas. Podían ser los sectores deprimidos y empobrecidos de las ciudades capitales, los poblados a los que difícilmente llegaba un médico titulado o lugares remotos donde, se aseguraba, reinaba la tradición y la magia.

También era común que durante sus viajes y expediciones a zonas apartadas

²²⁷Noguera, *Op. cit.*, p. 47.

²²⁸Al respecto vale la pena mencionar la siguiente descripción, elaborada por un sacerdote comprometido con la construcción de barrios obreros, “¿que otra cosa sino manifestaciones socialistas esos tumultos populares que poseídos del triple odio característicos de aquella agrupación -odio al hombre, a la sociedad y a Dios- recorren plazas y calles, campos y caminos, asaltan, hieren, matan, roban, agitan la tea incendiaria, y consecuentes con la idea socialista, que palpita en estado latente en esos millares de cerebros, quieren transformar la sociedad destruyéndola de raíz?”. Carlos Alberto Lleras, *La acción social y los barrios obreros*, Bogotá, Imprenta de la cruzada, 1913, p. 7.

sobre las cuales tenían un interés manifiesto, ingenieros y geógrafos descubrieran colonos desalmados, forajidos e indios nómadas que de vez en cuando se aventuraban más allá de sus dominios salvajes; todos estos individuos, alojados en ese geografía fronteriza, contribuían a reafirmar la existencia de un ambiente mágico y atávico que se escapaba del control de las instituciones civilizadas.

Y es que la literatura científica que finalizando el siglo XIX relataba esta clase de expediciones resulta bastante ilustrativa para entender la naturaleza de estos espacios en el umbral de la nación civilizada. En la descripción de su viaje por los llanos orientales, por ejemplo, Modesto Garcés dejó constancia de su encuentro con aquel mundo que si bien entendía cristiano, integrado y al alcance del estado, también observaba perturbado por prácticas y personajes propios de un universo violento, ilegítimo y salvaje. Relatando una de las situaciones que vivió mientras navegaba el río Meta este ingeniero escribió lo siguiente:

A pesar del empeño tomado para la llegada á Orocué, la noche empezaba a cubrirnos de tinieblas y los bogas divisaban á lo lejos una playa en que á su juicio debíamos pernoctar; pero bien pronto divisaron también una partida de indios que remontaba el río y que probablemente llegaban á la playa elegida. Hay que seguir adelante, nos dijeron los bogas, pues los indios son peligrosos [...] Orocué estaba ocupado por una fuerza disciplinada; pero podía ser amiga o enemiga de la causa política á que nosotros pertenecíamos. [...] Tocando yá en tierra el oficial ordenó que saltásemos á fuera para ser reconocidos, y á la vez mandó á sus soldados que sacasen todo lo que dentro de la canoa venía. En seguida fuimos conducidos con nuestro compañero de viaje á presencia del Jefe de fuerza, quien atacado de una fiebre violenta nos recibió acostado y de mal humor. Hízonos preguntas y repreguntas con descortesía vulgar, con amenazas brutales y dió orden de que nos pusiesen en el cuartel privados de comunicación y de que nos requisasen de pies a cabeza. [...] Después supimos que el Jefe era un Comandante Silvio Soler, talabartero de Sogamoso, uno de los ejecutores de actos bárbaros y crueles que el gobierno castigó después.²²⁹

Co-fundador de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, Garcés recorrió la totalidad del río Meta luego de que la guerra de 1885 lo forzara a huir hacia

²²⁹Garcés, *Op. cit.*, *AI*, núm. xxix, p. 145 y núm. 30, pp. 200–201.

Venezuela; en el transcurso de su viaje elaboró un registro minucioso de los lugares que iba dejando atrás, cuyas páginas constituyen un interesante testimonio de su encuentro con ese mundo apenas explorado. Su crónica de la llegada a Orocué revela una serie de encuentros y tensiones. Él y los bogas, representantes de la nación católica e hispanohablante se tropiezan de repente con una partida de indios peligrosos, provenientes de un mundo rústico, pagano y salvaje; luego, a quien encuentran es al déspota Silvio Soler: personaje violento y criminal desobediente de la ley, misma que posteriormente se encarga de castigarlo con justicia. A diferencia de lo que ocurría en regiones como el Putumayo o el Amazonas, aquí en el Meta se habían establecido poblados civilizados y las instituciones del estado, aunque precarias, estaban presentes; quizás eso explique porqué el gobierno pudo castigar los actos bárbaros que se le imputaban a Soler, algo que se demoraría en hacer con los caucheros amazónicos, sino es que aún está en mora de hacerlo.

Más allá de los propósitos políticos que perseguía, el texto de Garcés logra ilustrar las características de esas regiones del país que los sectores ilustrados imaginaban en los contornos del país civilizado, aunque parcialmente desintegradas del orden político, económico y cultural que defendía el proyecto nacional a finales de siglo en Colombia. En sintonía con una variedad importante de estudios y análisis confeccionados desde ámbitos científicos, como los de Luis Cuervo, Proto Gómez y el mismo Joseph de Brettes, este texto en particular examinó lugares sobre los cuales se habían iniciado procesos de exploración, clasificación y colonización, pero que aún se percibían bajo la influencia de una naturaleza caprichosa, de una atmósfera enferma que dificultaba su aprovechamiento pleno, o vinculados a elementos arquetípicos de un universo rústico y salvaje ajeno que parecía lesionar a las mayorías.

Desde luego, el reconocimiento que existía esa realidad generó una serie variada de reacciones. A juicio de numerosos miembros del gremio médico colombiano, por ejemplo, semejantes circunstancias justificaban la mediación inmediata de los sectores “amigos” de la civilización y la puesta en marcha de estrategias efectivas de intervención basadas en criterios científicos y moralizantes. Como se apreció en la segunda parte del trabajo, los acontecimientos sociales y políticos de la década de 1880 favorecieron la articulación entre los órganos del estado y los gremios científicos, en virtud de lo cual se formularon, entre otras medidas, decretos enfocados en contener las

enfermedades venéreas y salvaguardar la moral a partir de regular el ejercicio de la prostitución; se publicaron estudios sobre el lugar de la ciudad que le correspondía a los mendigos y sobre como redimirlos; y se crearon juntas y comisiones encargadas de vigilar las condiciones de higiene en distintos poblados del país. Todas estas estrategias, enfocadas en restituir anomalías y en establecer condiciones de vida sanas, cómodas y amigables para la producción, se encargaron también de promover una manera de ocupar y usufructuar el territorio; un proceso que estaba anclado al prototipo de ciudadanía que delineó el proyecto nacional a finales de siglo XIX, y a sus aspiraciones de fundar una sociedad obediente, católica y trabajadora, sustentada en una raza blanca sin visos de degeneración.

EXAMINANDO AL PUEBLO: DÉBILES, DEGENERADOS, INFELICES Y PEREZOSOS

Distinguir el perfil de quien aquí he denominado como el *hombre civilizado* supone también un ejercicio simultáneo en el cual se reconozca la existencia de una figura opuesta pero complementaria. En este caso en particular, y de la misma forma que confeccionó una serie de imágenes que proyectaban un ciudadano virtuoso y un perfil salvaje, la literatura científica que circuló en Colombia durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX elaboró las de una figura que transitaba entre ambos. Aunque en el perímetro de la nacionalidad y la civilización, este perfil antagónico emergió delineado por lo que la ciencia consideró características físicas y mentales deficientes, hábitos rústicos y anacrónicos, y capacidades materiales e intelectuales limitadas; se trataba de un tipo poblacional a quien se imaginaba lleno de vicios, imperfecciones e influenciado por los remanentes de fuerzas primitivas y naturales, pero al cual se reconocía hispanohablante –o mínimamente competente en el uso del castellano– y cristiano –o en proceso de serlo–. Era un personaje que el discurso ilustrado situaba en conflicto con la civilización, aunque convenientemente subordinado a ella.

Ahora, si los círculos científicos con su mirada reconocían que esta *figura*

*infelices*²³⁰ cabía en la órbita cristiana e hispanohablante que imponía sus condiciones dentro del proyecto nacional, ¿cómo hicieron para reconocerla y qué estrategias utilizaron para distinguirla? Como se verá a continuación, la ciencia apeló a los marcadores físicos, morales e intelectuales que le habían permitido identificar su contraparte virtuosa, articulando antiguas nociones sociológicas y morales con novedosas teorías elaboradas en el marco de las disciplinas emergentes.

Hay que reconocer, en primer lugar, que las imágenes utilizadas para dimensionar el perfil de estas poblaciones debilitadas estuvieron lejos de constituir una serie fija y homogénea; ya Eduardo Restrepo nos ha mostrado, para el caso de las que alguna vez se denominaron las “razas negras, sus mezclas y descendientes”, que esta clase de nociones están subordinadas a su historicidad, operando de acuerdo al escenario político y cultural que les sirve como contexto²³¹. En ese sentido, si en la colonia se hablaba de masas abyectas y pasivas vegetando en las llanuras ardientes para referirse al antagonista de la minoría criolla e ilustrada que aspiraba asumir las riendas de la sociedad, promediando el siglo XIX esas mismas masas ya eran un recurso central de la nación y del intento por visualizar el país como una articulación de culturas regionales. Aunque sometidos a las jerarquías que operaban entonces, el indio, el mestizo y el negro se convirtieron en protagonistas de la narrativa nacional: la literatura costumbrista y sociológica buscó asignarles un lugar dentro del orden social vigente²³². La recepción paulatina de interpretaciones biológicas, eugenésicas e higienistas asociadas a nociones de herencia, evolución y degeneración, cuyo volumen aumentó precisamente cuando la práctica científica comenzó a institucionalizarse en la década de 1880, sólo produjo que ese ejercicio de descripción se tornara todavía más complejo.

De esta forma, finalizando el siglo XIX los criterios utilizados para distinguir

²³⁰La literatura médica de la época utilizó la imagen de “los infelices” para referirse a los individuos marginados, generalmente mestizos o indios, a quienes advertía afectados por padecimientos, enfermedades o epidemias. La utilizo aquí para expresar ese semblante opaco, lánguido y triste con que las elites se acostumbraron a identificar a buena parte de la población nacional que consideraban inferior y parcialmente degenerada. Algunos ejemplos en: Pío Rengifo, “Parte oficial”, *RM*, serie 1, núm. 8, diciembre de 1873, pp. 57–60; Agustín Uribe, “Cuestiones de higiene”, *RMB*, serie XXI, núm. 242, junio de 1899, pp. 334–341; Pablo García M., “La alimentación de nuestra clase obrera”, *RMB*, serie XXIX, núm. 345–346, abril de 1911, pp. 107–119. Véase también: Calvo, *Op. cit.*

²³¹Restrepo, 2007a, 2007b, *Op. cit.*

²³²Restrepo Forero, *Op. cit.*, Arias, 2005, *Op. cit.*

a esas poblaciones que en el papel aparentaban mantener un conflicto latente con la civilización emergieron como asuntos de carácter moral, geográfico, fisiológico y racial; denominaciones como “pueblo”, “vulgo” o “gentes infelices”, habituales en la literatura científica de entonces, no fueron otra cosa que recursos narrativos desplegados para sintetizar una variedad formidable de perfiles humanos que quienes hablaban en nombre de los presuntos intereses nacionales no reparaban en describir utilizando un sutil tono de desprecio. Al observarla con detenimiento, esa amalgama indistinta de rostros inquietantes se convertía de repente en una multitud de hombres y mujeres con rasgos que podríamos denominar negros, mulatos, indios y mestizos; se trataba de una aglomeración de campesinos, artesanos y obreros²³³ dispersos sobre la accidentada geografía del país, a quienes se reconocía como la porción mayoritaria de la población y su principal músculo económico. Aparecían, al mismo tiempo, como personajes dóciles, carentes, menguados e incapaces de hacerse cargo de su propio destino, pero lo suficientemente peligrosos como para desafiar el orden moral, político y religioso de la República, así como las cualidades físicas y el porvenir de la raza nacional. Eran, en suma, figuras a quienes el ritmo del tiempo parecía haber condenado al rezago, circunstancia que las convirtió en foco de los intereses científicos y paternalistas de aquellos que afirmaban actuar como guías legítimos de la sociedad y de la patria.

Tengamos en cuenta que a lo largo de todo el siglo XIX el pueblo había sido un protagonista central de las principales controversias políticas, intelectuales y científicas que tuvieron lugar en Colombia, convirtiendo su silueta en una fuente de identidad escurridiza que resultó fundamental para aventurar las propiedades y los defectos que distinguían a las poblaciones del país. El pueblo de los procesos de independencia, por ejemplo, emergió como la base y la justificación de las ambiciones autonómicas de las elites patricias, instituyéndose en el encargado de robustecer los ejércitos beligerantes y en la escusa ideológica que sustentó el robustecimiento del estado-nación. El pueblo de mediados de siglo, entretanto, contaba con un perfil mucho más nítido y definido, caracterizado por su singularidad regional y por su rol de actor político con el potencial de desafiar el orden social establecido. Iniciativas como la Comisión Corográfica brindaron una

²³³En el caso colombiano, el término “clase obrera” tan sólo apareció como actor social en las primeras décadas del siglo XX, justo cuando las escasas ciudades vieron aparecer pequeñas fábricas y talleres que funcionaban con el modelo industrial de jerarquías laborales fijas y especializadas, uso de maquinaria moderna y una administración orientada a garantizar la eficiencia y la acumulación de capital.

mirada más estricta y detallada de las poblaciones asentadas en el territorio nacional, ofreciendo al público imágenes de un pueblo móvil y dispar que cambiaba de acuerdo a las condiciones geográficas y a las circunscripciones regionales. En ese contexto, coyunturas como la abolición de la esclavitud, el alzamiento de los artesanos o la participación de negros, indios y mestizos en los engranajes de la política local, fenómenos cruciales de la vida política colombiana de mitad de siglo, permitieron advertir que el pueblo era una articulación de individuos con intereses diferentes, capaces de agenciar cambios y transformaciones significativas

Ahora, qué apariencia tenía esa multitud antagónica que subsistía en un aparente conflicto con las fuerzas de la civilización. Cuando examinaban al pueblo privilegiando su dimensión fenotípica y fisiológica, las fuentes científicas acostumbraban distinguir dos grandes perfiles que, articulados, pretendían sintetizar la complejidad demográfica de un país con las características de Colombia. El primero de ellos estaba definido por el indio y el mestizo de la cordillera y el pie de monte andino: figuras problemáticas y escurridizas que comúnmente se asociaban con la degeneración de razas primigenias; el segundo, entre tanto, lo estaba por los negros y mulatos de las costas y los valles ardientes del Cauca: personajes adheridos a una genealogía cuyas raíces se remontaban al continente africano, a su naturaleza y a sus habitantes.

Dentro de este esquema, los indios y mestizos, a quienes se admitía diferentes de las tribus salvajes de las selvas y llanuras del oriente, solían ser representados como figuras de anatomía tosca y rolliza, dimensiones pequeñas, semblante opaco, tono cobrizo y en cierto grado, afectadas por irregularidades internas que castigaban su inteligencia y talento. Para los especialistas, que entonces empezaban a incorporar novedosos conceptos biológicos, higienistas, bacteriológicos y sociológicos a sus habituales argumentos ambientalistas e hipocráticos, tales rasgos no eran sino la faceta visible de un cuerpo imperfecto y debilitado por un conjunto de anomalías internas que sólo eran claras para el agudo ojo de la ciencia; la deficiente composición sanguínea, el mal funcionamiento de los órganos, la disminución de las capacidades cerebrales o la tendencia a engendrar una estirpe corrupta y débil emergieron como indicadores ocultos que reafirmaban la existencia de ese cuerpo en decadencia.

Es probable que Miguel Jiménez López, el reconocido psiquiatra boyacense de principios de siglo XX, haya sido quien más claramente articuló un argumento

que reivindicaba esta manera de entender a las poblaciones mestizas e indias en Colombia²³⁴. Apoyándose en datos de los registros policiales, de la oficina médico legal, de los asilos de locos y en la lectura de trabajos científicos previos, este facultativo concluyó que las “razas originarias” del país mostraban signos claros de degeneración colectiva, los cuales podían ser verificados gracias a un examen de sus características anatómicas, fisiológicas y patológicas. A través de un diagnóstico que combinaba cálculos antropométricos, tecnicismos médicos y valoraciones sociológicas supo expresar su pesimismo respecto a un porvenir nacional que consideraba problemático y previsible; al advertir “las predisposiciones morbosas más frecuentes en nuestro país”, señalaba con suficiencia Jiménez López, ningún observador dejará de notar “el estado de deficiencia biológica característico de nuestra población”²³⁵.

Aunque la memoria que sintetizaba estos postulados fue presentada apenas en 1918 durante el Tercer Congreso Médico Colombiano, está claro que el doctor Miguel Jiménez López partía de lecturas y experiencias anteriores. En 1908 había viajado a París para estudiar medicina, ciudad donde frecuentó hospitales y círculos académicos por los que también pasaron personajes como Samuel Pozzi y Paul Broca, éste último célebre por sus singulares estudios craneométricos²³⁶. Igualmente, se sabe que consultó trabajos de médicos locales escritos cuando el siglo XIX expiraba, mismos que insinuaban la existencia de anomalías anatómicas y fisiológicas entre cierto sectores de las poblaciones colombianas²³⁷. Esto nos indica que el empleo de teorías biológicas, de nociones de herencia asociadas a la degeneración y de argumentos higienistas para sustentar una supuesta inferioridad anatómica y fisiológica de las poblaciones mestizas e indias en Colombia fue una práctica que empezó a afianzarse en el horizonte ideológico de

²³⁴Varios autores consideran esta conferencia un trabajo fundacional del pensamiento racista colombiano, y en particular, del debate sobre la degeneración de la raza en Colombia. Ciertamente, antes de Jiménez López no se encuentra un planteamiento tan contundente en el que se sugiera que ciertos signos biológicos y fisiológicos eran la causa de un proceso paulatino de degeneración racial; lo que sí se percibe en estudios anteriores, sin embargo, es esa inquietud científica por relacionar rasgos físicos y psicológicos con una supuesto rezago del buena parte de las poblaciones colombianas. *Cfr.*: Restrepo, 2007b, *Op. cit.*; Noguera, *Op. cit.*; Calvo, *Op. cit.*

²³⁵Miguel Jiménez López, “Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares”, en: Luis López de Mesa, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, Imprenta linotipos de El Espectador, 1920, p. 9–17.

²³⁶Manuel Torres Gutiérrez, “Un psiquiatra decimonónico en el siglo xx. Miguel Jiménez López”, *Revista Colombiana de Psiquiatría*, vol. xxx, núm. 2, Bogotá, 2001, p. 126.

²³⁷En su memoria de 1918 Jiménez López cita dos tesis de medicina, la primera titulada *Eliminación de la urea en Bogotá*, de Anastasio del Río, y la segunda *La sangre normal y la sangre en las anemias* de Jorge Vargas, publicadas en 1898 y 1899 respectivamente.

los científicos finalizando el siglo XIX; educados en las academias europeas o, al menos, bien informados de sus debates, muchos de los médicos nacionales encontraron que los postulados evolucionistas de Charles Darwin y Herbert Spencer, las tesis criminológicas de Cesare Lombroso o la citada craneometría de Broca resultaban útiles para explicar fenómenos de la realidad local. En ese contexto, a Jiménez López le resultaba más o menos sencillo afirmar que cierta composición de la oreja, por ejemplo, era un signo inequívoco de degeneración racial, especialmente entre aquellos que él mismo insistió en denominar “la clase del pueblo”; tal cosa nos permite imaginar que sus conclusiones sobre las poblaciones mestizas e indias no era un tópico del todo novedoso, sino el resultado de un nutrido debate en proceso.

Si este perfil mestizo resultó decisivo para empezar a dimensionar el segmento de la población que ciertos sectores de la sociedad intuían en conflicto con la civilización, aquel asociado al arquetipo del negro fue fundamental para complementarlo. Concebido como una figura problemática, el negro fue un personaje habitual de las reflexiones científicas interesadas en clasificar a los habitantes del país; la aparente singularidad biológica de su raza, sus atributos anatómicos y su respuesta particular a determinados cuadros patológicos lo convirtieron en blanco de un conjunto de prácticas y discursos que lo miraban con displicencia.

Recordemos que comenzando el siglo XX las controversias en torno a las características de la raza negra estaban ampliamente mediadas, además de por las viejas nociones coloniales, por los imaginarios vigentes sobre África y su naturaleza desproporcionada. Entonces, ese continente se había convertido en un lugar de paisajes indómitos y desafiantes, ocupado por una población de matices bestiales que parecía diluirse entre una flora exuberante y una fauna feroz; la literatura de viajes, enriquecida por el incremento de las exploraciones a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, se había encargado de popularizar una versión de África que apelaba a las descripciones dramáticas de personajes como Jhon Barrow, Henry Stanley y Joseph Conrad. En el caso colombiano muchos de estos imaginarios circularon con frecuencia entre las elites decimonónicas; tan solo en las descripciones elaboradas por Codazzi como parte de sus responsabilidades al frente de la Comisión Corográfica, fue habitual reconocer en el negro una raza apocada y perezosa en la que se advertían ciertos rastros de animalidad.

En ese contexto, las reflexiones interesadas en la dimensión fenotípica y

biológica del negro colombiano optaron por reseñarlo como un personaje ambivalente: lucía tosco, ignorante y de rasgos bestiales, pero fuerte y con una capacidad excepcional para resistir las penosas condiciones ambientales del trópico. Para los expertos, principalmente médicos atraídos por el estudio de enfermedades endémicas y por las temáticas vinculadas a la constitución de la raza²³⁸, el cuerpo de las poblaciones negras era una reminiscencia de aquella naturaleza africana que producto de su salvajismo podía adaptarse a las inhóspitas y mortíferas regiones de la geografía nacional; era por lo general en ese contexto, insistían las fuentes científicas, donde el negro había demostrado su fortaleza frente a las agotadoras jornadas laborales, aunque también era en éste donde revelaba su incapacidad intelectual para transformar territorios ubérrimos en campos productivos e industriales. En palabras del doctor P. P. Scarpetta, la raza negra había demostrado ser la más resistente de la región occidental del país, “ya sea por las condiciones inherentes á la fuerza de su organización, ya sea por la aclimatación ó adaptación ó por la educación de la constitución á las interperies, á la mala alimentación y á un género de vida semisalvaje”²³⁹; sin embargo, daba la impresión que esa ventaja adaptativa contrastaba con su incapacidad para domesticar la naturaleza. Para el prologuista de *Por el sur de Colombia*, la obra del ingeniero Miguel Triana, ésta:

nos deja entrever la vida regalona de los negros en esa región ubérrima en que el plátano, la yuca y demás plantas tropicales que prodigan su cosecha casi sin cultivo, y la pesca fácil y abundante, permiten al hombre vivir con el menor grado de esfuerzo personal que sea posible concebir. [...] Y como los hombres de otras razas no resisten la intensidad de ese clima húmedo y tropical, no hay peligro para los actuales Señores de esas comarcas de que otros más fuertes y más enérgicos que ellos, lleguen a desposeerlos de su paraíso terrenal²⁴⁰

Si el examen de las particularidades anatómicas y fisiológicas “del pueblo” dio como resultado un cuadro más o menos ambivalente, que oscilaba entre la

²³⁸Sobre estudios que ilustran este interés, véase: Daniel Gutiérrez, “Correspondencia del Cauca”, *RM*, serie XIII, núm. 146, febrero de 1890, pp. 795–797; A. Garcés, “Fiebres del Patía”, *RM*, serie XIV, núm. 156, diciembre de 1890, pp. 285–297 & *RMB* serie xv, núm. 160/161, mayo de 1891, pp. 160–161.

²³⁹P. P. Scarpetta, “Resistencia de la raza negra á los climas, á las enfermedades, á la cirugía y á las medicaciones”, *BMC*, vol. XIII, núm. 139, marzo de 1899, pp. 467–470.

²⁴⁰Tirana, *Op. cit.*, pp. 18–19.

tendencia a la degeneración y el potencial de un físico portentoso, un vistazo a sus características morales e intelectuales no generó entre los círculos científicos sino desazón y pesimismo. Como he señalado antes, durante todo el siglo XIX estas poblaciones en particular fueron vinculadas, sin reparo alguno, a un universo simbólico decadente, desvergonzado y remolón que lesionaba los fundamentos sobre los cuales se había pretendido fundar la nacionalidad; como resultado de semejante correlación, los personajes de ese universo desafiante fueron representados a través de una narrativa que acentuaba la existencia de prácticas atávicas, licencias morales excesivas, vicios, y un atraso material y mental ofensivo, todas carencias que contribuyeron a reafirmar la idea que estos personajes marginales se hallaban en una contradicción latente con las fuerzas de la civilización. Las reflexiones de índole científica, especialmente aquellas enfocadas en realizar balances higiénicos y patológicos o inventarios demográficos, registraron las consecuencias de ese ejercicio de representación, reflejando a la vez ese desconcierto que asaltó a las elites colombianas respecto al carácter del principal componente de la nación: su pueblo.

Cuando las agremiaciones profesionales iniciaron la cruzada en contra de las leyes que permitían el libre ejercicio de la medicina, por ejemplo, sus argumentos apelaron constantemente a la imagen de “un pueblo” ignorante y semi-bárbaro, que por su devoción a un puñado de prácticas atávicas había permitido su peligrosa difusión por las provincias de la República. Esas imágenes componían escenas sombrías en las que cirujanos diletantes e irresponsables sometían a sus desdichados pacientes a intervenciones riesgosas y a sesiones infructuosas de hechicería; pese a que recurrir a curanderos era una práctica tradicional entre el grueso de la población, esta clase de cuadros parecían estar circunscritos a ambientes populares lo suficientemente crédulos e ignorantes como para dar crédito a semejantes disparates²⁴¹. En el mismo sentido, y en referencia a las patologías que podían existir en un lugar determinado de la geografía nacional, muchos médicos no dudaban en atribuir buena parte de esas calamidades a la negligencia de masas sucias y descuidadas desprovistas de costumbres higiénicas y comedidas. “El pueblo en general”, escribió alguna vez el doctor Evaristo Martínez en una reseña sobre la localidad de Suaita, “hace uso de alimentos sospechosos”, “se come á muy poca cocción todo lo que cae ante la boquilla del

²⁴¹Proto Gómez, “Irresponsabilidad de los charlatanes”, *RM*, serie XII, núm. 127, julio de 1888, pp. 98–104; Pablo García, “Informe anual”, *RMB*, serie XVI, núm. 174, junio de 1892, pp. 75–76

arma”, “ingiere bebidas de la peor clase” y viste con prendas curtidas por el mugre; esto, según su agudo criterio, era una de las principales causas para que “la constitución médica” del poblado no fuera de las más halagüeñas ni favorecidas, estando expuesta con alguna frecuencia a tifos, fiebres intermitentes, catarros pulmonares, úlceras y una variedad importante de enfermedades inquietantes²⁴². Apelando a sentencias de ese tenor los discursos científicos intentaron reafirmar la idea de que existía un vulgo familiarizado con prácticas atávicas perjudiciales, las cuales era necesario erradicar progresivamente por el bien y el porvenir de la sociedad.

Otro reparo a este balance moral que tanto inquietó a la mirada científica fue la presunta tendencia del pueblo a adoptar comportamientos lascivos, viciosos y criminales. Buena parte de los estudios que se referían a las poblaciones de raza negra, por ejemplo, insistían en situarlas en una atmósfera obscena y pecaminosa, llena de licencias sexuales. Recordemos que ya a mediados del siglo XIX, en los tiempos en que la Comisión Corográfica recorrió parte del país describiendo el carácter de sus habitantes, era común referirse a los negros como libertinos, vagabundos, perezosos, indolentes y estúpidos; la abolición de la esclavitud a principios de 1851 había generado la percepción de una pérdida paulatina en la guía moral que antes suministraba el amo, circunstancia que alimentó el imaginario de que la raza negra habitaba una versión criolla del paraíso bíblico que por definición estaba expuesta al pecado²⁴³. Ese tipo de calificativos no desaparecieron de las inquietudes científicas que vieron la luz finalizando el siglo; aunque llamaba la atención por su singular respuesta a determinados climas y enfermedades, la figura del negro siguió estando presente en los relatos que recreaban un mundo de escasas restricciones sexuales: los negros –comentaba Miguel Triana en *Por el sur de Colombia*– viven felices en su independencia, bajo un sol propicio. La insalubridad del clima, a la cual sucumbe un blanco a poco tiempo, parece que a los negros los hiciera prolíficos; pues se reproducen prodigiosamente en estas costas cenagosas e infectas²⁴⁴.

Desde luego que este tipo de anomalías no era algo que las élites

²⁴²Evaristo Martínez, “Correspondencia médica”, *RMB*, serie XVII, núm. 188, enero de 1894, p. 156 – 158. Un vistazo a casos e interpretaciones similares en: C. L. Uriola, “Informe de la comisión nombrada por la municipalidad de Panamá sobre la epidemia de beri beri”, *RMB*, serie XXIII, núm. 276, abril de 1903, pp. 782–791; Agustín Uribe, “Cuestiones de higiene”, *RMB*, serie XXI, núm. 242, junio de 1899, pp. 334–341.

²⁴³Arias, 2005, *Op. cit.*, pp. 60–63; Restrepo, 2007a, *Op. cit.*,

²⁴⁴Triana, *Op. cit.*, pp. 49–50.

colombianas percibieran como un problema exclusivo de la raza negra; quienes completaban aquella visión genérica “del pueblo” también fueron constantemente percibidos como individuos que lesionaban los cánones éticos, religiosos y legales de la nación. Las escenas conformadas por masas de indios y mestizos viviendo en ranchos miserables, abusando de bebidas fermentadas y consumiendo alimentos apenas nutritivos, habituales en los estudios sobre higiene y alcoholismo, consiguieron proyectar un lugar común donde el vicio, el crimen y la degeneración racial aparecían como una secuela de los comportamientos y el carácter del “pueblo”; era como si quienes redactaban estos textos se encontraran de repente siendo testigos de una misma situación y un mismo paisaje, el cual procedían a describir como un medio ambiente lastimoso, desgraciado y perverso²⁴⁵.

Y fue en esos ambientes, precisamente, donde los facultativos colombianos detectaron el entramado social y patológico que es extendía alrededor de males como la sífilis y el “chichismo”, por mencionar apenas dos ejemplos. La primera, asociada con la prostitución, la promiscuidad y el exceso de relaciones impropias, era considerada fuente y consecuencia de desórdenes anatómicos y morales²⁴⁶; el segundo, entre tanto, era entendido como un cuadro patológico que, además de menguar lentamente las capacidades físicas y mentales de la población, fomentaba el crimen, la mendicidad y la locura²⁴⁷. Ambos males, fórmulas potenciales para la degeneración de la raza nacional, parecían estar circunscritos a los espacios por los que circulaba el pueblo, especialmente el que habitaba las geografías fronterizas que se debatían entre la civilización y la barbarie.

²⁴⁵El médico Mauricio Tamayo describía ese cuadro de la siguiente manera: “una serie de chozas tan inmundas y miserables, que faltan palabras para describir esas espantosas moradas de desgracia e inmoralidad; [...] Allí pasan echados en el suelo durmiendo medio desnudos, en estado continuo de embriaguez y en chocante mezcolanza, hombres, mujeres, muchachos y muchachas, presentando el más escandaloso y repugnante espectáculo, y se ven ahí, muchachitos obligados á mendigar, por medio de amenazas y privaciones”. Tamayo, *Op. cit.*, RMB, serie x, núm. 108, noviembre de 1886, p. 311.

²⁴⁶Obregón, 2002b, *Op. cit.*; Pedraza, *Op. cit.*, pp. 142–144.

²⁴⁷*Cfr.*: Agustín Uribe, *Op. cit.*, RMB, junio de 1899; J. M. Lombana, “Prevención del alcoholismo”, RMB, serie xxiii, núm. 277, mayo de 1903, pp. 801–809; J. M. Lombana, “Correspondencia sobre chicha”, RMB, serie xxvii, núm. 327, julio de 1907, pp. 359–361; José. I. Uribe, “Intoxicación y dipsomanía”, RMB, serie xviii, núm. 336, abril de 1909, pp. 275–281; Pablo García M., “La alimentación de nuestra clase obrera”, RMB, serie xxix, núm. 345–346, abril de 1911, pp. 107–119; Calvo, *Op. cit.*

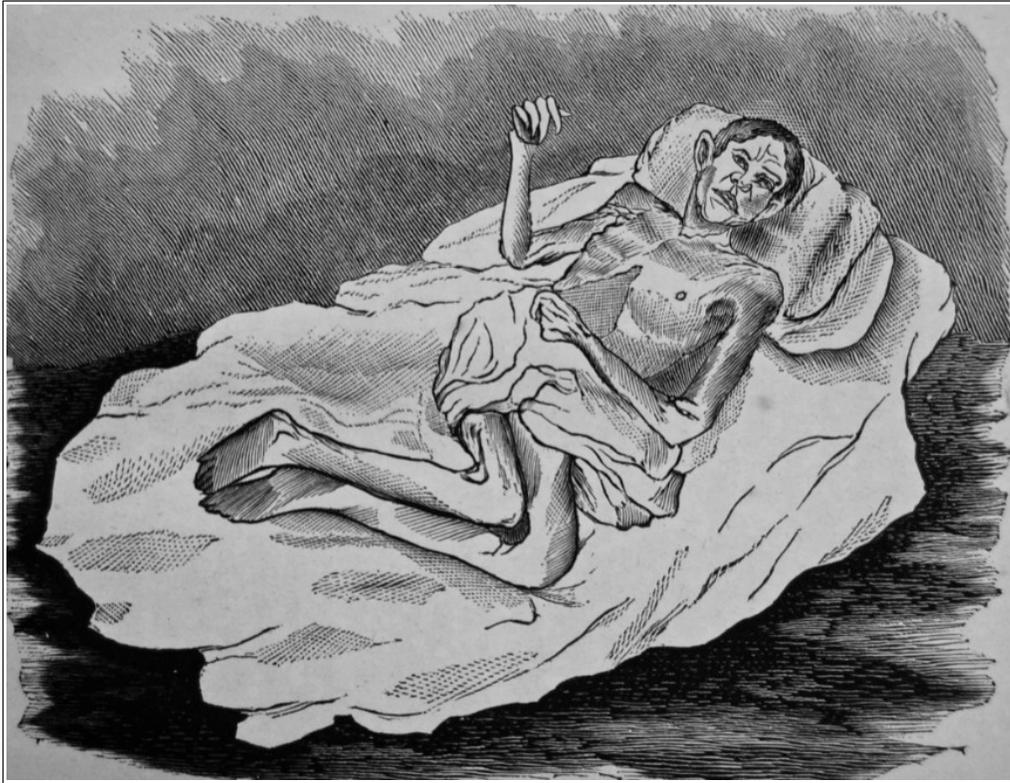


FIGURA 7: “Tránsito León, paciente con chichismo”, Antonio Mauro Giraldo, 1892, [A. Giraldo, Notas..., 1892]

De esta manera, los esfuerzos de la mirada científica tendientes a examinar a los indios, a los mestizos y a los negros, dieron como resultado la definición de un perfil problemático que sobresalió en la medida que los expertos identificaron sus características físicas, morales e intelectuales. Como vimos, en el último cuarto del siglo XIX varios profesionales se dieron a la tarea de ordenar a las poblaciones del país, amparándose en el rigor y en el lenguaje de disciplinas como la medicina, la higiene, la sociología y la geografía; contemplando ese orden fue posible encontrar individuos débiles, licenciosos e ignorantes que, como parte de una misma órbita, configuraron la silueta de un personaje que podía pensarse en los contornos de la nación, pero que sin dudas se imaginaba en tensión con ésta.

La existencia de territorios y poblaciones bajo la jurisdicción de la nación

civilizada, pero que se percibían como una amenaza constante hacia ésta, configuraron ese espacio simbólico que aquí denominé en *tensión*. Aquellas regiones que se reconocían exploradas, colonizadas y civilizadas, pero que se asumían insalubres, rústicas y pobladas por seres atávicos incapaces de implementar los instrumentos del progreso, aparecieron en la literatura científica colombiana como los lugares donde se encontraban la cultura y la naturaleza, el pasado y el presente, la civilización y la barbarie. Esa condición fronteriza generó entre los sectores ilustrados la inquietud respecto a como intervenir inmediatamente esos espacios que, por ubicarse dentro de los límites de la nación, constituían su desafío más urgente. Mestizos, negros, “indios racionales”, se convirtieron en los pobladores de ese mundo atávico, revolucionario, sucio que la ciencia insistió en clasificar, redimir.

12. CONSIDERACIONES FINALES

Este trabajo buscó ilustrar cómo el lenguaje y las técnicas asociadas al conocimiento científico generaron lecturas del territorio y las poblaciones que se entendían adscritas al contexto colombiano durante el siglo XIX; en particular, intentó mostrar la forma en que esas lecturas reprodujeron un orden social lleno de matices, tensiones y jerarquías consecuente con la manera en que las elites decimonónicas imaginaron la nación. Con ese fin, inicié analizando el surgimiento de la figura del científico, entendiéndolo como un personaje al que la sociedad le fue confiando la tarea de examinar, describir, organizar y exhibir la naturaleza, los paisajes y los seres humanos del planeta; ese proceso supuso la confección de una compleja estructura académica, política, económica y epistemológica, nutrida por un lenguaje, una técnica, una tecnología y unos medios de difusión efectivos y especializados; esa estructura en particular, amplia, disímil y reformable, fue lo que aquí agrupé bajo la figura de *la mirada científica*.

Presentándola articulada a esa estructura, continué revisando cómo la ciencia desplegó estrategias dirigidas a examinar el territorio y las poblaciones colombianas durante el siglo XIX; esto me llevó a advertir que se trató de un proceso lleno de dificultades, sobresaltos y tensiones, estrechamente dependiente de las condiciones políticas, económicas y sociales del país. Allí se pudo apreciar cómo la escasez de personajes con la capacidad de aplicar el lenguaje, las herramientas y las técnicas científicas, la falta de instituciones dónde formarlos y la precariedad económica para financiar sus actividades, limitaron enormemente el examen geográfico, botánico y demográfico de la nación; sin embargo, las mismas condiciones que antes habían impuesto limitantes, empezaron a ofrecer nuevas alternativas a partir de la segunda mitad del siglo; la necesidad de integrar el territorio a los circuitos comerciales internacionales, la búsqueda de nuevos recursos naturales, la urgencia de hacer un balance de los habitantes del país y de definir sus fronteras, y la aparición de un mayor número de personajes interesados en la ciencia como forma de vida, confluieron en un mismo escenario que permitió que esas descripciones fueran cada vez más ambiciosas, organizadas, sistemáticas y públicas.

Fue teniendo en cuenta ese panorama, que a continuación presenté una lectura de las descripciones que sirvieron para examinar, describir y organizar los territorios y las poblaciones que se entendían parte del ámbito nacional, haciendo énfasis en aquellas que se produjeron y publicaron entre el último cuarto del siglo XIX y la primera década del XX. Considerando que en ese momento la medicina, la ingeniería, el naturalismo y la geografía institucionalizaron su práctica en el país, y que fue entonces que se gestó uno de los proyectos nacionales más sólidos y duraderos dentro del contexto colombiano, quise mostrar cómo los estudios y reflexiones elaborados en el marco de estas disciplinas se articularon a las estrategias políticas y a los paradigmas culturales que fomentó la dirigencia; esto contribuyó a que las estrategias científicas enfocadas en examinar, describir y clasificar los territorios y las poblaciones colombianas reprodujeran los juicios y las jerarquías que sustentaban el orden social vigente, dibujando un panorama donde el clima, la domesticación del paisaje, la salud, la raza y los hábitos eran los marcadores que determinaban la diferencia.

Ahora, reconocer la existencia de estas jerarquías y de este orden no significa suponer que la sociedad operó exclusivamente a partir de éste, es decir, que no existió quien contradijera la postura del médico que valoraba las conductas sexuales de la juventud, quien no reconociera la lectura que el geógrafo hacía de los climas ardientes, o quien no admitiera la posición del higienista que lamentaba la constitución física de los mestizos; aunque la ciencia privilegió interpretaciones que reconocían la superioridad de ciertos individuos, la bondad de ciertos climas y las cualidades de ciertas formas de habitar el territorio, la verdad fue que en tanto práctica mediada por debates y contradicciones sus juicios siempre fueron susceptibles de impugnación. En ese sentido, más que una idea infalible del mundo que supuestamente describen, las crónicas y estudios reseñados nos hablan de cómo un sector de las elites colombianas, poseedor de un lenguaje, de unas técnicas especializadas y con acceso a una plataforma editorial desde la cual hacía públicos sus argumentos, entendió y clasificó los elementos que configuraban la nación; así mismo, nos revelan cuáles fueron sus estrategias para dimensionarlos, modificarlos y usufructuarlos, en la medida que fue a través de ese examen que determinó el lugar y el porvenir que le correspondía a cada uno de ellos.

13. BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

ARCHIVOS:

AGN, Colecciones, Francisco Javier Vergara y Velasco.

AGN, Sección República, Fondo Ministerio de Fomento, Baldíos.

AGN, Sección República, Fondo Ministerio de Obras Públicas.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS:

Anales de Ingeniería, Órgano de la sociedad colombiana de ingenieros, Bogotá, vol. I, núm. 1, agosto de 1887 – vol. XVIII, núm. 219-220, mayo – junio de 1911.

Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia, Bogotá, número extraordinario dedicado á honrar la memoria de los hermanos Reyes, abril de 1907.

Boletín de Medicina del Cauca, Revista mensual, órgano de la sociedad de medicina del Cauca, Cali, año I, núm. 1, abril de 1887 – año XVIII, núm. 194, diciembre de 1908.

Papel Periódico Ilustrado, Bogotá, año I, núm. 1, agosto 1881 – año V, núm. 116, mayo de 1888.

Revista Médica, Órgano de la sociedad de medicina y ciencias naturales de Bogotá, Bogotá, serie I, núm. 1, julio 1873 – serie XIV, núm. 159, marzo de 1891.

Revista Medica de Bogotá, Órgano de la Academia Nacional de Medicina, Bogotá, serie XV, núm. 160-161, mayo 1891 – serie XXXVII, núm. 448-449, noviembre – diciembre 1919.

Semanario del Nuevo Reyno de Granada, Santafé de Bogotá, núm. 1, enero de 1808 – núm. 53, enero de 1809.

LIBROS Y OTROS TEXTOS:

Ancizar Manuel, “Informe del rector de la Universidad Nacional al señor secretario de lo interior i relaciones exteriores, director jeneral de la instrucción pública”, *Anales de la Universidad*, Bogotá, tomo 1, núm. 5, enero de 1869, pp. 431-441.

Barrow, Jhon, *An account of travels into the interior of Southern Africa, in the years 1797-1798*, New York, G. F. Hopkins, 1802

Bejarano, Jorge, *La educación física. Tesis para el doctorado en medicina y cirugía*, Bogotá, Arboleda y Valencia, 1913.

Borda, José Joaquín (comp.), *Cuadros de costumbres y descripciones locales de Colombia. Artículos escogidos y publicados*, Bogotá, Librería y papelería de Francisco García Rico, 1878.

Boussingault, Jean B. *Memorias*, Bogotá, Banco de la República, 1985.

Brettes, Joseph de, “Chez les indiens du nord de la Colombie. Six ans d'explorations”, *Le Tour du Monde: nouveau journal des voyages*, París, tomo IV, nouvelle série, febrero – octubre de 1898, pp. 61-96, 433-480.

Buffon, Georges Louis Leclerc comte de, *Histoire naturelle générale et particulière: avec la description du Cabinet du Roy. Tome 3*. Paris, Imprimerie Royale, 1749.

Cajío, Leopoldo, *Arrendamiento o venta del territorio del Caquetá*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1900.

Caldas, Francisco José de, “Discurso preliminar que leyó el ciudadano coronel Francisco José de Caldas el día en que dio principio al curso militar del cuerpo de ingenieros de la República de Antioquia”, en: *Obras completas de Francisco José de Caldas: publicadas por la Universidad Nacional de Colombia como homenaje con motivo del sesquicentenario de su muerte 1816*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1966.

Calderón, Abel, *Viajes del Caquetá y Putumayo al Amazonas*, Bogotá, Imprenta de Hernando Santos, 1904.

Calderón, Florentino, *Nuestros desiertos del Caquetá y del Amazonas y sus riquezas*, Bogotá, Imprenta de Luis M. Holguín, 1902.

Calderón, Fructuoso, *La fiebre amarilla en la provincia de Cúcuta*, Bogotá, Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1897.

- Camargo Angulo, Gabriel, *Urgencia de reglamentar el ejercicio de la medicina en Colombia*, Tesis de doctorado manuscrita, Universidad Nacional, Bogotá, 1899.
- Correa, Ramón, *Por Antioquía*, Medellín, Tipografía del Comercio, 1899.
- De Gerando J.M, “Considérations sur les diverses méthodes à suivre dans l'observation des peuples sauvages”, *Revue d'anthropologie*, tomo 6, 1883, pp. 153-182.
- Gobierno Departamental de Nariño, *Camino de Pasto a Puerto Asis. Relación de viaje e informe de la comisión nombrada por el gobierno departamental de Nariño para inspeccionar la vía*, Pasto, Imprenta Departamental. 1912
- Giraldo, Antonio Mauro, *Notas sobre las alteraciones del maíz relacionado con la patología. Tesis de doctorado*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1892.
- Gosselman, Carl August, *Viaje por Colombia 1825–1826*, Bogotá, Publicaciones del Banco de la República, 1981.
- Hardenburg, Walter E., *The Putumayo. The devil's paradise*, Londres, T. F. Unwin, 1912.
- Hervé Georges, “Les instructions anthropologiques de G. Cuvier”, *Revue mensuelle de l'École d'anthropologie de Paris*, núm. 12, 1910, pp. 289-306.
- Ibáñez, Pedro María, *Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá*, Bogotá, Editorial Epígrafe, 2006.
- Isaacs, Jorge, *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1951.
- Legación de Colombia en Bolivia, *Los crímenes del Putumayo*, La Paz, Ministerio de Colombia en Bolivia, 1912.
- Liévano, Indalecio, *Exploraciones y estudios de las mejores líneas para trazar caminos carreteros y ferrocarriles de Bogotá al río Magdalena*, Bogotá, Imprenta de vapor de Zalamea Hermanos, 1885.
- Lleras, Carlos Alberto, *La acción social y los barrios obreros*, Bogotá, Imprenta de la cruzada, 1913.
- López de Mesa, Luis, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, Imprenta linotipos de El Espectador, 1920.

Martín, José Francisco, *Ensayo sobre la higiene de los colegios en Bogotá. Tesis para el doctorado en medicina y cirugía*, Bogotá, Litografía y Tipografía de Samper Matiz, 1892.

Ministère des Affaires Étrangères, *Procès-verbaux de la Conférence Sanitaire Internationale ouverte à Paris le 27 juillet 1851*, París, Imprimerie Nationale, 1852

Osorio, Luis F., *Informe número 1 del Ingeniero Jefe de la comisión exploradora del Ferrocarril de Urabá al señor Gobernador del Departamento*. Medellín, Imprenta Oficial, 1914.

Ospina, Tulio, “Informe del rector de la Escuela Nacional de Minas”, *Anales de la Escuela Nacional de Minas*, Medellín, año 1, núm. 3, julio de 1912.

Palau, Lisímaco, *Colombia en 1907 bajo la administración del Sr. General Rafael Reyes*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1907.

Pedraza, Pedro A., *República de Colombia: excursiones presidenciales. Apuntes de un diario de viaje*, Norwood, Mass., The Plimpton press, 1909.

Pereira Gamba, Próspero (comp.), *Trabajos científicos del eminente medico granadino Dr. Antonio Vargas Reyes, recopilados en obsequio de la humanidad doliente i de la juventud estudiosa de Colombia, por Prospero Pereira Gamba*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1859.

, *Protocoles et procès-verbaux de la Conférence Sanitaire Internationale de Venise, inaugurée le 5 janvier 1892*, Roma, Imprimerie Nationale de J. Bertero, 1892.

Reclus, Eliseo, *Colombia (Traducida y anotada con autorización del autor por Francisco Javier Vergara y Velasco)*, Bogotá, Papelería de Samper Matiz, 1893.

República de Colombia, *Cuerpo de leyes de la República de Colombia, que comprende todas las leyes, decretos y resoluciones dictados por sus congresos desde el de 1821 hasta el ultimo de 1827*, Caracas, Imprenta de Valentin Espinal, 1840.

—————, *Misiones católicas del Putumayo. Documentos oficiales relativos a esta comisaria*, Bogotá, Imprenta Nacional. 1913.

—————, *Informes sobre las misiones del Putumayo*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1916,

—————, *Coordenadas geográficas determinadas por la Oficina de Longitudes*, Bogotá, Imprenta del Estado Mayor General, 1921.

Restrepo H., Alberto, *Contribution a L'étude de la pathologie des altitudes. La tuberculose pulmonaire dans*

- ses *râports acev le climat et les races au Platen de Bogota*, París, Ollier-Henry Editeur, 1890
- Reyes, Rafael, *Presidente de la república a sus compatriotas*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1905.
- [1902], *A través de la América del Sur: exploraciones de los hermanos Reyes*, Bogotá, Flota Mercante Grancolombiana, 1979.
- (comp. Ernesto Reyes Nieto), *Memorias 1850-1885*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1985.
- Rivas, Medardo, *Los trabajadores de tierra caliente*, Bogotá, Universidad Nacional, 1946.
- Samper, José María, *Ensayo aproximado sobre la jeografía política i estadística de los ocho estados que compondrán, el 15 de setiembre de 1857, la federación Neogranadina*, Bogotá, Imprenta de El Neogranadino, 1857.
- , *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispanoamericanas) con un apéndice sobre la orografía y la población de la confederación granadina*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1969. Edición facsimilar de: París, Imprenta de Thumot y Cía., 1861.
- Samper, R., *El territorio del Caquetá*, París, Imprimerie Chaix, 1900.
- Seneca, Egbert, *The history of Panama and the Panama canal*, E. G. Swift publisher, 1905
- Société D'Anthropologie de Paris, "Séance du 19 Décembre de 1872", *Bulletins de la société D'Anthropologie de París*, vol. VII, núm. 2, 1872.
- Thomson, Norman, *El libro rojo del Putumayo*, Bogotá, Ed. Arboleda y Valencia, 1913.
- Triana, Miguel [1907], *Por el sur de Colombia. Excursión pintoresca y científica al Putumayo*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1950.
- Unanúe, Hipólito, *Observaciones sobre el clima de Lima, y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*, Madrid, Imprenta de Sancha, segunda edición, 1815.
- Uribe Uribe, Rafael, *Reducción de salvajes. Memoria respetuosamente ofrecida al Excmo. Sr. Presidente de la República*, Cúcuta, Imprenta del Trabajo, 1907.
- Uricoechea Ezequiel, *Contribuciones de Colombia a las ciencias i las artes publicadas con la cooperacion de la sociedad de naturalistas neo-granadinos*, Bogotá, Imprenta de El Mosaico, 1860.

- [1854], *Memoria sobre las antigüedades Neo-granadinas*, Bogotá, Banco Popular, 1984.
- Velasco A., Hernando de, *El problema migratorio en Colombia*, Bogotá, Editorial Minerva, 1923.
- Vergara y Velasco, Francisco Javier, *Nueva geografía de Colombia. Escrita por regiones naturales*, Bogotá, Imprenta de Vapor, 1901.
- , *Atlas de geografía colombiana*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1910.
- Vernaza, José Ignacio, *Higiene escolar. Tesis de doctorado en medicina*, Bogotá, Arboleda y Valencia, 1912.
- Villamizar Peña, Joaquín, *Atrasados escolares. Estudio para el doctorado en cirugía y medicina*, Bogotá, Imprenta de la Patria, 1914.
- Zerda, Liborio [1881], *El Dorado*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1947.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agostoni, Claudia, “Salud pública y control social en la Ciudad de México a finales del siglo diecinueve”, en: *Historia y Geografía*, núm. 17, México, Universidad Iberoamericana, 2001, pp. 73-97.
- Anderson, Benedict, *Comunidades Imaginadas*, México, FCE, 2007.
- Appelbaum, Nancy, *Muddied waters. Race, region and local history in Colombia. 1846-1948*, Durham, Duke University Press, 2003.
- Arias Vanegas, Julio y Eduardo Restrepo, “Historizando raza: propuestas conceptuales y metodológicas”, en: *Crítica y emancipación*, año II, núm. 3, primer semestre 2010, pp. 45-64.
- , *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2005.
- Bartra, Roger, *El salvaje en el espejo*, México, Coordinación de Difusión Cultural/Coordinación

de Humanidades/UNAM, 1992.

Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, Madrid, Ediciones Akal, 2005.

—————, *París, capital del siglo XIX*, México, Imprenta Madero, 1971.

Calvo Isaza, Oscar y Marta Saade G., *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*, Ministerio de Cultura, Bogotá, 2002.

Cañizares-Esquerra, Jorge, *How to write the history of the New World*, Stanford, Stanford University Press, 2001.

Carrillo, Ana María, “Economía, política y salud pública en el México porfiriano, 1876-1910”, en: *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, Río de Janeiro, vol. 9 (suplemento 2002), pp. 67- 87.

Castro-Gómez, Santiago, *La Hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada. 1750- 1816*, Bogotá, Universidad Javeriana, 2005.

Chakrabarty, Dipesh, *Provincializing Europe. Postcolonial thought and historical difference*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

Cházaro, Laura, “Recorriendo el cuerpo y el territorio nacional: instrumentos, medidas y política a fines del siglo xix en México”, en: *Memoria y Sociedad*, Bogotá, Universidad Javeriana, vol. 13, núm. 27, julio – diciembre de 2009, pp. 101-119 .

Cooper, Donald, *Las epidemias en la Ciudad de México, 1761-1813*, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1980.

Comas, Juan, *Las primeras instrucciones para la investigación antropológica en México: 1862*, México, UNAM, 1962.

Craib, Raymond, *Cartographic Mexico. A history of state fixation and fugitive landscapes*, Durham, Duke University, press, 2004.

Crang, Mike, & N. J. Thrift. *Thinking Space*, London, Routledge, 2000.

Cunningham, Andrew, “De-centring the big picture: The origins of modern science and the modern origins of science”, *The British Journal for the history of Sciences*, vol. 26, Londres, British Society of the History of Science, 1993.

- Davis, Wade, *El río. Exploraciones y descubrimientos en la selva amazónica*, Valencia, Editorial Pre-Textos, 2004.
- Dear, Peter, “What is the history of science the history of? Early modern roots of the ideology of modern science”, *Isis* vol. 96, no. 3, septiembre de 2005.
- Deas, Malcom, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Taurus, 2006.
- Di Liscia, Maria Silvia y Ernesto Bohoslavsky (comp.), *Instituciones y formas de control social en América Latina, 1840-1940*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Díaz Sebastián, Santiago Muñoz y Mauricio Nieto, *Ensamblando la nación. Cartografía y política en la historia de Colombia*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2010.
- Duque Muñoz, Lucía, “Geografía y cartografía en la Nueva Granada (1840-1865): Producción, clasificación, temática e intereses”, *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, vol. 33, 2006.
- Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE, 1988.
- Ette, Ottmar, *Literatura en movimiento. Espacio y dinámica de una escritura transgresora de fronteras en Europa y América*, Madrid, CSIC, 2008.
- Fee, Elizabeth y Dorothy Porter, “Public health, preventive medicine, and professionalization: England and America in the Nineteenth Century”, en: Andrew Wear (ed.), *Medicine in society. Historical Essays*, Cambridge, Cambridge University Press. 1992. pp. 249-277.
- Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005
- , *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 2005
- , *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1998.
- , “Historia de la medicalización”, *Educación Médica y Salud* 11, no. 1, 1977, pp. 3-25
- García, Mónica, *From medical geography to germ theory in Colombia, 1860-1900*, Edimburgo, 2009, Tesis de Doctorado, Estudios en Ciencia y Tecnología, Universidad de Edimburgo.
- , *Las fiebres del Magdalena. Medicina y sociedad en la construcción de una noción médica*

- colombiana, 1859-1886*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750 – 1900*, México, FCE, 1982.
- Goodman, Jordan, *The Devil and Mr. Casement. One man's battle for human rights in South America's Heart of Darkness*, New York, Picador, 2010.
- Gorbach, Frida y Carlos López Beltrán, *Saberes Locales. Ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2008.
- Gupta, Akhil, “Más allá de la cultura: espacio, identidad y las políticas de la diferencia”, *Antípoda*, núm. 7, Julio–Diciembre de 2008.
- Hacking, Ian, *The taming of chance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- Hampe, Teodoro, “Carlos Montúfar y Larrea, el quiteño compañero de Humboldt”, en: *Revista de Indias*, vol. LXII, núm. 226, 2002, pp. 711-720.
- Harley, J.B, “Decostructing the map”, en: Duncan J.S y Barnes T.J (ed.), *Writing worlds: discourse, text, and metaphor in the representation of landscape*, Nueva York, Routledge, 1992.
- Jagdmann Anna-Telse, “La biografía visual de Colombia: El atlas de 1889, leído como símbolo nacional”, *Revista de Estudios Sociales*, octubre, núm. 13, 2002, Universidad de los Andes, Bogotá, pp. 56-65.
- , *Del Poder y la geografía: la cartografía como fuente de legitimación en Colombia*, Berlín, 2006, Tesis de Doctorado, Departamento de Filosofía y Humanidades, Universidad Libre.
- Jáuregui, Carlos, *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2005.
- Kuper, Adam, *Culture. The anthropologists' account*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1999.
- Larson, Brooke, *Trails of nation making. Liberalism, race and ethnicity in the Andes. 1810-1910*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004.
- Lefebvre, Henri, *The production of space*. Oxford, Blackwell, 1991.

- Licoppe, Christian, "The project for a map of Languedoc in eighteenth-century France at the contested intersection between astronomy and geography", En: Bourguet, M., Licoppe, C. y Sibum, O. (ed.), *Instruments, travel and science itineraries of precision from the seventeenth to the twentieth century*, Londres, Routledge, 2003.
- López Beltrán, Carlos , *El sesgo hereditario. Ámbitos históricos del concepto de herencia biológica*, México, UNAM, 2004.
- Mejía P., Germán, *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910*, Bogotá, CEJA, 2000.
- Miranda Canal, Néstor, *Libre cambio y medicina en la revolución anticolonial de 1850: con motivo de los 150 años de la aparición de "La Lanceta"*. Bogotá, Universidad El Bosque, 2002
- Murray, Pamela, *Dreams of development: Colombia's National School of Mines and its engineers, 1887-1970*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1997.
- Nieto, Mauricio, *Orden natural y orden social. Ciencia y política en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, Madrid, CSIC, 2007.
- y otros, "Ilustración y orden social: El problema de la población en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada (1808-1810)", *Revista de Indias*, vol. LXV, núm. 235, 2005.
- Noguera, Carlos E., *Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*, Medellín, EAFIT, 2003.
- Obregón, Diana, *Sociedades científicas en Colombia. La invención de una tradición, 1859-1936*, Bogotá, Banco de la República, 1992.
- , *Batallas contra la lepra: Estado, medicina y ciencia en Colombia*, Medellín, Banco de la República/EAFIT, 2002a.
- , "Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia, 1886-1951", *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, Río de Janeiro, vol. 9 (suplemento), 2002b, pp. 161-186.
- Ocampo, José Antonio, *Colombia y la economía mundial. 1830-1910*, Bogotá, Siglo XXI, 1984.
- Outram, Dorinda, "Science and political ideology, 1790-1848", *Companion to the history of modern science*, Londres, Routledge, 1990.
- Palacio Castañeda, Germán A., *Fiebre de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia 1850-*

1930, Bogotá, ILSA, 2006.

Palacios, Marco [1979], *El café en Colombia 1850-1970. Una historia económica, social y política*, México, El Colegio de México, 2008.

———, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*, Bogotá, Norma, 2003

——— y Saford, Frank, *Colombia, país fragmentado sociedad dividida*, Bogotá, Norma, 2002.

Pedraza, Zandra, *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*, Bogotá, Uniandes, 1999.

Pineda Camacho, Roberto, *Holocausto en el Amazonas. Una historia social de la Casa Arana*, Bogotá, Editorial Planeta, 2000.

Pratt, Mary Louise, *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Rama Angel, *La ciudad letrada*, Hanover, N.H., Ediciones del Norte, 1984.

Ramineli, Ronald “Do conhecimento físico e moral dos povos: iconografia e taxionomia na Viagem Filosófica de Alexandre Rodrigues Ferreira”, *História, Ciências Saúde, Manguinhos*, vol. 8, supl., 2001.

Raush, Jane, *La frontera de los llanos en la historia de Colombia 1830-1930*, Bogotá, Banco de la República, 1999.

Restrepo, Eduardo, “Negros indolentes en las plumas de corógrafos: Raza y progreso en el occidente de la Nueva Granada de mediados del siglo XIX”, *Nómadas*, núm. 26, Abril 2007a, Bogotá.

———, “Imágenes del negro y nociones de raza en Colombia a principios del siglo XX”, *Revista de Estudios Sociales*, núm. 27, septiembre de 2007b, Bogotá.

Restrepo Forero, Olga, “Un imaginario de la nación. Lectura de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica”, *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, vol. 26, 1999, Bogotá.

Ricœur, Paul, *El sí mismo como otro*, México, Siglo XXI, 2006.

Roger Alain, *Breve tratado del paisaje*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

- Roger, Jacques, *Buffon: A life in natural history*, Cornell, Cornell University Press, 1997.
- Romero, José Luis, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Medellín, UDEA, 1999.
- Safford, Frank, *The ideal of the practical. Colombia's struggle to form a technical elite*. Austin, The University of Texas Press, 1976.
- Sánchez, Efraín, *Gobierno y geografía, Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica en la Nueva Granada*, Bogotá, Banco de la República, 1999.
- Santos, Ricardo, V., “Mestiçagem, degeneração e a viabilidade de uma nação: Debates em antropologia física no Brasil (1870-1930)” En: S.D. Pena (ed.), *Homo brasílis: Aspectos Genéticos, Lingüísticos, Históricos e Sócio-Culturais da Formação do Povo Brasileiro*, Ribeirão Preto, Editora Funpec, 2002.
- Safier, Neil, “Global Knowledge on the Move. Itineraries, Amerindian Narratives, and Deep Histories of Science”, *Isis*, vol. 101, núm. 1, marzo de 2010.
- Serje, Margarita, *El revés de la Nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*, Bogotá, Uniandes/CESO, 2005.
- Serna Dimas, Adrián, *Ciudadanos de la geografía tropical: ficciones históricas de lo ciudadano*, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2006.
- Sierra Mejía, Rubén (ed.), *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- Sousa Santos, Boaventura de, *Crítica de la razón indolente: Contra el desprecio de la experiencia*, vol. 1, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2000.
- Sowell, David, *The tale of healer Miguel Perdomo Neira: Medicine, ideologies and power in the Nintheen Century Andes*. Wilmington, SR Books, 2001.
- Stepan, Nancy, *The hour of eugenics*, Ithaca, Cornell University press, 1991
- , *Picturing tropical nature*, Ithaca, Cornell University Press, 2001.
- Taussig, Michael, *Shamanism, colonialism, and the wild man. A study in terror and healing*, Chicago, The University of Chicago Press, 1987.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-*

1930. México, FCE, 1998

Torres Gutiérrez, Manuel, “Un psiquiatra decimonónico en el siglo xx. Miguel Jiménez López”, *Revista Colombiana de Psiquiatría*, vol. xxx, núm. 2, Bogotá, 2001, pp. 113-140.

Trabulse, Elías, *La ciencia en el siglo XIX*, México, FCE, 2006.

Vigarello, Georges, *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media*. Madrid, Alianza editorial, 1991.

Villegas, Álvaro A. y Catalina Castrillón G., “Territorio enfermedad y población en la producción de la geografía tropical colombiana, 1872-1934”, *Historia Crítica*, núm. 32, julio - diciembre de 2002, pp. 94-117, Bogotá.

Zambrano, Fabio, “La navegación a vapor por el río Magdalena”, *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, vol. 9, 1979, pp. 63-75, Bogotá.